



INGRESO 2026

Introducción a la **SOCIOLOGÍA**



Universidad
Nacional
de Córdoba

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES | UNC

Decana

Mgter. Alejandra Domínguez

Vicedecana

Dra. María Liliana Córdoba

Secretaria de Coordinación

Lic. Silvina Cuella

Subsecretario de Desarrollo Institucional

Sr. Alejandro González

Secretaria Administrativa

Lic. Karina Tomatis

Secretaria Académica

Lic. Sabrina Bermúdez

Subsecretaria Académica

Mgter. Natalia Becerra

Secretaria de Investigación

Dra. Eva Da Porta

Secretaria de Extensión

Lic. Valeria Nicora

Secretaria de Posgrado

Dra. Andrea Torrano

Secretaria de Asuntos Estudiantiles

Lic. Paula Prada

Prosecretaria de Relaciones Internacionales

Dra. María Teresa Piñero

Prosecretario de Comunicación Institucional

Esp. Gino Maffini

Dirección de Graduados

Esp. Daniela Ponce de León

Directora de Formación Docente, Tecnología Educativa y Conocimiento Abierto

Dra. Verónica Plaza

Director de Gestión Docente y Concursos

Prof. Magister Federico Reche

Directora de la Licenciatura en Sociología

Dra. Sabrina Villegas Guzmán

Director de la Licenciatura en Ciencia Política

Dr. Marcelo Nazareno

Director de la Licenciatura en Trabajo Social

Lic. Exequiel Torres

Director Centro de Estudios Avanzados

Dr. Marcelo Casarin

Director Instituto de Investigación y Formación en Administración Pública

Mgter. Javier Moreira Slepoy

Directora Instituto de Política, Sociedad e Intervención Social

Lic. Rossana Crosetto

Director Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (Conicet-UNC)

Dr. Adrián Carbonetti



Facultad de Ciencias Sociales Universidad Nacional de Córdoba

PROGRAMA 2026

INTRODUCCIÓN A LA SOCIOLOGÍA

Prof. Adjunto: Luis ARÉVALO

Prof. Asistentes: Juan ZANOTTI; Guido MONTALI; Ana LÁZZARO; Mariano SCHEJTER.

Carrera: Lic. en Sociología

Ubicación en el Plan de Estudios: Ciclo de Nivelación (1º año - 1º cuatrimestre).

Modalidad: teórico-práctica. Dictado: 6 semanas. (50 hs)

FUNDAMENTACIÓN

La asignatura *Introducción a la sociología* se propone como un primer acercamiento -en diálogo con las inquietudes, expectativas y conocimientos previos de los y las estudiantes- a un campo de estudios que asume como desafío la ruptura con el sentido común y la desnaturalización de lo social como claves para la comprensión del mundo.

La sociología emerge como disciplina en los albores del siglo XIX afirmándose sobre un supuesto propio de la modernidad europea: que las sociedades son producto de su propia acción, y que por ello pensar, estudiar y comprender lo social -para eventualmente incidir en su desenvolvimiento- se vuelve una tarea ineludible.

Si bien ese horizonte fundacional orientó en buena medida las primeras elaboraciones sociológicas, lo cierto es que la pregunta acerca de la especificidad y utilidad de la sociología -así como de las perspectivas y métodos de análisis adecuados para el abordaje de procesos sociales cada vez más complejos- ha sido recurrente a lo largo de los debates de la historia del campo disciplinar.

En ese sentido, nuestro primer eje de contenidos gira en torno a **los orígenes y la delimitación del conocimiento sociológico con pretensiones científicas**, reconstruyendo los procesos socio-históricos que dieron lugar a perspectivas y categorías teóricas que procuraron comprender y explicar las emergentes sociedades modernas europeas. El propósito de esta unidad introductoria es identificar las bases fundantes del campo sociológico, sobre las cuáles se suscitaron posteriormente gran parte de los debates y dilemas acerca del objeto, el método y el alcance del conocimiento sociológico.

El segundo eje se organiza alrededor de las preguntas acerca **de qué es y para qué sirve la sociología**, asumiendo que el ingreso a la carrera es una oportunidad para provocar nuevas reflexiones a partir de los propios intereses de los y las estudiantes. Esta será una puerta de entrada para un diálogo en torno al objeto de la sociología, su estatuto científico y la relación entre ciencia social y acción política, así como respecto del mundo contemporáneo y de los principales temas, problemas y enfoques que le han dado forma a este campo disciplinar.

La tercera unidad se enfoca en la constitución del campo disciplinar, retomando el escenario de la modernidad europea como contexto de surgimiento, para luego, profundizar en el proceso de **institucionalización de la sociología en Argentina y Córdoba** como campos académicos, y finalmente, se sitúa el proceso de constitución de la sociología en el ámbito de la Universidad Nacional de Córdoba. En este eje temático se propone delinear en grandes trazos la historia de las tradiciones intelectuales que configuraron el debate sociológico en el país en las últimas décadas. Abordaremos aquí los discursos y las prácticas de sociólogos/as en diferentes contextos políticos e institucionales, como una forma de aproximarnos a las discusiones del campo profesional.

OBJETIVOS

- Promover reflexiones acerca de los objetos, características y horizontes de la sociología, a partir de los intereses y saberes previos de los y las estudiantes.
- Reconocer el contexto de surgimiento de la sociología en la modernidad europea, así como las trayectorias y debates que a lo largo de la historia dieron forma al campo de la sociología en nuestro país.
- Introducir la discusión de diferentes enfoques y perspectivas teóricas que han contribuido al surgimiento de la sociología como campo delimitado de las ciencias sociales.

METODOLOGÍA

La asignatura se divide en instancias de **clases teóricas y prácticas**. En las primeras, se desarrollarán los distintos contenidos conceptuales que forman parte de las unidades del programa, a través de exposiciones dialogadas. En las clases prácticas, se trabajará en comisiones (grupos más reducidos) y la modalidad planteada serán actividades de vinculación teórico-práctica, en las que se buscará propiciar la reflexión de la realidad social a partir de algunas claves conceptuales sociológicas. Se prevé el desarrollo de actividades prácticas grupales, antes y durante de las instancias de clases prácticas. Se entiende que los trabajos prácticos constituyen mediaciones para la apropiación conceptual de las discusiones que presenta el docente en los teóricos, poniendo énfasis en el desarrollo de las capacidades de análisis y crítica argumentativa por parte de las/os estudiantes. Asimismo, está contemplado también instancias virtuales como parte de la cursada, las cuáles pueden incluir actividades prácticas por medio del aula virtual, clases sincrónicas (teóricas, prácticas o de consulta) a través de Meet. En todas las modalidades propuestas, se trabajará articuladamente entre teoría y práctica a partir de los núcleos conceptuales desarrollados en el cronograma previsto.

CONTENIDOS

Unidad 1: Las bases de la Sociología como disciplina científica

Orígenes de la sociología. Los cambios de la Modernidad como enigma sociológico. Los "fundadores" de la disciplina: la Sociología Clásica y sus principales corrientes teóricas. Los grandes diagnósticos de la sociedad moderna. El estatuto científico de la sociología y las bases fundantes de la disciplina. El concepto de Imaginación sociológica.

Bibliografía obligatoria para los/as estudiantes¹

- Eberhardt, María. (2013). Teorías y perspectivas sociológicas. Las matrices fundamentales del pensamiento sociológico: Marx, Durkheim, Weber (pp 57 - 88). En: Villanueva, E; Eberhardt, M.L; y Nejamkis, L.. Introducción a la Sociología.
- Giddens, Anthony (2000). Sociología. Madrid: Alianza Editorial. Cap. ¿Qué es la sociología? (pp. 27-50).
- Wright Mills, Charles. (1986). Capítulo I "La promesa". En Wright Mills, C. La imaginación sociológica. México: FCE. Pp. 23-43.

¹ La bibliografía básica obligatoria se consigna en el orden sugerido de lectura

Bibliografía de consulta y de referencia

- Alexander, Jeffrey C. (2000). Qué es teoría. En: *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial. Análisis multidimensional*. Barcelona: Gedisa.
- Archenti, Nélica y Aznar, Luis. (1996). "Actualidad del Pensamiento Sociopolítico Clásico". Introducción y Primera Parte (Páginas 11 a 82). Eudeba. Argentina.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich (2000). "Burgueses y proletarios", en Manifiesto del Partido Comunista, Ediciones el Aleph, Buenos Aires, páginas 25 a 48.
- Portantiero, Juan Carlos (1990). El origen de la sociología. Los padres fundadores. En: *La sociología clásica: Durkheim y Weber*. Bs. As. Centro Editor de América Latina (CEAL).

Unidad 2: Pensar y hacer Sociología. ¿De qué se trata y para qué sirve?

La sociología como ejercicio de distanciamiento y reflexión sobre lo social. Sociología y sentido común. La cuestión de los objetos, perspectivas y métodos. La sociología frente a las exigencias sociales: conocer, juzgar, transformar. La desnaturalización del mundo social y los propósitos del conocimiento sociológico. Distintas formas de construcción del objeto sociológico.

Bibliografía obligatoria para los/as estudiantes

- Bauman, Zygmunt. (1994). "Sociología ¿para qué?", en *Pensando sociológicamente*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Illouz, Eva (2007). *¿Por qué duele el amor? Una explicación sociológica*. Buenos Aires: Katz. Cap. Introducción (pp. 9-29)
- Kessler, Gabriel y Piovani, Juan I. (2023). Sociología de los entornos cercanos. Redes personales y capital social en la Argentina. *Población & Sociedad. Vol. 31 (1)*, pp. 1-29.
- Lahire, Bernard (2016). *En defensa de la sociología*. Buenos Aires: Siglo XXI. Cap. Introducción (pp.11-14) y Cap. 2. Entender, juzgar, castigar (pp. 29-38).

Recursos gráficos y/o audiovisuales

- Sociograma: "Dime con quién andas..." G. Kessler y J. Piovani. (2025). En: https://www.instagram.com/p/DDZynTxBgl/?img_index=1

Bibliografía de consulta y de referencia

- Benzecry, Claudio, Reed, Isaac y Krause, Mónica (2019). *La teoría social, ahora*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre; Chamboredon, Jean-Claude y Passeron, Jean-Claude (1991). La ruptura. En *El oficio de sociólogo*. México: Siglo XXI.
- Dubet, Francois (2015). *¿Para qué sirve realmente un sociólogo?* Bs As: Siglo XXI.
- Rubinich, Lucas (2006). Tres notas sobre el para qué. En Lahire, Bernard. *¿Para qué sirve la sociología?* Buenos Aires: Siglo XXI (pp. 9-20).

Unidad 3: La Sociología en Córdoba y Argentina

Tradiciones intelectuales e institucionales de la sociología argentina. La sociología, una profesión en disputa. Intelectuales y expertos. Redes académicas e institucionales y formas de legitimación. La institucionalización de la sociología en Córdoba. Los debates sociológicos en Argentina y la región. Los desafíos de la profesionalización.

Bibliografía obligatoria para los/as estudiantes

- Blanco, Alejandro (2004). La sociología: una profesión en disputa. En: Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Bs. As.: Paidós.
- Rubinich, Lucas (2007). La modernización cultural y la irrupción de la sociología. En Daniel James (dir.), *Nueva Historia Argentina*, Tomo IX. Bs. As.: Sudamericana.
- Segura, M. Soledad & Romanutti, Virginia (2021). Las disputas por institucionalizar la sociología cordobesa. *Estudios Sociales Contemporáneos*, (25), 258–282.

Recursos gráficos y/o audiovisuales

- Proyecto Rumbo Sur. “Pioneras”. Mujeres de la Sociología Argentina (Archenti, Argumedo, Aparicio, Barrancos, Chica, Feijoó, Jelin, Sautu, Wainerman)
 - PANEL “Las mujeres piensan las ciencias sociales. Las ciencias sociales piensan a las mujeres”. En: <https://www.rumbosur.org/pioneras/>
 - Ping pong en formato Podcast: 6 preguntas para 6 sociólogas. En: <https://www.rumbosur.org/pioneras/pingpong/>

Bibliografía de consulta y de referencia

- Blanco, Alejandro (2006). La división del campo: sistema de alianzas y estrategias de legitimación. En *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en Argentina*. Bs. As.: Siglo XXI.
- Delich, Francisco (2013). *Memoria de la sociología argentina*. Córdoba: Alción.
- González, Horacio (2000). Cien años de sociología en la Argentina: la leyenda de un nombre. En: Horacio González (comp.), *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*. Bs. As.: Colihue.
- Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (2004). Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina. En: Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Paidós.

CONDICIONES DE CURSADO Y EVALUACIÓN

Las condiciones de cursado y evaluación se ajustarán a lo dispuesto por la reglamentación vigente (Resolución HCD-FCS N° 376/2022). Para aprobar la asignatura, se reconocen las condiciones de *estudiante regular* (para los casos que se obtengan notas entre 4 y 6; *estudiante promocional con modalidad indirecta* (para los casos con calificación de 7) y *modalidad directa* (cuya calificación sea 8 o más). La condición de *estudiantes libres*, se refiere a quienes hayan obtenido calificaciones inferiores a 4 puntos o no se hayan presentado a las instancias evaluativas.

Las instancias de cursado y evaluación son en su totalidad presenciales y están fijadas en el calendario por la Secretaría Académica. Asimismo, se propondrán instancias de clases consultas previo a las fechas de evaluación parcial y examen final.



Luis Arévalo. Prof. Adjunto

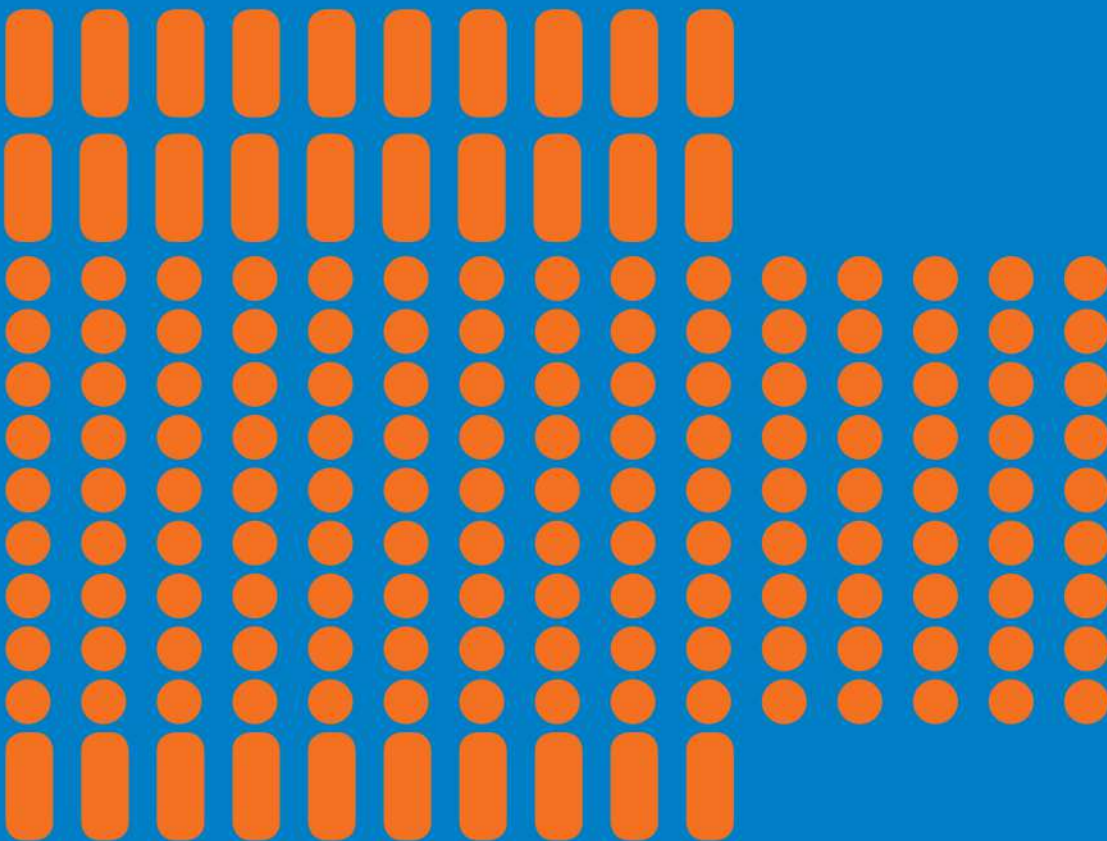
Córdoba, febrero de 2026.

INTRODUCCIÓN A LA **Sociología**

ERNESTO **VILLANUEVA**

MARÍA LAURA **EBERHARDT**

LUCILA **NEJAMKIS**



Universidad Nacional
ARTURO JAURETCHÉ

Villanueva, Ernesto

Introducción a la sociología / Ernesto Villanueva ; María Laura Eberhardt ; Lucila Nejamkis ; dirigido por Carlos Payaslian. - 1a ed. 1a reimp. - Florencio Varela : Universidad Nacional Arturo Jauretche, 2013.

120 p. ; 23x13 cm.

ISBN 978-987-26618-9-2

1. Sociología. 2. Enseñanza Universitaria. I. Eberhardt, María Laura II. Nejamkis, Lucila III. Payaslian, Carlos, dir. IV. Título

CDD 301.071 1

Fecha de catalogación: 27/02/2013

Universidad Nacional Arturo Jauretche

Rector Organizador: **Lic. Ernesto Villanueva**

Director Editorial: Lic. Alejandro Mezzadri

Director Inst. de Ciencias Sociales y Administración: Dr. Fernando Jaime

Introducción a la Sociología

Diseño interior: Critina Amado - Anabel Perassi

Diseño de tapa: Cristina Amado

Realización Editorial:

Universidad Nacional Arturo Jauretche

Av. Calchaquí 6200 - Florencio Varela

Tel.: 011 42756100

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopias u otro medios, sin el permiso previo del editor.

INTRODUCCIÓN A LA SOCIOLOGÍA

**INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y ADMINISTRACIÓN
UNIVERSIDAD NACIONAL ARTURO JAURETCHE**

ERNESTO VILLANUEVA, MARÍA LAURA EBERHARDT Y LUCILA NEJAMKIS



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN , Ernesto Villanueva.....	7
Orden y progreso. Estructura y actor	8
Materialistas e idealistas	11
El surgimiento de la sociología	13
CAPITULO 1: <i>Lo social la naturalización de lo social</i> , Lucila Nejamkis	15
CAPÍTULO II: <i>La Sociología: hacia la conformación de una disciplina científica</i> , María Laura Eberhardt	35
Capítulo III: <i>Teorías y perspectivas sociológicas. Las matrices funda- mentales del pensamiento sociológico Marx, Durkheim, Weber</i> , María Laura Eberhardt	57
CAPÍTULO IV: <i>Pensando desde los intersticios. La Sociología en América Latina y en la Argentina</i> , Lucila Nejamkis	91

CAPÍTULO III: *Teorías y perspectivas sociológicas. Las matrices fundamentales del pensamiento sociológico Marx, Durkheim, Weber*

María Laura Eberhardt

Introducción

Este capítulo se nos presenta eminentemente teórico, debido a que rescata la reflexión filosófica y epistemológica de quiénes fueron considerados por la historia como los “**padres fundadores**” de la Sociología, tanto por su acercamiento a los fenómenos sociales desde una perspectiva novedosa, particular y propia, diferenciada del abordaje específico de cada una de las demás Ciencias Sociales existentes, como por las orientaciones metodológicas que forjaron y aplicaron en dicho camino.

Con este fin, el apartado se aviene a brindar una primera presentación general de las contribuciones teóricas y metodológicas que los tres autores más relevantes para el inicio de la Sociología, a saber: Karl Marx, Émile Durkheim y Max Weber, realizaron, en la era moderna, con miras a su conformación como disciplina científica o “ciencia”.

En efecto, existe un amplio consenso al interior de la comunidad científica social respecto de que la obra intelectual de estos tres creadores representa la más firme base para la edificación de la fase moderna de la investigación empírica sociológica. De hecho, los trabajos teóricos y prácticos de todos ellos constituyen, aún hoy, los más profundos cimientos de la **Sociología** actual.

En este sentido, el capítulo comienza con una breve **referencia biográfica** sobre el nacimiento y la formación intelectual de estos tres autores, seguida del ordenamiento y la representación, en una línea histórica, y desaparición física.

Luego, continúa con una escueta mención y explicación de los principales desarrollos, mecanismos, conceptos, clasificaciones y métodos específicamente aporta-

dos por cada uno de ellos a la constitución de la Sociología como ciencia, los que dejaron su particular huella en el modo de estudiar los fenómenos de la sociedad, como las **relaciones sociales de producción** marxistas, el **hecho social** durkheimiano, la **acción social** weberiana, entre otros.

Posteriormente se presenta, de forma comparada, una síntesis de los más destacados rasgos comunes surgidos en el **abordaje científico** de los “objetos” sociales, pero sin dejar de mencionar los matices particulares y los elementos distintivos que adoptaron en cada uno de tales autores, a fin de poder apreciar las diversas posibilidades que abarcó (y que aún conserva) la disciplina para el desarrollo de la investigación en nuestros días.

Finalmente, se da cuenta tanto de los más sobresalientes **hallazgos** como de las innegables **limitaciones** que estas distintas posturas sociológicas tuvieron, a fin de valorar y poner en perspectiva su ilustre legado al igual que sus tareas pendientes.

Cabe aclarar que, de ningún modo, este apartado pretende (ni tampoco podría siquiera acercarse a ello) convertirse en un desarrollo exhaustivo de la impronta de cada uno de estos amplios, profundos y complejos autores; sino que, más modesta y factiblemente, tan solo aspira a ofrecer una primera, simple y breve **presentación comparada** de los mismos, así como de sus más insoslayables creaciones y aportes a los términos científicos sociales, abriendo las puertas a una inquietud de profundización en sucesivas oportunidades.

Es decir, se propone, sin más (ni menos), trazar los lineamientos y nociones iniciales de los ejes centrales sobre los que se constituyó la Sociología luego de la **Ilustración**, de modo que sirvan para la orientación, ordenamiento y posterior valoración de los mismos, tanto en términos singulares como comparados.

Síntesis de contenido

En términos generales, el capítulo se orienta a:

- Presentar las principales contribuciones teóricas, metodológicas y de análisis empírico, claves para la fundación de la Sociología como disciplina científica, que fueron realizadas por los llamados “padres fundadores de la Sociología”: Marx, Durkheim y Weber.
- Distinguir y apreciar, en forma comparada, las similitudes y diferencias entre sus respectivos enfoques en función de los anteriores aspectos mencionados.

En términos específicos, el capítulo se encamina a:

- Situar el contexto de nacimiento, trayectoria intelectual, producción sociológica y muerte de Marx, Durkheim y Weber (Europa moderna, Iluminismo, Revolución Industrial, Revolución francesa, formación de los Estados modernos, constitucionalismo, Racionalización, profanidad, capitalismo, y nuevos problemas sociales).

- Presentar los conceptos, clasificaciones y metodologías sociológicas propias de cada uno de estos autores.

Señalar las convergencias y divergencias de las propuestas científicas de todos ellos.

- Detectar las fortalezas y debilidades de dichos planteos.
- Estimular la reflexión y abrir el debate sobre la trascendencia del legado de estos autores en los comienzos y desarrollo de la Sociología científica.
- Valorar su influencia e importancia actuales.

Introducción al establecimiento de la Sociología como ciencia

Como sostiene Giddens:

“Los sociólogos necesitan elaborar interpretaciones abstractas (teorías) para explicar la variedad de hechos y datos que recogen en sus estudios de investigación. También precisan adoptar enfoques teóricos al comienzo de sus estudios empíricos con el fin de formular las cuestiones adecuadas para orientar la investigación y encauzar la búsqueda de datos. Pero la **teorización sociológica** no se produce al margen de la sociedad en general” (2010:88).

Es así como, los llamados “padres fundadores de la Sociología”, se orientaron, por ejemplo Marx, a explicar las dinámicas de la economía capitalista y las causas de la pobreza y la desigualdad social; Durkheim, a investigar el carácter de la sociedad industrial y el proceso de secularización; y Weber, a explicar la emergencia del capitalismo y las consecuencias de las formas de la organización burocrática moderna; es decir, todos ellos se ocuparon de comprender las características especiales de las sociedades modernas en las que se formaron y el rumbo hacia el cual estas se dirigían.

El desarrollo de la perspectiva sociológica se hizo posible gracias a dos **transformaciones revolucionarias** centrales: 1) La Revolución Industrial de fines del siglo XVIII y del siglo XIX, que transformó radicalmente las condiciones materiales de producción y de vida, acarreando numerosos nuevos problemas sociales; y 2) La Revolución francesa de 1789, que marcó el final simbólico de los antiguos regímenes agrarios feudales y sus monarquías absolutas, sustituidos por los ideales republicanos de libertad y derechos ciudadanos.

Los filósofos de la **Ilustración** consideraban que el progreso en el conocimiento de las Ciencias Naturales marcaba el camino a seguir para el estudio de la vida social. Las leyes naturales podrían también hallarse en la vida social y política y podían detectarse usando métodos similares.

La Ilustración fue un movimiento cultural europeo que se desarrolló, especialmente en Francia e Inglaterra, desde principios del siglo XVIII hasta el inicio de la Revolución francesa, aunque en algunos países se prolongó durante los primeros años del siglo XIX. Fue denominado así por su declarada finalidad de disipar las tinieblas de la humanidad mediante las luces de la razón.

*El siglo XVIII es conocido, por este motivo, como el **Siglo de las Luces**.*

Los pensadores de la Ilustración sostenían que la razón humana podía combatir la ignorancia, la superstición y la tiranía, y construir un mundo mejor. La Ilustración tuvo una gran influencia en aspectos económicos, políticos y sociales de la época.

Fuente: <http://es.wikipedia.org/wiki/Ilustraci%C3%B3n>

La principal influencia en este sentido provino de Auguste Comte quién sostenía que la ciencia de la sociedad era en esencia similar a la natural. Su enfoque positivista se basó en la observación directa y en el establecimiento de generalizaciones causales tipo leyes. La Sociología debía adquirir un conocimiento fidedigno del mundo social para realizar predicciones sobre él e intervenir y moldear la vida social de forma progresiva.

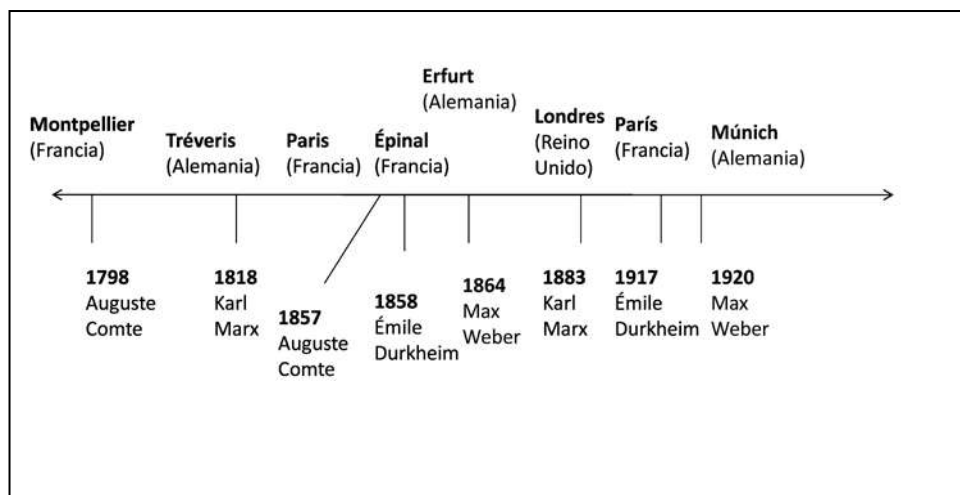
Auguste Comte nació en Montpellier, Francia, el 19 de enero de 1798 y murió en París, el 5 de septiembre de 1857. Se le considera creador del positivismo y de la disciplina de la Sociología, aunque hay varios sociólogos que solo le atribuyen haberle puesto el nombre.

Comte formuló a mediados del siglo XIX la idea de la creación de la Sociología como ciencia que tiene a la sociedad como su objeto de estudio. La Sociología sería un conocimiento libre de todas las relaciones con la filosofía y basada en datos empíricos en igual medida que las Ciencias Naturales. Una de sus propuestas más destacadas es la de la investigación empírica para la comprensión de los fenómenos sociales, de la estructura y el cambio social.

Comte afirma que no es posible alcanzar un conocimiento de realidades que estén más allá de lo dado, de lo positivo, y niega que la filosofía pueda dar información acerca del mundo: esta tarea corresponde exclusivamente a las ciencias.

Fuente: http://es.wikipedia.org/wiki/Augusto_Comte

Marx, Durkheim y Weber en la historia



Las matrices fundamentales del pensamiento sociológico: contextualizando a sus principales autores

Karl Marx nació en una familia de origen judío, de clase media acomodada y culta, su padre se convirtió luego al luteranismo. Fue economista, filósofo, jurista, periodista, pensador socialista y militante comunista. Nunca se consideró un sociólogo profesional aunque buscó una comprensión científica de la sociedad y una explicación del cambio social a largo plazo. Dos de sus obras que más importancia tuvieron en el desarrollo sociológico fueron: *Contribución a la Crítica de la Economía Política* (1859) y *El Capital* (1867).

Émile Durkheim provino también de una familia de origen judío. Fue filósofo, sociólogo y antropólogo. Su obra más influyente para la formación de la Sociología científica fue *Las Reglas del Método Sociológico* (1895).

Max Weber se crió en una familia perteneciente a la burguesía intelectual y liberal, de padre protestante y madre calvinista. Fue jurista, filósofo, economista, historiador y sociólogo. Sus mayores contribuciones a la Sociología como disciplina fueron: *Conceptos Sociológicos Fundamentales* (1920) y *Economía y Sociedad* (1922).

Hacia una Sociología científica: Karl Marx

Karl Marx concebía a la Historia desde una visión **materialista**. Es decir, consideraba que tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no podían comprenderse por sí mismas ni por la evolución general del espíritu humano, sino que

tenían sus raíces en las condiciones materiales de existencia, esto es, en las fuerzas productivas (los instrumentos tecnológicos del trabajo, las destrezas laborales y, lo principal, el sujeto social que ejercía el trabajo sobre la naturaleza y la sociedad), y en las relaciones sociales de producción (los vínculos sociales que se establecían entre los seres humanos para producir y reproducir su vida material y cultural, y que, en el modo de de producción capitalista, expresaban la contradicción antagónica entre los propietarios de dinero y los de fuerza de trabajo¹).

Así, las causas de todas las transformaciones históricas no se encontraban en los cambios de las ideas de los hombres, ni eran primeramente cambios políticos, sino que giraban en torno al poder social (y económico) de las clases, las cuales, a su vez, nacían y existían de las condiciones materiales, tangibles, en que la sociedad de una época producía y cambiaba lo necesario para su sustento (Gambina, 2008:45-46).

Dichas fuerzas productivas y relaciones de producción hacían al modo de producción de una época dada, y se desenvolvían en la **estructura** económica o sociedad civil. Todas las demás cuestiones tanto ideológicas (cosmovisiones, cultura) como políticas (leyes, instituciones de gobierno y poder coercitivo o “espada”), pertenecían al ámbito de la **superestructura** ideológico-política, la cual era condicionada por y se encontraba al servicio de las necesidades de reproducción de la estructura material económica. Para Marx, es el ser social quién determina su conciencia y no viceversa.

*“En la producción social de su vida, los hombres entran en determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la **estructura** económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la **superestructura** jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de la conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, es su ser social el que determina su conciencia” (Marx, 2008:97).*

Este autor, realizó un profundo análisis de la estructura y del desarrollo del **capitalismo**, ofreciendo una nueva teoría de la sociedad y del cambio social.

Como intelectual revolucionario que era, desarrolló una búsqueda teórica para fundamentar una práctica de transformación revolucionaria de la sociedad, pretendiendo integrar teoría y praxis.

¹ <http://globalicemossocialismodiccionario.blogspot.com/2008/02/relaciones-sociales-de-produccion.html>.

En este sentido, ubicó su indagación en tiempo histórico. Analizó las cualidades universales y aquellas otras históricas de cada fase particular de la evolución social, a fin de demostrar que el sistema capitalista no era eterno ni tampoco irremplazable. Por ello se detenía en las especificidades que adquirían las categorías generales (ej. el dinero, la forma de producción) en los contextos históricos particulares (como el capitalismo). De este modo, sostenía que si las categorías propias de cada época eran históricas, la realidad era entonces cognoscible científicamente y modificable. Si el modo de producción capitalista presentaba un carácter específico e histórico concreto, significaba que el mismo no era “normal” ni mucho menos para siempre.

Su obra científica social marcó una **ruptura** con los escritos filosóficos hasta el momento, los que se habían limitado a interpretar el mundo cuando en realidad había que transformarlo.

“Toda la historia de la sociedad humana, hasta nuestros días, es una historia de lucha de clases” (Marx, 1998: 35).

En efecto, Marx concebía a las sociedades, de toda época histórica, como divididas en estamentos o **clases**, de opresores y oprimidos, “empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces, y otras franca y abierta; en una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social, o al exterminio de ambas clases beligerantes” (Ídem). En esta lucha, las clases enemigas se enfrentaban entre sí para conservar el poder (las viejas) y para conquistarlo (las nuevas).

La sociedad burguesa moderna, surgida tras la caída del régimen feudal, no era la excepción a la regla. Por el contrario, subsistían en ella tales antagonismos, pero, esta vez, enarbolados por clases nuevas, nacidas de novedosas condiciones de opresión y con sus propias y distintas modalidades de lucha: la **burguesía** y el **proletariado**, propias y distintivas del modo de producción capitalista. La primera, era dueña de los medios de producción y de sustento, mientras que el segundo, excluido de esta posesión, solo tenía una mercancía que vender: su fuerza de trabajo, y que, por tanto, no quedaba más opción que venderla para poder adquirir los medios de vida más indispensables.

Marx definía a las **clases** como “producto de un largo proceso histórico, fruto de una serie de transformaciones radicales operadas en el régimen de cambio y de producción” (:36-37). Son “grandes conjuntos de seres humanos que comparten un mis-

mo modo de vida y una misma condición de existencia. Se diferencian, se enfrentan entre sí, construyen su propia identidad social y se definen tanto por su posesión o no posesión de los medios de producción como por sus intereses, su cultura política, su experiencia de lucha, sus tradiciones y su conciencia de clase (de sí mismos y de sus enemigos). Las clases explotadoras viven a costillas de las explotadas, las dominan y las oprimen, por eso están en lucha y conflicto permanente a lo largo de la historia”²².

*“La **burguesía** despojó de su halo de santidad a todo lo que antes se tenía por venerable y digno de piadoso acatamiento. Convirtió en sus servidores asalariados al médico, al jurista, al poeta, al sacerdote, al hombre de ciencia” (Ídem).*

*“En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarrollase también el **proletariado**, esa clase obrera moderna que solo puede vivir encontrando trabajo, y que solo encuentra trabajo en la medida en que este alimenta e incrementa al capital” (Marx, 1998:41).*

La **explotación** del capitalista sobre el obrero consistía en que el valor de la mercancía “trabajo”, medida en cantidad de horas de labor socialmente necesaria invertida en su producción y reproducción (esto es, en los bienes de subsistencia que un empleado necesitaba para garantizar su sustento –su vida– en un día), era bastante menor al valor de la producción de ese trabajador durante toda su jornada laboral. Es decir, si reproducir la vida del obrero (el valor de la mercancía trabajo) equivalía a una paga de 6 horas (lo que costaban los alimentos, abrigo, etc., requeridos para mantenerse vivo), la jornada contratada por el capitalista era de 8, 10, 12, 14 y más horas, por lo que el producto de la séptima, octava y siguientes horas trabajadas no era retribuido al obrero y sí, en cambio, apropiado por el patrón en forma gratuita. Por lo que el proletario no se limitaba a reponer al capitalista el valor de su fuerza de trabajo (lo que recibía en forma pago), sino que, además, producía una plusvalía que le era sustraída gracias a las relaciones de producción capitalistas existentes (Gambina, 2008:48-49).

Eran las mismas condiciones de producción capitalista, que exigían tanto una constante acumulación y concentración de la riqueza en manos de algunos individuos, como la explotación y aglutinamiento de la gran masa de trabajadores asalariados de los que se extraía el **plusvalor** (trabajo excedente no remunerado del cual se apropiaba el burgués), las que creaban, en forma inevitable, las condiciones

²² <http://globalicemossocialismodiccionario.blogspot.com/2008/02/clases-sociales.html>.

propicias para la **revolución comunista** en manos de la clase obrera organizada.

*“Los comunistas no tienen por qué guardar encubiertas sus ideas e intenciones. Abiertamente declaran que sus objetivos solo pueden alcanzarse derrocando por la violencia todo el orden social existente. Tiemblen, si quieren, las clases gobernantes, ante la perspectiva de una **revolución comunista**. Los proletarios, con ella, no tienen nada que perder, como no sea sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo entero que ganar.*

¡Proletarios de todos los países, uníos! (Marx:68).

Su método de estudio era **dialéctico**. Buscaba conocer las relaciones recíprocas entre los fenómenos y momentos diferenciados entre sí a modo de una totalidad orgánica y articulada: producción, distribución, intercambio y consumo.

“Este método plantea la unidad de la investigación histórica y de la exposición lógica de los resultados obtenidos, siguiendo la línea: concreto-abstracto-concreto. El conocimiento parte de las contradicciones de la sociedad real (concreto). Luego la teoría abstrae, construye categorías, hipótesis y conceptos, y finalmente vuelve nuevamente a la sociedad, para intervenir en sus contradicciones mediante la praxis (nuevamente concreto). Según Marx, la lógica dialéctica de conceptos y categorías está estrechamente vinculada a la historicidad de la sociedad. La lógica dialéctica de la exposición teórica —el capital— expresa y resume a la historia de la sociedad —el capitalismo—. La clave del método dialéctico está en concebir la sociedad como una totalidad y el desarrollo histórico a partir de las contradicciones”.

Fuente:

<http://globalicemossocialismodiccionario.blogspot.com/2008/02/mtodo-dialctico.html>

Para él, la producción era de tipo social, por lo que su enfoque metodológico era **holista** y no individualista. Esto es, no sustentaba su estudio sobre la consideración de los productores individuales y aislados, ni se acercaba a los fenómenos sociales desde consideraciones de personas particulares (como en la economía clásica liberal), sino como productos del desarrollo social, en un proceso de creación histórica del desenvolvimiento humano. No tomaba al hombre en soledad sino en sociedad y en un momento del movimiento histórico de esta. Así, no implicaba lo mismo el agricultor feudal que el obrero moderno.

Desde su postura **holista**, pensaba que en la producción social de su vida los hombres entraban en determinadas relaciones de producción necesarias e indepen-

dientes de su voluntad que correspondían a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. Así aparecían las relaciones sociales detrás del producto. En tal sentido analizaba relaciones sociales simples y las categorías abstractas que las explicaban.

El hecho de que la sociedad burguesa instalara la imagen del individuo y de las relaciones entre estos a partir de eternizar la forma privada de apropiación del producto del trabajo social no implicaba que el **hombre** fuese naturalmente un ser egoísta, encerrado sobre sí mismo y que gozara de degradar a los demás como medios para sus fines. Contrariamente, para Marx, el hombre era no solo un animal social, sino un animal que únicamente podía aislarse estando en la sociedad. La producción de un individuo aislado podía ocurrir, pero conllevaba necesariamente en sí las fuerzas propias de la sociedad. No interesaba tanto el producto particular como las formas de producirlo y de apropiarse del producto socialmente generado.

La **economía política** no trataba entonces sobre cosas sino sobre relaciones entre personas, mediadas por las cosas, las que se definían por su carácter social. El fenómeno social se explicitaba con conceptos, con categorías que explicaban las determinaciones del funcionamiento de la sociedad.

Era también un científico **empirista**. Su antedicha orientación materialista otorgaba una importancia fundamental a la dimensión empírica de la investigación social, la que debía comenzar por la indagación de los hechos reales y concretos para solo entonces pasar a construir abstracciones teóricas generalizadoras.

No eran las ideas las que construían a la realidad sino que esta última favorecía a la imaginación creativa, la que permitía asumir formas posibles de explicación de lo que realmente existía. En la sociedad burguesa, el modo de producción de la vida material condicionaba el proceso de la vida social, política e intelectual general. La sociedad, desde el poder de sus clases dominantes, definía las instituciones, símbolos e ideas adecuadas para la defensa y reproducción del capitalismo. Desde esta cosmovisión **materialista**, las Ciencias Sociales debían adaptarse llevando a cabo estudios que partieran de la observación empírica (legado positivista), y abandonando las puras especulaciones metafísicas en pos de convertirse en disciplinas rigurosas y confiables.

En la misma línea, tuvo una clara impronta **estructuralista**, en tanto que, como se adelantó más arriba, la estructura económica de la sociedad, formada por el conjunto de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, era la base real sobre la que se levantaba la superestructura jurídico-política y a la que correspon-

dían determinadas formas de conciencia social. Al llegar a una cierta fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entrarían en contradicción con las relaciones de producción existentes (las relaciones de propiedad), dando como resultado un momento propicio para la Revolución social.

Asimismo, y en estrecha vinculación con lo anterior, ha sido catalogado de **economicista**, en tanto sostenía que la realidad económica era la que determinaba a la forma política (y no viceversa). La anatomía de la sociedad civil debía buscarse en la economía y no en el gobierno. Sin embargo, su propósito y obra no constituyeron un puro economicismo en el que la prioridad concedida a las relaciones estructurales por sobre de las superestructurales tuviese un interés neto y exclusivamente económico. Por el contrario, estudiar y criticar la base material de la sociedad es lo que permitiría luego propender a la revolución proletaria, implantar su dictadura temporaria, abolir el régimen capitalista de propiedad privada de los medios de producción, disolver con esto la distinción y antagonismo de clases, esfumar por tanto al Estado burgués y, finalmente, alcanzar la ansiada emancipación humana dentro de una sociedad plenamente igualitaria y comunista.

Finalmente, fue un autor **historicista** y **evolucionista**, que estudió el desarrollo evolutivo de las sociedades, comenzó por el comunismo primitivo, atravesó el feudalismo, avanzó hacia el capitalismo y proyectó, por último, la etapa final del comunismo moderno.

El método sociológico en Émile Durkheim

Como se presentó más arriba, Comte, Marx y otros teóricos contemporáneos a ellos sentaron las bases para el desarrollo de la Sociología, pero en su época aún no se constituía como una disciplina formal ni tenía presencia en las universidades. Necesitaba ganarse un lugar en la academia junto a las Ciencias Naturales. El trabajo de **Durkheim** en Francia supuso un gran avance en este sentido.

Inspirado en el ambiente **positivista** y en los adelantos realizados por Augusto Comte, propugnó la aplicación del método positivo al estudio racional de los fenómenos sociales, el abandono del método especulativo filosófico basado en la imaginación, y la subordinación de esta a la observación. Instaba a analizar los fenómenos sociales desde la perspectiva de las leyes naturales. Para este autor, la voluntad humana no alcanzaba al momento de cambiar la sociedad porque esta última tenía sus propias leyes que habían de ser descubiertas por la ciencia. Solo de tal modo se podría llegar a tener previsión científica y actuar en función de ella en el futuro.

*“En efecto, nuestro principal objetivo es aplicar a la conducta humana el **racionalismo científico**, haciendo ver que, considerada en el pasado es reducible a relaciones de causa y efecto, que una operación no menos racional puede transformar en reglas de acción para el futuro” (Durkheim, 2005:115).*

Desde su enfoque positivista, proponía pensar la Sociología en términos equivalentes a la Biología, para lo cual planteaba una necesaria analogía entre lo vital y lo social. El método sociológico debía imitar por tanto al biológico, basado en la observación pura, la experimentación y la comparación. Las pautas del llamado **monismo metodológico** según el cual existía un único modelo científico válido para todas las disciplinas, el de las Ciencias Naturales, el que, mediante la observación y la experimentación apuntaba a la constitución de leyes o enunciados generales de alto alcance, se hacían presentes en esta perspectiva.

Tras imbuirse en la obra de varios pensadores alemanes halló que diversas disciplinas que tenían por objeto el mundo humano (economía, historia, derecho, ética, antropología) eran investigadas, cada una por su lado, con un mismo planteo metodológico, positivo y general. Todas ellas tenían un gran parecido de familia (idem). Por lo tanto, propuso integrar dentro de la **nueva ciencia**, la Sociología, a todas las demás especialidades de las disciplinas sociales cuyo objeto de estudio eran los hechos sociales.

El siguiente paso consistiría entonces en formular un primer **programa de investigación** para la Sociología como disciplina institucionalizada. Durkheim lo organizó en tres grandes partes: 1) el debate con autores, clásicos y contemporáneos, 2) la fijación del objeto y del método de la Sociología, y 3) su aplicación práctica para solucionar crisis sociales (Robles, 2005:13).

Respecto del último punto, su impronta comtiana se hizo evidente, ya que “concibió la Sociología como una ciencia con una dimensión eminentemente **práctica**, capaz de diagnosticar los males sociales y, por tanto, de prevenirlos y de encauzar el futuro” (idem), todo ello bajo una forma rigurosa de acceso al conocimiento, alejada de la filosofía social y de las meras adhesiones metafísicas.

En cuanto al segundo, y como buen **empirista**, atribuyó a la Sociología el estudio de las realidades, esto es, de los **hechos sociales**, buscando construir una ciencia factualista y desideologizada (Robles, 2005:11-12).

En este sentido, el autor quería independizar a la Sociología de las demás disciplinas que estudiaban el mundo humano a partir de la definición y delimitación de

su propio **objeto** de estudio y de su correspondiente **método**. Dicho objeto fue designado como el **hecho social**, aquello “que era” y no “lo que debía ser”, los cuales, teniendo como protagonistas a los hombres, no eran psicológicos ni biológicos, sino cosas que, aunque no materiales, existían por sí mismas. Por su parte, el **método** más adecuado para indagarlo, consistía, consecuentemente, en la observación, la experimentación y la explicación causal por leyes similares a las de la naturaleza. La Sociología era una ciencia más de la naturaleza como cualquier otra pero con un objeto de estudio distinto y específico, que, por otro lado, le hacía acotar su propio método explicativo en forma no exactamente coincidente con el de las otras disciplinas sociales, pero basado en el modelo de las Ciencias Naturales de las que aquella formaba parte. Esta ciencia positiva empírica poseía un objeto particular en esa nueva realidad natural que era la sociedad, y su método sociológico tenía similares características que los de las ciencias positivas naturales, aunque adaptado al objeto más complejo de todos. Era la ciencia de las instituciones, de su génesis y de su funcionamiento.

Retornando a la noción de **hecho social**, esta implicaba un tratamiento de los mismos como “cosas”, asimilando las realidades del mundo social a las del mundo exterior (material, natural), pero sin intención de degradar las formas superiores del ser a sus modos inferiores, sino al contrario, reivindicar para las primeras un grado de realidad al menos igual al que todo el mundo reconoce a las segundas (Durkheim, 2005:118).

*“No decimos que los **hechos sociales** sean cosas materiales, sino que son cosas con el mismo título que las cosas materiales, aunque de otra manera”*

“La cosa se opone a la idea como lo que se conoce desde fuera a lo que se conoce desde dentro”

*“**Cosa** es (...) todo lo que el espíritu no puede llegar a comprender más que a condición de salir de sí mismo, por vía de observaciones y de experimentaciones...” (Durkheim, 2005:118-119).*

Entre las **características** más importantes de los hechos sociales podían enumerarse: 1) **Objetividad**: en tanto constituían una realidad dada de antemano al observador y no una construcción de este, eran pasibles de ser observados y tratados como cosas, cual entidades objetivas, externas e independientes del observador, susceptibles de ser descriptos en sus características manifiestas; 2) **Exterioridad**: eran realidades que existían por fuera de las conciencias individuales, cosas que se encontraban más allá del investigador, que le venían impuestas desde el mundo material, antes de su nacimiento, y propios de la conciencia común o colectiva; 3) **Imperatividad**: tenían

un poder imperativo, de presión y coercitivo que hacía que se impusieran al individuo por encima de su voluntad, esa presión social se transformaba en coacción efectiva externa cuando los hombres se oponían a las formas de hacer que la sociedad les imponía (normas sociales), apareciendo la sanción, o también como corrientes sociales; y 4) **Generalidad**: eran generales porque eran colectivos y no al revés, es decir, un pensamiento que se encontraba en todas las conciencias particulares no era un hecho social, los hechos individuales adquirían carácter social cuando se presentaban como generales, como permanentes en un determinado tipo de sociedad (por ejemplo las tasas de natalidad), cuando tomaban una existencia propia independientemente de sus manifestaciones individuales (Robles, 2005:40-46).

Por otro lado, los hechos sociales podían **clasificarse**: 1) por su grado de consolidación o fijación: a) hechos sociales cristalizados o normas sociales (leyes, costumbres, convencionalismos sociales), b) corrientes sociales o movimientos sociales espontáneos (entusiasmo colectivo, indignación, exaltación, piedad, etc.); o 2) por su fisiología / anatomía: a) dinámica o maneras de actuar, y b) estática o maneras de ser (maneras de actuar consolidadas) (Durkheim, 2005:37-40).

El hecho social no se definía por su utilidad, pudiendo haber hechos sociales que no sirvieran para nada concreto. En este sentido, Durkheim postulaba un **análisis causalista** (indagando las causas), diferente del análisis funcional (que indagase las funciones).

Lo anterior, iba de la mano de su concepción del **hecho social** en particular y de la **sociedad** en general como **exteriores** (y diferentes) de sus miembros. Por más que la sociedad estuviera compuesta por individuos, no existía dentro de las conciencias individuales. Ciertamente “todas las veces que cualesquiera elementos combinándose generen, por el hecho de su combinación, fenómenos nuevos, hay que concebir que estos fenómenos están situados, no en los elementos, sino en el todo formado por su unión. La célula viva no contiene nada más que partículas minerales, como la sociedad no contiene nada más que individuos” (Durkheim, 2005:122-123).

La síntesis de individuos que constituía toda **sociedad**, daba lugar a fenómenos nuevos, diferentes de los que ocurrían en las conciencias solitarias, eran hechos específicos de la sociedad que los producía y no de sus partes integrantes, eran exteriores a las conciencias individuales de sus agentes. De este modo, los hechos sociales se diferenciaban de los hechos psíquicos.

*“Todo el **pensamiento colectivo**, tanto en su forma como en su materia, debe ser estudiado en sí mismo, por sí mismo, con el sentimiento de lo que tiene de especial, y hay que dejar al futuro el cuidado de investigar en qué medida se parece al pensamiento de los individuos”* (Durkheim, 2005:127).

Frente a tal concepción del objeto de estudio, el **enfoque metodológico** asociado debía ser necesariamente **holista**. En esta línea, el autor diferenciaba la Psicología de la Sociología, siendo que la primera estudiaba fenómenos que se daban en la conciencia individual, mientras que la segunda se abocaba a aquellos propios de la conciencia colectiva. La sociedad, a pesar de estar compuesta por individuos, conformaba una síntesis nueva en la que aparecían fenómenos novedosos y diferentes de los que ocurrían en las conciencias solitarias de tales individuos. Al igual que lo que ocurría en el mundo natural, existía un importante salto de lo individual a lo colectivo que exigía una mirada propia y diferente para cada uno.

La **sociedad** o el hecho social no se explicaban a partir de las intenciones o finalidades atribuidas por los individuos o agentes. La sociedad no era una mera suma de personas sino que el sistema formado por la asociación de estos representaba una realidad específica con caracteres propios, una individualidad psíquica de un nuevo género y naturaleza, un nuevo ser, independiente de sus partes componentes, que pensaba y sentía diferente a ellos aisladamente considerados. Los hechos sociales debían explicarse atendiendo a la sociedad y no a la naturaleza de los individuos que la componían (fenómenos psi).

También en términos metodológicos era igualmente un pensador **estructuralista**, en tanto afirmaba que los hechos sociales comprendían maneras de hacer o de pensar susceptibles de ejercer sobre las conciencias particulares una influencia coercitiva (ídem). De algún modo lo colectivo (macro) se imponía por sobre lo particular (micro). Los hechos sociales no dependían de la voluntad humana, sino que eran fuerzas con entidad propia capaces de generar otras fuerzas.

Ocupado en convertir a la Sociología en una disciplina eminentemente científica, redactó un **Tratado metodológico** en el que formuló las conocidas reglas del método sociológico, a saber: 1) precauciones a ser adoptadas en la **observación de los hechos sociales**, los cuáles debían ser abordados por el investigador como “cosas”, datos, realidades dadas de antemano al observador y en las cuales este no intervenía sino pasivamente, a) descartando sus propias opiniones, ideales o temores, b) tratándolos y describiéndolos

como objetos, en sus cualidades exteriores, como realidades independientes de los sujetos, desvinculados de estos y del modo en que se los representaban, c) como cosas que poseían una naturaleza propia, idéntica, estable, constante, cristalizada (general, institucionalizada) por encima de sus manifestaciones particulares y contingentes, y que eran capaces de resistir a la voluntad humana (por lo que constituían materia de ciencia); 2) un modo adecuado de **plantear los principales problemas**, distinguiendo lo sano (normal, que se atiene a la norma) de lo patológico (enfermo, por fuera del tipo social medio o general), teniendo en cuenta que no había “la sociedad” sino “las sociedades” y que estas cambiaban y evolucionaban con el tiempo; 3) el sentido que debía imprimirse a las **investigaciones sociológicas**, a partir de la constitución de tipos sociales y su posterior determinación de condiciones de salud o enfermedad, lo que permitiría agrupar a los hechos sociales y facilitar la explicación, una explicación descriptiva y causal, donde la causa de un hecho social no era más que otro hecho social y nunca las funciones atribuidas a estos por sus agentes individuales (método externo experimental y no introspectivo); y 4) las reglas que debían presidir la realización de **pruebas** seguras y rigurosas de los resultados de dichas investigaciones, a través del uso de un método causalista comparativo que estudiara las variables concomitantes a fin de establecer leyes generales que vinculasen causalmente a los hechos sociales, así, se deseaba encontrar las causas y efectos de los fenómenos sociales a través de su comparación, sabiendo que a un mismo efecto le correspondía siempre una misma causa, por lo que el análisis de las variaciones concomitantes implicaba relacionar dos fenómenos y comprobar cómo las variaciones de uno de ellos conllevaba variaciones del otro, produciéndose entre ambos un paralelismo señal de una relación causal, cuya repetición permitiría verificar los resultados.

Alidad natu

La ruptura Weberiana

Desde que Immanuel Kant³ estableció su separación entre la naturaleza o ámbito del cuerpo, en el cual regía la causalidad natural, y el mundo de la cultura humana o ámbito del espíritu, en el cual reinaba la libertad, “la filosofía posterior a Kant siguió reclamando para la dimensión cultural de la vida humana un tipo de conocimiento específico, que requería a su vez instrumentos metódicos específicos y diferentes de los empleados en el conocimiento científico de la naturaleza. Las ‘ciencias de la cultura’ se entendían como ciencias claramente diferenciadas de las ciencias de la

3 Nació en Königsberg, Prusia, el 22 de abril de 1724 y murió, en la misma ciudad, el 12 de febrero de 1804. Fue un filósofo de la Ilustración, uno de los más importantes representantes del idealismo alemán.

naturaleza” (Abellán, 2010:9). La disputa entre ambas esferas se simplificaba en los términos “comprensión” versus “explicación causal”.

Otro antecesor del pensamiento weberiano, Wilhelm Dilthey⁴ sostenía que las ciencias de la cultura requerían un método diferente al de las Ciencias Naturales ya que en las primeras el sujeto y el objeto de conocimiento eran de la misma índole y ámbito (la cultura, la historia), mientras que en las segundas la naturaleza aparecía como exterior al investigador. Las acciones de las personas tenían un significado que debía ser comprendido por las ciencias de la cultura. Para ello recomendaba emplear el método hermenéutico que permitía descubrir el sentido objetivo de los fenómenos culturales a través de la interpretación particularizante y la reconstrucción empática y psicológica del contexto cultural e histórico del fenómeno en cuestión, de modo opuesto a la explicación causal fundada en la construcción de leyes generalizadoras de validez universal (Abellán, 2010:10-11).

Sobre ese lineamiento, Weber pretendía conformar una Sociología científica y objetiva, orientada a percibir la significación cultural y el motivo de un fenómeno social. Una **ciencia comprensiva** abocada a explicar, pero, por sobre todas las cosas, a comprender la acción social.

*“La **ciencia social** que queremos promover es una ciencia de la realidad. Queremos comprender la realidad de la vida que nos circunda, y en la cual estamos inmersos, en su especificidad; queremos comprender por un lado, la conexión, y significación cultural de sus manifestaciones individuales en su configuración actual, y, por el otro, las razones por las cuales ha llegado históricamente a ser así y no de otro modo” (Weber, 1973:61).*

La **explicación causal** aplicada ahora a la **interpretación** de los fenómenos de la cultura humana no propendía a la subsunción de un fenómeno bajo una ley general, sino a comprender la realidad, en su ser así individual y concreto. La comprensión de los fenómenos culturales requería captar su individualidad, la que se manifestaba con el conocimiento del contexto, esto es, el motivo que la originaba y le daba sentido (Abellán, 2010:14).

4 Nació en Biebrich, Renania, Alemania, el 19 de noviembre de 1833 y murió el 1 de octubre de 1911. Fue un filósofo, historiador, sociólogo, psicólogo y estudioso de la hermenéutica (estudio de las interpretaciones y significados de textos).

Conocer las razones que impulsaban la acción (su por qué) se diferenciaba de la tarea de entender su mera factualidad (lo que hacía un agente), (ídem). Estas actividades, implicaban dos puntos de vista diferentes sobre la misma acción, dos formas distintas de acercarse a ella, de percibirla, de estudiarla. La primera, ofrecía una explicación de la acción que era peculiar del mundo humano, relativa a su significado “interno”, mientras que la segunda, la asimilaba indiferenciadamente al conjunto de los fenómenos naturales, priorizando la observación de sus características “externas”. Para Weber, lo específico de la Sociología consistía en desentrañar el sentido oculto más que en describir lo manifiesto.

No obstante, esto no implicaba que el autor se desentendiera del abordaje de lo **empírico** o lo concreto. Por el contrario, como se anticipó más arriba, bregaba por construir una ciencia social de la realidad. De hecho, una de sus más importantes obras, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, mantenía un interés central en indagar los motivos de por qué el capitalismo se había desarrollado exclusivamente en Occidente, para lo cual, intentaba desentrañar los rasgos específicos que diferenciaban a la industria moderna de los anteriores tipos de actividad económica, asociándolos a los principios propios del ascetismo protestante. Así, se adentraba en el análisis de los hechos del pasado observando la actitud hacia la acumulación de riqueza típica del capitalismo y, por ello, desconocida hasta entonces, a fin de demostrar que esta inusual combinación de características provenientes del puritanismo había sido vital para el desarrollo económico particular de Occidente.

*“¿Qué serie de **circunstancias** han determinado que precisamente solo en Occidente hayan nacido ciertos fenómenos culturales, que (...) parecen marcar una dirección evolutiva de universal alcance y validez? (Weber, 1979:5).*

*“... en **Occidente**, el capitalismo tiene una importancia y unas formas, características y direcciones que no se conocen en ninguna otra parte” (Weber, 1979:11).*

*“... determinar la influencia de ciertos ideales religiosos en la formación de una “mentalidad económica”, de un **ethos** económico, fijándonos en el **caso concreto** de las conexiones de la ética económica moderna con la ética racional del protestantismo ascético” (:18).*

A su inclinación **empirista** relativa al estudio de las acciones concretas se sumaba así su impronta **historicista**. No obstante, si bien se distanciaba del positivismo en tanto rechazaba el paradigma de ordenamiento mecánico del mundo social y la analogía entre el comportamiento humano y el de la naturaleza, anteponiendo por el contrario la existencia histórica del hombre como principio orientador de los

estudios sociológicos, criticaba a su vez las limitaciones metodológicas de las investigaciones históricas y sociales en Alemania, que impedían adquirir un status científico como las demás disciplinas (Pinto, 1998:9), razón por la cual buscará conciliar comprensión y explicación.

Volviendo a la **comprensión** del significado de una acción, de sus motivos, esta se refería a desentrañar el significado subjetivo, el que era atribuido por el sujeto a su actuación, y que daba su tono a la Sociología comprensiva o interpretativa de Weber (Abellán, 2010:15-16).

Explicar un acontecimiento histórico de ningún modo podía significar aislarlo del contexto sociocultural para remitirlo a otros factores aislados. Un hecho histórico era expresión particular de una sociedad, por lo que solo la comprensión del sentido del movimiento de la vida social en su totalidad (el para qué) posibilitaba la explicación. Los sucesos singulares eran meros tramos o momentos del movimiento intencional de la vida entera de una sociedad, por lo que carecía de significado la búsqueda de leyes en Ciencias Sociales. El fin hacia el que intencionalmente se movía la vida humana en un tiempo determinado, confería sentido al hecho y explicaba su existencia. Las Ciencias Sociales requerían, de este modo, un método hermenéutico-teleológico que permitiera comprender la dirección y finalidad del desarrollo de la sociedad en su conjunto y, luego de ello, comprender el hecho singular, como su etapa (Aguilar Villanueva, 1989).

Acceder a los motivos de una acción permitía **comprender** su significado, particularmente cuando se trataba de una acción racional (principalmente instrumental, o de medios-fines). En cambio, en aquellos actos cuyos motivos no eran racionales (sino, por ejemplo, tradicionales o afectivos), no había la misma fiabilidad en cuanto a la posibilidad de entender su sentido (Abellán, 2010:15).

*“El **método científico** consistente en la construcción de tipos investiga y expone todas las conexiones de sentido irracionales, afectivamente condicionadas, del comportamiento que influyen en la acción, como ‘desviaciones’ de un desarrollo de la misma ‘construido’ como puramente racional con arreglos a fines”.*

*“La construcción de una acción rigurosamente racional con arreglos a fines sirve en estos casos a la Sociología (...) como un tipo (**tipo ideal**), mediante el cual comprender la acción real, influida por irracionalidades de toda especie (afectos, errores), como una desviación del desarrollo esperado de la acción racional”.*

*“De esta suerte, pero solo en virtud de estos fundamentos de conveniencia metodológica, puede decirse que el método de la Sociología ‘comprensiva’ es ‘**racionalista**’” (Weber, 2008:7).*

El enfoque metodológico propicio para tal abordaje era claramente **individualista**: se trataba de indagar el sentido subjetivo de la acción, es decir, el que cada individuo otorgaba a su acto. Sin embargo, su concepción individualista se distanciaba de la del utilitarismo, ya que “la defensa del hombre de cultura, autónomo y reflexivo, que realiza Weber, poco tiene que ver con la reivindicación del hombre económico, orientado por la búsqueda de la maximización de sus beneficios” (Pinto, 1998:33).

A diferencia del holismo de Marx y de Durkheim, este autor no consideraba a los conceptos colectivos del tipo clase, Estado, nación, pueblo, partido, a modo de sujetos pasibles de detentar intenciones, deseos o preferencias propias, y, por ello, no se constituían en sujetos (“objetos”) de estudio en sí mismos. Contrariamente, solo el **significado subjetivo** se comportaba como variable explicativa independiente, el que no podía ser reducido a otros factores por encima o fuera de este: “Es él el que define la base de cualquier explicación de la acción, sea en el caso de un sujeto individual o en el de un sujeto-tipo, es decir, un exponente de una categoría social-profesional determinada (el científico, el empresario, el creyente, etc.)” (Abellán, 2010:16).

De este modo, solo se concentraba en el estudio de la **conducta** de los actores individuales, averiguando el sentido por ellos otorgado y rechazando las filosofías que atribuían la orientación de los procesos históricos a factores supraindividuales como “el desarrollo del espíritu universal”. El trabajo de la Sociología comenzaba en el agente y en los motores de su actuación.

No obstante, su idea de la **comprensión** como método sociológico, no se asimilaba al de **empatía**, consistente en reproducir la situación psicológica de los otros o en “ponerse en su lugar”. Weber rechazaba la pretensión “de que el intérprete pueda suspender el efecto de sus intereses, valores y conceptos, revivir empáticamente la experiencia de vida del autor y comprender el significado original de sus obras o acciones”, ya que, diferencialmente, creía que “el significado de toda obra humana está en parte determinado por su autor y en parte por el intérprete” (Velasco Gómez, 2000:7).

Al igual que hizo Durkheim, aunque con un fin diferente, separó a la Sociología de la Psicología, es decir, la labor de explicar racionalmente una acción o el proceso de conocimiento de los motivos que la impulsan, de aquella otra de colocarse en una situación psicológica real equivalente con el objeto de revivir la experiencia singular de ese hombre. A diferencia de esto último, comprender tenía que ver con detectar elementos determinantes del comportamiento que eran asimismo comunicables a

través del lenguaje: “la comprensión del significado que los agentes individuales dan a sus acciones lleva de esta manera hacia el marco en el que se establece la **intersubjetividad** hacia la ‘acción social’” (Velasco Gómez:17).

Por tanto, así como el objeto de estudio de la ciencia social fue para Marx, la clase social y, para Durkheim, el hecho social, la **acción social** lo fue para la Sociología de Weber.

*“Debe entenderse por **Sociología** (...): una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social para de esa manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos”.*

*“Por ‘**acción**’ debe entenderse una conducta humana (...) siempre que el sujeto o los sujetos de la acción enlacen a ella un sentido subjetivo”.*

*“La ‘**acción social**’, por tanto, es una acción en donde el sentido mentado por su sujeto o sujetos está referido a la conducta de otros, orientándose por esta en su desarrollo” (Weber, 2008:5).*

La **acción social** era entonces todo comportamiento individual o grupal que tenía un sentido subjetivo reconocido por los actores y, la **comprensión**, el mejor modo de acercarse a este.

Específicamente por **comprensión** Weber entendía: 1) la comprensión **actual** del sentido mentado en una acción (una especie de captación inmediata del significado de la acción en el momento en que ocurre y somos testigos de ella, por ejemplo, la comprensión irracional de un estallido de cólera manifiesto en gestos faciales y gritos) y también, 2) la comprensión **explicativa**, que implicaba comprender por sus motivos qué sentido había puesto en ello su autor, para qué lo hizo en ese momento, brindando una conexión de sentido comprensible para el observador (más allá de la explosión de cólera evidente en forma actual a nivel gestual, la comprendemos por sus motivos cuando sabemos que hubo detrás de ella: celos, honor lesionado, vanidad enfermiza), (Weber, 2008:9).

Estas conexiones de sentido transmisibles permitían una comprensión a modo de explicación del desarrollo real de la acción, así, **explicar** consistía, para la ciencia ocupada del sentido de la acción, en captar la conexión de sentido en que se incluía una acción, una vez comprendida de modo actual, a partir de su sentido “subjetivamente mentado” (idem).

Así, la **Sociología** se constituía en una ciencia que pretendía tanto **comprender** el significado de una acción como **explicar causalmente** su realización y sus consecuencias. Correspondencia en el significado (hermenéutica) más correspondencia causal, unir el trasfondo idealista de la comprensión del sentido con la concepción positivista de la explicación causal, aunque con un cierto énfasis en la primera, que preparaba la información necesaria para la segunda (Abellán, 2010:43-44).

A los criterios interpretativos del significado se agregaba la requerida prueba de la relación causal entre dos fenómenos. Para que hubiera una explicación causal de un fenómeno de la cultura humana tenía que comprobarse tanto la existencia de una correspondencia racional entre el fenómeno y su hipotético motivo como una demostración de que había sido generado efectivamente por dicho motivo (Abellán, 2010:46). Para que las regularidades observadas fuesen consideradas como sociológicas debían poder decir algo sobre el significado de esas acciones, sobre cuál era la razón congruente explicativa de esas acciones que mostraban regularidad.

En síntesis, la tarea de la **Sociología** consistía en comprender interpretando el sentido subjetivo de la acción, los motivos éticos de los sujetos que impulsaban a realizarla; así como explicar causalmente su desarrollo y efectos (Abellán, 2010:47), en tanto comportamiento racional, demostrado por la investigación empírica.

A tal fin, la disciplina científica social debía construir **tipos conceptuales** o **ideales puros**, a modo de herramientas analíticas que hicieran posible el estudio de las acciones reales, las cuales, por cierto, combinaban en los hechos a más de uno de ellos.

Así, los **tipos de acción social** sugeridos por Weber pueden ordenarse por el criterio de la racionalidad del siguiente modo: 1) **acción racional-instrumental**, cuya racionalidad consistía en entenderse a sí misma como un medio para conseguir un fin, una acción racional dirigida a la consecución de una meta a través del cálculo y la elección de los medios más adecuados para obtenerla; 2) **acción racional con arreglo a valores**, realizada por el convencimiento del valor que tenía en sí una determinada acción, sin considerar sus resultados, o, aunque pudiesen estos no ser útiles para el agente, la acción se concretaba igualmente porque plasmaba el cumplimiento de un deber, se hacía “porque” y no “para”, por lo que no se consideraba su colisión con otros fines o valores, negando la diferenciación entre fines y medios, donde la acción era una meta en sí misma y no un medio para la obtención de otro bien por fuera de ella; 3) **acción emotivo-reactiva**; y 4) **acción tradicional**. Estas dos últimas en el límite de lo que era acción o comportamiento provisto de un signi-

ficado consciente, sin consideración racional de relación medio-fin, irracionalmente impulsadas por sentimientos, reacciones espontáneas o costumbres establecidas (Abellán, 2010:19-21).

De estas cuatro formas típicas ideales, que de ningún modo pretendían agotar la diversidad de acciones posibles de los hombres, sino agruparlas bajo sus características generales más importantes; la que en mayor medida posibilitaba al sociólogo intérprete comprender, entender y explicar el sentido de la acción a partir de sus motivos y objetos, era el **tipo racional instrumental** con arreglo a fines, mientras que la 3 y 4, eran ubicadas “en el límite del comportamiento guiado” por un ‘significado consciente’ (Weber, 2010:102), al cual traspasaban a menudo, y por lo tanto resultaban no racionales, desviadas y de difícil comprensión y explicación científica.

En los Estados modernos, en el capitalismo empresarial, en la ciencia empírica y en la tecnología, en el derecho formal y en la dominación burocrática racional, predominaba el tipo 1 de acción, como consecuencia del proceso de racionalización y desencantamiento de la sociedad que avanzaba de la mano del protestantismo ascético. No obstante, el hecho de que la Sociología comprensiva fuera **racionalista** radicaba en el método racionalista empleado, que otorgaba predominio al tipo de acción racional con arreglo a fines a la hora de entender y explicar las actuaciones de los hombres, y no así por creer que la acción racional dominara el mundo.

“Como toda acción, también la acción social puede ser caracterizada:

*1) por utilizar las expectativas generadas por el comportamiento de las otras personas y de las cosas del mundo exterior como un ‘medio’ o como una ‘condición’ para los fines de uno mismo, fines pretendidos y considerados racionalmente como un resultado a conseguir (acción caracterizada por una racionalidad que considera la acción como **medio** para conseguir un resultado);*

*2) por la creencia consciente en que un determinado comportamiento posee un **valor** propio absoluto (un valor ético, estético, religioso o como quiera que sea) como tal comportamiento, independientemente de los resultados (acción caracterizada por una racionalidad que considera la acción como tal, como un valor);*

*3) por reacciones espontáneas y sentimientos (acción reactiva, o más concretamente **emocional**);*

*4) por una costumbre arraigada (acción **tradicional**)”.*

(Weber, 2010:101-102).

Lo que a la Sociología le interesaba de la acción social eran sus **regularidades** o repeticiones, realizadas por el mismo o varios sujetos, y observables para el investigador; a diferencia de la historia que analizaba los fenómenos individualizados en cuanto tales (Abellán, 2010:22).

Dichas regularidades podían constituir un cierto **orden**, el que implicaba el “contenido de una relación social solo cuando la acción se guía (...) por determinadas máximas” (Weber, 2010:115). Es decir, cuando los partícipes de una acción o relación social orientaban su actuación por la idea de que existía un orden legítimo, aquél cuyas máximas se consideraban obligatorias. En este sentido, el orden movía, junto con otros motivos, a ciertas acciones que, por ello, se convertían en regulares. No obstante, para el autor, un orden que se cumpliera solamente por motivos de la racionalidad que consideraba a la acción como un medio para un resultado sería mucho más frágil que otro en que el agente se guiara por la costumbre, tradición o afecto.

Así, la estabilidad de un orden político dependería de su mayor o menor grado de **legitimidad** entre los “dominados”, la cual podía provenir de: 1) la creencia en la **legalidad** de las normas por haberse realizado mediante un procedimiento formalmente correcto, 2) la creencia en que determinadas normas tenían un **valor** en sí mismas (ej. el derecho natural), 3) la creencia **emotiva** en un anuncio profético o carismático y 4) la creencia en la **tradición**. Cada una de estos tipos ideales de legitimidad posible se correspondía con uno de los anteriores tipos de acción social, aunque, no obstante, los regímenes reales mostraban, más allá del predominio de alguna de estas acciones en particular, su coexistencia con las restantes.

La dominación característica de los Estados modernos capitalistas era la 1, o legal-racional, cuya acción prototípica era la instrumental con arreglo a fines. Implicaba la creencia en la legalidad, la obediencia a normas que se habían establecido correctamente desde el punto de vista formal y en la forma habitual. La legitimidad basada en el carácter sagrado de la tradición era la más antigua y universal. La creación consciente de nuevos órdenes fue originariamente obra de las revelaciones dadas a los profetas.

*“Los agentes pueden atribuirle **legitimidad** a un orden:*

- a) en virtud de la **tradición**: la legitimidad de lo que ha existido siempre,*
 - b) en virtud de una creencia arraigada en el ánimo, específicamente de carácter **emocional**: la legitimidad de lo revelado y de lo modélico,*
 - c) en virtud de una creencia en que algo tiene un **valor** absoluto: la legitimidad de lo considerado como absolutamente válido,*
 - d) en virtud de que esté estatuido positivamente, creyendo en la **legalidad** de lo estatuido. Los partícipes pueden considerar esta legalidad legítima o en virtud de un acuerdo de los interesados a favor de esta legalidad o en virtud de la imposición y del sometimiento (sobre la base de un poder de hombres sobre hombres considerado como legítimo).*
- (Weber, 2010:125).*

Por último, resta ahondar en la **metodología** sugerida por el autor. Como adelantamos más arriba, proponía la elaboración y el uso de **tipos ideales**, que eran construcciones conceptuales útiles para operar con la variada realidad histórica. Permitían sistematizar, clasificar y analizar el caos de las informaciones provenientes de los hechos del mundo humano, trabajando en Ciencias Sociales con conceptos claros, precisos y firmes. A su vez, posibilitaban avanzar más allá del historicismo, el cual no operaba con conceptos tipo, sino con narraciones individualizadas de los fenómenos históricos particulares, en las que se empleaba el acceso empático o psicológico para describir y entender los acontecimientos y las actividades humanas del pasado, tratadas como específicamente únicas e irrepetibles (Abellán, 2010:34).

En claro rechazo del positivismo marxista y durkheimiano, “Weber cree en cambio en la posibilidad metodológica de construir conceptos abstractos que sirvan para orientar la observación de los hechos sociales” (Pinto, 1998:49). Los **tipos ideales** permitían, así, dar sentido a la observación científica, al poder categorizar los hechos empíricamente constatables.

Los **tipos ideales** se construían a partir de la distinción analítica de determinados aspectos de un fenómeno concreto y de la elección y acentuación de algún rasgo específico de ese hecho histórico, rasgo específico cuya causa y efecto se pretendía investigar (Abellán, 2010:35). No consistía en una reproducción o una copia de un evento histórico concreto, sino que era una creación racional para conocer, clasificar e interpretar la realidad concreta. Era una construcción conceptual pura, ideal, que no se encontraba como tal en la realidad: “ello no implica una total identificación entre el concepto y el fenómeno observado, sino solo un marco teórico útil como referente válido para orientar el sentido del problema a investigar, del mismo modo que para poder ubicar en categorías de análisis a los hechos observados” (Pinto, 1998:49).

No obstante, si bien servían para **observar** científicamente la realidad, a su vez también se modificaban como producto de esa observación, luego de la cual se confirman, corrigen o descartan según su mayor o menor adecuación a la realidad y, por lo tanto, utilidad científica.

En efecto, una vez construido el tipo ideal, el investigador debía comprobar, en cada caso concreto, la **distancia** o el **acercamiento** que había entre la realidad y el tipo ideal. Su función era permitir la comparación de la realidad con él, a fin de describir los hechos con conceptos lo más claros posibles y comprenderlos y explicarlos con una imputación causal. No era entonces un modelo a seguir para transformar la

realidad, ni una valoración, ni su esencia, ni su contenido verdadero, ni pretendía contener la idea perfecta de los fenómenos tangibles. Ideal no significaba perfección sino función lógica e instrumental de servir para comparar la realidad concreta con él mismo.

En definitiva, conformaban conceptos **genéricos** que se construían para denominar individualidades históricas, “un conjunto de elementos de la realidad histórica relacionados entre sí, al que el investigador le da una unidad conceptual atendiendo a la significación que tiene para la cultura” (Abellán, 2010:38). A medio camino entre la búsqueda positivista de leyes generales, y el historicismo de fenómenos únicos e irrepetibles, el autor no pretendía reducir la realidad histórica a conceptos genéricos abstractos, sino, más bien, estructurar esa variada y diferenciada realidad pero sin renunciar a su impronta inevitablemente individual (ídem).

Crítico del dominio del método hipotético deductivo en Ciencias Sociales, destacaba las relaciones de significado presentes detrás de las palabras que gobernaban el mundo de la acción humana, a diferencia de las sustancias materiales propias del entorno natural; por lo que la lógica tradicional que observaba los fenómenos individuales como ejemplos (deducción) de un género, no servía para explicarlos, ya que ignoraba el carácter específicamente individual de los fenómenos humanos sustentado en el significado particular que se le asociaba. Lo general era solo lo común, lo idéntico que existía entre varios “ejemplos”, pero para entender y explicar un fenómeno humano no bastaba con la explicación causal que subsumía el caso particular a una ley. Los tipos ideales eran, de este modo, construcciones mentales necesarias para poder operar con fenómenos humanos de índole individual que no se dejaban explicar ni bajo una ley general ni por una conceptualización genérica obtenida mediante la sola inducción (Abellán, 2010:39-40).

El **progreso** de las ciencias de la cultura radicaba entonces en una continua reformulación de conceptos científicos, tipos ideales, con los que aprehender esa inagotable realidad del mundo humano. Es decir, en el permanente intento de ordenar mentalmente los hechos mediante la construcción de conceptos (Abellán, 2010:42).

Un último aspecto de su modo de proyectar las Ciencias Sociales tenía que ver con la oposición a que formularan juicios de valor sobre el mundo en sus investigaciones. Estas no debían fundamentar cosmovisiones ni postular convicciones valorativas. La **objetividad** del conocimiento científico radicaba en la ausencia de valores al momento de explicar un hecho. Una ciencia de la experiencia no podía enseñar a nadie lo que debía hacer, sino solo mostrarle lo que era posible. Tal era el límite

de las Ciencias Sociales. No podían otorgar “el” sentido de la vida, ni la orientación para actuar, ni tampoco formular ideales. Las concepciones del mundo no eran resultado de un saber empírico avanzado. La ciencia solo podía responder qué era una cierta cosa y por qué era así, qué era posible y qué no, los medios y las consecuencias de las acciones, pero nunca decir qué debería ser, ni librar a los hombres de su responsabilidad personal en la elección y defensa de los ideales con los que dar sentido a sus vidas. El “desencantamiento del mundo” diagnosticado por Weber, implicaba que ya no había una respuesta única normativa aceptada y aceptable para todos. La ciencia no daba respuestas definitivas sino que estaba en constante búsqueda de la verdad. La lucha por los valores por los que las personas orientarán su vida era entonces inevitable. No era atribución de la ciencia fundamentar valores, por lo que los profesores debían mantener separados los hechos empíricos de sus propias posiciones valorativas en el aula (Abellán, 2010:47-49).

*“Se afirma y yo lo suscribo, que la **política** no pertenece a las aulas”. (Weber, 1991:46). “Pero la política no pertenece tampoco al sector de los docentes. Y menos aún cuando estos se ocupan científicamente de la política. Pues la adopción de una posición política práctica y el análisis científico de las estructuras políticas y de las doctrinas de los partidos son dos cosas distintas. Cuando se habla de democracia en una reunión política no se encubre la posición personal; justamente, el tomar partido de manera claramente reconocible es un condenado deber y una obligación. Las palabras que se utilizan no son entonces los medios para un análisis científico sino propaganda política dirigida a obligar a los otros a tomar una posición (...). Pero sería un sacrilegio utilizar la palabra en este sentido durante una lección en una sala de clase. Cuando allí, se habla, por ejemplo, de la democracia (...) se tratará, en la medida de lo posible, de que el oyente esté en situación de encontrar el punto desde el cual pueda tomar posición según sus propios ideales. Sin embargo, el verdadero profesor se guardará muy bien de imponer desde la cátedra ningún tipo de posición, ya sea expresamente o por medio de sugerencias, puesto que como es natural la forma más desleal es aquella de ‘dejar hablar a los hechos’” (Abellán, 2010:47).*

Los Modelos científicos sociológicos en perspectiva comparada

Marx	Durkheim	Weber
Confianza positivista en la ciencia y en su posibilidad de detectar las leyes generales de la historia (superación del capitalismo por el comunismo), pero antes del socialismo científico no había sido objetiva sino al servicio de intereses de clase.	Positivista: ciencia social objetiva y neutralidad valorativa.	No positivista: neutralidad valorativa solo en el contexto de validación, no en el de descubrimiento.
Hechos y valores sociales entrelazados: carga valorativa en el estudio de los fenómenos sociales que lo diferencia del de los objetos naturales.	Estudio objetivo de los hechos sociales como "cosas", sin contenido valorativo propio ni atribuido por el sujeto investigador.	Los fenómenos sociales tienen un significado atribuido por el actor que exige tanto una comprensión hermenéutica como una explicación causal.
Objeto y método propio para las Cs. Sociales: materialismo histórico, pero que establecía leyes generales de la sociedad.	Monismo metodológico: modelo de las Cs. Naturales para las Cs. Sociales.	Distinción entre Cs. Sociales y Cs. de la Conducta, cada una con su objeto propio. Cs. Sociales: comprensión más explicación causal.
Omnipresencia del conflicto social expresado en la lucha de clases.	Primacía del consenso: sociedades humanas concebidas como organismos compuestos de partes que funcionan en orden y armonía. Continuidad y el consenso en las sociedades a pesar de los cambios.	Reconocimiento del conflicto de valores en un mundo desencantado. Ética de la responsabilidad en la adopción y defensa de valores. Poder, ideología, conflicto.
Materialista histórico: el ser social determina la conciencia social.	Hechos sociales como "cosas", similar al mundo natural, pero también da entidad a las ideas: los principales fenómenos sociales como religión, moral, ley, economía y estética, son sistemas de valores, ideales. La Sociología se mueve en el campo de los ideales.	Idealismo: internalización de un sistema de valores. Factores superestructurales (ideológicos) que determinan la estructura y cambios sociales, pero aplicado a estudios históricos empíricos: ética protestante y el surgimiento del capitalismo.

Marx	Durkheim	Weber
Método dialéctico: materialismo histórico.	Método explicativo causal, hipotético-deductivo y comparativo.	Método comprensivo, interpretativo, hermenéutico, explicativo, inductivo: tipos ideales.
Sociología comprensiva de los sentidos y explicativa.	Sociología descriptiva- explicativa / causal (Ciencias Naturales).	Sociología comprensiva y explicativa / interpretativa.
Holista metodológico: clase social.	Holista metodológico: hecho social.	Individualista metodológico: acción social.
Diferencia Sociología de Psicología.	Diferencia Sociología de Psicología y Filosofía.	Diferencia Sociología de Psicología e Historia.
Enfoque macro / estructuralista.	Enfoque macro / estructuralista.	Enfoque micro / agencia.
Historicista.	Ahistórico: borrar diferencias históricas de los fenómenos particulares y extraer caracteres comunes para enunciar leyes generales. Casos particulares como ejemplos de leyes generales. Pero diferencia "tipos sociales".	Historicista
Empirista	Empirista: estudio de "las sociedades".	Empirista.
Economicista.	No economicista: los factores religiosos, sociales, políticos o culturales contribuyeron más que la economía a configurar el desarrollo social moderno.	No economicista: la ética ascética protestante y los valores religiosos puritanos tuvieron mayor importancia en la creación del capitalismo que las transformaciones económicas.
Ciencia Social de aplicación práctica.	Ciencia Social de aplicación práctica.	Ciencia Social de aplicación práctica.

Principales contribuciones

La obra de Karl Marx ha hecho un aporte central al entendimiento del carácter histórico y transitorio del capitalismo (historicismo). *El Capital* es probablemente el libro más ambicioso que se puede encontrar en la historia de las Ciencias Sociales. Es un texto de Economía pero, al mismo tiempo, constituye una Sociología del capitalismo y también una historia filosófica de la humanidad.

El autor, propuso una nueva concepción de la historia, generada no a partir de cambios en las ideas sino como consecuencia de las luchas de clases que surgían de las condiciones materiales de producción de una sociedad en una época dada. La lucha de clases se erigía en motor de la historia (materialismo).

En relación con lo anterior, pensaba que, cuando se conocía la situación económica de la sociedad en cada época histórica concreta se podían explicar sus conceptos e ideas propias y específicas (economicismo).

En ese sentido, la base de la historia radicaba en el hecho palpable de que el hombre necesitaba primero alimentarse, vestirse y trabajar antes de poder luchar, hacer política, religión, filosofía (estructuralismo).

Hizo asimismo un aporte a la producción de conocimiento para la transformación social. Su teoría del cambio revolucionario de la sociedad ponía el acento en la existencia de relaciones sociales marcadas por el conflicto.

Dejó una notable impronta en los autores de la Escuela de Frankfurt y en el pensamiento de izquierda, así como una marcada influencia sobre los movimientos sociales y los gobiernos políticos del siglo XX.

Por su parte, Émile Durkheim fue el “sociólogo por excelencia”, al haber establecido de manera más firme los fundamentos esenciales del método científico aplicado a los fenómenos sociales.

Su estudio clásico sobre el suicidio continúa siendo utilizado en los libros de texto como ejemplo paradigmático de construcción de teoría sociológica.

Los sociólogos matemáticos acuden a sus estudios empíricos para ejemplificar sus intentos de formalización de la teoría social.

Contribuyó firmemente a la definición y formación científica de la Sociología. Definió las condiciones generales para el establecimiento de una ciencia social, a saber, poseer un campo definido por explorar, interesarse por cosas, por realidades, tener un material definido para describir e interpretar (empirismo), es decir, asignarle un objeto sustantivo bien definido.

Desarrolló la Sociología académica a través de sus publicaciones y docencia.

Brindó el marco teórico para la delimitación del método sociológico aunque sin entrar en la descripción de los instrumentos concretos de investigación. Justificó su método desde la filosofía positivista, eliminando el pensamiento filosófico y sustituyéndolo por el de la ciencia. Legitimó el método experimental al modo de las Ciencias Naturales, al cual, no obstante, solo aplicó en *El suicidio*.

Dio impulso a un enfoque sociológico empirista, puesto a disposición para cuando los datos extraídos de la realidad lo hicieran posible.

No obstante, su concepción de la ciencia fue excesivamente naturalista, con un extremado peso del fisicalismo y biologismo y una preponderante utilización del método instrumental de las Ciencias Naturales, sin la necesaria traducción a los términos adecuados de una teoría social. Ello influyó en la ingenuidad epistemológica demostrada en su abordaje sociológico de los hechos sociales a partir de una pretendida observación y descripción objetivas, así como en su no reconocimiento de la referencia hermenéutica o de la teoría social en la construcción de los tipos sociales.

Finalmente, Max Weber contribuyó a superar los estrechos límites del enfoque positivista a través de la aplicación al estudio de los fenómenos sociales de un correctivo hermenéutico comprensivo.

Hizo una teoría contraintuitiva, planteando una interpretación del capitalismo que rompía con el sentido común reinante.

Fue uno de los fundadores de la Sociología contemporánea, imprimiendo su influencia sobre grandes pensadores como Talcott Parsons, o autores liberales y conservadores, o en enfoques teóricos como los de la Teoría de la Elección Racional.

BIBLIOGRAFÍA

- Abellán, Joaquín, “Estudio Preliminar”. En Max Weber, *Conceptos sociológicos fundamentales*, Madrid, Alianza Editorial, 2010, pp. 9-61.
- Aguilar Villanueva, Luis, *Max Weber: la idea de ciencia social*, México, Porrúa Editores, 1989.
- Chinoy, Ely, *Introducción a la Sociología. Conceptos básicos y aplicaciones*, Buenos Aires, Paidós, 2008.
- Dallera, Osvaldo, *Breve manual de Sociología general*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2006.
- Durkheim, Émile, *Las reglas del método sociológico*, 1a ed., Madrid Biblioteca Nueva, 2005, pp. 113-116.
- Durkheim, Émile, *Las reglas del método sociológico*, 2a ed., Madrid Biblioteca Nueva, 2005, pp. 117-131, 135-145.
- Gambina, Julio C., “Estudio introductorio. Notas sobre el pensamiento de Karl Marx en la Introducción de 1857”. En Karl Marx, *Introducción a la crítica de la Economía Política 1857*, Buenos Aires, Ediciones Luxemburg, 2008, pp. 9-62.
- Giddens, Anthony, “Teorías y perspectivas sociológicas”. En *Sociología*, Madrid, Alianza Editorial, 2010, pp. 88-128.
- Marx, Karl, *Crítica de la Economía Política*, Buenos Aires, Claridad, 2008.
- Marx, Karl, *Introducción a la crítica de la Economía Política 1857*, Buenos Aires, Ediciones Luxemburg, 2008.

Anthony Giddens

con la colaboración Karen Birdsall

Sociología

Cuarta edición

Versión castellana de Jesús Cuéllar Menezo

Alianza Editorial

Primera edición, 2002
Primera reimpresión, 2004

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Anthony Giddens, 2001

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1991, 1992, 1993, 1994, 1995, 1996, 1998, 1999, 2000, 2001, 2002, 2004

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; telef. 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 84-206-4139-1

Depósito legal: M. 42.198-2004

Fotocomposición EFCA, S. A.

Impreso en Lavel, S. A.

Printed in Spain

Prólogo a la cuarta edición	21
Agradecimientos	22
Cómo utilizar este libro	23
1. ¿Qué es la sociología?	27
El desarrollo de un punto de vista sociológico	27
El estudio de la sociología	30
¿Cómo puede ayudarnos la sociología en nuestra vida?	31
Conciencia de las diferencias culturales	31
Evaluación de los efectos de las políticas	32
El autoconocimiento	32
El desarrollo del pensamiento sociológico	32
Primeros teóricos	33
Auguste Comte	34
Émile Durkheim	35
Karl Marx	37
Max Weber	41
Perspectivas sociológicas más recientes	44
El funcionalismo	44
Las perspectivas que se basan en el conflicto	46
Las perspectivas que se basan en la acción social	46
Conclusión	47
Puntos fundamentales	48

2. Cultura y sociedad	51
El concepto de cultura	52
Valores y normas	52
La diversidad cultural	54
El etnocentrismo	55
La socialización	58
Los roles sociales	59
La identidad	60
Tipos de sociedad	62
Un mundo que desaparece: las sociedades premodernas y su destino	62
El mundo moderno: las sociedades industrializadas	67
El desarrollo global	68
El cambio social	71
Influencias sobre el cambio social	76
El cambio en la época contemporánea	78
Conclusión	80
Puntos fundamentales	80
Cuestiones para una posterior reflexión	82
Lecturas complementarias	82
Enlaces en Internet	82
3. Un mundo en cambio	83
Dimensiones de la globalización	85
Factores que contribuyen a la globalización	86
Causas del auge de la globalización	89
El debate sobre la globalización	94
Los «escépticos»	95
Los «hiperglobalizadores»	95
Los «transformacionistas»	96
El impacto de la globalización en nuestras vidas	98
El auge del individualismo	98
Las pautas laborales	99
La cultura popular	101
La globalización y el riesgo	103
La expansión del «riesgo manufacturado»	103
La «sociedad del riesgo» global	107
Globalización y desigualdad	108
La desigualdad y las divisiones globales	109
La campaña para lograr una «justicia global»	112
Conclusión: la necesidad de un sistema político global	114
Puntos fundamentales	115
Cuestiones para una posterior reflexión	117
Lecturas complementarias	117
Enlaces en Internet	117
4. Interacción social y vida cotidiana	119
El estudio de la vida cotidiana	120
Microsociología y macrosociología	123
La comunicación no verbal	124

La cara, los gestos y la emoción	124
«Cara» y autoestima	126
El género y la comunicación no verbal	127
Normas sociales y habla	127
La complicidad	128
Los experimentos de Garfinkel	128
El «evandalismo interaccional»	130
Tipos de habla	132
Gritos de respuesta	133
Lapsus linguae	133
La interacción de la cara, el cuerpo y el discurso	135
Encuentros	135
Marcadores	138
Manejo de la impresión	138
Regiones delanteras y traseras	139
El espacio personal	140
Interacción en el tiempo y en el espacio	142
El tiempo del reloj	143
La vida social y el ordenamiento del espacio y el tiempo	146
Conclusión: la compulsión de la proximidad	146
Puntos fundamentales	148
Cuestiones para una posterior reflexión	149
Lecturas complementarias	149
Enlaces en Internet	150
5. Género y sexualidad	151
Las diferencias de género	152
El género y la biología: la diferencia natural	153
La socialización de género	154
La construcción social del género y el sexo	158
Perspectivas sobre la desigualdad de género	158
Enfoques funcionalistas	159
Enfoques feministas	162
Feminidades, masculinidades y relaciones de género	167
R. W. Connell: el orden de género	167
La transformación de las masculinidades	171
La sexualidad humana	174
La biología y el comportamiento sexual	175
Las influencias sociales en el comportamiento sexual	176
La sexualidad en la cultura occidental	177
¿Una nueva fidelidad?	180
La homosexualidad	182
La homosexualidad en la cultura occidental	183
Actitudes hacia la homosexualidad	184
La campaña en pro de los derechos legales y del reconocimiento de la homosexualidad	186
La prostitución	187
La prostitución en la actualidad	187
La prostitución infantil y la «industria sexual» global	188
La explicación de la prostitución	190

Conclusión: el género y la globalización	191
Puntos fundamentales	192
Cuestiones para una posterior reflexión	193
Lecturas complementarias	194
Enlaces en Internet	194
6. Sociología del cuerpo: la salud, la enfermedad y el envejecimiento	195
La sociología del cuerpo	197
La base social de la salud	198
Clase y salud	199
Género y salud	202
Raza y salud	205
La ley de la «asistencia inversa»	208
Medicina y sociedad	209
La aparición del modelo de salud biomédico	209
El modelo biomédico	210
Críticas al modelo biomédico	212
La medicina y la salud en un mundo cambiante	213
Perspectivas sociológicas sobre la salud y la enfermedad	215
El rol del enfermo	216
La enfermedad como «experiencia vivida»	218
Salud y envejecimiento	220
Consecuencias físicas del envejecimiento	222
Los problemas del envejecimiento	224
Conclusión: el futuro del envejecimiento	225
Puntos fundamentales	226
Cuestiones para una posterior reflexión	228
Lecturas complementarias	228
Enlaces en Internet	228
7. Familias	229
Conceptos básicos	230
La diversidad de la familia	231
Perspectivas teóricas sobre la familia	232
El funcionalismo	232
Enfoques feministas	233
Nuevas perspectivas en la sociología de la familia	236
El matrimonio y el divorcio en Gran Bretaña	239
Hogares monoparentales	241
Volver a casarse	242
Familias reconstituidas	243
El «padre ausente»	246
Mujeres que no tienen hijos	249
Variaciones en las pautas familiares: la diversidad étnica en Gran Bretaña	249
Familias de Asia Meridional	250
Familias negras	251
Alternativas al matrimonio	252
La cohabitación	252
Las parejas homosexuales	254

Violencia y malos tratos en la vida familiar	256
La violencia dentro de las familias	256
El abuso sexual de la infancia y el incesto	258
El debate sobre los valores familiares	260
Puntos fundamentales	261
Cuestiones para una posterior reflexión	262
Lecturas complementarias	263
Enlaces en Internet	263
8. Delito y desviación	265
La sociología de la desviación	267
Explicaciones para la delincuencia y la desviación	269
Las explicaciones biológicas: los «tipos criminales»	269
Las explicaciones psicológicas: los «estados mentales anormales»	270
Teorías sociológicas sobre el delito y la desviación	271
Las teorías funcionalistas	272
Las teorías interaccionistas	275
Las teorías del conflicto: la «nueva criminología»	277
Las teorías del control	280
Conclusiones teóricas	282
Pautas de criminalidad en Gran Bretaña	283
El delito y las estadísticas sobre delincuencia	284
Estrategias para la reducción de la criminalidad en la sociedad del riesgo	288
Políticas para responder a la delincuencia	288
La presencia policial en la sociedad del riesgo	291
La policía de barrio	294
Las víctimas y los autores de los delitos	295
El género y la delincuencia	295
Delitos contra los homosexuales	300
Los jóvenes y la delincuencia	301
Delitos de cuello blanco	302
El crimen organizado	306
El rostro cambiante del crimen organizado	307
La «ciberdelincuencia»	308
¿Son las prisiones la respuesta a la delincuencia?	309
Conclusión: delincuencia, desviación y orden social	313
Puntos fundamentales	314
Cuestiones para una posterior reflexión	316
Lecturas complementarias	316
Enlaces en Internet	316
9. Raza, etnicidad y emigración	317
La interpretación de la raza y la etnicidad	319
La raza	319
La etnicidad	321
Prejuicio, discriminación y racismo	324
El racismo	325
La explicación del racismo y de la discriminación por razones étnicas	328
Interpretaciones psicológicas	328

Interpretaciones sociológicas	330
La integración y el conflicto de tipo étnico	332
Modelos de integración étnica	333
El conflicto étnico	334
Las migraciones globales	335
Movimientos migratorios	335
Dísporas globales	338
La inmigración hacia Gran Bretaña	340
El cambio de las políticas de inmigración en Gran Bretaña	341
La diversidad étnica en Gran Bretaña	343
El empleo y el éxito económico	345
La vivienda	349
Raza y delincuencia	351
La inmigración y las relaciones étnicas en la Europa continental	354
La emigración y la Unión Europea	355
Refugiados, solicitantes de asilo y emigrantes económicos	356
Conclusión	358
Puntos fundamentales	359
Cuestiones para una posterior reflexión	360
Lecturas complementarias	361
Enlaces en Internet	361
10. Clase, estratificación y desigualdad	363
Teorías sobre la clase y la estratificación	365
La teoría de Karl Marx	365
La teoría de Max Weber	367
La teoría de las clases de Erik Olin Wright	368
Medidas de clase	370
John Goldthorpe: clase y ocupación	371
Evaluación de los esquemas de clase	372
Divisiones en función de la clase social en las sociedades occidentales de la actualidad	373
El problema de la clase alta	373
La clase media	377
La naturaleza cambiante de la clase obrera	378
La clase y el estilo de vida	381
La infraclass	383
Género y estratificación	383
Cómo determinar la posición de clase de la mujer	384
El impacto del empleo femenino en las divisiones de clase	385
La movilidad social	386
Estudios comparativos sobre movilidad	387
La movilidad descendente	388
La movilidad social en Gran Bretaña	389
Género y movilidad social	390
Conclusión	392
Puntos fundamentales	392
Cuestiones para una posterior reflexión	394
Lecturas complementarias	394
Enlaces en Internet	395

11. Pobreza, bienestar y exclusión social	397
La pobreza	399
¿Qué es la pobreza?	399
Cómo medir la pobreza	401
Tendencias recientes de la pobreza en el Reino Unido	402
¿Quiénes son los pobres?	405
La explicación de la pobreza	406
Pobreza y movilidad social	409
La polémica sobre la infraclass	412
El contexto del debate sobre la infraclass	412
La infraclass, la UE y la emigración	413
¿Hay una infraclass en Gran Bretaña?	414
La exclusión social	415
Formas de exclusión social	418
Los indigentes	422
Delincuencia y exclusión social	425
La asistencia social y la reforma del Estado del bienestar	426
Teorías del Estado del bienestar	427
La aparición del Estado del bienestar británico	429
La reforma del Estado del bienestar	431
Conclusión: replantearse la igualdad y la desigualdad	438
Puntos fundamentales	438
Cuestiones para una posterior reflexión	440
Lecturas complementarias	440
Enlaces en Internet	441
12. Las organizaciones modernas	443
Las organizaciones y la vida moderna	444
Teorías sobre la organización	446
La idea de burocracia en Weber	446
La teoría de las organizaciones de Michel Foucault: el control del tiempo y del espacio	452
Burocracia y democracia	458
El género y las organizaciones	460
Mujeres en puestos directivos	461
¿Más allá de la burocracia?	465
El cambio en las organizaciones: el modelo japonés	465
La transformación de la gestión	467
La tecnología y las organizaciones modernas	468
Las organizaciones como redes	469
El debate sobre la desburocratización	471
Conclusión	474
Puntos fundamentales	474
Cuestiones para una posterior reflexión	475
Lecturas complementarias	476
Enlaces en Internet	476
13. El trabajo y la vida económica	477
¿Qué es el trabajo?	479
Trabajo remunerado y no remunerado	479

Tendencias del sistema ocupacional	480
La economía del conocimiento	482
La división del trabajo y la dependencia económica	483
Taylorismo y fordismo	485
Las limitaciones del fordismo y del taylorismo	490
La transformación del trabajo	490
El posfordismo	491
La producción flexible	492
La producción en grupo	492
La «multicualificación»	493
Críticas al posfordismo	495
La mujer y el trabajo	495
La mujer y el lugar de trabajo: un punto de vista histórico	495
El desarrollo de la actividad económica de la mujer	498
El género y las desigualdades laborales	500
El desfase salarial	502
¿Están derrumbándose las desigualdades ocupacionales de género?	505
La división del trabajo doméstico	507
El trabajo y la familia	510
El desafío laboral-familiar	511
Políticas laborales «sensibles a la familia»	515
El desempleo	520
El análisis del desempleo	521
Tendencias del desempleo en Gran Bretaña	522
La experiencia del desempleo	524
La inseguridad laboral	525
El aumento de la inseguridad laboral	525
Los efectos perjudiciales de la inseguridad laboral	528
¿El fin del «trabajo para toda la vida»?	529
¿El declive de la importancia del trabajo?	530
Puntos fundamentales	532
Cuestiones para una posterior reflexión	533
Lecturas complementarias	534
Enlaces en Internet	534
 14. El gobierno y la política	535
El gobierno, la política y el poder	535
El concepto de estado	536
Tipos de sistema político	537
La monarquía	537
La democracia	538
El autoritarismo	541
La expansión global de la democracia liberal	541
La caída del comunismo	542
Una explicación de la popularidad de la democracia liberal	543
La paradoja de la democracia	546
Los partidos políticos y el voto en los países occidentales	550
Sistemas de partidos	550
Partidos y voto en Gran Bretaña	552

El thatcherismo y la etapa posterior	554
El «Nuevo Laborismo»	554
La tercera vía	556
El cambio político y social	559
La globalización y los movimientos sociales	560
La tecnología y los movimientos sociales	562
Los movimientos nacionalistas	564
Teorías del nacionalismo y de la nación	564
Naciones sin estado	565
Las naciones y el nacionalismo en los países en vías de desarrollo	568
Conclusión: el estado-nación, la identidad nacional y la globalización	569
Puntos fundamentales	570
Cuestiones para una posterior reflexión	571
Lecturas complementarias	572
Enlaces en Internet	572
 15. Las comunicaciones y los medios de masas	573
Los periódicos y la televisión	574
Los periódicos	574
Las emisiones televisivas	575
El impacto de la televisión	578
La televisión y la violencia	578
Los sociólogos estudian las noticias televisivas	579
La televisión y los géneros	583
Teorías sobre los medios de comunicación	585
Primeras teorías	585
Jürgen Habermas: la esfera pública	586
Baudrillard: el mundo de la hiperrealidad	587
John Thompson: los medios de comunicación y la sociedad moderna	587
Las nuevas tecnologías de la comunicación	590
El teléfono móvil: ¿la onda del futuro?	593
Internet	594
Los orígenes de Internet	595
El impacto de Internet	598
La globalización y los medios de comunicación	600
La música	602
El cine	603
Las «supercompañías mediáticas»	605
El imperialismo de los medios de comunicación	607
Los medios de comunicación globales y la democracia	609
Resistencia y alternativas a los medios de comunicación globales	609
El problema de la regulación de los medios de comunicación	611
Conclusión	614
Puntos fundamentales	615
Cuestiones para una posterior reflexión	616
Lecturas complementarias	616
Enlaces en Internet	617
 16. La educación	619

El papel cambiante de la educación	621
La educación y la industrialización	621
La educación británica: origen y desarrollo	622
Educación y política	624
Comparación con el contexto internacional	628
La educación superior	631
El sistema británico	634
Universidades electrónicas	637
La educación y las nuevas tecnologías de la comunicación	638
La tecnología en el aula	639
La educación y el desfase tecnológico	640
La privatización de la educación	641
Los empresarios de la educación en los Estados Unidos	642
Gran Bretaña: al rescate de los «colegios fracasados»	645
Evaluación	645
Teorías sobre la escolarización y la desigualdad	646
Bernstein: los códigos lingüísticos	646
Illich: el plan de estudios oculto	648
Bourdieu: la educación y la reproducción cultural	649
Willis: un análisis de la reproducción cultural	649
El género y la educación	652
El género y el éxito escolar	653
El género y la educación superior	657
Educación y etnicidad	657
Exclusión social y escolarización	658
El cociente de inteligencia y el éxito académico	659
¿Qué es la inteligencia?	659
La inteligencia emocional y la interpersonal	662
Conclusión: aprender durante toda la vida	663
Puntos fundamentales	664
Cuestiones para una posterior reflexión	666
Lecturas complementarias	666
Enlaces en Internet	667
17. La religión	669
La definición de religión	671
Lo que no es la religión	671
Lo que sí es la religión	671
Tipos de religión	673
Totemismo y animismo	673
Judaísmo, cristianismo e islam	674
Las religiones de Extremo Oriente	676
Teorías sobre la religión	677
Marx y la religión	678
Durkheim y el ritual religioso	679
Weber: las religiones mundiales y el cambio social	680
Valoración	681
Tipos de organización religiosa	682
Las iglesias y las sectas	682

Confesiones y cultos	683
Evaluación	683
El género y la religión	685
Las imágenes religiosas	685
La mujer en las organizaciones religiosas	686
Religión, secularización y cambio social	689
Dimensiones de la secularización	689
La religión en Gran Bretaña	691
La religión en los Estados Unidos	695
Evaluación de la tesis de la secularización	697
Los nuevos movimientos religiosos	698
Tipos de nuevos movimientos religiosos	700
Los nuevos movimientos religiosos y la secularización	702
Los movimientos milenaristas	703
Los seguidores de Joaquín	703
La danza de los espíritus	704
La naturaleza de los movimientos milenaristas	704
Los apocalípticos	705
El fundamentalismo religioso	705
El fundamentalismo islámico	706
El fundamentalismo cristiano	711
Conclusión	713
Puntos fundamentales	713
Cuestiones para una posterior reflexión	715
Lecturas complementarias	715
Enlaces en Internet	716
18. Ciudades y espacios urbanos	717
Características del urbanismo moderno	718
El desarrollo de las ciudades modernas	720
Teorías del urbanismo	721
La Escuela de Chicago	721
El urbanismo y el entorno creado	726
Tendencias del desarrollo urbano occidental	729
La suburbanización	729
La decadencia del interior de las ciudades	730
El conflicto urbano	732
La renovación urbana	733
La urbanización en el mundo en vías de desarrollo	738
Los desafíos de la urbanización en el mundo en vías de desarrollo	739
El futuro de la urbanización en el mundo en vías de desarrollo	743
Ciudades y globalización	743
Las ciudades globales	744
La ciudad y la periferia	745
La desigualdad y la ciudad global	746
Gobernar las ciudades en una era global	747
La gestión de lo global	747
Las ciudades como agentes políticos, económicos y sociales	748
Conclusión: las ciudades y el gobierno global	751

Puntos fundamentales	751
Cuestiones para una posterior reflexión	752
Lecturas complementarias	753
Enlaces en Internet	753
19. Crecimiento demográfico y crisis ecológica	755
El crecimiento de la población mundial	756
El análisis de la población: la demografía	757
La dinámica del cambio poblacional	757
El crecimiento demográfico en el mundo en vías de desarrollo	759
La transición demográfica	762
Proyecciones sobre el futuro crecimiento demográfico	763
El impacto humano en el mundo natural	765
La preocupación por el medio ambiente: ¿tiene límites el crecimiento?	765
El desarrollo sostenible	767
Consumo, pobreza y medio ambiente	768
Procedencia de las amenazas	769
Contaminación y residuos	770
El agotamiento de los recursos	774
El riesgo y el medio ambiente	779
El calentamiento global	779
Los alimentos modificados genéticamente	785
Mirando hacia el futuro	792
El medio ambiente: ¿un problema sociológico?	794
Puntos fundamentales	794
Cuestiones para una posterior reflexión	796
Lecturas complementarias	796
Enlaces en Internet	797
20. Métodos de investigación sociológica	799
Preguntas sociológicas	800
¿Es la sociología una ciencia?	802
El proceso de investigación	803
El problema de la investigación	804
Revisar los datos	804
Precisar el problema	805
Diseñar la investigación	805
Realizar la investigación	805
Interpretar los resultados	805
Presentar las conclusiones	805
La intrusión de la realidad	807
Interpretación de la causa y el efecto	807
Causalidad y correlación	807
El mecanismo causal	808
Los controles	809
La identificación de las causas	809
Métodos de investigación	810
La etnografía	810
Las encuestas	812

Los experimentos	814
Las historias de vida	816
El análisis histórico	816
Combinar la investigación comparativa e histórica	818
La investigación en el mundo real: problemas, dificultades y dilemas	819
La investigación de la raza y la pobreza en los espacios urbanos	819
Conclusión: la influencia de la sociología	826
Puntos fundamentales	827
Cuestiones para una posterior reflexión	828
Lecturas complementarias	828
Enlaces en Internet	828
21. El pensamiento teórico en sociología	829
Max Weber: la ética protestante	830
Dilemas teóricos	832
Dilema 1: estructura y acción	833
Dilema 2: consenso y conflicto	836
Dilema 3: el problema del género	837
Dilema 4: la configuración del mundo moderno	840
Últimas teorías	842
La teoría posmoderna	843
Michel Foucault	844
Otros puntos de vista	845
Jürgen Habermas: la democracia y la esfera pública	845
Ulrich Beck: la sociedad del riesgo	846
Manuel Castells: la economía red	848
Anthony Giddens: la reflexividad social	849
Conclusión	850
Puntos fundamentales	850
Cuestiones para una posterior reflexión	851
Lecturas complementarias	852
Glosario	853
Bibliografía	879
Índice analítico	899
Agradecimientos	941
Procedencia de las ilustraciones	943

1. ¿Qué es la sociología?

A comienzos del siglo XXI, vivimos hoy en un mundo enormemente preocupante, pero lleno de las más extraordinarias promesas para el futuro. Es un mundo pletórico de cambios, marcado por profundos conflictos, tensiones y divisiones sociales, así como por los destructivos ataques de la tecnología moderna al entorno natural. Sin embargo, tenemos posibilidades para controlar nuestro destino y mejorar nuestras vidas, cosa harto inimaginable para generaciones anteriores.

¿Cómo surgió este mundo? ¿Por qué son nuestras condiciones de vida tan diferentes de las de nuestros padres y abuelos? ¿Qué direcciones tomará el cambio en el futuro? Estas cuestiones son la preocupación primordial de la sociología; una disciplina que, por consiguiente, tiene que desempeñar un papel fundamental en la cultura intelectual moderna.

La **sociología** es el estudio de la vida social humana, de sus grupos y sociedades. Es una empresa cautivadora y atrayente, al tener como objeto nuestro propio comportamiento como seres sociales. El ámbito de la sociología es extremadamente amplio, y va desde el análisis de los encuentros efímeros entre individuos en la calle hasta la investigación de los procesos sociales globales.

El desarrollo de un punto de vista sociológico

Aprender a pensar sociológicamente —en otras palabras, usar un enfoque más amplio— significa cultivar la imaginación. El estudio de la sociología no puede ser un proceso rutinario de adquisición de conocimientos. Un sociólogo es alguien capaz de liberarse de la inmediatez de las circunstancias personales para poner las cosas en un contexto más amplio.



Una taza de café en compañía de amigos es una experiencia social familiar, pero el sociólogo la abordará desde perspectivas inesperadas.

El trabajo sociológico depende de lo que el autor americano Wright Mills, en una célebre expresión, denominó la **imaginación sociológica** (Mills, 1970).

La imaginación sociológica nos pide, sobre todo, que seamos capaces de «pensar distanciándonos» de las rutinas familiares de nuestras vidas cotidianas para poder verlas como si fueran algo nuevo. Consideremos el simple acto de beber una taza de café. ¿Qué podríamos decir, desde un punto de vista sociológico, de este hecho que parece tener tan poco interés? muchísimas cosas.

En primer lugar, podríamos señalar que el café no es sólo una bebida, ya que tiene un **valor simbólico** como parte de unas actividades sociales cotidianas. Con frecuencia, el ritual al que va unido beber café es mucho más importante que el acto en sí. Para muchos occidentales, la taza de café matutina ocupa el centro de una rutina personal. Es un primer paso esencial para poder comenzar el día. El café de la mañana suele ir seguido, en otros momentos del día, por cafés junto a otras personas, siendo así la base de un rito social. Dos personas que quedan para tomarse un café probablemente tienen más interés en encontrarse y charlar que en lo que van a beber. La bebida y la comida dan lugar en todas las sociedades a oportunidades para la interacción social y la ejecución de rituales, y éstos constituyen un interesantísimo objeto de estudio sociológico.

En segundo lugar, el café es una **droga** que contiene cafeína, la cual tiene un efecto estimulante en el cerebro. Mucha gente lo toma para tener ese «impulso adicional» que proporciona. Las jornadas de trabajo prolongadas y el estudio hasta altas horas de la noche se hacen tolerables con intermedios para tomarse un café. Beber esta sustancia es una activi-

dad que crea hábito, pero, en la cultura occidental, la mayoría de las personas no considera que los adictos al café consuman droga. Como el alcohol, el café es una droga aceptada socialmente, mientras que la marihuana, por ejemplo, no lo es. Sin embargo, hay culturas que toleran el consumo de marihuana, e incluso el de cocaína, pero fruncen el ceño ante el café y el alcohol. A los sociólogos les interesa saber por qué existen estos contrastes.

En tercer lugar, un individuo, al beber una taza de café, forma parte de una serie extremadamente complicada de *relaciones sociales y económicas* que se extienden por todo el mundo. El café es un producto que vincula a personas de algunos de los países más ricos de la tierra con los de las zonas más empobrecidas del planeta: se consume en grandes cantidades en los países opulentos, pero crece sobre todo en los pobres. Aparte del petróleo, el café es la mercancía más valiosa del comercio internacional; para muchos es la fuente principal de divisas extranjeras. Los procesos de producción, transporte y distribución de esta sustancia requieren transacciones continuadas entre personas que se encuentran a miles de kilómetros de quien la consume. El estudio de estas transacciones globales constituye una tarea importante para la sociología, puesto que muchos aspectos de nuestras vidas actuales se ven afectados por comunicaciones e influencias sociales que tienen lugar a escala mundial.

En cuarto lugar, el acto de beber una taza de café supone que *anteriormente* se ha producido un proceso de *desarrollo social y económico*. Junto con otros muchos componentes de la dieta occidental ahora habituales — como el té, los plátanos, las patatas y el azúcar blanco —, el consumo de café comenzó a extenderse a finales del siglo XIX y, aunque se originó en Oriente Medio, la demanda masiva de este producto data del periodo de la expansión colonial occidental de hace un siglo y medio. En la actualidad, casi todo el café que se bebe en los países occidentales proviene de áreas (Sudamérica y África) que fueron colonizadas por los europeos, así que de ninguna manera es un componente «natural» de la dieta occidental. El legado colonial ha tenido un enorme impacto en el desarrollo del comercio mundial de café.

En quinto lugar, el café es un producto situado en el centro de los debates que en la actualidad se ocupan de la globalización, el comercio internacional, los derechos humanos y la destrucción del medio ambiente. Al aumentar la popularidad del café, éste se ha visto «etiquetado» y politizado: las decisiones que toman los consumidores en cuanto al tipo de café que beben y dónde lo compran se han convertido en *opciones vitales*. Los individuos pueden optar por beber únicamente café orgánico, café descafeinado de forma natural o café obtenido mediante un «comercio justo» (en el que se paga el precio total del mercado a los pequeños productores de los países en vías de desarrollo). Pueden optar por consumirlo en cafeterías «independientes», en vez de en «grandes cadenas» como Starbucks. Los bebedores de café pueden decidir boicotear a ciertos países en los que tanto el respeto por los derechos humanos como la protección del medio ambiente son escasos. A los sociólogos les interesa comprender cómo la globalización aumenta la conciencia que tienen las personas de la existencia de ciertos problemas en rincones lejanos del planeta y cómo les lleva a actuar en consecuencia dentro de su propia vida.



El café es el medio de vida para estos trabajadores que muelen sus granos para una cooperativa de precio justo de Sudamérica.

El estudio de la sociología

La imaginación sociológica nos permite darnos cuenta de que muchos acontecimientos que parecen preocupar únicamente al individuo en realidad tienen que ver con asuntos más generales. El divorcio, por ejemplo, puede resultar un proceso muy difícil para quien lo está pasando y constituirse en lo que Mills denomina un problema personal. Sin embargo, señala este autor, también puede ser un asunto público en una sociedad actual como la británica, donde más de un tercio de los matrimonios se separan durante sus primeros diez años de existencia. Por poner otro ejemplo, el desempleo puede ser una tragedia individual para alguien que es despedido y no puede encontrar otro trabajo, pero el problema rebasa el nivel de la desesperación personal cuando en una sociedad millones de personas están en esa misma situación, y es entonces cuando se convierte en un asunto público que expresa amplias tendencias sociales.

Intente aplicar este punto de vista a su propia vida, sin pensar únicamente en problemas. Por ejemplo, ¿por qué está pasando las páginas de este libro?, ¿por qué ha decidido estudiar sociología? Puede que estudie esta materia a regañadientes, porque la necesita para completar un curso, o puede que esté deseando saber más de ella. Cualesquiera que sean sus motivaciones, es muy posible que tenga mucho en común, sin siquiera saberlo, con otros estudiantes de sociología. Su decisión personal refleja su posición en el contexto social.

¿Tiene usted las siguientes características?: ¿es joven, blanco, procede de una familia de profesionales liberales o de trabajadores no manuales? ¿Ha trabajado a tiempo parcial, o

aún lo hace, para mejorar sus ingresos? ¿Quiere encontrar un buen empleo cuando termine sus estudios pero no está completamente dedicado a ellos? ¿No sabe realmente lo que es la sociología pero cree que tiene algo que ver con el comportamiento de las personas en grupo? De entre ustedes, más del 75% contestarán que sí a estas preguntas. Los estudiantes universitarios no son representativos del conjunto de la población, sino que suelen proceder de los estratos sociales más privilegiados y, en general, sus actitudes reflejan las de sus amigos y conocidos. El ambiente social del que procedemos tiene mucho que ver con el tipo de decisiones que creemos apropiadas.

Sin embargo, suponga que responde negativamente a una o más de las preguntas anteriores; entonces puede que usted proceda de un grupo minoritario o de un sector desfavorecido, o puede que sea de mediana edad o anciano. En cualquier caso, podrían sacarse las siguientes conclusiones: es probable que haya tenido que luchar para llegar donde ha llegado y superar las reacciones hostiles de sus amigos y de otras personas cuando les dijo que tenía intención de ir a la universidad, o puede que esté compaginando la educación superior con la dedicación total al cuidado de sus hijos.

Aunque todos estamos influidos por contextos sociales, nuestro comportamiento no está del todo *condicionado* por ellos. Tenemos nuestra propia individualidad y la creamos. La labor de la sociología es investigar la conexión que existe entre *lo que la sociedad hace de nosotros* y *lo que hacemos de nosotros mismos*. Nuestras actividades estructuran —dan forma— al mundo social que nos rodea y, al mismo tiempo, son estructuradas por él.

El concepto de **estructura social** es importante para la sociología y se refiere al hecho de que los contextos sociales de nuestra vida no sólo se componen de una colección aleatoria de acontecimientos y acciones, sino que, de diversas maneras, están estructurados o *siguen una pauta*. Nuestra forma de comportarnos y las relaciones que mantenemos unos con otros presentan regularidades. Sin embargo, la estructura social no tiene el carácter físico, por ejemplo, de un edificio que existe al margen de las acciones humanas. Las sociedades humanas están siempre en proceso de **estructuración**. Sus «componentes básicos» —seres humanos como usted y como yo— las reconstruyen a cada momento.

Como ejemplo, piense de nuevo en el caso del café. Una taza de esta bebida no llega a sus manos de manera automática. Por ejemplo, usted elige ir a un determinado local, a beber su taza de café solo, con leche o de cualquier otro modo. Al tomar esta decisión, junto a otros millones de personas, usted conforma el mercado del café e influye en la vida de sus productores, que quizá vivan a miles de kilómetros de distancia, al otro lado del mundo.

¿Cómo puede ayudarnos la sociología en nuestra vida?

La sociología tiene muchas consecuencias prácticas para nuestra vida, tal y como subrayó Mills cuando desarrolló su idea de la imaginación sociológica.

Conciencia de las diferencias culturales

En primer lugar, la sociología nos permite ver el mundo social desde muchos puntos de vista. Con frecuencia, si comprendemos realmente cómo viven otros, también adquirimos

un mejor conocimiento de sus problemas. Las políticas prácticas que no se basan en una conciencia fundamentada de las formas de vida de las personas a las que afectan tienen pocas posibilidades de éxito. En este sentido, un asistente social blanco que trabaje en una comunidad de mayoría negra no logrará ganarse la confianza de los miembros de ésta sin desarrollar una sensibilidad hacia las diferentes experiencias sociales que a menudo separan a los blancos de los negros.

Evaluación de los efectos de las políticas

En segundo lugar, la investigación sociológica ofrece una ayuda práctica en la *evaluación de las políticas*. Sobre el terreno, un programa de reforma puede, simplemente, no lograr lo que pretendían los que lo concibieron, o acarrear desagradables consecuencias no deseadas. Por ejemplo, en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial se construyeron, con dinero público, grandes bloques de viviendas en los centros urbanos de muchos países. Estaban pensados para proporcionar viviendas de gran calidad a grupos de ingresos bajos de áreas degradadas y disponían de servicios comerciales y comunitarios muy próximos. Sin embargo, la investigación puso de manifiesto que muchos de los que se habían trasladado desde sus viviendas anteriores a estas grandes torres se sentían aislados y desgraciados. Los altos edificios y los centros comerciales de zonas pobres solían acabar en estado ruinoso y se convertían en lugares propicios para atracos y otros delitos violentos.

El autoconocimiento

En tercer lugar, quizá lo más importante sea que la sociología puede señalarnos el camino del autoconocimiento, es decir, de una mayor comprensión de uno mismo. Cuanto más sepamos acerca de por qué actuamos como lo hacemos y sobre el funcionamiento general de nuestra sociedad, más posible será que podamos influir en nuestro propio futuro. No hay que pensar que la sociología sólo sirve para ayudar a quienes formulan las políticas —es decir, a los grupos poderosos— a tomar decisiones fundamentadas. No siempre puede presuponerse que quienes están en el poder vayan a pensar en los intereses de los menos poderosos o privilegiados al implantar sus políticas. Grupos informados por sí mismos pueden responder de forma eficaz a las políticas gubernamentales o plantear sus propias iniciativas. Asociaciones de autoayuda como Alcohólicos Anónimos y movimientos sociales como los ecologistas son ejemplos de grupos sociales que han intentado, con un éxito considerable, promover directamente reformas prácticas.

El desarrollo del pensamiento sociológico

A muchos estudiantes la primera vez que afrontan el estudio de la sociología les desconcierta la variedad de enfoques que encuentran. La sociología nunca ha sido una disciplina con un corpus de ideas cuya validez sea aceptada por todos. Con frecuencia, los sociólogos se pelean entre sí al plantear cómo debe abordarse el comportamiento humano y cuál es la

mejor manera de interpretar los resultados de las investigaciones. ¿Por qué ocurre esto? La respuesta está estrechamente relacionada con la propia naturaleza de la disciplina. La sociología tiene que ver con nuestra propia vida y nuestro propio comportamiento, de manera que estudiarlos a nosotros mismos es la empresa más compleja y difícil que podemos emprender.

Primeros teóricos

Nosotros los seres humanos siempre hemos sentido curiosidad por las fuentes de nuestro propio comportamiento, pero durante miles de años los intentos por comprendernos a nosotros mismos se apoyaron en formas de pensar transmitidas de generación en generación que, con frecuencia, se expresaban en términos religiosos o se basaban en mitos, supersticiones y creencias tradicionales bien conocidos. El estudio objetivo y sistemático del comportamiento humano y de la sociedad es algo relativamente reciente, cuyos orígenes se remontan a finales del siglo XVIII. Una evolución clave fue la utilización de la ciencia para comprender el mundo: la aparición de un enfoque científico produjo un cambio radical de perspectiva y de interpretación. En una esfera tras otra, las explicaciones tradicionales y de base religiosa fueron cayendo, para ser sustituidas por intentos racionales y críticos de adquirir conocimiento.

La sociología, al igual que la física, la química, la biología y otras disciplinas, surgió dentro de este importante proceso intelectual. El origen de la sociología se enmarcó en un contexto definido por la serie de arrolladores cambios propiciados por las «dos grandes revoluciones» que tuvieron lugar en Europa durante los siglos XVIII y XIX. Estos transformadores acontecimientos cambiaron de forma irreversible la forma de vida que habían llevado los seres humanos durante miles de años. La Revolución francesa de 1789 señaló el triunfo de ideas y valores seculares como la libertad y la igualdad sobre el orden social tradicional. Fue el inicio de una fuerza poderosa y dinámica que a partir de entonces se extendió por el globo convirtiéndose en uno de los fundamentos del mundo moderno. La segunda gran revolución comenzó en Gran Bretaña a finales del siglo XVIII, antes de surgir en el resto de Europa, Norteamérica y otros lugares. Ésta fue la **Revolución industrial**: el amplio espectro de transformaciones sociales y económicas que rodeó el desarrollo de innovaciones tecnológicas como la energía de vapor y las maquinarias que propulsaba. El auge industrial produjo un enorme desplazamiento de campesinos, que dejaron de trabajar en la tierra para hacerlo en fábricas y en labores industriales, lo que generó una rápida expansión de las áreas urbanas y propició nuevas relaciones sociales. Cambió de manera espectacular el rostro de la vida social, incluyendo muchas de nuestras costumbres personales. En la actualidad, gran parte de la comida que ingerimos y de las bebidas que tomamos —como el café— se producen de forma industrial.

La demolición de las formas de vida tradicionales hizo que los pensadores aceptaran el desafío de desarrollar nuevas interpretaciones tanto del mundo social como del natural. Los pioneros de la sociología se vieron superados por los acontecimientos que enmarcaban estas revoluciones e intentaron comprender tanto su aparición como sus posibles consecuencias. Las cuestiones a las que estos pensadores decimonónicos intentaron responder —¿Qué es la naturaleza humana? ¿Qué es lo que explica la estructura actual de la sociedad? ¿Cómo

y por qué cambian las sociedades? — son las mismas a las que los sociólogos pretenden contestar hoy en día.

Auguste Comte

Es evidente que, por sí solo, ningún individuo puede fundar toda una disciplina, y fueron muchos los autores que participaron en los orígenes del pensamiento sociológico. Sin embargo, se suele conceder una especial importancia al autor francés Auguste Comte (1798-1857), aunque sólo sea porque fue él quien acuñó el término «sociología». Inicialmente, Comte hablaba de «física social» para referirse al nuevo campo de estudio, pero en aquel momento algunos de sus rivales intelectuales también utilizaban este concepto. Comte quiso distinguir su perspectiva de la de los demás, de modo que acuñó el término «sociología» para describir la disciplina que pretendía instaurar.

El pensamiento de Comte reflejaba los turbulentos acontecimientos de su época. La Revolución francesa había producido cambios sociales notables y el desarrollo industrial estaba alterando la vida tradicional de la población francesa. Comte intentó crear una ciencia de la sociedad que pudiera explicar las leyes del mundo social del mismo modo que las ciencias naturales explicaban el funcionamiento del físico. Aunque Comte reconocía que cada disciplina científica tiene su propio objeto de estudio, creía que todas comparten una lógica y un método científico comunes, cuyo objetivo es mostrar leyes universales. Al igual que el descubrimiento de leyes en el mundo natural nos permite controlar y predecir los fenómenos que nos rodean, desvelar las que rigen a la sociedad humana podría ayudarnos a conformar nuestro destino y a mejorar el bienestar de la humanidad. Comte señaló que la sociedad se ajusta a leyes invariables de forma muy similar a como lo hace el mundo físico.

Para Comte, la sociología era una ciencia *positiva* que debía aplicar al estudio de la sociedad métodos científicos igual de rigurosos que los que utilizaba la física o la química para estudiar el mundo físico. El **positivismo** sostiene que la ciencia debe centrarse sólo en las entidades observables que se conocen directamente mediante la experiencia. Partiendo de la base de una cuidadosa observación sensorial, cabe inferir leyes que expliquen la relación entre los fenómenos observados. Posteriormente, tras comprender la relación entre los acontecimientos, los científicos pueden predecir cómo van a tener lugar otros fenómenos futuros. La sociología, según el enfoque positivista, puede producir conocimientos sociales basados en datos empíricos procedentes de la observación, la comparación y la experimentación.

La *ley de los tres estadios* de Comte señala que los esfuerzos humanos por comprender el mundo han pasado por tres estadios: el teológico, el metafísico y el positivo. En el teológico, lo que guiaba el pensamiento eran las ideas religiosas y la creencia en que la sociedad era la expresión de la voluntad divina. En el estadio metafísico, que saltó a la palestra en torno a la época renacentista, la sociedad pasó a considerarse como algo natural, no sobrenatural. El estadio positivo, propiciado por los descubrimientos y logros de Copérnico, Galileo y Newton, alentó la aplicación de las técnicas científicas al mundo social. En consonancia con esta idea, Comte consideraba que la sociología era la última ciencia que quedaba por crear —siguiendo el ejemplo de la física, la química y la biología—, aunque fuera la más significativa y compleja de todas.

En la última parte de su carrera, y basándose en su perspectiva sociológica, Comte concibió ambiciosos planes para la reconstrucción de la sociedad francesa en particular y de las sociedades humanas en general. Exigió el establecimiento de una «religión de la humanidad» que abandonara la fe y el dogma para abrazar bases científicas. La sociología ocuparía el centro de esta nueva religión. Comte era muy consciente del estado en que se encontraba la sociedad en la que vivía: le preocupaban las desigualdades que estaba produciendo la industrialización y la amenaza que suponían para la cohesión social. Según él, a largo plazo la solución era generar un consenso moral que ayudara a regular la sociedad, o a mantenerla unida, a pesar de las nuevas pautas de desigualdad. Aunque las ideas que tuvo Comte para reconstruir la sociedad nunca se llevaron a cabo, su aportación a la sistematización y unificación de la ciencia social fue importante para la profesionalización posterior de la sociología como disciplina académica.



Auguste Comte (1798-1857)

Émile Durkheim

Los escritos de otro autor francés, Émile Durkheim (1858-1917), han tenido una influencia más duradera en la sociología moderna que los de Auguste Comte. Aunque recogió algunos elementos de la obra de éste, Durkheim consideraba que la mayor parte de sus trabajos eran demasiado especulativos y vagos y que no había logrado lo que se había propuesto: darle a la sociología una base científica. Para Durkheim, la sociología era una ciencia nueva que podía utilizarse para dilucidar las tradicionales preguntas filosóficas mediante análisis de tipo empírico. Al igual que Comte antes que él, Durkheim creía que debíamos estudiar la vida social con la misma objetividad con que los científicos se ocupan de la naturaleza. El primer principio de la sociología para Durkheim era el famoso «estudia los hechos sociales como si fueran cosas!». Con ello lo que quería decir era que la vida social puede ser analizada con el mismo rigor que los objetos o fenómenos naturales.

Los escritos de Durkheim cubrieron un amplio espectro de temas. Tres de los principales que abordó fueron la importancia de la sociología como ciencia empírica, el ascenso del individuo y la formación de un nuevo orden social, y las fuentes y naturaleza de la autoridad moral en la sociedad. Nos encontraremos de nuevo las ideas de Durkheim al analizar la religión, la desviación y la delincuencia, y el trabajo y la vida económica.

Según Durkheim, la principal preocupación intelectual de la sociología es el estudio de los **hechos sociales**. En vez de aplicar métodos sociológicos al estudio de los individuos,



Émile Durkheim (1858-1917)

los sociólogos tienen que analizar hechos sociales: aspectos de la vida social, como la situación de la economía o la influencia de la religión, que conforman nuestras acciones como individuos. Durkheim creía que las sociedades tienen su propia realidad; es decir, que la sociedad no se compone sólo de las acciones e intereses de cada uno de sus miembros. Según este autor, los hechos sociales son formas de actuar, pensar o sentir *externas* a los individuos y tienen una realidad propia al margen de las vidas y percepciones de sus integrantes. Los hechos sociales también se distinguen por su capacidad para ejercer un *poder coactivo* sobre los individuos. Sin embargo, la gente no suele reconocer ese carácter condicionante de los hechos sociales. Esto se debe a que, en general, las personas aceptan los hechos sociales libremente, creyendo que actúan por su propia voluntad. En realidad, según Durkheim, es frecuente que la gente no haga más que seguir las pautas habituales

en su sociedad. Los hechos sociales pueden condicionar la acción humana de diferentes maneras, que van desde un rotundo castigo (en el caso de un delito, por ejemplo) hasta el rechazo social (en el caso de un comportamiento inaceptable), pasando por un simple malentendido (en el caso de un uso equivocado del idioma).

Durkheim aceptaba que los hechos sociales son difíciles de estudiar, ya que, como son invisibles e intangibles, no pueden observarse directamente. En lugar de ello, sus propiedades han de ponerse de manifiesto indirectamente mediante el análisis de sus efectos o analizando los intentos que se han hecho para expresarlas, como son las leyes, los textos religiosos o las normas de conducta escritas. Al estudiar los hechos sociales, Durkheim subrayaba lo importante que era abandonar los prejuicios y la ideología. Una actitud científica exige una mente abierta a las evidencias sensoriales y libre de ideas preconcebidas procedentes del exterior. Durkheim sostenía que sólo se podían generar conceptos científicos mediante prácticas científicas. Retó a los sociólogos a estudiar las cosas tal como son y a elaborar nuevos conceptos que reflejen la verdadera naturaleza de lo social.

Al igual que otros fundadores de la sociología, a Durkheim le preocupaban los cambios que en su época estaban transformando la sociedad. Tenía un especial interés en la solidaridad de tipo social y moral, es decir, la que mantiene unida a la sociedad y evita que se precipite en el caos. La solidaridad se mantiene cuando los individuos consiguen integrarse en grupos y se rigen por un conjunto de valores y costumbres compartidos. En su primera gran obra, *La división del trabajo social* (1893), Durkheim presentó un análisis del cambio social que propugnaba que el advenimiento de la era industrial comportaba la aparición de un nuevo tipo de solidaridad. Al plantear este argumento, Durkheim contraponía dos clases

de solidaridad —la *mecánica* y la *orgánica*—, relacionándolas con la división del trabajo, el desarrollo de la diferenciación entre diversas ocupaciones.

Según Durkheim, las culturas tradicionales en las que se da una reducida división del trabajo se caracterizan por una solidaridad mecánica. Como la mayoría de los miembros de la sociedad realizan ocupaciones similares, les unen las experiencias comunes y las creencias compartidas. La fuerza de estas creencias tiene un carácter represivo: la comunidad castiga inmediatamente a cualquiera que cuestione las formas de vida convencionales. Queda poco espacio para el disenso individual. Por lo tanto, la solidaridad mecánica se basa en el consenso y en la similitud de creencias. Sin embargo, las fuerzas de la industrialización y de la urbanización han producido una creciente división del trabajo que ha contribuido a la quiebra de este tipo de solidaridad. Para Durkheim, la especialización de las tareas y la creciente diferenciación social en las sociedades avanzadas iban a producir un nuevo orden en el que habría una solidaridad orgánica. A las sociedades que se caracterizan por este tipo de solidaridad las mantienen unidas la interdependencia económica de las personas y el reconocimiento de la importancia de las aportaciones ajenas. A medida que se expande la división del trabajo, la gente depende cada vez más de los demás, porque cada persona necesita productos y servicios que le proporcionan los que tienen otras ocupaciones. Las relaciones de reciprocidad económica y de dependencia mutua llegan a sustituir a las creencias compartidas como fundamento del consenso social.

Sin embargo, los procesos de cambio que ocurren en el mundo contemporáneo son tan rápidos e intensos que dan lugar a dificultades sociales aún mayores. Pueden tener efectos perturbadores sobre las formas de vida, la moral, las creencias religiosas y las pautas cotidianas tradicionales, sin proporcionar unos nuevos valores claros. Durkheim vinculaba estas inquietantes condiciones a la *anomia*, la sensación de falta de sentido o de desesperación que provoca la vida social moderna. En general, los controles y criterios tradicionales que solía proporcionar la religión los ha destruido el desarrollo social moderno, y esto deja a muchos individuos de las sociedades contemporáneas con la sensación de que su vida cotidiana carece de sentido.

En uno de sus más famosos estudios Durkheim analizó el suicidio, fenómeno que parece un acto puramente personal, resultado de una profunda infelicidad del individuo. Sin embargo, Durkheim señala que los factores sociales tienen una influencia decisiva en el comportamiento suicida, siendo la anomia una de dichas influencias. Las tasas de suicidio señalan, año tras año, una pauta regular que ha de explicarse sociológicamente.

Karl Marx

Las ideas de Karl Marx (1818-1883) contrastan vivamente con las de Comte y Durkheim, pero, como ellos, intentó explicar los cambios sociales que estaban ocurriendo durante la Revolución industrial. Cuando era joven sus actividades políticas le ocasionaron problemas con las autoridades alemanas y, después de una breve estancia en Francia, se exilió definitivamente en Gran Bretaña. Marx asistió al desarrollo de las fábricas y de la producción industrial, así como al de las desigualdades que generaba. Su interés en el movimiento sindical y en las ideas socialistas se puso de manifiesto en sus escritos, que cubren diversas áreas. Gran parte de su obra se centra en cuestiones económicas, pero, considerando que

El estudio del suicidio de Durkheim

Uno de los estudios sociológicos clásicos que ha estudiado la relación entre el individuo y la sociedad es el análisis del suicidio que hizo Durkheim (publicado originalmente en 1897). Aunque los seres humanos se vean a sí mismos como individuos que actúan por su propia voluntad y elección, con frecuencia es la sociedad la que conforma sus comportamientos y la que les ofrece un modelo. El estudio de Durkheim mostraba que incluso un acto tan personal como el suicidio se ve influido por el mundo social.

Antes del estudio de Durkheim ya se habían llevado a cabo investigaciones sobre el suicidio, pero él fue el primero que insistió en que había que darle una explicación sociológica. Los escritos anteriores habían reconocido la influencia de los factores sociales sobre el fenómeno, pero las explicaciones que habían dado al hecho de que un individuo fuera más o menos proclive a suicidarse se habían centrado en consideraciones raciales, climáticas o en otras relacionadas con problemas mentales. Sin embargo, según Durkheim, el suicidio era un *hecho social* que sólo podía explicarse mediante otros hechos sociales. El suicidio no era sólo la suma de una serie de actos individuales: era un fenómeno en el que aparecían ciertas pautas.

Al examinar las cifras de suicidio oficiales de Francia, Durkheim se dio cuenta de que ciertos tipos de personas eran más proclives a suicidarse que otras. Descubrió, por ejemplo, que había más suicidios entre los hombres que entre las mujeres; más entre los protestantes que entre los católicos; más entre los ricos que entre los pobres, y más entre las personas solteras que entre las casadas. Durkheim también percibió que los índices de suicidio solían ser menores en tiempo de guerra y mayores en las épocas de cambio económico y de inestabilidad.

Estos hallazgos llevaron a Durkheim a la conclusión de que hay fuerzas sociales fuera del individuo que influyen en el número de suicidios. Relacionó su explicación con la idea de solidaridad social y con dos tipos de vínculos sociales: la *integración social* y la *regulación social*. Durkheim creía que era menos probable que se quitaran la vida las personas que estaban muy integradas en grupos sociales y cuyos deseos y aspiraciones se hallaban regulados por normas sociales. Identificó cuatro tipos de suicidio, según fuera la presencia o ausencia relativa de la integración y la regulación:

En los suicidios *egoístas* lo definitorio es la escasa integración social. Tienen lugar cuando un individuo está aislado o cuando sus vínculos con un grupo se debilitan o se rompen. Por ejemplo, el escaso número de suicidios entre los católicos podría explicarse a partir de la

fuerza de su comunidad social, mientras que la libertad personal y moral de los protestantes conlleva que «estén solos» ante Dios. El matrimonio protege del suicidio al integrar al individuo en una relación social estable, mientras que las personas solteras siguen estando más aisladas dentro de la sociedad. Según Durkheim, el menor número de suicidios en tiempo de guerra puede interpretarse como un signo de la mayor integración social.

El suicidio *anómico* se produce por la falta de regulación social. Con esto, Durkheim se refería a las condiciones sociales de la *anomia*, situación en la que las personas se quedan «sin normas» debido a un rápido cambio en la sociedad o a la inestabilidad de ésta. La pérdida de un punto fijo de referencia para las normas o deseos —como la que se da en épocas de convulsiones económicas o de conflictos íntimos como un divorcio— puede alterar el equilibrio entre las circunstancias de una persona y sus deseos.

El suicidio *altruista* tiene lugar cuando un individuo está «demasiado integrado» —los vínculos sociales son demasiado fuertes— y valora más a la sociedad que a sí mismo. En este caso, el suicidio se convierte en un sacrificio que se realiza en beneficio de un «bien superior». Los kamikazes japoneses o los «hombres bomba» islámicos son ejemplos de este tipo de suicidio. Para Durkheim, éste era característico de sociedades tradicionales en las que predomina la solidaridad mecánica.

El último tipo de suicidio es el *fatalista*. Aunque Durkheim lo consideraba de poca importancia en su época, creía que se origina cuando un individuo está excesivamente regulado por la sociedad. La opresión del individuo produce un sentimiento de impotencia ante el destino o la sociedad.

Los índices de suicidio varían de una sociedad a otra, pero, a lo largo del tiempo, presentan pautas regulares dentro de cada una de ellas. Para Durkheim, esto era una prueba de que existen fuerzas sociales coherentes que influyen en el número de suicidios. Si se analiza este índice, se comprobará que en las acciones individuales se pueden detectar pautas sociales generales.

Desde la publicación de *El suicidio*, se han hecho muchas objeciones a este estudio, relacionadas sobre todo con el uso que hace Durkheim de las estadísticas oficiales, su rechazo a las influencias no sociales que afectan al suicidio y su insistencia en clasificar todas las clases de suicidio juntas. No obstante, el estudio sigue siendo un clásico y su propuesta fundamental se mantiene vigente: incluso un acto que parece tan personal como el suicidio exige una explicación sociológica.

siempre trató de conectar los problemas económicos con las instituciones sociales, dicha obra estaba, y está, llena de interesantes observaciones sociológicas. Incluso sus críticos más severos reconocen que su obra fue importante para el desarrollo de la sociología.

El capitalismo y la lucha de clases

Aunque escribió sobre distintos periodos históricos, Marx se centró en el cambio en la época contemporánea. Para él, las transformaciones más importantes de este periodo están

vinculadas al desarrollo del **capitalismo**, sistema de producción que contrasta radicalmente con los anteriores órdenes económicos de la historia, ya que conlleva la producción de bienes y servicios para venderlos a una amplia gama de consumidores. Marx identificó dos elementos principales dentro de las empresas capitalistas. La primera es el *capital*: cualquier activo, ya sea dinero, máquinas o incluso fábricas, que pueda utilizarse o invertirse para crear otros activos. La acumulación de capital va unida al siguiente elemento, el *trabajo asalariado*, formado por el conjunto de trabajadores que no poseen los medios para ganarse la vida y que deben aceptar el empleo que les dan los propietarios del capital. Marx creía que éstos, los *capitalistas*, constituyen una clase dominante, mientras que el grueso



Karl Marx (1818-1883)

de la población constituye una clase de trabajadores asalariados, o clase obrera. Al extenderse la industrialización, un gran número de campesinos que solía mantenerse con el trabajo agrícola se mudó a las ciudades que estaban en proceso de expansión y ayudó a constituir una clase obrera urbana. A esta clase obrera también se la denomina *proletariado*.

Según Marx, el capitalismo es un sistema inherentemente clasista en el que las relaciones de clase se caracterizan por el conflicto. Aunque los propietarios del capital y los trabajadores dependen los unos de los otros —los capitalistas necesitan mano de obra y los trabajadores un salario—, esta dependencia está muy desequilibrada. La relación entre las clases se basa en la explotación, ya que los trabajadores tienen poco o ningún control sobre su trabajo y los empresarios pueden generar ganancias apropiándose de lo que producen los trabajadores con su trabajo. Marx creía que el

conflicto que enfrenta a las clases por los recursos económicos se agravaría con el paso del tiempo.

El cambio social: la concepción materialista de la historia

La perspectiva de Marx se basaba en lo que él denominó la **concepción materialista de la historia**. Según este enfoque, las principales causas del cambio social no son las ideas o los valores de los seres humanos. Por el contrario, el cambio social está primordialmente inducido por influencias económicas. El conflicto entre las clases constituye el motor del desarrollo histórico: es el motor de la historia. En palabras de Marx: «Toda la historia humana hasta el presente es la historia de la lucha de clases». Aunque Marx centró casi toda su atención en el capitalismo y en la sociedad moderna, también examinó cómo se habían desarrollado las sociedades en el curso de la historia. Para Marx, los sistemas sociales pasan de una forma de producción a otra —bien de forma gradual o mediante una revolución— en virtud de las contradicciones que se producen en sus economías. Subrayó la existencia de una progresión de estadios históricos que comenzaba con las sociedades comunistas y de cazadores primitivas para pasar después a los sistemas esclavistas de la antigüedad y a los feudales, que se basaban en la división entre propietarios de tierras y siervos. La aparición de mercaderes y artesanos señaló el comienzo de una clase comercial o capitalista que vino a desplazar a la nobleza terrateniente. De acuerdo con esta visión de la historia, Marx señaló que del mismo modo que los capitalistas se habían unido para derribar el orden feu-

dal, también ellos serían sustituidos cuando se instaurara un nuevo orden.

Marx creía en la inevitabilidad de la revolución obrera que había de derrocar al sistema capitalista y propiciar una nueva sociedad sin clases, es decir, carente de divisiones a gran escala entre ricos y pobres. Con esto no quería decir que fueran a desaparecer todas las desigualdades entre los individuos, sino que la sociedad ya no estaría dividida entre una pequeña clase que monopoliza el poder económico y político y una gran masa de personas que apenas se benefician de la riqueza que genera su trabajo. El sistema económico pasaría a ser de propiedad comunal y se establecería una sociedad más humana que la actual. Marx creía que en la sociedad del futuro la producción estaría más avanzada y sería más eficiente que en el sistema capitalista.

La obra de Marx tuvo una profunda influencia en el mundo del siglo XX. Hasta hace poco, más de un tercio de la población de la tierra vivía en sociedades, como las de la Unión Soviética y los países de Europa Oriental, cuyos gobiernos decían haberse inspirado en las ideas de Marx.



Max Weber (1868-1920)

Max Weber

Al igual que Marx, Max Weber (1864-1920) no puede ser etiquetado únicamente como sociólogo, ya que sus intereses y preocupaciones se extendieron a diversas disciplinas. Nacido en Alemania, donde desarrolló gran parte de su carrera académica, Weber tenía una vasta cultura. En sus obras abordó la economía, el derecho, la filosofía y la historia comparada, además de la sociología, y gran parte de su trabajo se centró también en el desarrollo del capitalismo y en los rasgos que diferenciaban a la sociedad moderna de otras formas de organización social anteriores. Mediante una serie de estudios empíricos, Weber indicó algunas de las características fundamentales de las sociedades industriales modernas e identificó debates sociológicos clave que siguen siendo capitales para los sociólogos de la actualidad.

Al igual que otros pensadores de su tiempo, intentó comprender la naturaleza y las causas del cambio social. Estuvo influido por Marx, pero fue también muy crítico con algunas de sus principales ideas. Rechazaba la concepción materialista de la historia y consideraba que los conflictos de clase eran menos relevantes de lo que suponía Marx. Para Weber, los factores económicos son importantes, pero el impacto de las ideas y los valores sobre el cambio social es igualmente significativo. A diferencia de otros pensadores de la primera hornada sociológica, Weber creía que la sociología debía centrarse en la *acción social*, no

en las estructuras. Señaló que la motivación y las ideas del ser humano son las fuerzas que impulsan el cambio: las ideas, los valores y las creencias tienen poder para producir transformaciones. Según Weber, los individuos disponen de la capacidad para actuar libremente y conformar su futuro. No creía, como Marx y Durkheim, que hubiera estructuras fuera de los individuos o independientes de ellos. Por el contrario, las estructuras sociales se forman mediante una compleja interconexión de acciones. La labor de la sociología es comprender sus significados subyacentes.

Algunos de los escritos más influyentes de Weber reflejaban esta preocupación por la acción social, al analizar el carácter distintivo de la sociedad occidental en comparación con otras grandes civilizaciones. Estudió las religiones de China, la India y Oriente Medio y con estas investigaciones hizo aportaciones clave a la sociología de la religión. Tras comparar los sistemas religiosos dominantes en China y la India con los occidentales, Weber llegó a la conclusión de que ciertos aspectos de la doctrina cristiana habían tenido un papel fundamental en la aparición del capitalismo. Al contrario que en Marx, esta perspectiva no surgía únicamente de las transformaciones económicas, sino que, para Weber, las ideas y valores culturales ayudan a que se constituya una sociedad y conforman nuestras acciones individuales.

Un importante elemento de la perspectiva sociológica weberiana era la idea del **tipo ideal**, un modelo conceptual y analítico que puede utilizarse para comprender el mundo. En la vida real, los tipos ideales son infrecuentes, si es que existen; con frecuencia, sólo aparecen algunos de sus atributos. Sin embargo, estas construcciones hipotéticas pueden ser útiles, ya que cualquier situación del mundo real puede interpretarse mediante la comparación con un tipo ideal. Así, tales tipos sirven como puntos de referencia fijos. Es importante señalar que al denominar tipo «ideal» a esta concepción no quería decir que ésta fuera un objetivo perfecto o deseable. Por el contrario, lo que pretendía expresar es que ese tipo es una forma «pura» de un determinado fenómeno. Weber utilizó los tipos ideales en sus escritos sobre los tipos de burocracia y de mercado.

La racionalización

Para Weber, la aparición de la sociedad moderna iba acompañada de importantes cambios en las pautas de la acción social. Creía que las personas se estaban apartando de creencias tradicionales basadas en la superstición, la religión, la costumbre y en hábitos muy arraigados. Así, los individuos cada vez realizaban más cálculos racionales e instrumentales que tenían en cuenta la eficiencia y las futuras consecuencias de sus acciones. En la sociedad industrial apenas había espacio para los sentimientos y para hacer las cosas de una determinada manera, simplemente porque se había hecho así durante generaciones. El desarrollo de la ciencia, de la tecnología moderna y de la burocracia era descrito por Weber colectivamente como **racionalización**: la organización de la vida social y económica en función de principios de eficiencia y apoyándose en conocimientos técnicos. Si en las sociedades tradicionales los principales componentes que definían las actitudes y valores de las personas eran la religión y costumbres muy arraigadas, la sociedad moderna se caracterizaba por la racionalización de un número creciente de áreas vitales, que iban desde la política y la religión hasta la actividad económica.

Una fundadora olvidada

Aunque Comte, Marx y Weber son, sin duda, los grandes fundadores de la sociología, también hubo otros pensadores importantes del mismo periodo cuyas aportaciones también deben tenerse en cuenta. La sociología, al igual que muchas disciplinas académicas, no siempre ha estado a la altura del ideal que propugna que hay que reconocer la importancia de cualquier pensador cuya obra haya tenido sus propios méritos. Muy pocas mujeres o miembros de minorías étnicas tuvieron la oportunidad de convertirse en sociólogos profesionales durante el periodo «clásico» del siglo XIX y principios del XX. Además, con frecuencia, la disciplina ha desatendido a los pocos a los que se concedió la posibilidad de realizar investigaciones sociológicas trascendentes. Individuos como Harriet Martineau merecen la atención de los sociólogos actuales.



Harriet Martineau (1802-1876)

Harriet Martineau

A Harriet Martineau (1802-1876) se la ha llamado la «primera mujer socióloga», pero, al igual que ocurre con Marx y Weber, no puede considerarse que su labor se ciñera únicamente a la sociología. Nació y se educó en Inglaterra y fue autora de unos cincuenta libros, así como de numerosos artículos. Ahora se atribuye a Martineau la introducción de la sociología en Gran Bretaña, mediante su traducción al inglés del tratado de Comte que fundó la disciplina, el *Curso de filosofía positiva* (Rossi, 1973). Además, durante sus prolongados viajes por los Estados Unidos en la década de 1830, Martineau llevó a cabo un estudio sistemático y de primera mano de la sociedad del país, objeto de su libro *Society in America*. Martineau es importante para los sociólogos actuales por diversas razones. En primer lugar, señaló que cuando se estudia una sociedad hay que abordar todos sus aspectos, entre ellos las instituciones políticas, religiosas y sociales clave. En segundo lugar, insistió en que un análisis social también debe intentar comprender la vida de las mujeres. En tercer lugar, fue la primera en observar con mirada sociológica cuestiones antes desatendidas, como el matrimonio, los hijos, la vida doméstica y religiosa, y las relaciones raciales. Como escribió en una ocasión: «El cuarto de los niños, el tocador y la cocina son escuelas excelentes en las que aprendemos la moral y los modales de las personas» (Martineau, 1962: 53). Finalmente, apuntó que los sociólogos han de ir más allá de la observación para actuar de forma que se beneficie la sociedad. A consecuencia de ello, Martineau fue una defensora activa tanto de los derechos de la mujer como de la emancipación de los esclavos.

En opinión de Weber, la Revolución industrial y el surgimiento del capitalismo eran muestras de una amplia tendencia que conducía a la racionalización. El capitalismo no está dominado por los conflictos de clase, como creía Marx, sino por el ascenso de la ciencia y la burocracia: las organizaciones de gran envergadura. Para Weber, el carácter científico de Occidente era uno de sus rasgos más relevantes. La burocracia, la única forma de organizar con eficiencia a un gran número de personas, aumenta con el desarrollo económico y político. Weber utilizaba el término *desencanto* para describir cómo, en el mundo moderno, el pensamiento científico había barrido del pasado a las fuerzas del sentimentalismo.

Sin embargo, Weber no se mostraba del todo optimista en lo tocante a los resultados de la racionalización. Temía que la sociedad moderna fuera un sistema que aplastara el espíritu humano al intentar regular todas las esferas de la existencia. A Weber le inquietaban sobre todo las consecuencias potencialmente asfixiantes y deshumanizadoras de la burocracia y sus implicaciones para el destino de la democracia. El programa de la Ilustración del siglo XVIII, que pretendía fomentar el progreso, la riqueza y la felicidad rechazando las costumbres y la superstición y abrazando la ciencia y la tecnología, tiene sus propios peligros.

Perspectivas sociológicas más recientes

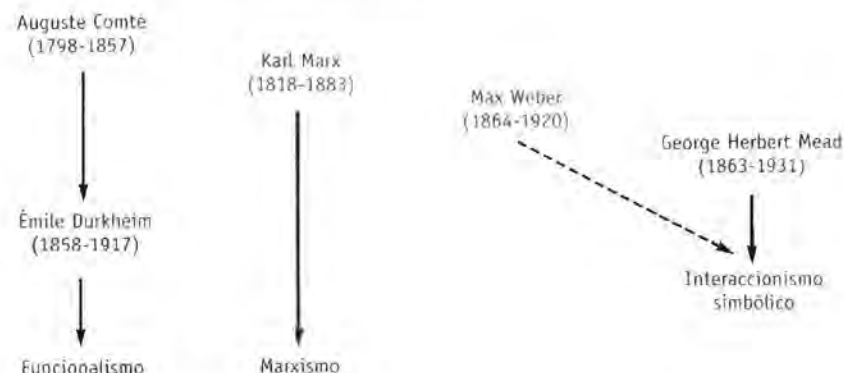
A los primeros sociólogos les unía el deseo de comprender las cambiantes sociedades en las que habitaban. Sin embargo, no sólo querían mostrar e interpretar los impetuosos acontecimientos de su época. Lo más importante era su pretensión de desarrollar formas de estudio del mundo social que pudieran explicar el funcionamiento general de las sociedades y la naturaleza del cambio social. Sin embargo, como hemos visto, Durkheim, Marx y Weber utilizan enfoques muy diferentes al estudiar el mundo social. Por ejemplo, mientras que Durkheim y Marx se centran en el vigor de las fuerzas externas al individuo, Weber tomó como punto de partida la capacidad de éste para actuar creativamente sobre el mundo exterior. Mientras que Marx apuntaba el predominio de las cuestiones económicas, Weber consideraba la importancia de una gama de factores mucho más amplia. Estas diferencias de enfoque se han mantenido durante la historia de la sociología. Aunque los sociólogos estén de acuerdo en su objeto de análisis, con frecuencia lo abordan desde diferentes perspectivas teóricas.

Tres de las más importantes perspectivas teóricas de los últimos tiempos, el *funcionalismo*, los enfoques que se basan en el *conflicto* y el *interaccionismo simbólico*, entroncan directamente con Durkheim, Marx y Weber (véase la figura 1.1). A lo largo del libro se encontrarán argumentos e ideas que parten de esos enfoques teóricos y los ilustran.

El funcionalismo

El **funcionalismo** sostiene que la sociedad es un sistema complejo cuyas diversas partes funcionan conjuntamente para generar estabilidad y solidaridad. Según este enfoque, la disciplina sociológica tiene que investigar la relación que existe entre cada uno de los componentes de la sociedad y la que se da con el conjunto de ésta. Podemos analizar las creencias y costumbres religiosas de una sociedad, por ejemplo, mostrando cómo se relacionan con

Figura 1.1 Enfoques teóricos en sociología



Las líneas continuas indican una influencia directa y la discontinua una conexión indirecta. Mead no es heredero de las ideas de Weber, pero allí donde éste subraya la naturaleza significativa y premeditada de la acción humana sí tiene afinidades con los temas que estudia el interaccionismo simbólico.

otras instituciones de esa misma sociedad, porque los diferentes componentes del entramado social se desarrollan en estrecha relación con los demás.

Estudiar la función de una práctica o institución social es analizar la contribución que una u otra hace a la continuidad de la sociedad en su conjunto. Con frecuencia, los funcionalistas, entre ellos Comte y Durkheim, han recurrido a una *analogía orgánica* para comparar el funcionamiento de la sociedad con el de un organismo vivo. Señalan que las partes de una sociedad funcionan al unisono, al igual que lo hacen las del cuerpo humano, en beneficio del conjunto. Para estudiar un órgano como el corazón debemos mostrar de qué modo se relaciona con otras partes del cuerpo. Al bombear sangre a todo el organismo, el corazón desempeña un papel vital para el mantenimiento de la vida de aquél. De modo similar, analizar la función de un elemento social implica mostrar el papel que tiene en el mantenimiento de la existencia y de la salud de una sociedad.

El funcionalismo recalca la importancia del consenso moral para el mantenimiento del orden y la estabilidad sociales. El consenso moral se da cuando la mayoría de las personas de una sociedad comparten los mismos valores. Para los funcionalistas, una sociedad está en su estado normal cuando hay orden y equilibrio: esa armonía social se basa en la existencia de un consenso moral entre los miembros de tal sociedad. Por ejemplo, según Durkheim, la religión refuerza la adhesión de las personas a los valores sociales centrales y, por ello, contribuye al mantenimiento de la cohesión social.

Probablemente, durante mucho tiempo el pensamiento funcionalista fue la tradición teórica más relevante en sociología, particularmente en los Estados Unidos. Dos de sus partidarios más sobresalientes fueron Talcott Parsons y Robert Merton, ambos muy influidos

por Durkheim. En los últimos años su aceptación ha comenzado a verse mermada, a medida que se revelaban sus limitaciones. Se suele criticar a los funcionalistas porque hacen un excesivo hincapié en los factores que conducen a la cohesión social, a costa de los que producen divisiones y conflictos. Centrarse en la estabilidad y el orden supone minimizar las divisiones o desigualdades sociales, que se basan en factores como la clase, la raza y el género. Tampoco se recalca mucho el papel que tiene la acción social creativa dentro de la sociedad. Muchos críticos comparten la idea de que el análisis funcionalista atribuye a las sociedades cualidades que no poseen. A menudo, los funcionalistas hablan como si éstas tuvieran «necesidades» y «objetivos», aunque estos conceptos sólo tienen sentido cuando se aplican a los seres humanos individuales.

Las perspectivas que se basan en el conflicto

Al igual que los funcionalistas, los sociólogos que utilizan las **teorías del conflicto** subrayan la importancia que tienen las estructuras dentro de la sociedad. También proponen un «modelo» global para explicar su funcionamiento. Sin embargo, los teóricos del conflicto rechazan la importancia capital que atribuye el funcionalismo al consenso. Por el contrario, hacen hincapié en la importancia social de las divisiones. De este modo, se centran en cuestiones como el poder, la desigualdad y la lucha. Suelen considerar que la sociedad se compone de grupos diferentes que persiguen sus propios intereses. La existencia de éstos implica la constante posibilidad de conflicto y que unos grupos se benefician más que otros. Los teóricos del conflicto examinan las tensiones sociales que se registran entre los grupos dominantes y los desfavorecidos, y pretenden comprender cómo se establecen y perpetúan las relaciones de control.

Muchos teóricos del conflicto sitúan el origen de sus ideas en los escritos de Marx, cuya obra recalca el conflicto de clase, pero algunos también se han visto influidos por Weber. En este momento, un buen ejemplo de ello es el sociólogo alemán Ralf Dahrendorf (1929). En su obra clásica *Class and Class Conflict in Industrial Society* (1959), Dahrendorf señala que los pensadores funcionalistas sólo tienen en cuenta una vertiente de la sociedad: la relacionada con los aspectos de la vida social en los que existe armonía y acuerdo. Las áreas que se definen por el conflicto y la división son igual de importantes, o más. El conflicto, afirma Dahrendorf, surge principalmente de los diferentes intereses que tienen los individuos y los grupos. Marx veía esa diversidad de intereses en términos de clase, pero Dahrendorf la relaciona con un contexto de autoridad y poder más amplio. Todas las sociedades se dividen entre los que tienen la autoridad y los que, en general, se ven apartados de ella, entre los gobernantes y los gobernados.

Las perspectivas que se basan en la acción social

Si las perspectivas funcionalistas y las que se basan en el conflicto hacen hincapié en las estructuras que sustentan la sociedad e influyen en el comportamiento humano, las teorías de la acción social prestan una mayor atención a la acción y a la interacción de los miembros de la sociedad a la hora de formar tales estructuras. Aquí se considera que el papel de

la sociología es captar el significado de la acción y la interacción sociales, y no el de explicar qué fuerzas externas al individuo hacen que éste actúe como lo hace. Mientras que las perspectivas funcionalistas y las teorías del conflicto plantean modelos que explican cómo funciona el conjunto de la sociedad, las de la acción social se centran en el comportamiento de los actores individuales o en cómo se relacionan éstos entre sí y con la sociedad.

Con frecuencia se señala que Weber fue el primer defensor de las perspectivas relacionadas con la acción social. Aunque este autor reconoció la existencia de estructuras sociales, como las clases, los partidos, los grupos de estatus y otros, sostenía que estas estructuras las creaban las acciones sociales de los individuos. Este punto de vista lo desarrolló más sistemáticamente el **interaccionismo simbólico**, una escuela de pensamiento que cobró una especial importancia en los Estados Unidos. El interaccionismo simbólico sólo tenía una influencia indirecta de Weber. Sus orígenes más directos hay que buscarlos en la obra de un filósofo estadounidense, G. H. Mead (1863-1931).

El interaccionismo simbólico

El **interaccionismo simbólico** surge de la preocupación por el lenguaje y el significado. Mead sostiene que es el lenguaje lo que nos hace seres autoconscientes, es decir, conocedores de nuestra propia individualidad y capaces de vernos desde fuera tal como lo hacen los demás. El elemento clave en este proceso es el **símbolo**, que es algo que representa otra cosa. Por ejemplo, las palabras que utilizamos para denominar ciertos objetos son en realidad símbolos que representan lo que queremos decir. La palabra «cuchara» es el símbolo que utilizamos para describir el utensilio que nos sirve para tomar sopa. Los gestos o formas de comunicación no verbal también son símbolos. Hechos como saludar a alguien con la mano o hacer un gesto grosero tienen un valor simbólico. Mead indica que nos valemos de unos símbolos y una complicidad en nuestras interacciones con los demás. Como los seres humanos viven en un rico universo simbólico, casi todas sus interacciones conllevan un intercambio de símbolos.

El interaccionismo simbólico dirige su atención a los pormenores de la interacción interpersonal y a cómo se utilizan para dar sentido a lo que otros dicen o hacen. Con frecuencia, los sociólogos que están influidos por este enfoque se centran en la interacción cara a cara que tiene lugar en la vida cotidiana. Subrayan el papel que desempeña esa interacción en la creación de la sociedad y de sus instituciones.

Aunque el interaccionismo simbólico puede darnos muchas ideas sobre la naturaleza de nuestras acciones en el curso de la vida social cotidiana, se le ha criticado por prescindir de cuestiones de más envergadura, como son el poder y la estructura dentro de la sociedad y cómo sirven estos elementos para condicionar la acción individual.

Conclusión

Como hemos visto, la sociología abarca diversas perspectivas teóricas. A veces el desacuerdo entre las posiciones teóricas es bastante radical. Pero esta diversidad, más que signo de debilidad, lo es de la fuerza y de la vitalidad del objeto de estudio.

Todos los sociólogos están de acuerdo en que la sociología es una disciplina en la que dejamos a un lado nuestra concepción personal del mundo para observar con mayor atención las influencias que conforman nuestra vida y la de los demás. La sociología surgió como empresa intelectual definida al desarrollarse las sociedades industrializadas modernas, y el estudio de tales sociedades sigue siendo su principal interés. Sin embargo, a los sociólogos también les preocupa una amplia gama de cuestiones relativas a la naturaleza de la interacción social y al conjunto de las sociedades humanas.

La sociología no es sólo un área intelectual abstracta, sino que tiene importantes consecuencias para la vida de las personas. ¡Aprender a ser sociólogo no debería ser una pesada labor académica! La mejor manera de asegurarse de que no es así es enfocar la materia de forma imaginativa y relacionar las ideas sociológicas y sus conclusiones con las situaciones de nuestra propia vida.

Una de las maneras de lograr este objetivo es ser consciente de la diferencia que existe entre las formas de vida que consideramos normales en nuestra sociedad occidental y las de otros grupos humanos. Aunque las personas tienen muchas características en común, también hay bastantes diferencias entre las diversas sociedades y culturas. Nos ocuparemos de unas y otras en el siguiente capítulo, «Cultura y sociedad».

Puntos fundamentales

1. La sociología puede definirse como el estudio sistemático de las sociedades humanas, y presta una especial atención a los modernos sistemas industrializados.
2. La práctica de la sociología conlleva la capacidad de pensar de forma imaginativa y de distanciarse de ideas preconcebidas sobre las relaciones sociales.
3. La sociología es un objeto de estudio con importantes consecuencias prácticas. Puede contribuir a la crítica y a la reforma práctica de la sociedad de diversas maneras. Para empezar, una mejor comprensión de un determinado conjunto de circunstancias sociales suele darnos más posibilidades para controlarlas. Al mismo tiempo, la sociología proporciona los medios para aumentar nuestra sensibilidad cultural, haciendo que las políticas se basen en la conciencia de los diversos valores culturales. Desde un punto de vista práctico, podemos investigar las consecuencias de la implantación de políticas concretas. Finalmente, y puede que esto sea lo más importante, la sociología proporciona autoconocimiento, y ofrece a los grupos y a los individuos más oportunidades de alterar las condiciones de su propia vida.
4. La sociología se concibió como un intento de entender los trascendentales cambios ocurridos en las sociedades humanas en los dos o tres últimos siglos. Estos cambios no sólo se han producido a gran escala, sino que también han tenido lugar en los ámbitos más íntimos y personales de la vida de las personas.
5. Entre los fundadores clásicos de la sociología hay cuatro figuras especialmente importantes: Auguste Comte, Karl Marx, Émile Durkheim y Max Weber. Comte y Marx, que escribían a mediados del siglo XIX, plantearon algunos de los temas fundamentales de la disciplina, que fueron desarrollados más tarde por Durkheim y Weber. Dichos temas se refieren a la naturaleza de la sociología y a las consecuencias del desarrollo de las sociedades modernas en el mundo social.

6. Diversos enfoques teóricos se dan cita en la sociología. Las disputas teóricas son difíciles de solucionar incluso en las ciencias sociales, y en la sociología nos enfrentamos a unas especiales dificultades por lo complejo que resulta convertir nuestro propio comportamiento en objeto de estudio.
7. Los principales enfoques teóricos de la sociología son el funcionalismo, las teorías del conflicto y el interaccionismo simbólico. Entre ellos hay diferencias fundamentales que tuvieron una gran influencia en el desarrollo de la disciplina después de la Segunda Guerra Mundial.

C. Wright Mills (1961). *La imaginación sociológica*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.

Extracto del primer capítulo (pp. 23-30)

I. LA PROMESA

HOY EN DÍA los hombres advierten con frecuencia que sus vidas privadas son una serie de añagazas. Se dan cuenta de que en sus mundos cotidianos no pueden vencer sus dificultades, y en eso muchas veces tienen toda la razón: lo que los hombres corrientes saben directamente y lo que tratan de hacer está limitado por las órbitas privadas en que viven; sus visiones y sus facultades se limitan al habitual escenario del trabajo, de la familia, de la vecindad; en otros medios, se mueven por sustitución y son espectadores. Y cuanto más cuenta se dan, aunque sea vagamente, de las ambiciones y de las amenazas que trascienden de su ambiente inmediato, más atrapados parecen sentirse.

Por debajo de esa sensación de estar atrapados se encuentran cambios aparentemente impersonales de la estructura misma de sociedades de dimensiones continentales. Los hechos de la historia contemporánea son también hechos relativos al triunfo y al fracaso de hombres y mujeres individuales. Cuando una sociedad se industrializa, el campesino se convierte en un trabajador, y el señor feudal es liquidado o se convierte en un hombre de negocios. Cuando las clases suben o bajan, un hombre tiene trabajo o no lo tiene; cuando la proporción de las inversiones aumenta o disminuye, un hombre toma nuevos alientos o se arruina. Cuando sobrevienen guerras, un agente de seguros se convierte en un lanzador de cohetes, un oficinista en un experto en radar, las mujeres viven solas y los niños crecen sin padre. Ni la vida de un individuo ni la historia de una sociedad pueden entenderse sin entender ambas cosas.

Pero los hombres, habitualmente, no definen las inquietudes que sufren en relación con los cambios históricos y las contradicciones institucionales. Por lo común, no imputan el bienestar de que gozan a los grandes vaivenes de la sociedad en que viven. Rara vez conscientes de la intrincada conexión entre el tipo de sus propias vidas y el curso de la historia del mundo, los hombres corrientes suelen ignorar lo que esa conexión significa para el tipo de hombres en que se van convirtiendo y para la clase de actividad histórica en que pueden tener parte. No poseen la cualidad mental esencial para percibir la interrelación del hombre y la sociedad, de la biografía y de la historia, del yo y del mundo. No pueden hacer frente a sus problemas personales en formas que les permitan controlar las transformaciones estructurales que suelen estar detrás de ellas.

No es de extrañar, desde luego. ¿En qué época se han visto tantos hombres expuestos a paso tan rápido a las sacudidas de tantos cambios? Que los norteamericanos no hayan conocido cambios tan catastróficos como los hombres y las mujeres de otras sociedades, se debe a hechos históricos que ahora se van convirtiendo velozmente en "mera historia". La historia que ahora afecta a todos los hombres es la historia del mundo. En este escenario y en esta época, en el curso de una sola generación, la sexta parte de la humanidad de feudal y atrasada ha pasado a ser moderna, avanzada y temible. Las colonias políticas se han liberado, y han surgido nuevas y menos visibles formas de imperialismo. Hay revoluciones, y los hombres sienten la opresión interna de nuevos tipos de autoridad. Nacen sociedades totalitarias y son reducidas a pedazos... o triunfan fabulosamente. Después de dos siglos de dominio, al capitalismo se le señala sólo como uno de los medios de convertir la sociedad en un aparato industrial. Después de dos siglos de esperanza, aun la democracia formal está limitada a una porción muy pequeña de la humanidad. Por todas partes, en el mundo subdesarrollado, se abandonan antiguos estilos de vida y vagas expectativas se convierten en demandas urgentes. Por todas partes, en el mundo superdesarrollado, los medios de ejercer la autoridad y la violencia se hacen totales en su alcance y burocráticos en su forma. Yace ahora ante nosotros la humanidad misma, mientras las supernaciones que constituyen sus polos concentran sus esfuerzos más coordinados e ingentes en preparar la tercera guerra mundial.

La plasmación misma de la historia rebasa actualmente la habilidad de los hombres para orientarse de acuerdo con valores preferidos. ¿Y qué valores? Aun cuando no se sientan consternados, los hombres advierten con frecuencia que los viejos modos de sentir y de pensar se han ido abajo y que los comienzos más recientes son ambiguos hasta el punto de producir parálisis moral. ¿Es de extrañar que los hombres corrientes sientan que no pueden hacer frente a los mundos más dilatados ante los cuales se encuentran de un modo tan súbito? ¿Que no puedan comprender el sentido de su época en relación con sus propias vidas? ¿Que, en defensa de su yo, se insensibilicen moralmente, esforzándose por seguir siendo hombres totalmente privados o particulares? ¿Es de extrañar que estén poseídos por la sensación de haber sido atrapados?

No es sólo información lo que ellos necesitan. En esta Edad del Dato la información domina con frecuencia su atención y rebasa su capacidad para asimilarla. No son sólo destrezas intelectuales

lo que necesitan, aunque muchas veces la lucha para conseguirlas agota su limitada energía moral.

Lo que necesitan, y lo que ellos sienten que necesitan, es una cualidad mental que les ayude a usar la información y a desarrollar la razón para conseguir recapitulaciones lúcidas de lo que ocurre en el mundo y de lo que quizás está ocurriendo dentro de ellos. Y lo que yo me dispongo a sostener es que lo que los periodistas y los sabios, los artistas y el público, los científicos y los editores esperan de lo que puede llamarse imaginación sociológica, es precisamente esa cualidad.

1

La imaginación sociológica permite a su poseedor comprender el escenario histórico más amplio en cuanto a su significado para la vida interior y para la trayectoria exterior de diversidad de individuos. Ella le permite tener en cuenta cómo los individuos, en el tumulto de su experiencia cotidiana, son con frecuencia falsamente conscientes de sus posiciones sociales. En aquel tumulto se busca la trama de la sociedad moderna, y dentro de esa trama se formulan las psicologías de una diversidad de hombres y mujeres. Por tales medios, el malestar personal de los individuos se enfoca sobre inquietudes explícitas y la indiferencia de los públicos se convierte en interés por las cuestiones públicas.

El primer fruto de esa imaginación —y la primera lección de la ciencia social que la encarna— es la idea de que el individuo sólo puede comprender su propia experiencia y evaluar su propio destino localizándose a sí mismo en su época; de que puede conocer sus propias posibilidades en la vida si conoce las de todos los individuos que se hallan en sus circunstancias. Es, en muchos aspectos, una lección terrible, y en otros muchos una lección magnífica. No conocemos los límites de la capacidad humana para el esfuerzo supremo o para la degradación voluntaria, para la angustia o para la alegría, para la brutalidad placentera o para la dulzura de la razón. Pero en nuestro tiempo hemos llegado a saber que los límites de la "naturaleza humana" son espantosamente dilatados. Hemos llegado a saber que todo individuo vive, de una generación a otra, en una sociedad, que vive una biografía, y que la vive dentro de una sucesión histórica. Por el hecho de vivir contribuye, aunque sea en pequeñísima medida, a dar forma a esa sociedad y al curso de su historia, aun cuando él está formado por la sociedad y por su impulso histórico.

La imaginación sociológica nos permite captar la historia y la

biografía y la relación entre ambas dentro de la sociedad. Esa es su tarea y su promesa. Reconocer esa tarea y esa promesa es la señal del analista social clásico. Es la característica de Herbert Spencer, ampuloso, verboso, comprensivo; de A. E. Ross, gracioso, revelador, probo; de Auguste Comte y Émile Durkheim; del intrincado y sutil Karl Mannheim. Es la cualidad de todo lo que es intelectualmente excelente en Carlos Marx; es la clave de la brillante e irónica penetración de Thorstein Veblen, de las polifacéticas interpretaciones de la realidad de Joseph Schumpeter; es la base del alcance psicológico de W. E. H. Lecky no menos que de la profundidad y la claridad de Max Weber. Y es la señal de todo lo mejor de los estudios contemporáneos sobre el hombre y la sociedad.

Ningún estudio social que no vuelva a los problemas de la biografía, de la historia y de sus intersecciones dentro de la sociedad, ha terminado su jornada intelectual. Cualesquiera que sean los problemas del analista social clásico, por limitados o por amplios que sean los rasgos de la realidad social que ha examinado, los que imaginativamente han tenido conciencia de lo que prometía su obra han formulado siempre tres tipos de preguntas:

1) ¿Cuál es la estructura de esta sociedad particular en su conjunto? ¿Cuáles son sus componentes esenciales, y cómo se relacionan entre sí? ¿En qué se diferencia de otras variedades de organización social? ¿Cuál es, dentro de ella, el significado de todo rasgo particular para su continuidad o para su cambio?

2) ¿Qué lugar ocupa esta sociedad en la historia humana? ¿Cuál es el mecanismo por el que está cambiando? ¿Cuál es su lugar en el desenvolvimiento de conjunto de la humanidad y qué significa para él? ¿Cómo afecta todo rasgo particular que estamos examinando al periodo histórico en que tiene lugar, y cómo es afectado por él? ¿Y cuáles son las características esenciales de ese periodo? ¿En qué difiere de otros periodos? ¿Cuáles son sus modos característicos de hacer historia?

3) ¿Qué variedades de hombres y de mujeres prevalecen ahora en esta sociedad y en este periodo? ¿Y qué variedades están empezando a prevalecer? ¿De qué manera son seleccionados y formados, liberados y reprimidos, sensibilizados y embotados? ¿Qué clases de "naturaleza humana" se revelan en la conducta y el carácter que observamos en esta sociedad y en este periodo? ¿Y cuál es el significado para la "naturaleza humana" de todos y cada uno de los rasgos de la sociedad que examinamos?

Ya sea el punto de interés un Estado de gran poderío, o un talento literario de poca importancia, una familia, una prisión o

un credo, éstos son los tipos de preguntas que han formulado los mejores analistas sociales. Ellas constituyen los pivotes intelectuales de los estudios clásicos sobre el hombre y la sociedad, y son las preguntas que inevitablemente formula toda mente que posea imaginación sociológica. Porque esa imaginación es la capacidad de pasar de una perspectiva a otra: de la política a la psicológica, del examen de una sola familia a la estimación comparativa de los presupuestos nacionales del mundo, de la escuela teológica al establecimiento militar, del estudio de la industria del petróleo al de la poesía contemporánea. Es la capacidad de pasar de las transformaciones más impersonales y remotas a las características más íntimas del yo humano, y de ver las relaciones entre ambas cosas. Detrás de su uso está siempre la necesidad de saber el significado social e histórico del individuo en la sociedad y el periodo en que tiene su cualidad y su ser.

En suma, a esto se debe que los hombres esperen ahora captar, por medio de la imaginación sociológica, lo que está ocurriendo en el mundo y comprender lo que está pasando en ellos mismos como puntos diminutos de las intersecciones de la biografía y de la historia dentro de la sociedad. En gran parte, la conciencia que de sí mismo tiene el hombre contemporáneo como de un extraño por lo menos, si no como de un extranjero permanente, descansa sobre la comprensión absorta de la relatividad social y del poder transformador de la historia. La imaginación sociológica es la forma más fértil de esa conciencia de sí mismo. Por su uso, hombres cuyas mentalidades sólo han recorrido una serie de órbitas limitadas, con frecuencia llegan a tener la sensación de despertar en una casa con la cual sólo habían supuesto estar familiarizados. Correcta o incorrectamente, llegan a creer con frecuencia que ahora pueden proporcionarse a sí mismos recapitulaciones adecuadas, estimaciones coherentes, orientaciones amplias. Antiguas decisiones, que en otro tiempo parecían sólidas, les parecen ahora productos de mentalidades inexplicablemente oscuras. Vuelve a adquirir agudeza su capacidad de asombrarse. Adquieren un modo nuevo de pensar, experimentan un trastrueque de valores; en una palabra, por su reflexión y su sensibilidad comprenden el sentido cultural de las ciencias sociales.

2

La distinción más fructuosa con que opera la imaginación sociológica es quizás la que hace entre "las inquietudes personales del medio" y "los problemas públicos de la estructura social". Esta

distinción es un instrumento esencial de la imaginación sociológica y una característica de toda obra clásica en ciencia social.

Se presentan *inquietudes* en el carácter de un individuo y en el ámbito de sus relaciones inmediatas con otros; tienen relación con su yo y con las áreas limitadas de vida social que conoce directa y personalmente. En consecuencia, el enunciado y la resolución de esas inquietudes corresponde propiamente al individuo como entidad biográfica y dentro del ámbito de su ambiente inmediato: el ámbito social directamente abierto a su experiencia personal y, en cierto grado, a su actividad deliberada. Una inquietud es un asunto privado: los valores amados por un individuo le parecen a éste que están amenazados.

Los *problemas* se relacionan con materias que trascienden del ambiente local del individuo y del ámbito de su vida interior. Tienen que ver con la organización de muchos ambientes dentro de las instituciones de una sociedad histórica en su conjunto, con las maneras en que diferentes medios se imbrican e interpenetran para formar la estructura más amplia de la vida social e histórica. Un problema es un asunto público: se advierte que está amenazado un valor amado por la gente. Este debate carece con frecuencia de enfoque, porque está en la naturaleza misma de un problema, a diferencia de lo que ocurre con la inquietud aun más generalizada, el que no se le pueda definir bien de acuerdo con los ambientes inmediatos y cotidianos de los hombres corrientes. En realidad, un problema implica muchas veces una crisis en los dispositivos institucionales, y con frecuencia implica también lo que los marxistas llaman "contradicciones" o "antagonismos".

Consideremos a esa luz el desempleo. Cuando en una ciudad de 100 000 habitantes sólo carece de trabajo un hombre, eso constituye su inquietud personal, y para aliviarla atendemos propiamente al carácter de aquel hombre, a sus capacidades y a sus oportunidades inmediatas. Pero cuando en una nación de 50 millones de trabajadores 15 millones carecen de trabajo, eso constituye un problema, y no podemos esperar encontrarle solución dentro del margen de oportunidades abiertas a un solo individuo. Se ha venido abajo la estructura misma de oportunidades. Tanto el enunciado correcto del problema como el margen de soluciones posibles nos obliga a considerar las instituciones económicas y políticas de la sociedad, y no meramente la situación y el carácter personales de individuos sueltos.

Veamos la guerra. El problema personal de la guerra, cuando se presenta, puede estar en cómo sobrevivir o cómo morir con ho-

nor, cómo enriquecerse con ella, cómo trepar a lo más alto del aparato militar de seguridad, o cómo contribuir a ponerle término. En suma, encontrar, de acuerdo con los valores que uno reconoce, una serie de ambientes, y dentro de ella sobrevivir a la guerra o hacer significativa la muerte de uno en ella. Pero los problemas estructurales de la guerra se refieren a sus causas, a los tipos de hombres que lleva al mando, a sus efectos sobre la economía y la política, sobre la familia y las instituciones religiosas, a la irresponsabilidad desorganizada de un mundo de Estados-naciones.

Veamos el matrimonio. En el matrimonio el hombre y la mujer pueden experimentar inquietudes personales, pero cuando la proporción de divorcios durante los cuatro primeros años de matrimonio es de 250 por cada 1 000, esto es prueba de un problema estructural que tiene que ver con las instituciones del matrimonio y de la familia y con otras relacionadas con ellas.

O veamos las metrópolis: el horrible, hermoso, repugnante y magnífico desparramamiento de la gran ciudad. Para muchas personas de las clases altas, la solución personal del "problema de la ciudad" es tener un departamento con garage privado en el corazón de la ciudad, y a cuarenta millas de ella una casa proyectada por Henry Hill con un jardín diseñado por Garrett Eckbo, en un terreno de cuarenta hectáreas de propiedad personal. En esos dos ambientes controlados —con un pequeño cuerpo de servicio en cada extremo y una comunicación por helicóptero entre ellos—, la mayor parte de las personas resolvería muchos de los problemas de ambiente personal causados por los hechos de la ciudad. Pero todo eso, aunque espléndido, no resuelve los problemas públicos que el hecho estructural de la ciudad plantea. ¿Qué habría que hacer con ese maravilloso monstruo? ¿Fragmentarlo en unidades diseminadas que reuniesen la residencia y el lugar de trabajo? ¿Dejarla como es, con algunos retoques? ¿O evacuarla y volarla con dinamita, y construir ciudades nuevas de acuerdo con planos y lugares nuevos? ¿Cómo serían esos planos? ¿Y quién va a decidir y a realizar lo que se elija? Ésos son problemas estructurales; hacérles frente y resolverlos nos obliga a examinar los problemas políticos y económicos que afectan a innumerables medios.

Mientras una economía esté organizada de manera que haya crisis, el problema del desempleo no admite una solución personal. Mientras la guerra sea inherente al sistema de Estados-naciones y a la desigual industrialización del mundo, el individuo corriente en su medio restringido será impotente —con ayuda psiquiátrica o sin ella— para resolver las inquietudes que este sistema o falta de sistema le impone. Mientras que la familia como institución

convierta a las mujeres en esclavas queridas y a los hombres en sus jefes proveedores y sus dependientes aún no destetados, el problema de un matrimonio satisfactorio no puede tener una solución puramente privada. Mientras la megalópolis superdesarrollada y el automóvil superdesarrollado sean rasgos constitutivos de la sociedad superdesarrollada, los problemas de la vida urbana no podrán resolverlos ni el ingenio personal ni la riqueza privada.

Lo que experimentamos en medios diversos y específicos es, como hemos observado, efecto de cambios estructurales. En consecuencia, para comprender los cambios de muchos medios personales, nos vemos obligados a mirar más allá de ellos. Y el número y variedad de tales cambios estructurales aumentan a medida que las instituciones dentro de las cuales vivimos se extienden y se relacionan más intrincadamente entre sí. Darse cuenta de la idea de estructura social y usarla con sensatez es ser capaz de descubrir esos vínculos entre una gran diversidad de medios; y ser capaz de eso es poseer imaginación sociológica.

ZYGMUNT BAUMAN.

“SOCIOLOGÍA ¿PARA QUÉ?”

En: *Pensando sociológicamente*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1994, Introducción, pp. 7-24.

Se puede concebir la sociología de diversas maneras. La más simple consiste en pensar en una larga estantería repleta de libros. Todos los libros llevan la palabra “sociología” en el título, el subtítulo o el índice (y por eso el bibliotecario los colocó juntos en esos estantes). Los libros consignan los nombres de sus autores, que se autodenominan sociólogos (es decir, dentro de su condición de investigadores o docentes se los califica oficialmente de sociólogos). Al pensar en estos libros y sus autores uno piensa en el cuerpo de conocimiento que se acumuló durante los muchos años transcurridos desde que se piensa y se practica la sociología. Y piensa también que en sociología hay una suerte de tradición que cumplir, un cierto volumen de información que todos los recién llegados al campo —ya sea que quieran practicar la sociología o que sólo pretendan indagar lo que ella les ofrece— deben primero consumir, digerir, incorporar. O mejor aun, pensamos en la sociología de un modo que incluye el constante flujo de recién llegados (después de todo, constantemente se agregan libros a los estantes): pensamos en ella como una actividad permanente, una preocupación continua, una constante verificación del caudal de sabiduría recibida confrontándola con las experiencias nuevas, un incremento constante del conocimiento acumulado y su modificación en el proceso.

Esta manera de pensar acerca de la sociología parece natural y obvia. Es así como respondemos espontáneamente a cualquier pregunta del tipo “¿Qué es un X?” Si nos preguntan, por ejemplo, “¿Qué es un león?” señalamos con el dedo determinado animal, en la jaula del zoológico, en una fotografía, en un dibujo. Y si una persona que no habla nuestro idioma nos pregunta “¿Qué es un lápiz?” sacamos del bolsillo el objeto en cuestión y se lo mostramos. En ambos casos buscamos y señalamos un vínculo entre cierta palabra y cierto objeto. Consideramos que las palabras se refieren a objetos, representan objetos; cada palabra nos remite a determinado objeto, ya sea un animal o un instrumento para escribir. Encontrar el objeto a que la palabra se refiere (es decir, encontrar el referente de la palabra) es una respuesta conveniente y correcta para nuestra primera pregunta. Una vez obtenida esta respuesta ya sé cómo usar una palabra que hasta entonces me era desconocida; sé con referencia a qué, en conexión con qué, en qué condiciones debo usarla. El tipo de respuesta de que estamos hablando me enseña precisamente esto: cómo usar una palabra dada.

Pero la respuesta no me brinda conocimiento alguno acerca del objeto mismo, del que me han señalado como referente de la palabra sobre la cual pregunté. Sólo sé qué aspecto tiene el objeto, de modo que en el futuro podré reconocerlo como el objeto que la palabra representa. Así, lo que el método de señalar con el dedo puede enseñarme tiene límites, y bastante estrechos. Habiendo descubierto a qué objeto se refiere la palabra, probablemente me sentiré impulsado a seguir preguntando: “¿De qué modo es peculiar este objeto? ¿De qué manera se diferencia de otros objetos, como para que se justifique referirse a él con determinado nombre?” Esto es un león. Pero esto no es un tigre. Esto es un lápiz. Pero esto no es una lapicera. Si llamar león a este animal es correcto, pero llamarlo tigre no lo es, debe haber algo que los leones tienen y los tigres no tienen (ese algo hace que los leones sean lo que los tigres no son). Debe haber alguna *diferencia* que separa a los leones de los

tigres. Sólo descubriendo esta diferencia podemos saber lo que son realmente los leones, como algo distinto de saber qué objeto representa la palabra “león”.

Y, por lo tanto, no podemos estar totalmente satisfechos con nuestra respuesta preliminar a la pregunta acerca de la sociología. Necesitamos pensar más. Hemos aceptado que la palabra “sociología” representa determinado cuerpo de conocimiento y ciertas prácticas que utilizan este conocimiento y al mismo tiempo lo incrementan; y ahora debemos formularnos más preguntas acerca de ese conocimiento y esas prácticas. ¿Qué hay en ellos que los hace claramente “sociológicos”? ¿Qué es lo que los hace diferentes de otros cuerpos de conocimiento y de otras prácticas de producción y utilización del conocimiento?

Por cierto, lo primero que descubrimos al observar los estantes de la biblioteca llenos de libros de sociología es que esos estantes están rodeados por otros, y que los libros de esos otros estantes no son de “sociología”. En la mayoría de las bibliotecas universitarias descubriríamos, probablemente, que los vecinos más próximos son los estantes que llevan las siguientes etiquetas: “historia”, “ciencias políticas”, “derecho”, “política social”, “economía”. Seguramente los bibliotecarios que dispusieron los estantes pensaron que para los lectores sería cómodo y conveniente que estuvieran cerca. Dieron por sentado (o así podemos suponerlo) que los lectores que revisaran los estantes de sociología buscarían, en algún momento, un libro ubicado, por ejemplo, en los estantes de historia o de ciencias políticas y que esto podría suceder con más frecuencia que la búsqueda de materia, digamos, de física o de ingeniería mecánica. En otras palabras, los bibliotecarios habrían supuesto que la materia “sociología” está de algún modo más próxima a los cuerpos de conocimiento llamados “ciencias políticas” o “economía” y quizá también que la diferencia entre los libros de sociología y los libros colocados en su vecindad inmediata es menos pronunciada, tajante y terminante que las diferencias entre la sociología y, por ejemplo, la medicina o la química.

Ya sea que estos pensamientos hayan cruzado por su mente o no, los bibliotecarios actuaron correctamente. Los cuerpos de conocimiento que ubicaron cerca tienen mucho en común. Todos ellos se ocupan del mundo hecho por el hombre o de la parte del mundo, o del aspecto del mundo, que lleva la huella de la actividad humana, que no existiría si no fuera por las acciones de los seres humanos. Historia, derecho, economía, ciencias políticas, sociología, todos esos cuerpos de conocimiento discuten las acciones humanas y sus consecuencias. Tienen mucho en común con ellas, y por esta razón es correcto agruparlos. Pero si todos estos cuerpos de conocimiento exploran el mismo territorio, ¿qué es lo que los separa? ¿Cuál es “esa diferencia que hace la diferencia”, la que justifica la división y los nombres diferentes? ¿En qué nos basamos para afirmar que, independientemente de las similitudes, los terrenos y los intereses comunes, la historia no es sociología, y la sociología no es ciencias políticas?

Esponáneamente nos sentimos impulsados a dar una respuesta simple: las divisiones entre los diversos cuerpos de conocimiento, deben reflejar las divisiones del mundo que investigan. Las acciones humanas, o los aspectos de las acciones humanas, difieren entre sí; y las divisiones entre cuerpos de conocimiento simplemente toman conocimiento de este hecho. Así, estaremos tentados de decir que la historia trata de las acciones que tuvieron lugar en el pasado y sólo de eso, mientras que la sociología se concentra en las acciones actuales o en las cualidades generales de las acciones que no cambian con el tiempo. La antropología, por su parte, nos habla de las acciones humanas en sociedades distantes en el espacio y diferentes de la nuestra, mientras que la sociología centra su atención en las

acciones que tienen lugar en nuestra sociedad (sea lo que fuere lo que esa expresión signifique) o en los aspectos de la acción que no varían de una sociedad a otra. En el caso de otros parientes cercanos de la sociología, la respuesta “obvia” suele ser menos obvia, pero siempre podemos intentarlo. Veamos: las ciencias políticas examinan principalmente las acciones que se refieren al poder y al gobierno; la economía se ocupa de las acciones vinculadas con el uso de los recursos y la producción y distribución de productos; al derecho le interesan las normas que rigen el comportamiento humano y la manera en que tales normas se formulan, se hacen obligatorias y se ponen en vigor... Nos damos cuenta entonces de que si siguiéramos razonando así nos veríamos obligados a deducir que la sociología es una suerte de disciplina residual, que se alimenta de lo que las otras descuidan. Mientras más material pusieron las otras disciplinas bajo sus microscopios, menos fue quedando para los sociólogos; como si “allá afuera”, en el mundo humano, hubiera un número limitado de hechos que esperan ser divididos y agrupados, según su naturaleza intrínseca, por ramas especializadas de la investigación.

La desventaja de esta respuesta “obvia” a nuestra pregunta es que, tal como la mayoría de las creencias que se nos aparecen como obvias y evidentemente verdaderas, sólo sigue siendo obvia si nos abstenemos de examinar atentamente los supuestos que debemos asumir para aceptarla. Tratemos, entonces, de desandar las etapas por las que llegamos a considerar que nuestra respuesta era obvia.

¿De dónde sacamos la idea de que las acciones humanas se dividen en cierto número de tipos diferentes? Del hecho de que se las ha clasificado de esa manera y de que a cada archivo de esa clasificación se le ha asignado un nombre diferente (de modo que sepamos cuándo hablar de política, cuándo de economía y cuándo de cuestiones legales; y lo que encontraremos en cada lugar); y del hecho de que existen grupos de personas expertas, informadas, creíbles y confiables, que afirman tener derechos exclusivos para estudiar, dar una opinión válida y orientar respecto de ciertos tipos de acciones, si bien no respecto de otros. Pero llevemos nuestra indagación un paso más adelante: ¿cómo sabemos lo que es el mundo humano “en sí mismo”, es decir, antes de que se lo haya dividido en economía, política o sociología, e independientemente de tal división? Sin duda alguna, no lo hemos descubierto gracias a nuestra experiencia vital. No vivimos ahora en política, después en economía; no pasamos de la sociología a la antropología cuando viajamos de Inglaterra a América del Sur, ni de la historia a la sociología cuando tenemos más edad. Si podemos separar tales dominios en nuestra experiencia, si podemos decir que esta acción, aquí y ahora, pertenece a la política, mientras que otra tiene carácter económico, es sólo porque nos han enseñado a hacer esas distinciones de antemano. Por lo tanto, no conocemos el mundo en sí sino lo que hacemos con el mundo; estamos poniendo en práctica, por así decir, nuestra imagen del mundo, un modelo prolijamente construido con los bloques que nos brindaron el lenguaje y nuestra formación.

En consecuencia, podemos muy bien decir que las diferencias entre las disciplinas académicas no reflejan la división natural del mundo humano. Es, por el contrario, la división del trabajo entre los académicos que se ocupan de las acciones humanas (una división respaldada y reforzada por la mutua separación de los respectivos expertos, y por los derechos exclusivos que tiene cada grupo para decidir lo que pertenece y lo que no pertenece al área que ellos rigen) lo que se proyecta sobre el mapa mental del mundo humano que llevamos en nuestras mentes y después desplegamos en nuestros actos. Es esa división del trabajo la que da una estructura al mundo en que vivimos. En consecuencia, si queremos develar

nuestro misterio y descubrir la ubicación secreta de “esa diferencia que hace la diferencia”, será mejor que observemos las prácticas de las disciplinas mismas, de las que al principio pensamos que reflejaban, modestamente, la estructura natural del mundo. Tal vez supongamos ahora que son estas prácticas las que difieren entre sí y que si hay una reflexión, ella va en un sentido exactamente opuesto al que habíamos creído.

¿En qué difieren las prácticas de las diversas ramas de estudio? En primer lugar, hay muy poca —o ninguna— diferencia entre sus actitudes hacia lo que seleccionan como objeto de estudio. Todas declaran que obedecen las mismas reglas de conducta cuando tratan con sus respectivos objetos. Todas se esfuerzan por reunir todos los *hechos* relevantes; todas tratan de asegurarse de que sus hechos son correctos, de que han sido verificados una y otra vez y de que, por tanto, la información acerca de ellos es confiable; todas tratan de formular sus propuestas acerca de los hechos de modo tal que se las pueda entender claramente y sin ambigüedades y se las pueda confrontar con la evidencia de la que afirman derivar, y también con cualquier evidencia que pueda surgir en el futuro; todas tratan de vaciar previamente o de eliminar las contradicciones entre las propuestas que hacen o sostienen, de modo de no hacer en ningún caso dos propuestas que puedan ser verdaderas al mismo tiempo. En resumen, todas tratan de estar a la altura de lo que prometen; tratan de obtener y presentar sus resultados de una manera *responsable* (es decir, de la manera que, se cree, lleva a la *verdad*). Y están preparadas para ser criticadas —y para retractarse de sus afirmaciones— si no lo hacen. Así que no hay diferencia alguna en cómo la tarea de los expertos y su marca —la responsabilidad académica— se entienden y se practican. Y probablemente tampoco podríamos encontrar una diferencia en la mayoría de los otros aspectos de las prácticas de la erudición. Todas las personas reconocidas como expertos, o que afirman serlo, parecen desplegar estrategias similares para recoger y procesar sus hechos: observan las cosas que estudian ya en su hábitat natural (por ejemplo, a los seres humanos en su vida cotidiana “normal” en el hogar, en público, en sus lugares de trabajo o esparcimiento) ya en condiciones experimentales especialmente ideadas y rigurosamente controladas (cuando, por ejemplo, se observan las reacciones humanas en entornos diseñados deliberadamente; o se insta a las personas a responder a ciertas preguntas, destinadas a eliminar toda interferencia indeseable); y a la inversa, los hechos que eligen son las evidencias registradas de observaciones similares hechas en el pasado (por ejemplo, registros parroquiales, datos de censos, archivos policiales). Y todos los académicos comparten las mismas reglas generales de la lógica para extraer y convalidar (o invalidar) las conclusiones que se desprenden de los hechos que reunieron y verificaron.

Parecería, por lo tanto, que nuestra última esperanza de encontrar la buscada “diferencia que hace la diferencia” estuviera en el tipo de preguntas típicas de cada rama de la investigación —preguntas que determinan los puntos de vista (*perspectivas cognitivas*) desde los que las acciones humanas son contempladas, exploradas y descriptas por los académicos pertenecientes a las diferentes disciplinas— y en los *principios* utilizados para ordenar la información generada por el cuestionamiento y para organizarla en un modelo de determinado fragmento o aspecto de la vida humana.

En una primera aproximación muy burda, la economía, por ejemplo, observaría principalmente la relación entre los costos y los efectos de la acción humana. Probablemente contemplaría la acción humana desde el punto de vista del

management de escasos recursos al que los actores quieren acceder para usarlo en su beneficio. De modo que vería las relaciones entre los actores como aspectos de la creación y el intercambio de bienes y servicios, regulados por la oferta y la demanda. Y finalmente ordenaría sus resultados para construir un modelo del proceso por el que se crean, obtienen y distribuyen los recursos entre diversas demandas. La ciencia política, por otro lado, se interesaría sobre todo en aquel aspecto de la acción humana que modifica la conducta real o previsible de otros actores o es modificada por ella, impacto éste estudiado por lo general con el nombre de “poder” o “influencia”. Consideraría las acciones humanas desde el punto de vista de la asimetría de tal poder y la influencia: en la interacción, algunos actores resultan modificados más profundamente que otros. Probablemente organizaría sus conclusiones alrededor de conceptos tales como poder, dominación, autoridad, etc., que se refieren todos a la diferenciación de las posibilidades de obtener lo que las partes de la relación buscan.

Estas preocupaciones de la economía y de la ciencia política (tanto como los intereses del resto de las ciencias humanas) no son en modo alguno ajenas a la sociología. Lo descubrimos al hojear cualquier bibliografía recomendada para estudiantes de sociología: esa lista de libros contendrá, sin duda, algunas obras escritas por estudiosos que se autodenominan historiadores, cientistas políticos o antropólogos, y son reconocidos como tales. Y sin embargo la sociología, al igual que otras ramas de los estudios sociales, tiene su propia perspectiva cognitiva, su propia serie de preguntas para indagar en las acciones humanas, y también su propia batería de principios de interpretación.

Como un primer resumen tentativo podríamos decir que lo que identifica a la sociología y le otorga su rasgo distintivo es el hábito de considerar las acciones humanas como *elementos de elaboraciones más amplias*, es decir, de una disposición no aleatoria de los actores, que se encuentran aprisionados en una red de *dependencia mutua* (siendo la dependencia un estado en el que la probabilidad de que se realice la acción y la posibilidad de su éxito cambian en relación con lo que los actores son, hacen o pueden hacer). Los sociólogos se preguntarían qué consecuencias tendría esta interdependencia para el comportamiento real y posible de los actores humanos. Estos intereses moldean el objeto de la indagación sociológica: elaboraciones, redes de dependencia mutua, condicionamiento recíproco de la acción, expansión o limitación de la libertad de los actores: ésas son las preocupaciones más importantes de la sociología. Los actores individuales, como ustedes o yo, son considerados por los estudios sociológicos en su condición de unidades, miembros o socios dentro de una red de interdependencia. Podríamos decir que la pregunta central de la sociología es: ¿en qué sentido tiene importancia que, en cualquier cosa que hagan o puedan hacer, las personas dependan de otras personas; en qué sentido tiene importancia que vivan siempre (y no pueden evitarlo) en compañía de, en comunicación, en intercambio, en competencia, en cooperación con otros seres humanos? Es este tipo de pregunta (y no un conjunto aislado de personas o hechos seleccionados a los fines del estudio, ni tampoco una serie de acciones humanas desconocidas por otras líneas de investigación) lo que constituye el dominio de la discusión sociológica y define a la sociología como una rama relativamente autónoma de las ciencias humanas y sociales. La sociología, podríamos entonces deducir, es en primer lugar y sobre todo, una manera de pensar acerca del mundo humano; en principio, uno podría también pensar acerca del mismo mundo de diferentes maneras.

Entre esas diferentes formas, de las que la manera de pensar sociológica se

diferencia, ocupa un lugar muy especial el llamado *sentido común*. Pero las relaciones de la sociología —quizá más que las de otras ramas del conocimiento— con el sentido común (ese conocimiento rico pero desorganizado, asistemático y con frecuencia inarticulado e inefable de que nos valemos para el diario oficio de vivir) están llenas de problemas decisivos para su naturaleza y su práctica.

En realidad, pocas son las ciencias a las que afecta la expresión de su relación con el sentido común; la mayoría ni siquiera advierte que el sentido común existe, y menos aún que puede significar un problema. Casi todas las ciencias se definen a sí mismas en función de límites que las separan de o puentes que las vinculan con las otras ciencias, es decir, con líneas de investigación tan sistemáticas y respetables como ellas mismas. No creen compartir con el sentido común un terreno lo suficientemente amplio como para preocuparse por trazar límites o construir puentes. Y debemos admitir que esa indiferencia se justifica. El sentido común no tiene prácticamente nada que decir acerca de las cuestiones de las que hablan la física, la química, la astronomía o la geología (y si algo dice sobre tales cuestiones, sólo puede hacerlo por gentileza de las otras ciencias, en la medida en que éstas se las arreglan para que sus recónditas conclusiones resulten ininteligibles para los legos). Los temas de la física o la astronomía rara vez aparecen en el campo de visión de los hombres y mujeres corrientes, en la experiencia cotidiana de personas como usted y yo. De modo que nosotros, los no expertos, la gente común, no podemos formarnos una opinión acerca de tales cuestiones, a menos que los científicos mismos nos ayuden (de hecho, nos instruyan). Los objetos explorados por ciencias como las que he mencionado aparecen sólo en eventos muy especiales, a los que los legos no tienen acceso: en la pantalla de un acelerador de costo multimillonario, en la lente de un telescopio gigantesco, en el extremo de una sonda de trescientos metros de profundidad. Sólo los científicos pueden verlos y experimentar con ellos; estos objetos y estos eventos son posesión monopólica de determinada rama de la ciencia (o hasta de un grupo selecto de especialistas de ese campo) y no se comparten con nadie que no sea miembro de la profesión. Como son los únicos poseedores de la experiencia que provee la materia prima para su estudio, los científicos tienen el control total de la manera en que se procesa, analiza e interpreta el material. Los productos del procesamiento tendrán que atravesar el examen crítico de otros científicos, pero sólo el de ellos. No habrán de competir con la opinión pública, el sentido común o cualquier otra manifestación en la que pudieran figurar los puntos de vista de los no especialistas; y ello por la simple razón de que en las cuestiones que ellos estudian y sobre las que se pronuncian no hay opinión pública ni punto de vista de sentido común.

Con la sociología las cosas son muy diferentes. En los estudios sociológicos no hay equivalentes de los aceleradores enormes ni de los radiotelescopios. Toda la experiencia que proporciona la materia prima para las conclusiones de la sociología (es decir, el material de que está hecho el conocimiento sociológico) es la experiencia de la gente común en la vida común y cotidiana; una experiencia en principio accesible a todo el mundo, aunque a veces no sea así en la práctica; una experiencia que, antes de ser colocada bajo la lupa de un sociólogo había sido vivida por alguien más: un no sociólogo, una persona no entrenada en el uso del lenguaje sociológico, no acostumbrada a ver las cosas desde un punto de vista sociológico. A fin de cuentas, todos vivimos en compañía de otras personas e interactuamos con los demás. Todos hemos aprendido muy bien que lo que tenemos depende de lo que otras personas hagan. Todos nosotros hemos atravesado más de una vez la dolorosa experiencia de una ruptura de la comunicación con amigos y extraños. Todo aquello

de que la sociología habla estuvo ya en nuestras vidas. Y así debe ser, puesto que de otro modo seríamos incapaces de manejar nuestros asuntos. Vivir en compañía de otras personas requiere una gran cantidad de conocimiento; y ese conocimiento se llama “sentido común”.

Sin embargo, profundamente inmersos en nuestras rutinas, casi nunca nos detenemos para pensar acerca del significado de lo que hemos atravesado; y menos frecuentemente aun tenemos ocasión de comparar nuestra experiencia privada con el destino de otros, ocasión de ver lo *social* en lo *individual*, lo *general* en lo *particular*. Y esto es precisamente lo que los sociólogos pueden hacer por nosotros. Esperamos de ellos que nos muestren cómo nuestras *biografías* individuales se entretejen con la *historia* que compartimos con nuestros congéneres. Y aun cuando los sociólogos no vayan tan lejos, no tienen otro punto de partida que la experiencia vital de todos los días que comparten con usted y conmigo, ese conocimiento crudo que satura la vida cotidiana de cada uno de nosotros. Sólo por esta razón los sociólogos, por más que se hayan esforzado por seguir el ejemplo de los físicos y los biólogos, apartándose del objeto de su estudio (es decir, contemplar mi experiencia vital y, por ejemplo, la del lector, como un objeto que está “afuera” y actuar como lo haría un observador desapegado e imparcial); sólo por esta razón, decíamos, no pueden apartarse completamente de su conocimiento íntimo de la experiencia que tratan de comprender. Por más que intenten lo contrario, los sociólogos están condenados a permanecer en ambos lados de la experiencia que pretenden interpretar: adentro y afuera al mismo tiempo. (Adviértase con cuánta frecuencia los sociólogos usan el pronombre personal “nosotros” cuando informan sobre sus conclusiones y formulan sus proposiciones generales. Ese “nosotros” representa un “objeto” que incluye a quienes estudian y a quienes son estudiados. ¿Se imagina usted a un físico usando el “nosotros” para referirse a él y a las moléculas? ¿O a los astrónomos valiéndose de la misma palabra para generalizar acerca de ellos y las estrellas?)

Todavía hay más que decir acerca de la especial relación entre sociología y sentido común. Los fenómenos que los modernos físicos o astrónomos observan y sobre los que teorizan se presentan en una forma prístina e inocente, no procesada, libre de etiquetas, definiciones prefabricadas e interpretaciones previas (es decir, con excepción de las interpretaciones que recibieron de antemano de los físicos que montaron los experimentos que produjeron los fenómenos). Ellos esperan que el físico o el astrónomo les dé nombre, los coloque entre otros fenómenos y los combine para formar un todo ordenado: en resumen, esperan que les den *significado*. Pero hay pocos, si es que los hay, equivalentes sociológicos de fenómenos tan limpios, a los que nunca antes se les haya dado significado. Todas las acciones e interacciones humanas que los sociólogos exploran han recibido algún nombre, y además, los actores mismos han teorizado acerca de ellas, si bien en forma vaga y pobremente expresada. Antes de empezar a observarse a ellos mismos, los sociólogos fueron objetos del conocimiento de sentido común. Los actores han dado ya significado y significación a familias, organizaciones, redes de parentesco, vecindarios, ciudades y aldeas, naciones e iglesias y otras agrupaciones mantenidas por la interacción humana regular, y las encaran conscientemente como portadoras de tales significados. Los actores legos y los sociólogos profesionales tendrían que usar los mismos nombres, el mismo lenguaje, al referirse a esas agrupaciones. Cada término que los sociólogos pueden utilizar estará ya fuertemente cargado por los significados dados por el conocimiento de sentido común de las personas “comunes”, como ustedes y yo.

Por todas estas razones, la sociología está demasiado íntimamente relacionada con el sentido común como para permitirse esa distante ecuanimidad con que pueden tratarlo otras ciencias, como la química o la geología. A usted y a mí nos está permitido hablar de interdependencia e interacción humanas, y hablar con autoridad. ¿Acaso no las practicamos y experimentamos? El discurso sociológico es muy abierto: no se invita a todo el mundo a entrar en el campo, pero tampoco existen límites claros ni barreras eficaces. Con fronteras mal definidas, cuya seguridad no está garantizada de antemano (a diferencia de las ciencias que estudian objetos inaccesibles a la experiencia de los legos), la soberanía de la sociología sobre el conocimiento social, su derecho a pronunciarse con autoridad sobre el tema, siempre puede ser cuestionada. Por eso, trazar un límite entre el conocimiento sociológico propiamente dicho y el sentido común —que está siempre lleno de ideas sociológicas— es una cuestión importante para la identidad de la sociología como cuerpo coherente de conocimiento; y por eso los sociólogos le prestan más atención que otros científicos.

Podemos mencionar por lo menos cuatro diferencias fundamentales entre las maneras en que la sociología y el sentido común —mi conocimiento “crudo” del oficio de vivir, por ejemplo, y el de mis lectores— abordan el tópico que comparten: la experiencia humana.

Digamos en primer lugar que la sociología (a diferencia del sentido común) hace un esfuerzo por subordinarse a las rigurosas reglas del *discurso responsable*, que supuestamente es un atributo de la ciencia (la ciencia como algo diferente de otras formas de conocimiento, notoriamente más relajadas y menos atentamente autocontroladas). Esto significa que de los sociólogos se espera que se preocupen especialmente por distinguir —de una manera clara y visible para cualquiera— entre las formulaciones corroboradas por la evidencia disponible y las afirmaciones que sólo pueden reivindicar una condición de suposición provisional y no verificada. Los sociólogos deben abstenerse de formular ideas que sólo se sustentan en sus creencias (aun en las más ardientes y emocionalmente intensas) como si se tratara de conclusiones verificadas y que implican la ampliamente respetada autoridad de la ciencia. Las reglas del discurso responsable exigen que nuestro “taller” —es decir, el procedimiento que llevó a las conclusiones finales y que supuestamente garantiza su credibilidad— esté abierto a un examen público ilimitado; tácitamente se debe invitar a todo el mundo a repetir las pruebas y a demostrar —llegado el caso— que las conclusiones son erróneas. El discurso responsable debe vincularse también con otras afirmaciones sobre su tema; no puede simplemente descartar o ignorar otras opiniones que hayan sido expresadas, aunque se opongan fuertemente a él y sean, por ello, inconvenientes. Se espera que toda vez que se observen honesta y meticulosamente las reglas del discurso responsable, la credibilidad y en última instancia la utilidad práctica de las conclusiones se verán muy favorecidas, cuando no totalmente garantizadas. Nuestra fe en la confiabilidad de las creencias respaldadas por la ciencia se basa, en gran medida, en la esperanza de que los científicos acatarán las normas del discurso responsable y de que la profesión científica en su conjunto velará porque cada miembro de la profesión así lo haga, en todos los casos. En cuanto a los científicos, todos señalan las virtudes del discurso responsable como un argumento en favor de la superioridad del conocimiento que ofrecen.

La segunda diferencia tiene que ver con el *tamaño del campo* del que se extrae el material para el juicio. Para casi todos nosotros, los no profesionales, ese campo se limita al mundo de nuestra vida personal: las cosas que hacemos, la gente que

frecuentamos, los objetivos que queremos alcanzar y los que creemos que otras personas quieren alcanzar. Rara vez, o nunca, hacemos un esfuerzo por elevarnos por encima del nivel de nuestras preocupaciones cotidianas, por ampliar el horizonte de nuestra experiencia, ya que eso requeriría tiempo y recursos que no disponemos o que no estamos dispuestos a invertir en ese esfuerzo. Y sin embargo, dada la enorme diversidad de las condiciones de nuestras vidas, cada experiencia basada únicamente en un mundo individual es necesariamente parcial y muy probablemente unilateral. Estas desventajas sólo pueden rectificarse reuniendo y comparando otras experiencias, extraídas de muchos mundos individuales. Recién entonces se nos revelará la parcialidad de la experiencia individual y también la compleja red de dependencias e interconexiones en que está inmersa, una red que se extiende mucho más allá del ámbito que sería posible examinar desde la perspectiva de la biografía de una sola persona. El resultado general de esa ampliación del horizonte será el descubrimiento del íntimo vínculo que existe entre la biografía individual y los procesos sociales amplios que el individuo puede no conocer y seguramente es incapaz de controlar. Por esta razón, el hecho de que los sociólogos adopten una perspectiva más amplia que la que ofrece el mundo de los individuos significa una gran diferencia; no sólo una diferencia cuantitativa (más datos, más hechos, estadísticas en lugar de casos aislados), sino una diferencia en la calidad y los usos del conocimiento. Para las personas como usted y como yo, que perseguimos nuestros respectivos objetivos en la vida y luchamos por obtener un mayor control sobre nuestra situación, el conocimiento sociológico tiene algo que ofrecer que el sentido común no tiene.

La tercera diferencia entre sociología y sentido común pertenece al modo en que cada uno procede para **explicar** la realidad humana: a cómo se las arregla cada uno para explicar satisfactoriamente por qué sucedió esto y no aquello o por qué las cosas son así y no de otro modo. Supongo que por experiencia propia sabe (como también lo sé yo) que usted es “el autor” de sus acciones; sabe que todo lo que hace (aunque no necesariamente los resultados de sus acciones) es un efecto de su intención, esperanza o propósito. Habitualmente usted hace lo que hace a fin de alcanzar un cierto estado de cosas que desea, ya se trate de poseer un objeto, recibir una felicitación de sus profesores o poner fin a una disputa con su novia. Y naturalmente, su forma de pensar acerca de sus actos le sirve de modelo para dar sentido a todas las otras acciones. Uno se explica esos actos imputando a los demás intenciones que conoce a partir de su propia experiencia. Esta es la única manera que tenemos de explicar el mundo humano que nos rodea, mientras sigamos sacando nuestras herramientas de explicación de nuestros respectivos mundos privados. Tenemos una tendencia a percibir todo lo que acontece en el mundo como una consecuencia de la acción intencional de alguien. Buscamos a las personas responsables de lo que ha sucedido; y una vez que las encontramos creemos que nuestra investigación ha terminado. Damos por sentado que detrás de cada acontecimiento que nos gusta está la buena voluntad de alguien; y las malas intenciones de alguien, detrás de los que no nos gustan. Nos resulta difícil aceptar que una situación no fue un efecto de la acción intencional de un “alguien” identificable; y no estamos dispuestos a renunciar sin más a nuestra convicción de que toda condición desfavorable podría remediarse sólo con que alguien, en alguna parte, quisiera realizar el acto correcto. Y aquellos que en cierto modo interpretan el mundo para nosotros —políticos, periodistas, publicitarios— son sensibles a esa tendencia nuestra y hablan de “las necesidades del Estado” o de “las exigencias de la economía”, como si el Estado o la economía estuvieran hechos a la medida de las personas individuales y pudieran tener necesidades o plantear exigencias. Por otra

parte, estas personas describen los complejos problemas de las naciones, los Estados y los sistemas económicos (profundamente arraigados en las estructuras mismas de tales abstracciones) como los efectos de los pensamientos y los actos de unos pocos individuos que podemos nombrar y entrevistar frente a una cámara. La sociología se opone a esa visión del mundo personalizada. Como sus observaciones parten de abstracciones (redes de dependencias) y no de actores individuales o de acciones aisladas, la sociología puede demostrar que la conocida metáfora del individuo motivado como clave para la comprensión del mundo humano —incluyendo nuestros pensamientos y actos más personales y privados— es incorrecta. Cuando pensamos sociológicamente intentamos explicar la condición humana a través del análisis de las múltiples redes de la interdependencia humana: esa dura realidad que explica tanto nuestras motivaciones como los efectos de su realización.

Finalmente, recordemos que el poder del sentido común sobre la manera en que entendemos el mundo y nos entendemos a nosotros mismos (la inmunidad del sentido común frente al cuestionamiento, su capacidad para la autoconfirmación) depende de la índole aparentemente autoevidente de sus preceptos. Esto descansa, a su vez, en la naturaleza rutinaria y monótona de la vida cotidiana, que informa nuestro sentido común y es al mismo tiempo informada por él. Mientras realicemos los movimientos habituales y rutinarios que constituyen la mayor parte de nuestra actividad cotidiana, no necesitamos demasiado autoexamen ni autoanálisis. Cuando se las repite mucho, las cosas se tornan familiares, y las cosas familiares son autoexplicativas; no presentan problemas ni despiertan curiosidad. En cierto modo, son invisibles. No se formulan preguntas porque las personas aceptan que “las cosas son como son”, “las personas son como son” y afortunadamente poco se puede hacer al respecto. La familiaridad es enemiga acérrima de la curiosidad y la crítica y, por ende, de la innovación y el coraje de cambiar. En la confrontación con ese mundo familiar regido por hábitos y por creencias que se realimentan recíprocamente, la sociología actúa como un intruso a menudo irritante. Perturba nuestra agradablemente tranquila forma de vida haciendo preguntas que nadie, entre los “lugareños”, recuerda haber oído —y mucho menos respondido— nunca. Esas preguntas transforman las cosas evidentes en rompecabezas: **desfamiliarizan** lo familiar. De pronto la forma de vida habitual es puesta en tela de juicio; y desde ese momento parece ser sólo una de las formas de vida posibles, no la “natural” y tampoco la única.

El cuestionamiento y la perturbación de la rutina no son del agrado de todo el mundo; muchos rechazan el desafío de la desfamiliarización porque requiere un análisis racional de cosas que hasta entonces “funcionaban solas”. (Podríamos traer a colación el cuento de Kipling sobre aquel ciempiés que caminaba ágilmente con sus cien patas hasta que un cortesano adúlador empezó a elogiarlo por su excelente memoria, que le permitía no apoyar jamás la pata número treinta y siete antes de la ochenta y cinco, o la cincuenta y dos antes de la diecinueve. La súbita y brutal toma de conciencia le provocó una gran timidez al desdichado ciempiés, que no pudo caminar nunca más.) Algunos se sienten humillados: aquello que conocían y de lo que estaban orgullosos ha sido devaluado, quizás hasta desvalorizado y ridiculizado; y eso constituye un choque que a nadie le gusta. Pero, pese a lo comprensible que pueda ser el rechazo, la desfamiliarización también tiene sus ventajas. La más importante es que ofrece nuevas e insospechadas posibilidades de vivir la propia vida con más autoconciencia, más comprensión y hasta, quizá, con más libertad y control.

Para todos aquellos que creen que vivir la vida de una manera consciente vale

el esfuerzo, la sociología puede llegar a ser una gran ayuda. Si bien mantiene con él un diálogo íntimo y permanente, la sociología aspira a superar las limitaciones del sentido común, trata de abrir las posibilidades que éste tiende naturalmente a cerrar. Al cuestionar nuestro conocimiento de sentido común, la sociología nos impulsa y alienta a reevaluar nuestra experiencia, a descubrir más interpretaciones posibles y a tornarnos algo más críticos, a aceptar cada vez menos las cosas como son actualmente o como creemos que son (o, más bien, como nunca habíamos considerado que no eran).

Podríamos muy bien decir que el principal servicio que el arte de pensar sociológicamente puede prestarnos a todos y cada uno de nosotros es hacernos más *sensibles*: aguza nuestros sentidos, nos abre los ojos para que podamos explorar las condiciones humanas que hasta ahora habían permanecido casi invisibles para nosotros. Y una vez que comprendemos mejor que los aspectos de nuestras vidas aparentemente naturales, inevitables, inmutables y eternos fueron creados por medio del ejercicio del poder y los recursos humanos, nos resulta cada vez más difícil aceptar que sean inmunes e impenetrables a la acción de cualquier ser humano, incluidos nosotros mismos. El pensamiento sociológico tiene poder por derecho propio, tiene un poder *antifijador*. Hace otra vez flexible un mundo que hasta entonces era oprimente en su aparente fijeza: lo muestra como un mundo que podría ser diferente de lo que es. Se puede afirmar que el arte del pensamiento sociológico contribuye a ampliar el panorama, a aumentar la eficacia audaz y práctica de mi *libertad* y también de la suya, lector. Una vez que ha aprendido y dominado ese arte, el individuo se hace un poco menos manipulable, algo más resistente a la opresión y a la reglamentación exterior; y es más probable que se resista a ser comandado por fuerzas que pretenden ser irresistibles.

Pensar sociológicamente significa comprender más a fondo a la gente que nos rodea, con sus proyectos y sus sueños, sus preocupaciones y sus desgracias. Quizá podamos entonces apreciar mejor a los individuos en sí mismos y quizá lleguemos a sentir más respeto por su derecho a hacer lo que nosotros estamos haciendo, y a hacerlo con placer: elegir la forma de vida que prefieran, seleccionar sus proyectos, definirse y —finalmente, pero no lo menos importante— defender con vehemencia su dignidad. Tal vez nos demos cuenta de que al hacer todas esas cosas los demás tropiezan con los mismos obstáculos con que nosotros tropezamos, y se sienten a veces tan amargados y frustrados como nosotros nos sentimos. Y por último, el pensamiento sociológico favorece la solidaridad, una solidaridad fundada en la comprensión y el respeto mutuos, una solidaridad que se expresa a través de nuestra común resistencia ante el sufrimiento y de nuestra unánime condena a la crueldad que lo causa. Si se alcanza ese efecto, habremos fortalecido la causa de la libertad, porque la habremos elevado al rango de una causa *común*.

Pensar sociológicamente puede ayudarnos también a entender otras formas de vida, inaccesibles para nuestra experiencia directa y que con demasiada frecuencia forman parte del conocimiento de sentido común sólo como estereotipos, es decir, las caricaturas tendenciosas y unilaterales de las formas de vida de gente diferente de nosotros (gente distante o mantenida a distancia por nuestra desconfianza o nuestro rechazo). La percepción de la lógica interna y el significado de las formas de vida diferentes de la nuestra puede muy bien impulsarnos a reflexionar sobre la supuesta dureza del límite que ha sido trazado entre nosotros y los demás, entre “nosotros” y “ellos”. Y por sobre todo, puede llevarnos a desconfiar de la índole predeterminada, natural, de ese límite. Y bien podría ser, además, que esta nueva comprensión hiciera que nuestra comunicación con el “otro” fuera más fácil y

tuviera más probabilidades de llevarnos a un acuerdo. Que reemplazara miedo y antagonismo por tolerancia. Ello fortalecería también nuestra libertad, ya que las garantías de mi libertad no son más fuertes que las de la libertad de todos; ni que la de aquellos que prefirieron usar su libertad para embarcarse en una vida diferente de la mía. Sólo en tales condiciones puede ejercitarse la libertad de decidir.

Por las razones que acabamos de exponer, se suele considerar que el fortalecimiento de la libertad individual que se intenta lograr apoyándose en el sólido basamento de la libertad colectiva tiene un efecto **desestabilizador** sobre las relaciones de poder existentes (que sus guardianes describen como el orden social). Por eso la sociología es acusada a veces de “deslealtad política” por los gobiernos y otros dueños del poder que controlan el orden social (particularmente por los gobiernos dados a limitar la libertad de sus súbditos y a socavar su resistencia a las normas que —para que sean obedecidas— deben ser presentadas al público como “necesarias”, “inevitables” o “las únicas razonables”). Cuando asistimos a una renovada campaña contra el “impacto subversivo” de la sociología, podemos tener la certeza de que se está preparando otro ataque a la capacidad de los súbditos para resistirse a la reglamentación coercitiva de sus vidas. Y casi siempre esas campañas coinciden con severas medidas contra las formas vigentes de autodefensa de los derechos colectivos; es decir, en otras palabras, contra las bases colectivas de la libertad individual.

Se ha dicho que la sociología es el poder de los que no tienen poder. Pero no siempre es así. Nada garantiza que por haber adquirido cierta comprensión sociológica uno pueda eliminar o vencer la resistencia de las “duras realidades” de la vida; el poder de la comprensión no basta para enfrentar las presiones de la coerción que acompañan al resignado y sumiso sentido común. Pero si no fuera por esa comprensión, la posibilidad de manejar bien la propia vida y de que las condiciones de vida compartidas se manejen colectivamente sería menor aún. Este libro fue escrito con un propósito: ayudar a las personas comunes, como usted y yo, a ver a través de las propias experiencias; y mostrar que los aspectos de la vida aparentemente familiares pueden ser interpretados de una nueva manera y vistos bajo una luz diferente. Cada capítulo aborda un aspecto de la vida cotidiana, el conjunto de dilemas y decisiones a tomar con que nos confrontamos todos los días, sin tener demasiado tiempo ni oportunidad de pensar en ellos con profundidad. Y cada capítulo pretende suscitar ese pensamiento: no “corregir” el conocimiento del lector, sino ampliarlo; no reemplazar un error con una verdad incuestionable, sino alentar el examen crítico de las creencias hasta ahora sostenidas acríticamente; promover el hábito del autoanálisis y del cuestionamiento de todas las ideas que pretenden ser certezas.

Por lo tanto, este libro está destinado al uso personal, aspira a ser una ayuda para comprender los problemas que surgen en nuestras vidas cotidianas de seres humanos. En este aspecto es diferente a otros libros de sociología: está organizado según la lógica de la vida cotidiana y no según la lógica de la disciplina académica que la estudia. Unos pocos temas, que interesan a los sociólogos profesionales debido a los problemas que enfrentan en su propia “forma de vida” (es, decir, la vida de sociólogos profesionales) han sido mencionados brevemente o simplemente omitidos. Por otra parte, a ciertas cosas que están siempre en el borde del cuerpo principal del conocimiento sociológico se les ha dado preponderancia, según su importancia en la vida común. Es así que no se encontrará en este libro ninguna descripción amplia de la sociología tal como se la practica y enseña en las instituciones académicas. Para obtener esa visión abarcadora el lector tendrá que

recurrir a otros textos; al final del libro se han incluido algunas sugerencias.

Un libro dirigido a comentar nuestra experiencia de todos los días no puede ser más sistemático que la experiencia misma. De allí entonces que la narración proceda en círculos en vez de avanzar en línea recta. Algunos temas vuelven para que los consideremos a la luz de lo que se ha discutido entretanto. Todo esfuerzo de comprensión funciona así: para avanzar un paso es preciso volver a etapas anteriores. En lo que creíamos haber entendido cabalmente aparecen interrogantes que no habíamos notado antes. Parece que fuera un proceso interminable, pero es posible beneficiarse mucho en su transcurso.

Por qué duele el amor

Una explicación sociológica

Eva Illouz

Traducido por María Victoria Rodil

Serie Ensayos



Primera edición, 2012

© Katz Editores
Benjamín Matienzo 1831, 10° D
1426-Buenos Aires
Calle del Barco 40, 3° D
28004-Madrid
www.katzeditores.com – info@katzeditores.com

© Capital Intelectual S.A.
Paraguay 1535 (1061), Buenos Aires, Argentina
Teléfono: (+54 11) 4872-1300 – Telefax: (+54 11) 4872-1329
www.editorialcapin.com.ar – info@capin.com.ar

© Suhrkamp Verlag Berlin 2011
All rights reserved.

Título de la edición original: *Why Love Hurts. A Sociological Explanation*

ISBN Argentina: 978-987-1566-69-3
ISBN España: 978-84-92946-47-1

1. Ensayo sociológico. I. Rodil, María Victoria, trad. II. Título
CDD 301

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: Pablo Salomone y Maru Hiriart

Impreso en la Argentina por Talleres Gráficos Artesud

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Índice

1. Introducción: El tormento del amor 9
 2. La gran transformación del amor o el surgimiento de los mercados matrimoniales 31
 3. El miedo al compromiso y la nueva arquitectura de las elecciones amorosas 85
 4. La demanda de reconocimiento: El amor y la vulnerabilidad del yo 147
 5. Amor, razón, ironía 205
 6. De la imaginación romántica a la decepción 259
 7. Epílogo 309
- Notas 323

Léame la virgen inflamada en presencia de su prometido, y el sencillo adolescente que sufre por vez primera las angustias amorosas. Quiero que algún joven, herido por la misma flecha que yo llevo clavada, reconozca, leyéndome, las señales del fuego que le consume, y tras larga admiración exclame: “¿Por dónde este poeta ha penetrado y descubierto mis ocultos dolores?”

Ovidio, *Amores*

1

Introducción

El tormento del amor

Pero el éxtasis amoroso no suele ser frecuente. Por cada experiencia amorosa positiva en nuestros días, por cada breve período de enriquecimiento, encontramos diez experiencias amorosas destructivas, períodos de “postración” post-amorosa de mucha mayor duración y que a menudo llevan a la destrucción del individuo o, por lo menos, a un cinismo emocional que dificulta o hace imposible volver a amar de nuevo. ¿Por qué los acontecimientos deben seguir este curso, si en realidad nada de esto es inherente al proceso amoroso propiamente dicho?

Shulamith Firestone, *La dialéctica del sexo*¹

La novela *Cumbres borrascosas* (1847) pertenece a una larga tradición literaria que representa el amor como un sentimiento de dolor atroz.² Entre Heathcliff y Catherine, sus tristemente célebres protagonistas, nace un amor intenso mien-

tras van creciendo juntos, pero al final Catherine decide casarse con Edgar Linton, un candidato más adecuado en términos sociales. Humillado al escuchar por accidente cuando ella menciona que casarse con él la degradaría, Heathcliff se escapa. Catherine lo sale a buscar por el campo y, al no encontrarlo, se enferma tanto que queda al borde de la muerte.

En un tono mucho más irónico, la novela *Madame Bovary* (1856) describe el matrimonio infeliz de una mujer con un médico rural generoso pero mediocre, que no puede satisfacer las fantasías románticas ni las aspiraciones sociales de su mujer. Emma Bovary, el personaje principal, cree haber encontrado el héroe romántico con el que tantas veces soñó y sobre el que tantas veces leyó en la figura de Rodolfo Boulanger, un terrateniente de aire gallardo y elegante. Tras un amorío que dura tres años, deciden fugarse juntos, pero cuando llega el día indicado, Emma recibe una carta de Rodolfo en la que le avisa que se irá sin cumplir su promesa. En este punto, el narrador deja a un lado su tono irónico habitual para describir con compasión los sentimientos románticos de la heroína y su sufrimiento:

Emma, apoyada en el vano de la buhardilla, releía la carta con risas de cólera. Pero cuanta mayor atención ponía en ello, más se confundían sus ideas. Lo volvía a ver, lo escuchaba, lo estrechaba con los dos brazos; y los latidos del corazón, que la golpeaban bajo el pecho como grandes golpes de ariete, se aceleraban sin parar, a intervalos desiguales. Miraba a su alrededor con el deseo de que se abriese la tierra. ¿Por qué no acabar de una vez? ¿Quién se lo impedía? Era libre. Y se adelantó, miró al pavimento diciéndose:

—¡Vamos! ¡Vamos!³

Si lo juzgamos en función de nuestros propios parámetros, el sufrimiento de Catherine y Emma parece exagerado, pero aun así nos resulta inteligible. No obstante, como se pretende demostrar en el presente trabajo, el tormento que atraviesan estas dos mujeres a causa del amor ha cambiado de contenido, de color y de textura. En principio, la oposición entre la sociedad y el amor que cada una de ellas encarna en dicho sufrimiento ya no resulta pertinente en las sociedades actuales. De hecho, hoy en día Catherine y Emma no tendrían que

enfrentar prácticamente ningún obstáculo económico o normativo que les impidiera elegir como primera y única opción a su ser amado. Es más, nuestro sentido actual de la adecuación nos impulsaría a seguir los dictados del corazón, no del entorno social. En segundo lugar, tanto Catherine con sus dudas como Emma con su matrimonio desapasionado tendrían a su disposición toda una batería de especialistas en psicoterapia, terapia de pareja, derecho de familia y mediación que acudirían al rescate, se apropiarían de los dilemas más privados de estas mujeres vacilantes o aburridas y emitirían juicio sobre ellos. A falta de la orientación brindada por esos especialistas (o en paralelo con ella), una mujer contemporánea que tuviera tales problemas compartiría el secreto de su amor con otras personas, que probablemente serían sus amigas íntimas o, como mínimo, alguna amistad anónima forjada en Internet, lo que atenuaría de modo considerable la soledad de su pasión. Entre el deseo y la desesperanza circularía un caudal voluminoso de palabras, consejos y autorreflexiones. En efecto, el equivalente actual de Catherine o Emma sería una mujer que pasa muchísimo tiempo cavilando y hablando sobre ese sufrimiento, y que seguramente encuentra las causas en algún trauma atravesado por ella misma o por su ser amado durante la infancia. Si alguna de las dos hubiera vivido en la sociedad actual, no se habría vanagloriado de experimentar ese dolor, sino de haberlo superado mediante un arsenal de técnicas de autoayuda. En efecto, el sufrimiento amoroso genera en la actualidad una cantidad casi infinita de material explicativo, cuya meta es comprender el fenómeno, pero también extirpar sus causas. Nuestro repertorio cultural ya no incluye la posibilidad de morir, suicidarse o fugarse a un monasterio por amor. Ahora bien, esto no quiere decir que las personas de la “posmodernidad” o la “modernidad tardía” desconozcamos los tormentos románticos. Es posible incluso que sepamos más del tema que nuestros antecesores, pero lo cierto es que la organización social del sufrimiento amoroso parece haberse modificado desde lo más profundo. En este libro se pretende explicar la naturaleza de tal transformación mediante un análisis de los cambios atravesados por tres aspectos distintos y fundamentales del yo: la voluntad (cómo queremos algo), el reconocimiento (cómo construimos nuestro sentido del valor propio) y el deseo (qué deseamos y cómo lo deseamos). A decir verdad, son pocas las personas de nuestra época que se hayan visto exentas de los tormentos del amor y las relaciones íntimas. Éstos pueden adquirir diversas formas,

como por ejemplo besar demasiados sapos o demasiadas ranas en el camino a hallar nuestro príncipe o nuestra princesa; embarcarse en búsquedas de dimensiones titánicas por Internet; o volver a casa sin compañía después de salir a un bar, una fiesta o una cita a ciegas. Por otro lado, cuando las relaciones finalmente se forman, estos tormentos no desaparecen, pues comienzan a asomar el aburrimiento, la ansiedad o la irritación; surgen conflictos o discusiones que provocan dolor; y, a la larga, se atraviesa la confusión, la inseguridad y la depresión que genera toda ruptura o separación. Y todos estos son apenas algunos de los modos en que la búsqueda del amor supone una experiencia dolorosamente complicada de la que escasas personas quedan exentas en la modernidad. Si la sociología oyera la voz de esas mujeres y esos hombres que buscan el amor, llegaría a sus oídos una letanía ruidosa e incesante de quejidos y gruñidos.

A pesar de que estas experiencias revisten un carácter generalizado, cuando no colectivo, nuestra cultura insiste en que son consecuencia de alguna clase de inmadurez o falencia psíquica. Existen cantidades innumerables de manuales y talleres de autoayuda que prometen enseñarnos a manejar mejor la vida amorosa trayendo a nuestra conciencia los modos en que inconscientemente provocamos nuestros fracasos. La cultura freudiana en la que nos encontramos inmersos plantea de manera contundente que nuestras experiencias pasadas explican las causas de la atracción sexual y que las preferencias amorosas se conforman durante los primeros tiempos de vida en función del vínculo entre el niño y sus padres. Muchas personas encuentran la principal explicación de los motivos y los modos del fracaso amoroso en la premisa freudiana de que la familia de origen configura los patrones de nuestra trayectoria erótica. Impertérrita ante la falta de coherencia, la cultura freudiana se atreve incluso a afirmar que la persona que elegimos como pareja, ya sea parecida o antagónica a nuestros padres, representa un reflejo directo de nuestras experiencias infantiles, que en sí mismas constituyen la clave para explicar nuestro destino romántico. Es más, con el concepto de la compulsión a la repetición, Freud dictaminó que las experiencias tempranas de pérdida, por dolorosas que fueran, se verían indefectiblemente reactualizadas durante la vida adulta para poder dominarlas. Esta idea tuvo repercusiones tremendas en la concepción y el trato colectivo de los tormentos amorosos, pues dio a entender que constituían una dimensión saludable del proceso de maduración. De hecho, la cultura freudiana planteó que, a grandes

rasgos, los tormentos amorosos constituían una experiencia inevitable y autoinfligida. Así, la psicología clínica ha desempeñado un papel central en la difusión (y la legitimación científica) de la idea de que el amor y sus fracasos se explican en función de la historia psíquica del sujeto y, por lo tanto, se encuentran en su esfera de control. Aunque la noción freudiana original del inconsciente apuntaba a disolver los principios tradicionales de responsabilidad por los propios actos, en la práctica, la psicología ocupó un rol fundamental para el proceso de relegar lo romántico y lo erótico a la esfera individual de la responsabilidad privada. Más allá de que haya sido su intención o no, el psicoanálisis y la psicoterapia han suministrado un arsenal formidable de técnicas para que portemos con elocuencia, pero sin vías de escape, toda la responsabilidad por nuestro sufrimiento romántico.

A lo largo del siglo xx, la idea de que dicho sufrimiento era autoinfligido adquirió una notoriedad enigmática, quizá porque la psicología ofreció al mismo tiempo la promesa consoladora de que ese fenómeno podía resolverse. Las experiencias de sufrimiento amoroso se transformaron en una gran fuerza motriz que activó a toda una gama de profesionales (del psicoanálisis, la psicología y otras terapias), pero también a la industria editorial, la televisión y muchos otros medios. Así, el éxito extraordinario que vivió la industria de la autoayuda fue posible porque, como telón de fondo, existía una convicción profunda de que el sufrimiento está constituido a la medida de nuestra historia psíquica, de que la palabra y el autoconocimiento tienen propiedades curativas, y de que se puede superar el dolor si se identifican sus fuentes y sus patrones de aparición. Por lo tanto, los tormentos del amor hoy se inscriben en el yo, su historia personal y su capacidad de autoconfigurarse.

Justamente porque vivimos en una época en que reina la idea de la responsabilidad individual, la vocación sociológica no ha perdido su importancia vital. Así como a fines del siglo xix parecía revolucionario afirmar que la pobreza no era consecuencia de una moralidad dudosa ni de una falta de carácter, sino de la explotación sistemática, hoy resulta imperioso alegar que los fracasos de nuestra esfera privada no son consecuencia de una debilidad psíquica, sino que a los caprichos y sufrimientos de nuestra vida emocional les dan forma ciertos órdenes institucionales. En consecuencia, el propósito de este libro es realizar un desplazamiento considerable del ángulo de análisis acerca de lo que falla en las

relaciones contemporáneas. No se trata entonces de un problema ligado a una infancia disfuncional o a una falta de autoconocimiento psíquico, sino a un conjunto de tensiones y contradicciones culturales que actualmente estructuran la identidad y el yo.

Ahora bien, este planteo no es novedoso como tal. Hace tiempo que el feminismo viene cuestionando la concepción popular del amor como fuente de toda felicidad, pero también la explicación psicológica individualista sobre el sufrimiento amoroso. De acuerdo con cierta rama del feminismo, a diferencia de lo que transmite la mitología popular, el amor romántico no es fuente de trascendencia, felicidad ni autorrealización. En realidad, constituye una de las principales causas de la brecha existente entre varones y mujeres, así como una de las prácticas culturales que obligan a la mujer a aceptar (y “amar”) su propia sumisión. De hecho, en la esfera amorosa, los hombres y las mujeres siguen poniendo en acto las divisiones profundas que caracterizan sus respectivas identidades. Como señala Simone de Beauvoir, incluso en el acto amoroso los varones retienen su soberanía, mientras que las mujeres tienden a entregarse y abandonarse.⁴ En *La dialéctica del sexo*, la controvertida obra que se cita al principio de esta introducción, Shulamith Firestone avanza un poco más y se atreve a afirmar que la fuente de la energía y el poder social masculinos es el amor que las mujeres proporcionan a los hombres, lo que indicaría que éste constituye el cemento con el que está edificada la dominación masculina.⁵ Así, el amor romántico no sólo ocultaría la segregación de clase y de sexo, sino que la posibilitaría. En palabras de la feminista radical Ti-Grace Atkinson, el amor romántico es “el pivote psicológico en la persecución de las mujeres”.⁶ En efecto, la afirmación más fascinante planteada por el feminismo consiste en que la lucha de poder reside en el centro mismo del amor y la sexualidad, y los hombres llevan desde siempre la ventaja en esa lucha porque el poder económico converge con el poder sexual. Así, el poder sexual masculino equivale a la capacidad de definir el objeto amoroso y de fijar las reglas que gobernarán el cortejo y la expresión de los sentimientos románticos. En última instancia, el poder masculino es tal porque las jerarquías y desigualdades de género se desarrollan y reproducen en la manifestación y la experiencia de los sentimientos románticos y, a la vez, dichos sentimientos sustentan otras diferencias de poder más amplias en materia económica y política.⁷

Sin embargo, este supuesto acerca de la primacía del poder también constituye una falla en la corriente dominante de la crítica feminista sobre el amor. De hecho, durante los períodos en los que el patriarcado desempeñaba un papel mucho más poderoso que hoy en día, el amor cumplía un rol mucho *menos* significativo en la subjetividad femenina y masculina. Es más, la prominencia cultural del amor parece vincularse con una disminución del poder masculino dentro de la familia y con un incremento de la igualdad y la simetría en las relaciones de género. Asimismo, gran parte de la teoría feminista se funda en la premisa de que en el amor (y en otros lazos), el poder constituye la piedra angular de las relaciones sociales. Por lo tanto, debe hacer caso omiso de la gran cantidad de pruebas empíricas que otorgan el mismo grado de importancia al poder y al amor, un mecanismo igualmente potente e invisible de movilización de las relaciones sociales. Cuando reduce el amor femenino (y el deseo de amar) a un mero elemento del patriarcado, la teoría feminista no da cuenta de los motivos por los cuales el amor sigue teniendo tanta relevancia para las mujeres modernas, *pero también* para los hombres; ni contempla la veta igualitaria que presenta la ideología del amor gracias a su capacidad de subvertir el patriarcado desde adentro. Sin duda, este último desempeña una función central en las explicaciones sobre la estructura de las relaciones entre los sexos y en la fascinación misteriosa que ejerce la heterosexualidad, pero eso no alcanza para explicar la potencia extraordinaria que despliega el ideal amoroso sobre los hombres y las mujeres de la actualidad.

Así, el objetivo del presente trabajo es delinear un marco que permita identificar las causas institucionales del sufrimiento amoroso, pero dando por sentado que la experiencia romántica ejerce una fascinación muy potente, imposible de ser explicada en términos de “falsa conciencia”.⁸ Hacer eso equivaldría a cerrar la cuestión antes incluso de formularla. Lo que pretendo demostrar aquí es que los motivos que hacen del amor un elemento central para la identidad y la felicidad son casi los mismos que lo determinan como un aspecto tan difícil de la experiencia: en ambos casos, se trata de los modos de institucionalización del yo y la identidad en la época moderna. Si muchos de nosotros sentimos “una suerte de malestar o ansiedad insistente” en relación con el amor y una sensación de que las cuestiones amorosas nos generan “conflictos, inquietud e insatisfacción con nuestra vida”, por retomar las palabras del filósofo Harry

Frankfurt,⁹ esto se debe a que el amor contiene, refleja y amplifica el “atrapamiento” del yo en las instituciones de la modernidad,¹⁰ instituciones éstas que indudablemente están configuradas por las relaciones económicas y de género. Como dice el célebre postulado de Carlos Marx, “los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y transmite el pasado”.¹¹ Por lo tanto, cuando nos enamoramus o nos entristecemos, estamos utilizando recursos y viviendo situaciones que no hemos construido nosotros mismos. Ésos son precisamente los recursos y las situaciones que se intenta analizar en este libro. A lo largo de las próximas páginas, desarrollaré el argumento general de que, en la modernidad, ha cambiado algo fundamental dentro de la estructura del yo romántico. En términos muy amplios, el fenómeno se podría describir como una modificación en la estructura de la voluntad romántica, de aquello que queremos y de los modos en que lo implementamos con una pareja sexual (capítulos 2 y 3); pero también como una alteración en aquello que hace vulnerable al yo o disminuye el sentido del valor propio (capítulo 4); y, por último, como una transformación en la organización del deseo o el contenido de los pensamientos y sentimientos que activan nuestro deseo erótico y romántico (capítulos 5 y 6). Las tres líneas de análisis principales sobre los cambios del amor en la modernidad serán entonces la estructuración de la voluntad, la constitución del reconocimiento y la activación del deseo. En última instancia, mi objetivo es hacer con el amor lo que Marx hizo con la mercancía: demostrar que lo producen y configuran ciertas relaciones sociales concretas, que circula en un mercado donde los actores compiten en desigualdad de condiciones y que algunas personas tienen mayor capacidad que otras para definir los términos en que serán amadas.

Los peligros que acechan detrás de este tipo de análisis son múltiples. Quizás el más evidente tenga que ver con que probablemente haya exagerado un poco las diferencias entre “nosotros” (en la modernidad) y “ellos” (en la premodernidad). Sin duda, serán muchas las personas que lean este libro y piensen sus propios contraejemplos para cuestionar lo que aquí se plantea, es decir, que las causas del sufrimiento amoroso se vinculan con la modernidad. No obstante, se pueden ofrecer algunas respuestas a tan seria objeción. En primer lugar, no sostengo que lo nuevo sea el sufrimiento amoroso en sí mismo, sino algunos

modos de vivirlo. En segundo lugar, desde la sociología no nos interesan tanto las acciones y los sentimientos singulares e individuales como las estructuras en función de las que se organizan dichas acciones y dichos sentimientos. Si bien el pasado distante o inmediato puede estar lleno de ejemplos en apariencia similares a la condición actual, dichos ejemplos no señalan la existencia de las mismas estructuras a gran escala que sí se pueden detectar en las prácticas románticas contemporáneas y en el dolor que deriva de ellas. En ese sentido, espero que los historiadores puedan perdonarme por hacer a un lado las complejidades y los movimientos de la historia para utilizarla como una suerte de telón de fondo con motivos fijos que me ayudan a destacar, por contraste, los rasgos característicos de la modernidad.

Igual que otros sociólogos y sociólogas, considero el amor como un microcosmos privilegiado para dar cuenta de los procesos de la modernidad, pero a diferencia de ellos, no vengo a contar la historia del triunfo heroico de los sentimientos frente a la razón ni la igualdad de género frente a la explotación de la mujer, sino un relato mucho más ambiguo.

¿Qué es la modernidad?

Más que ninguna otra disciplina, la sociología nace de un cuestionamiento intenso y teñido de ansiedad acerca del significado y las consecuencias de la modernidad: Carlos Marx, Max Weber, Émile Durkheim y Georg Simmel tratan de comprender el sentido de la transición del “viejo” mundo al mundo “nuevo”. Mientras que uno simboliza la religión, la comunidad, el orden y la estabilidad, el segundo equivale al cambio arrollador, la secularidad, la disolución de los lazos comunales, la reivindicación de la igualdad y la incertidumbre constante sobre la identidad. Desde aquel período extraordinario que abarca el pasaje de mediados del siglo XIX al siglo XX, la sociología se viene ocupando de los mismos interrogantes que aún hoy nos sobrecogen: ¿Acaso el debilitamiento de la religión y los lazos comunales pondrá en riesgo el orden social? ¿Seremos capaces de llevar una vida plena de significado en ausencia de lo sagrado?

A Max Weber en particular le preocupaban las preguntas esbozadas por Dostoiévski y Tolstoi: Si ya no tememos a Dios, ¿qué nos hará morales? Si ya no nos conmueven ni nos compelen los significados colectivos, vinculantes y sagrados, ¿qué le dará sentido a nuestra vida? Si el centro de la moralidad es el

individuo, en lugar de Dios, ¿qué será de esa “ética de la hermandad” que constituía la fuerza motriz de las religiones?¹² En efecto, desde sus orígenes, la vocación de la sociología es comprender cuál puede ser el sentido de la vida tras la muerte de la religión.

Si bien el advenimiento de la modernidad, como sostiene la mayoría de los sociólogos y sociólogas, nos abrió un abanico de posibilidades emocionantes, también representó una serie de riesgos sombríos contra nuestra capacidad para vivir una vida plena de sentido. Incluso quienes consideraban que la modernidad implicaba el triunfo del progreso sobre la ignorancia, la pobreza crónica y la opresión reconocían de todos modos que suponía un empobrecimiento de nuestra capacidad para contar historias hermosas y vivir en tramas culturales de rica textura. La modernidad efectivamente despertó a las personas embriagadas por las ilusiones y los espejismos que hasta entonces les permitían soportar las miserias de la vida. No obstante, desprovistos de esas fantasías, íbamos a vivir la vida sin compromiso alguno con valores ni principios superiores, sin el fervor ni el éxtasis de lo sagrado, sin el heroísmo de los santos, sin la certidumbre y el orden de los mandamientos divinos, pero, sobre todo, sin las ficciones que nos dan consuelo y embellecen nuestra existencia.

Tal efecto desembriagador se manifiesta en el amor de manera más evidente que en ninguna otra esfera. Durante varios siglos en la historia de Europa occidental, el ámbito de lo amoroso había estado dominado por los ideales de la caballerosidad, la cortesía y el romanticismo. El primero tenía como premisa cardinal defender a los más débiles con coraje y lealtad. Por lo tanto, la debilidad femenina se encontraba enmarcada en un sistema cultural que la reconocía y la glorificaba, pues transformaba el poder masculino y la fragilidad femenina en cualidades dignas de ser amadas, como el carácter protector de los hombres y la suavidad de las mujeres. Así, la inferioridad social de las mujeres se compensaba con la devoción absoluta de los hombres frente a ellas en la esfera amorosa, que a su vez funcionaba como contexto para la demostración y el ejercicio de la masculinidad, la valentía y el honor. Es más, la privación de derechos económicos y políticos que sufrían las mujeres se veía acompañada (y teóricamente subsanada) por la seguridad de que en el ámbito amoroso no sólo serían protegidas por los hombres, sino también se las consideraría superiores a ellos. En consecuencia, no debe llamar la atención que el amor resultara históricamente

tan atractivo para las mujeres, pues implicaba la promesa de recibir un estatus moral y una dignidad que se les negaba en otros ámbitos sociales, además de enaltecer su destino social de cuidar y amar a los otros como madres, esposas y amantes. Entonces, en términos históricos, el amor gozaba de un poder de seducción muy importante justamente porque ocultaba y a la vez embellecía aquellas profundas desigualdades que yacían en el centro mismo de las relaciones de género.

Ahora bien, la “alta modernidad” o la “hipermodernidad”, que en el presente trabajo se define como el período posterior a la Primera Guerra Mundial y que, de aquí en adelante, denominaremos “modernidad”, marca una radicalización de las tendencias sociales inscritas en la modernidad temprana y modifica, en algunos casos de raíz, la cultura del amor y la economía de la identidad de género que ésta contiene. A pesar de que dicha cultura conserva e incluso amplifica el ideal del amor como fuerza que puede trascender la existencia cotidiana, al colocar en el centro mismo de las relaciones íntimas los ideales políticos de la libertad sexual y la igualdad de género, priva al amor de los ritos de deferencia y del halo místico que lo envolvía hasta entonces. Todo aquello que en el amor era sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente las verdaderas condiciones de existencia de las mujeres. Este aspecto dual y escindido del amor en tanto fuente de trascendencia existencial y espacio contencioso para la puesta en acto de las identidades de género constituye la característica principal de la cultura romántica contemporánea. En términos más específicos, poner en acto las identidades de género y las consiguientes luchas implica poner en acto los dilemas y las ambivalencias culturales e institucionales de la modernidad, que se organizan en torno a ciertos motivos clave como el de la autonomía, la autenticidad, la igualdad, la libertad, el compromiso y la autorrealización. El estudio del amor no es entonces un elemento periférico sino un elemento central para el estudio del núcleo mismo y las bases de la modernidad.¹³

El amor romántico heterosexual constituye una de las mejores esferas para dar cuenta de tal ambivalencia en la modernidad porque, en los últimos cuarenta años, se ha registrado una radicalización de la igualdad y la libertad en el vínculo amoroso, así como una escisión profunda entre la emocionalidad y la sexualidad. En dicho amor se encuentran enmarcadas las dos revoluciones cul-

turales más importantes del siglo xx, a saber: por un lado, la individualización de los estilos de vida y la intensificación de los proyectos de vida emocionales; y, por el otro, la economización de las relaciones sociales o la utilización generalizada de modelos económicos para configurar el yo y sus emociones.¹⁴

El sexo y la sexualidad se han desvinculado de las normas morales y se han incorporado en el ámbito individual de los proyectos y estilos de vida, mientras que la gramática cultural del capitalismo ha penetrado ampliamente en el dominio de las relaciones románticas heterosexuales. Por ejemplo, cuando el amor (heterosexual) se convirtió en el eje temático constitutivo de la novela, casi nadie advirtió que se entrelazaba con otro tema también central para la novela burguesa y para la modernidad en general: el tema de la movilidad social. Como lo indican los casos que ya mencionamos de Catherine y Emma, en el amor romántico casi siempre se entretejía inevitablemente la cuestión de la movilidad social. En otras palabras, una de las preguntas esenciales que esbozaba la novela (y que más adelante plantearía el cine de Hollywood) era si el amor podía triunfar frente a los obstáculos sociales y en qué condiciones era posible ese triunfo o, a la inversa, si la compatibilidad socioeconómica era una condición necesaria del amor.

La configuración del sujeto moderno es al mismo tiempo de naturaleza emocional y económica, romántica y racional. Esto se debe a que el rol protagónico del amor en el matrimonio (y en la novela) coincide con el debilitamiento del vínculo matrimonial como herramienta de alianzas familiares y marca la nueva función del amor como instrumento de movilidad social. Sin embargo, lejos de señalar la muerte del cálculo económico en esta esfera, más bien profundiza su importancia, ya que hombres y mujeres comienzan a ascender (o descender) cada vez más en la escala social por medio de la alquimia del amor. Dado que el amor torna menos explícitas y formales las asociaciones entre el matrimonio y las estrategias de reproducción socioeconómica, el proceso moderno de elección de pareja va incorporando y combinando progresivamente las aspiraciones emocionales y las ambiciones económicas. Así, el amor comienza a contener dentro de sí ciertos intereses racionales y estratégicos, al fundir en una misma matriz cultural las orientaciones económicas y emocionales de los actores sociales. Una de las principales transformaciones culturales que acompañan a la modernidad es, entonces, la combinación del amor con las estrategias económicas

de movilidad social. Por eso mismo, el presente trabajo contiene una serie de sesgos metodológicos. En primer lugar, se centra en el amor heterosexual más que en el homosexual porque el primero contiene una negación de los elementos económicos que sustentan la elección del objeto amoroso, pero a la vez fusiona la lógica emocional con la lógica económica. En algunos casos, ambas lógicas confluyen con armonía y a la perfección, pero también hay muchos otros casos en los que hacen estallar el sentimiento romántico desde adentro. Esta combinación del amor y el cálculo económico otorga al primero una importancia central en la vida moderna, pero a la vez se ubica en el corazón mismo de las presiones antagónicas que hoy lo afectan. Por lo tanto, el entrelazamiento entre lo emocional y lo económico constituye uno de los hilos conductores para mi reinterpretación del amor en la modernidad, pues me propongo demostrar de qué manera la elección, la racionalidad, los intereses económicos y la competencia han transformado los modos de buscar, conocer y cortejar a una potencial pareja, así como los modos de consulta y toma de decisiones acerca de los propios sentimientos. En segundo lugar, el presente trabajo aborda la condición del amor desde una perspectiva más marcadamente femenina que masculina, y sobre todo desde la perspectiva de aquellas mujeres que optan por el matrimonio, la reproducción y los estilos de vida propios de la clase media. Como espero demostrar, la combinación de tales aspiraciones con su inserción en el libre mercado de los encuentros sexuales genera nuevas formas de dominación emocional masculina sobre las mujeres. En consecuencia, aunque el contenido de este libro resulta pertinente para muchas mujeres, no lo será para todas ellas, pues no revestirá validez para las lesbianas ni para las mujeres que no aspiran a una vida doméstica ni a tener hijos, sean casadas o solteras.

El amor como modernidad y el amor en la modernidad

En las indagaciones tradicionales sobre el auge de la modernidad, los sospechosos de siempre son el saber científico, la imprenta, el desarrollo del capitalismo, la secularización y la influencia de los ideales democráticos. Efectivamente, en la mayoría de las explicaciones está ausente la formación de un yo emocional y reflexivo que, como he señalado en otros trabajos,¹⁵ acompaña el surgimiento de la modernidad y se define sobre todo en términos emocionales, centrado en el manejo y la reafirmación de sus sentimientos. El presente libro pretende situar

el ideal y la práctica del amor romántico en el núcleo mismo de la cultura moderna y, de modo más manifiesto, en la importancia decisiva que esos elementos revisten para la configuración de nuestra biografía y la constitución de nuestro yo emocional. Como señala Ute Frevert, “las emociones no sólo son formadas por la historia, sino que la forman”.¹⁶

El filósofo Gabriel Motzkin nos ofrece un punto de partida para empezar a analizar la función desempeñada por el amor en la formación del yo moderno. Según él, la fe cristiana (en concreto, la fe paulina) coloca en un lugar central y visible las emociones del amor y la esperanza, lo que le permite crear un yo emocional (en vez de un yo intelectual o político).¹⁷ El autor argumenta que el proceso de secularización de la cultura consiste, entre otras cosas, en secularizar el amor religioso. Este proceso adquiere dos formas distintas: por un lado, el amor profano se transforma en un sentimiento sagrado (más adelante, bajo el célebre formato del amor romántico) y, por otro lado, el amor romántico se transforma en una emoción contraria a las restricciones impuestas por lo religioso. Así, la secularización del amor ocupa un rol importante en el proceso de emancipación con respecto a la autoridad religiosa. Si tuviéramos que proporcionar un marco temporal más ajustado a estos análisis, podríamos decir que la reforma protestante fue una etapa fundamental en la formación del yo romántico de la modernidad, pues marcó el surgimiento de un conjunto de tensiones inéditas entre el patriarcalismo y las nuevas expectativas emocionales que despertaba el ideal del matrimonio entre compañeros. De acuerdo con Michael MacDonald, “los escritores puritanos promueven la formación de nuevos ideales para la conducta marital, destacando la importancia de la intimidad y la intensidad emocional entre los integrantes de la pareja. A los maridos se los insta a ocuparse del bienestar espiritual y emocional de sus esposas”.¹⁸ Desde la sociología y la historia se ha planteado numerosas veces que el amor, sobre todo en las culturas protestantes, funcionó como una fuente de igualdad de género al estar acompañado por una potente validación de las mujeres.¹⁹ A través del mandamiento religioso de amar a la esposa, las mujeres registraron una elevación en su propio estatus y mejoraron sus posibilidades de tomar decisiones en pie de igualdad con los hombres. Es más, Anthony Giddens y otros autores plantean incluso que el amor desempeñó una función central en la construcción de la autonomía femenina, pues en el siglo XVIII, el ideal cultural del amor ro-

mántico, una vez que se hubo desvinculado de la ética religiosa, instó a las mujeres, tanto como a los hombres, a elegir libremente el objeto de su amor.²⁰ De hecho, la idea misma del amor en este caso presupone y constituye el libre albedrío y la autonomía de los amantes. Motzkin y Fisher llegan a sostener inclusive que “el desarrollo de las concepciones democráticas de la autoridad constituye una consecuencia indirecta de la premisa de la autonomía emocional femenina”.²¹ Ahora bien, la literatura sentimental del siglo XVIII acentúa todavía más esta tendencia cultural porque promueve un ideal del amor que contribuye, en la teoría y en la práctica, con la desestabilización del poder que ejercen los padres sobre las decisiones matrimoniales de sus hijas. Por lo tanto, dicho ideal es un agente de emancipación femenina en un sentido fundamental, ya que promueve la individualización y la autonomía de las mujeres, por más circunvoluciones que haya atravesado dicha emancipación. Como en los siglos XVIII y XIX la esfera privada adquiere un valor muy importante, las mujeres pueden ejercer aquello que Ann Douglas, retomando a Harriet Beecher Stowe, denomina “la tiranía del rosa y el blanco”, es decir, la tendencia de “las mujeres estadounidenses del siglo XIX a obtener poder mediante la explotación de su identidad femenina”.²² Así, el amor ubica a las mujeres bajo la tutela de los hombres, pero legitimando un modelo del yo que es de naturaleza privada, individualista, doméstica y, sobre todo, que exige la autonomía emocional. Con esto, el amor romántico consolida dentro de la esfera privada el individualismo moral que había acompañado el auge de la esfera pública. Es más, el amor constituye el ejemplo paradigmático y la fuerza motriz de un nuevo modelo de sociabilidad que Giddens define como el modelo de la “relación pura”,²³ fundado en el supuesto contractual de que dos sujetos con igualdad de derechos se unen con fines emocionales e individualistas. Se trata entonces de un vínculo en el que dos individuos se comprometen por su propio bien y del que pueden entrar y salir a voluntad.

Sin embargo, aunque el amor cumplió una función importante en la formación de aquello que los historiadores denominan “individualismo afectivo”, la historia del amor en la modernidad tiende a presentarlo como una transición heroica de la esclavitud a la libertad. Según este relato, cuando triunfa el amor, desaparecen los matrimonios por interés y conveniencia para que prosperen la autonomía, la libertad y la individualidad. No obstante, si bien coincido en que

el amor romántico supone un desafío contra el patriarcado y la institución familiar del momento, la “relación pura” también torna más volátil la esfera privada y más infeliz la conciencia romántica. A mi juicio, aquello que hace del amor una fuente crónica de malestar, desorientación e incluso desesperanza sólo puede explicarse en términos sociológicos mediante la comprensión del núcleo cultural e institucional de la modernidad. También por este motivo considero que el presente análisis será pertinente en la mayoría de los países que participaron en la formación de la modernidad sobre la base de la igualdad, el contractualismo, la integración de hombres y mujeres al mercado capitalista y la institucionalización de los “derechos humanos” como eje de la personalidad. Esta matriz institucional de carácter transcultural, presente en numerosos lugares del mundo, ha alterado la función económica tradicional del matrimonio y los modos tradicionales de regulación de la sexualidad. Dicha matriz también nos permite reflexionar sobre la naturaleza normativa ambivalente de la modernidad. En efecto, si bien expongo aquí un análisis *crítico* del amor en las condiciones de la modernidad, tal análisis resulta crítico en tanto parte de una perspectiva *modernista desembragada*, es decir, de una perspectiva que reconoce el gran caudal de destrucción y miseria que ha producido la modernidad occidental, pero a la vez acepta que sus valores fundamentales (la emancipación política, el secularismo, la racionalidad, el individualismo, el pluralismo moral y la igualdad) no han sido superados hasta hoy por ninguna alternativa visible. Aun así, esta adhesión debe ser sobria, pues la versión occidental de la modernidad que conocemos acarrea sus propias formas de sufrimiento emocional y destrucción del mundo-vida tradicional, además de convertir a la inseguridad ontológica en un rasgo crónico de nuestra existencia y de vulnerar cada vez más la organización de la identidad y del deseo.²⁴

Por qué es necesaria aún la sociología

William James, el abuelo de la psicología moderna, sostenía que los psicoterapeutas debían considerar, antes que nada, que en la persona “transcurre alguna suerte de pensar” y que ese pensar es personal: cada pensamiento forma parte de una conciencia individual que impulsa al sujeto a elegir qué experiencias del mundo procesar y qué experiencias rechazar.²⁵ La sociología, en cambio, desde sus orígenes ha tenido como vocación principal desenmascarar los fundamentos

sociales de los pensamientos. Para nuestra disciplina, no existe una oposición entre lo individual y lo social, porque el contenido de los pensamientos, los deseos y los conflictos internos presenta una base institucional y colectiva. Por ejemplo, cuando la sociedad y la cultura promueven como modelos para la vida adulta la pasión intensa del amor romántico y, al mismo tiempo, el matrimonio heterosexual, le dan forma no sólo a nuestra conducta, sino también a nuestras aspiraciones, nuestras esperanzas y nuestras fantasías de felicidad. Ahora bien, los modelos sociales no se quedan allí; al yuxtaponer el ideal del amor romántico con la institución del matrimonio heterosexual, las sociedades modernas insertan en nuestras aspiraciones una serie de contradicciones sociales, que a su vez cobran vida en nuestra psiquis. La organización institucional del matrimonio (basado en la monogamia, la convivencia y la sumatoria de los recursos económicos para incrementar la riqueza) excluye la posibilidad de sostener el amor romántico como pasión intensa y devoradora. Tal contradicción obliga a los agentes a realizar un monto significativo de labor cultural para manejar y conciliar esos dos marcos culturales que compiten entre sí.²⁶ Dicha yuxtaposición a su vez sirve como ejemplo de que el enojo, la frustración y la decepción que con tanta frecuencia resultan inherentes al amor y el matrimonio en realidad se fundan en ciertas disposiciones sociales y culturales. Si bien las contradicciones constituyen una parte inevitable de la cultura y las personas en general logran moverse entre ellas sin demasiado esfuerzo, algunas son más difíciles de manejar que otras. Cuando afectan la posibilidad misma de articular la experiencia, su incorporación en la vida cotidiana resulta menos sencilla.

Ahora bien, que las personas interpreten de distinta forma las mismas experiencias o que las experiencias sociales se vivan sobre todo a través de las categorías psicológicas no significa que dichas experiencias sean de carácter privado y singular. Toda experiencia se encuentra contenida por las instituciones y organizada en ellas, ya se trate de la internación de una persona enferma en un hospital, de la mala conducta de un adolescente en la escuela o del enojo de una mujer frustrada con su familia. Asimismo, las experiencias siempre presentan formas, intensidades y texturas que emanan del modo en que las instituciones estructuran la vida emocional. Gran parte del disgusto y la decepción que causa el matrimonio, por ejemplo, tiene que ver con que dicha institución estructura las relaciones de género y combina la lógica emocional con la lógica institucio-

nal o, por así decirlo, marca la distancia entre el deseo de una fusión o una igualdad sin distinción de género y la inevitable puesta en acto de los roles de género. Por último, para que la experiencia resulte inteligible, debe respetar ciertos patrones culturales previamente establecidos. Así, una persona puede explicar sus enfermedades como un castigo divino por sus pecados, como un accidente biológico o como un efecto de cierta pulsión de muerte inconsciente: todas estas elucidaciones surgen de una serie de modelos interpretativos muy complejos que son utilizados y reconocidos por determinados grupos de personas en una situación histórica específica.

Esto no quiere decir que yo rechace la idea de que existen diferencias psíquicas importantes entre las personas y de que esas diferencias desempeñan un papel determinante en nuestra vida. Más bien, mi objeción frente al *ethos* psicológico que predomina en la actualidad tiene que ver con tres factores: primero, aquello que tomamos como aspiraciones y experiencias individuales reviste un contenido social y colectivo considerable; segundo, las diferencias psíquicas muchas veces, aunque no siempre, son en realidad diferencias en la posición social y en las aspiraciones sociales de las personas; y tercero, el impacto de la modernidad en la formación del yo y la identidad consiste precisamente en dejar al desnudo los atributos psíquicos del individuo y otorgarles un rol fundamental en la determinación del destino social y romántico. El hecho de que seamos entidades psicológicas (es decir, de que nuestra psicología ejerza tanta influencia en nuestro destino) *es en sí mismo un hecho sociológico*. Al disminuir los recursos morales y el conjunto de restricciones sociales que configuraban las maniobras del sujeto en su entorno social, la estructura de la modernidad nos expone a nuestra propia estructura psíquica, lo que provoca que la psiquis moderna quede en un estado de vulnerabilidad, pero a la vez sea altamente operativa en la determinación de los destinos sociales. Dicha vulnerabilidad del yo moderno podría resumirse entonces en los siguientes términos: mientras que nuestra experiencia se ve delimitada por una serie de restricciones institucionales muy potentes, debemos atravesarla con los recursos psíquicos que hemos acumulado en el curso de nuestra trayectoria social. Este aspecto dual de la experiencia social moderna, instalada entre lo institucional y lo psíquico, es justamente lo que me propongo documentar en referencia al amor y el sufrimiento romántico.

La sociología y el sufrimiento psíquico

Desde sus orígenes, la sociología tiene como principal objeto de estudio las formas colectivas de sufrimiento, como la desigualdad, la pobreza, la discriminación, las enfermedades, la opresión política, los conflictos armados y las catástrofes naturales. Todos estos fenómenos han funcionado como el prisma central a través del cual nuestra disciplina viene explorando las miserias de la condición humana. Aunque la sociología ha logrado analizar con grandes resultados tales formas colectivas de sufrimiento, ha desatendido ese tipo de sufrimiento psíquico común y corriente que es intrínseco a las relaciones sociales: el resentimiento, la humillación y el deseo no correspondido son apenas algunos ejemplos de sus numerosas formas cotidianas e invisibles. La disciplina sociológica se ha mostrado renuente a incluir en su ámbito de estudio el sufrimiento emocional, concebido correctamente como el pilar de la psicología clínica, por temor a verse arrastrada a las aguas turbias de un modelo social psicológico e individualista. Sin embargo, si no quiere perder relevancia para las sociedades modernas, es imperativo que explore todas aquellas emociones en las que se refleja la vulnerabilidad del yo bajo las condiciones de la modernidad tardía, vulnerabilidad que es a la vez institucional y emocional. En el presente libro se sostiene que el amor representa una de esas emociones y que el análisis minucioso de las experiencias que genera nos podrá retrotraer nuevamente a la vocación original de la sociología, que aún resulta en extremo necesaria y pertinente.

La noción de “sufrimiento social” puede constituir una bienvenida herramienta para reflexionar sobre el carácter moderno del sufrimiento amoroso, pero no resultará tan útil a mis fines porque, tal como lo entiende la antropología, el sufrimiento social designa un fenómeno visible de gran escala (por ejemplo, las consecuencias de una hambruna, de la violencia, de la pobreza o de las catástrofes naturales).²⁷ Así, dicho concepto omite las formas más invisibles o intangibles del sufrimiento, como la ansiedad, la sensación de carecer de valor o la depresión, que se encuentran insertas en la vida diaria y en nuestras relaciones cotidianas.

Ahora bien, el sufrimiento psíquico exhibe dos rasgos cardinales. Primero, como afirma Schopenhauer, deriva de que vivimos la experiencia a través de “la memoria y la anticipación”.²⁸ En otras palabras, está mediado por la imaginación, o sea, por las imágenes y los ideales que conforman nuestros recuerdos,

nuestras expectativas y nuestros anhelos.²⁹ En términos más sociológicos, podríamos afirmar que el sufrimiento está mediado por las definiciones culturales de la identidad. Segundo, se ve acompañado típicamente por una ruptura en nuestra capacidad para otorgar sentido. Por lo tanto, como señala Paul Ricoeur, a menudo adquiere la forma de un lamento acerca de su propia ceguera y arbitrariedad.³⁰ Dado que el sufrimiento implica una irrupción de lo irracional en la existencia cotidiana, demanda una explicación racional, exige que demos cuenta de la desolación.³¹ Así, la experiencia del sufrimiento será tanto más intolerable cuanto menos sentido se le pueda otorgar. Cuando no tenemos una explicación, sufrimos el doble: por el dolor que sentimos y por nuestra incapacidad para dotarlo de un significado. Por lo tanto, toda experiencia del sufrimiento nos vinculará necesariamente con los sistemas de explicación que se han desarrollado para dar cuenta de ella. Asimismo, dichos sistemas presentan diferencias en los modos en que dan cuenta del dolor, en los modos en que atribuyen la responsabilidad, en los aspectos de la experiencia dolorosa que destacan y abordan, y en los modos en que transforman (o no) ese sufrimiento en otra categoría de la experiencia, llámese redención, maduración, crecimiento o sabiduría. Permítaseme agregar que el sufrimiento psíquico *moderno*, si bien supone toda una variedad de respuestas fisiológicas y psicológicas, principalmente pone en riesgo de modo directo la estabilidad del yo, su definición y su sentido del valor propio. En el marco de las relaciones de intimidad contemporáneas, refleja la situación del yo bajo las condiciones de la modernidad. No se trata de un fenómeno parentético en relación con otras formas supuestamente más graves del sufrimiento porque, como espero poder demostrar, presenta y pone en acto los dilemas y las formas de impotencia que afectan al yo moderno.

Mediante el análisis de toda una variedad de fuentes, desde las secciones del *New York Times* y del *Independent* dedicadas a las relaciones amorosas y sexuales hasta las novelas de los siglos XVIII y XIX, pasando por los manuales de autoayuda sobre el amor y las citas románticas,³² pretendo documentar que las experiencias de abandono y amor no correspondido son tan fundamentales en nuestro relato biográfico como otras formas de humillación social (de naturaleza política o económica).

Las personas más escépticas podrán objetar, con razón, que la poesía y la filosofía vienen tratando hace cientos de años los efectos devastadores del amor

y que el sufrimiento es uno de sus principales tropos, tal como se observa en el punto culminante alcanzado por el movimiento romántico, en el cual amor y sufrimiento se reflejan y definen mutuamente. No obstante, el presente trabajo se propone demostrar que la experiencia moderna del sufrimiento causado por el amor supone un cambio cualitativo con respecto al pasado. Aquello que tiene de moderno el sufrimiento amoroso en la actualidad podría definirse en términos de la desregulación de los mercados matrimoniales (capítulo 2), las transformaciones en la arquitectura de la elección de pareja (capítulo 3), la importancia capital del amor en la construcción social de un sentido del valor propio (capítulo 4), la racionalización de la pasión (capítulo 5) y los modos en que se despliega la imaginación romántica (capítulo 6). Ahora bien, aunque este libro pretende dar cuenta de aquello que es propiamente nuevo y moderno en la experiencia actual del sufrimiento romántico, no aspira a analizar de manera exhaustiva todas las múltiples formas que adoptan los tormentos amorosos, sino sólo algunas de ellas, así como tampoco ignora que muchas personas están felices con su vida amorosa. Lo que se intenta demostrar aquí es que tanto el sufrimiento como la felicidad en la esfera amorosa presentan una forma específica en la modernidad, y en esa forma nos concentraremos.

Sociología de los entornos cercanos. Redes personales y capital social en la Argentina. *Sociology of close environments. Personal networks and social capital in Argentina.* Gabriel Kessler y Juan Ignacio Piovani. Población & Sociedad [en línea], ISSN 1852-8562, Vol. 31 (1), 2024, pp. 1-29. DOI: <http://dx.doi.org/10.19137/pys-2024-310107>. Puesto en línea en junio de 2024.

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons Atribución - No Comercial CC BY-NC-SA, que permite copiar, reproducir, distribuir, comunicar públicamente la obra y generar obras derivadas, siempre y cuando se cite y reconozca al autor original. No se permite, sin embargo, utilizar la obra con fines comerciales.

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>



Contacto

poblacionysociedad@humanas.unlpam.edu.ar

<https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/pys/index>

**Población
& Sociedad**
revista de estudios sociales

Sociología de los entornos cercanos. Redes personales y capital social en la Argentina

Sociology of close environments. Personal networks and social capital in Argentina

Gabriel Kessler 

Universidad Nacional de La Plata, Universidad Nacional de San Martín, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina. gkessler@unsam.edu.ar

Juan Ignacio Piovani 

Universidad Nacional de La Plata, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina. juan.piovani@presi.unlp.edu.ar

Resumen

Este artículo, basado en la Encuesta Nacional sobre Relaciones Sociales (ENRS), presenta un análisis de los entornos cercanos (EC) de los argentinos, definidos como el conjunto de relaciones que consideran más próximas. Se describe su composición y se analizan sus grados de homofilia e isomorfismo. Por otra parte, se construye una tipología que combina el tipo de vínculo de los individuos (egos) con los miembros de sus EC, el tipo de relación que establecen entre sí, y se explora la prevalencia de cada tipo de acuerdo con la edad, el género, la clase y el lugar de residencia de los egos.

Palabras clave: entorno cercano; redes personales; capital social; homofilia; isomorfismo; Argentina

Abstract

Based on the National Survey on Social Relations (ENRS), the present article analyses Argentinians' close environments (CE), which are defined as the relationships that they consider closest. Their composition is described, as well as their degrees of homophily and isomorphism. Furthermore, a typology is built that combines the type of bond between individuals (egos) with the members of their CEs and the type of relationship they establish with each other. It also explores the prevalence of each type according to age, gender, class and place of residence of the egos.

Keywords: close environment; personal networks; social capital; homophily; isomorphism; Argentina

Introducción

¿Cuáles son las características principales de las redes personales más próximas, que aquí llamamos entornos cercanos (EC)? El estudio de las redes personales o egocentradas constituye una vertiente central dentro del análisis de redes sociales (ARS). Para José Luis Molina González (2005), en una sociedad en la que el individuo cobra cada vez más centralidad, ellas contribuyen a la comprensión de fenómenos sociales de rango intermedio o meso, en los que se presentan en forma simultánea interacciones individuales, instituciones y estructuras sociales observables empíricamente.¹

Estudios previos han demostrado su centralidad para las estrategias de supervivencia, especialmente en los sectores populares (Lomnitz, 1977, 1985; Ramos, 1981; Eguía, 2004; Gutiérrez, 2015); para el acceso al mundo laboral (Granovetter, 1973; Mouw, 2003; Burt, 2004; Carrascosa, 2021) y la movilidad social (Bourdieu, 1980; Lin, 1999; Kessler y Espinoza, 2007); para garantizar cuidados (Martínez Buján y Vega Solís, 2020; Zibecchi, 2021;) en tanto apoyo emocional y resguardo de la salud mental (Beltrán y Moreno, 2013); así como también gravitan en las opiniones políticas y el voto (Bond *et al.*, 2012) y hasta han explicado parte de los cambios revolucionarios (Wellman y Berkowitz, 1988), entre varios otros tópicos.

Hasta el momento ha habido una serie de estudios sobre el tema en Argentina, que reseñaremos en la sección de antecedentes. Los datos son de los años dos mil (Kessler y Espinoza, 2007) y 2015/16 (Sautu, Boniolo, Dalle y Elbert, 2020; Boniolo, Dalle y Elbert, 2023), con foco en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), así como de un módulo sobre redes personales de una encuesta de 2006 en siete centros urbanos (De Grande, 2015). Estos trabajos se centran sobre todo en el capital social, es decir, los lazos que permiten acceder a determinados recursos, puesto que se basan en módulos de encuestas de movilidad social y análisis de clases sociales, o de condiciones de vida, en el tercer caso. Nuestro trabajo es el primero con alcance nacional y que investiga diversas dimensiones sobre las que había hasta el momento vacancia. En efecto, los datos de este artículo provienen de las más de 3000 personas entrevistadas en la Argentina en la Encuesta Nacional sobre Relaciones Sociales (ENRS)² durante 2019. La encuesta cubrió una gran cantidad de dimensiones de las redes personales y se focalizó en los habitantes de 18 años o más residentes en viviendas particulares de localidades de más de 2000 habitantes de todo el país. En particular, el concepto de red personal cercana o entorno cercano (EC) se construyó, en primer lugar, a partir de la pregunta inicial del cuestionario sobre las cinco principales relaciones de cada persona que no compartían el hogar y que consideraban como sus relaciones más importantes. Por ello, consideramos al EC como una estructura o configuración relacional electiva básica de una sociedad si se observa desde cada individuo, a quien, siguiendo la tradición de los estudios de redes personales, llamaremos “ego”. En este sentido, el entorno cercano es un subconjunto de las redes personales a partir de la propia definición de los egos. Preguntamos por lo que podríamos considerar el núcleo de las redes

personales, sin conjeturar de antemano ningún fin u objetivo previo del vínculo. Es decir, no asumimos que las redes más cercanas eran de capital social, esto es las relaciones establecidas con algún fin instrumental y/o expresivo, como tampoco que la proximidad implicaba intimidad y confidencias, como propusieron otros trabajos (McPherson, Smith-Lovin y Brashears, 2006), ni mayor frecuencia de contacto o cercanía emocional, ni cualquier otra conjetura que condicionara la elección de nombres por parte de cada individuo. De las relaciones seleccionadas indagamos luego, en distintas partes del cuestionario, aspectos estructurales (sexo, edad y parentesco) y una serie de preguntas sobre dónde se conocieron y por intermedio de quien, la frecuencia de encuentros, entre otras.

El EC tiene un carácter electivo, pero no se conforma al azar, sino con las personas que se conocen en la familia, el barrio, el trabajo, el estudio, las instituciones que se frecuentan, por intermedio de otras relaciones sociales y, cada vez más frecuentemente, por internet. De este modo, conocer las particularidades de los entornos cercanos de los distintos grupos y categorías sociales contribuye a delinear un mapa más preciso de la estructura social en sus aspectos relacionales, en la medida que permite saber cómo distintos grupos configuran su red personal próxima, la cual a su vez gravitará en las dimensiones antes mencionadas, es decir, oportunidades laborales, información, apoyo emocional, etc.

Además de indagar en las características básicas de los EC de distintos egos en virtud de su clase, sexo, edad y ubicación geográfica, también analizamos el tipo de vínculo entre el ego y sus contactos cercanos y los tipos de intercambios que realizan. Con estas últimas dos variables construimos una tipología que dio lugar a nueve distintos EC que serán presentados más adelante. Para realizar la tipología agrupamos los vínculos en tres grandes categorías: parientes, amigos y vecinos; y los intercambios en instrumentales y/o socioafectivos. Luego construimos una serie de índices e indicadores que nos permitieron ahondar en el conocimiento de los entornos cercanos.

El artículo está organizado de este modo: en las páginas siguientes reseñamos los antecedentes de la temática en Argentina y destacamos nuestros aportes al campo y, a continuación, desarrollamos el apartado metodológico. Luego nos centramos en las características principales de los EC y presentamos la tipología de los mismos para indagar en los rasgos diferenciales de cada tipo. Finalizamos con una conclusión que sintetiza los hallazgos y propone líneas de indagación futura.

Antecedentes y aportes de este trabajo

Existe en la Argentina un campo de análisis de redes sociales sobre una diversidad de temas (ver Teves y Pasarin, 2014). Una serie de investigaciones, han mostrado el peso creciente del capital social en la movilidad social (Kessler y Espinoza, 2007; Dalle, 2016; Seid, 2017) y el rol de los lazos personales para acceder a un trabajo. Fernando Toledo y Diego Bastourre

(2006) señalan su importancia en momentos de alta desocupación en los años noventa, y Joaquín Carrascosa (2021) demuestra que para todas las clases el capital social es más importante que los mecanismos de mercado a la hora de intentar una inserción laboral.

Los análisis de redes sociales actuales confirman la importancia de las relaciones para la supervivencia de los sectores más bajos, tal como habían encontrado trabajos antropológicos pioneros –Lomnitz (1977) para México y Ramos (1981) para Argentina–, pero también identifican su importancia para las otras clases. Estos análisis muestran el peso de los lazos fuertes como apoyo emocional y para las ayudas materiales, y de los lazos débiles, relaciones de menor cercanía e intensidad, que tienen un papel importante en la obtención de oportunidades de empleo (Granovetter, 1973; Burt, 2004). Pablo De Grande (2015) subraya el peso de los lazos familiares, sobre todo en las clases más bajas, y de los contactos extrafamiliares en otras clases, y comprueba que las mujeres tienen más vínculos familiares y barriales que los varones; que los vínculos interpersonales disminuyen con la edad y que la familia es un canal importante de vínculos intergeneracionales, hallazgos que nuestro trabajo confirma. Por su parte, Diego Paredes Goicoechea, Carrascosa y Lautaro Lazarte (2020) indican que, en casi todas las ocupaciones y, en particular en la clase obrera, las mujeres tienen menos lazos débiles que los varones, lo cual es un factor adicional de desigualdad en las chances de movilidad ocupacional.

Nuestro trabajo, como se dijo, tiene un alcance nacional y ahonda en dimensiones que no habían sido estudiadas en investigaciones previas. Esto nos permite verificar algunas tendencias observadas en trabajos anteriores, pero extendidas a otras regiones, y con la posibilidad de incluir otras variables, presentar hallazgos inéditos y brindar una tipología e índices creados por nosotros.

En términos generales, se corroboraron dos principios básicos de los estudios de redes: la homofilia y la multiplexidad. El primero es el supuesto de que las redes cercanas electivas se establecen con personas parecidas a uno. La homofilia puede ser de estatus –clase, nivel educativo– (Marsden, 1988; McPherson, Smith-Lovin y Cook, 2001), como indagamos en este artículo, y/o valorativa –ideológica, religiosa, de afinidades culturales, deportivas– (McPherson, Smith-Lovin y Cook, 2001; Lee, Kim y Piercy, 2019; Ertug, Brennecke, Kovacs y Zou, 2022). La homofilia posee consecuencias positivas y negativas, dependiendo de las circunstancias concretas. Sus beneficios son que reafirma el sentimiento de pertenencia, refuerza el apoyo emocional para grupos vulnerables y/o discriminados y provee recursos en situaciones de crisis. Pero también puede ser un vector de reproducción de la desigualdad social en cuanto contribuye al cierre social de sectores aventajados, fomenta la limitación de perspectivas y refuerza la marginalización y estigmatización de grupos replegados sobre sí mismos al limitar su voz y representación en el espacio público (McPherson, Smith-Lovin y Cook, 2001; Mouw y Entwisle, 2006; Bakshy, Messing y Adamic, 2015). Carrascosa (2023) ya había señalado,

para el caso del AMBA, altos niveles de homofilia, con fronteras de clases, tanto en los lazos familiares y de amistad. El autor encuentra que dicha homofilia es en forma de U (mayor en clase baja y alta, menor en intermedias).

Uno de nuestros aportes es que quisimos ir más allá del concepto de homofilia de estatus e incorporamos también sexo y edad en el análisis. Para ello, diseñamos un *índice de isomorfismo* que capta las similitudes y diferencias de los EC en relación con el ego desde otra perspectiva. Entre otras cosas, observamos que son las relaciones de pares las que incrementan el isomorfismo en las redes cercanas, mientras que los vínculos familiares hacen que disminuya.

El segundo atributo, la multiplexidad, indica si un mismo contacto puede ser útil para distintos fines y, hasta donde alcanza nuestro conocimiento, todavía no había sido estudiado en Argentina. En nuestro caso, la multiplexidad es un atributo de la red cercana en su conjunto y no necesariamente de cada uno de sus miembros en particular. En el trabajo se muestra que los EC de la mayoría de los argentinos son multipléxicos; en segundo lugar, son redes de intercambios instrumentales puros y, recién en último lugar, se ubican los EC exclusivamente socioafectivos. En las páginas siguientes advertiremos cómo las distintas variables estructurales gravitan en las probabilidades de conformar uno u otro tipo de EC.

Este trabajo confirma, como los citados previamente, que a medida que aumenta el nivel socioeconómico y educativo se incrementan los contactos no familiares y de intercambios instrumentales, y que las mujeres aún mantienen más relaciones cercanas con parientes que los hombres. Al estudiar los EC de las distintas franjas de edad, se evidencia cómo las redes cambian a lo largo de la vida y se corrobora que la vejez implica una pérdida de lazos extrafamiliares. Nuestro alcance nacional nos permite mostrar la relación entre regiones y redes personales, destacando que la Ciudad de Buenos Aires exhibe una configuración de vínculos diferentes al resto del país y diferenciado del contiguo Gran Buenos Aires. Ahora bien, también indica que las variables interactúan entre sí: en particular, mostramos que las diferencias de género se morigeran en las generaciones más jóvenes y que los adultos mayores de sectores más altos pierden menos relaciones extrafamiliares que sus pares de clases más bajas, entre otros hallazgos que iremos presentando a lo largo del trabajo.

Metodología general

La ENRS, como hemos señalado, se focalizó en los habitantes de 18 años o más residentes en viviendas particulares de localidades a partir de 2000 habitantes en todo el país. Esto garantiza una muy amplia cobertura, dado que más del 91% de la población argentina reside, según el censo 2010, en localidades de estas características. Para el diseño de la muestra se definieron los siguientes dominios de estimación territoriales, sobre los cuales el estudio permite establecer generalizaciones, más allá de las de carácter nacional: Área

Metropolitana de Buenos Aires (AMBA)³ entendida como aglomerado, así como, de manera independiente, la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) y el Gran Buenos Aires (GBA) –conformado por los 24 partidos del conurbano bonaerense–; Noreste - NEA (provincias de Chaco, Formosa, Corrientes y Misiones); Noroeste - NOA (Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca y La Rioja), Cuyo (Mendoza, San Juan y San Luis); Centro (Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos); Región Pampeana (resto de la provincia de Buenos Aires y La Pampa) y Patagonia (Río Negro, Neuquén, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego).

Para llevar a cabo la encuesta, se diseñó una muestra probabilística, estratificada y polietápica de 4480 casos, diseñada a partir de los datos y la cartografía del Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda de 2010 y sus proyecciones al año 2019. En una primera etapa, una vez definidos los dominios de estimación, se seleccionaron 184 radios censales de 93 localidades que forman parte de 57 aglomerados urbanos. Los radios fueron estratificados según región/provincia, tamaño del aglomerado en población y departamento (esto último sólo en los aglomerados de más de 100.000 habitantes). Como variable de estratificación implícita se definió el nivel educativo del principal sostén del hogar (PSH) a nivel de radio censal (media de PSH con educación universitaria y media de PSH con educación primaria o sin instrucción). Los radios censales fueron seleccionados con probabilidad proporcional a su tamaño poblacional, previo ordenamiento según un índice de nivel educativo de los PSH. En una segunda etapa se seleccionaron viviendas particulares en terreno, de acuerdo con un procedimiento sistemático de recorrido del radio censal basado en la cartografía elaborada por el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC). En una tercera y última etapa, se seleccionó una persona mayor de 18 años en cada vivienda, utilizando una tabla de Kish. No hubo reemplazos de viviendas o individuos, fijándose para cada zona una tasa de sobremuestreo para compensar las ausencias y rechazos.

Un problema típico de las encuestas de estas características es la baja tasa de respuesta en zonas de alta densidad urbana. Para resolver este problema se implementó una modalidad de relevamiento mixta, domiciliaria (4138 casos) y telefónica (342 casos). El relevamiento telefónico se aplicó especialmente en algunos radios censales de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Córdoba, Rosario, San Miguel de Tucumán, Mendoza, La Plata y zonas céntricas de localidades del Gran Buenos Aires.

El instrumento (cuestionario) utilizado en el relevamiento consta de siete módulos: datos sociodemográficos; red relacional (EC); capital social; sociabilidad; autoidentificación y barreras sociales; relaciones sociales conflictivas; participación social. Sin contar el breve módulo sociodemográfico inicial, el cuestionario contiene 32 preguntas que, como en muchos casos son múltiples, generan un total aproximado de 160 preguntas. Para el diseño del cuestionario se recurrió, inicialmente, a tres estrategias: a) revisión de la literatura sobre las cuestiones abordadas en la encuesta, con el

fin de identificar hipótesis, reconocer núcleos problemáticos y sistematizar dimensiones significativas consideradas en investigaciones previas; b) exploración de los enfoques teóricos y de los marcos analíticos relevantes a nivel local e internacional acerca de los problemas y dimensiones señalados precedentemente; c) análisis de instrumentos de relevamiento utilizados en diversos contextos regionales e institucionales para investigar temáticas afines a las de la ENRS. El instrumento fue sometido a tres pruebas complementarias: 1) revisión por un panel de expertos argentinos y extranjeros; 2) prueba piloto cuantitativa, con la aplicación del cuestionario a una muestra de 100 casos en la modalidad domiciliaria y 50 en la telefónica; 3) entrevistas cualitativas de tipo cognitivo, basadas en el cuestionario, realizadas en todas las regiones del país a personas de diferentes perfiles sociodemográficos.

Para la realización de este estudio se analizaron variables sociodemográficas relativas a los egos (personas que respondieron el cuestionario) —género, edad, lugar de nacimiento, localidad de residencia, características del hogar y de la vivienda, nivel educativo, ocupación, quintil de ingreso, entre otras— y a las personas que componen sus entornos cercanos —género, edad, nivel educativo, lugar de residencia, clase social percibida (mayor, igual o menor a la del ego), tipo de vínculo con el ego, forma en la que se conocieron con el ego, duración del vínculo con el ego, frecuencia de contacto con el ego, etc.—. Por otra parte, se consideraron variables relativas a los intercambios potenciales y efectivos de distinto tipo de los egos con otras personas —dinero, recomendación de trabajo, realización de trámites, cuidados, consejos, herramientas, automóviles, etc.—. Asimismo, se analizaron variables complejas construidas *ad hoc*, que serán explicadas con detalle en las secciones correspondientes: brechas educativas y de clase, un índice de isomorfismo de los egos y sus respectivos entornos cercanos, y una tipología de los entornos cercanos.⁴

Características generales de los entornos cercanos

Una primera aproximación consiste en analizar los EC de los egos según clase, sexo, grupo de edad y lugar de residencia. En cuanto a los indicadores *proxy* de clase, en este artículo utilizamos el nivel de ingreso y educativo. Como era de prever, a mayor nivel educativo y de ingresos del ego, más probabilidad de personas de alto nivel educativo en su EC. El rasgo más saliente, y en línea con trabajos previos, es que, en los EC de los egos de los quintiles más altos, el peso de las amistades es mayor que en los más bajos, mientras que entre los más bajos pesan más los parientes y los vecinos. En efecto, la red de vecinos o con preponderancia de los mismos en el Q5 cae a 1.9%, frente al 10.6% en el Q1. Al igual que lo encontrado en el trabajo de David Knoke (1990), entre otros, el *reach out*, es decir, extender la red de contactos por fuera de los círculos más próximos, y el *cocooning*, centrarse más en los vínculos más próximos, está relacionado con la clase social. Mientras lo

primero puede conducir a una mayor exposición a diversas perspectivas, información y oportunidades; lo segundo implica reforzar más las conexiones existentes o muy cercanas y, de este modo, limitar oportunidades y perspectivas diferentes, aunque pueda dar más sentimiento de familiaridad y comodidad. Estas tendencias se corroboran también al considerar el nivel educativo.

En segundo lugar, a medida que aumenta el nivel educativo y de ingresos de los egos, también lo hace el porcentaje de EC cuyo promedio de edad es cercano a la edad de los egos. En efecto, en el Q5 hay 45.9% de miembros de la red de la misma franja etaria, contra 25.5% en el Q1. Cuando se observa por nivel educativo, los EC de la misma edad pasan de un 24.9% entre los egos con primaria completa, a 42.2% entre los de nivel universitario. Esto se debe a la mayor presencia de amigos en un estrato y de parientes en el otro, y al hecho de que parte de estos últimos pertenecen a otra generación, puesto que son en general los hijos y/o padres de los egos.

La principal diferencia entre varones y mujeres es que ellas tienen más familiares y menos amigos en su EC. Investigaciones empíricas previas han demostrado esta diferencia de género en cuanto a la mayor incidencia de relaciones con parientes (De Grande, 2015). Por ejemplo, en la franja de 20-29 años, el 12% de los varones y el 32.3% de las mujeres tienen una red preponderantemente de parientes. Asimismo, sus EC tienen menor nivel educativo que el de los varones. Posiblemente grave el peso de las adultas de mayor edad que tienen, en promedio, menos años de escolaridad que sus pares varones. Y, de hecho, comprobamos que a medida que aumenta la edad en general, también disminuye la presencia de niveles educativos más altos que los del ego en los EC.

En cuanto a la edad, mientras los más jóvenes tienden a configurar EC de su misma franja etaria, en tanto se avanza en el ciclo de vida la variación es mayor: los EC compuestos por personas de edad similar a la del ego son el 90% entre los que tienen hasta 29 años y el 55.2% entre los mayores de 70 años. Esto se debe, en gran medida, a que la sociabilidad extrafamiliar disminuye con la edad, tal como han demostrado De Grande (2015), Theo Van Tilburg (1998), y Graham Allan y Chris Phillipson (2017), entre otros. En efecto, los EC mixtos de parientes y amigos bajan 20 puntos entre la franja de 20-29 años y la de 70 años y más (de 72% a 52.3%). En contraposición, la red de sólo familiares pasa del 6.4% en los egos de 20-29 años a 21.7% en los mayores de 70. También el peso de parientes y amigos cambia de manera diferente en el ciclo de vida de varones y mujeres. En los varones, la relación entre la presencia de parientes en el EC y la edad del ego se ajusta a una función lineal positiva: a medida que aumenta la edad se incrementa el peso de los parientes. En las mujeres esta relación define una curva en forma de U: los parientes tienen mayor peso cuando son muy jóvenes, posiblemente por la importancia de los vínculos con padres y parientes adultos (tía/os, abuela/os), luego disminuye, para volver a aumentar en las edades mayores. Como veíamos, en línea con lo señalado por De Grande (2015), serían entonces los parientes los

que ponen en contacto estrecho a las diferentes generaciones y esto pasa a medida que el ego se vuelve mayor, por la creciente presencia de los hijos en el EC.

Es interesante el peso de cada vínculo familiar en los diferentes grupos de edad de los egos: en la primera juventud todos son importantes (con la excepción de los hijos, por razones evidentes); en edades intermedias, las y los hermanos cobran mayor importancia que en el resto de las edades y luego, al convertirse en adultos mayores, los hijos adquieren centralidad. Por su parte, al avanzar la edad, los vecinos se vuelven más relevantes: su presencia pasa del 6.1% en los EC de los más jóvenes al 27.8% en los adultos mayores, sin gran diferencia por sexo (como si había en el caso de los parientes). También la transición a la vida adulta se advierte al comparar los EC de 18 a 24 años con los de 25 a 29: el entorno cambia de uno preponderante de similar edad a otros con mayores variaciones, posiblemente debido a la creciente partida del hogar de origen, y la consecuente inclusión de padres y hermanos, antes convivientes, en los EC, así como la salida del grupo primario de amigos/compañeros de estudios y el paso al mundo del trabajo, pareja o familia propia, donde los lazos se vuelven más heterogéneos. Otro punto de inflexión acontece al pasar del grupo de 50-69 años al siguiente, aunque en este caso con matices según el género: las mujeres de más de 70 tienen un 16.4% de EC de su misma edad, contra casi el doble del grupo anterior (31.0%). Sin embargo, en los varones la diferencia no es tan marcada: de 36.7% se pasa a 24.4%.

Cuando se observa la participación de varones y mujeres en los EC por franja de edad, se nota un descenso de la presencia de los primeros en las edades más avanzadas, sin duda por una serie de factores conjugados: mortalidad más temprana; menos centralidad del vínculo de los abuelos con los nietos respecto a las abuelas y, en general, mayor aislamiento de los adultos mayores cuando se abandona el mundo laboral (Ajrouch, Blandon & Antonucci, 2005). Cuando analizamos por lugar de residencia, sólo en el NOA hay menor presencia de mujeres, quizás debido a roles tradicionales que las retrotrae de la sociabilidad más que en otras regiones del país. En todo caso, es llamativo el comportamiento de CABA respecto al GBA y al resto del país. En primer lugar, los EC son sobre todo redes de amigos: solo el 6.5% de los EC de los residentes en CABA está integrado únicamente por parientes, contra 13.4% en GBA o 18.7% en el NOA. Esto conlleva, por ejemplo, a que haya más relaciones de edades similares (53.4% vs. 33.4% GBA o 31.6% en Centro/Cuyo).

Por lo demás, a medida que disminuye el tamaño de la ciudad también lo hace el nivel educativo de los EC y, a la vez, aumenta el peso de los contactos que viven en el mismo barrio, según la definición del ego de lo que es su barrio (por lo cual esto podría significar algo distinto en cada tamaño de ciudad). Asimismo, para las mujeres y las personas de mayor edad, el barrio como espacio de sociabilidad es más importante que en el promedio poblacional. Un detalle a destacar es que, en el GBA, el lugar del barrio como localización

de los contactos del EC es mayor que en otras regiones, pero es posible que la definición subjetiva de barrio sea más extendida que en otros centros urbanos más pequeños. Por último, entre los más aventajados, la presencia de contactos del exterior en el EC tiene mucha más importancia que en los de sectores más bajos o medios. En esa misma dirección, en CABA un 5.4% de los egos tiene un contacto de su EC que vive en otro país, que puede ser pariente o amigo, mientras que en el resto de las regiones la cifra es casi insignificante. Otras particularidades regionales son que en la Patagonia es donde hay más contactos nacidos en el exterior, posiblemente debido a la migración internacional, en este caso chilena y, por su parte, las mujeres del NOA tienen un número mayor de contactos en otras provincias. En la región Centro, hay muchas relaciones con personas de otras ciudades de la misma provincia, quizás por el tipo de configuración urbana en las provincias de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe, en las hay una gran cantidad de ciudades y pueblos cercanos entre sí por los que circulan habitualmente los residentes de la zona con fines educativos, comerciales, de atención médica, entre otros, y, como sugiere nuestro estudio, también de sociabilidad, con lo cual un ego puede tener relaciones en distintas localidades próximas de la misma provincia. Por otra parte, en CABA es donde hay más probabilidades de tener en el EC una persona de otro sexo. También en toda la muestra, el porcentaje de mujeres que tienen contacto con un varón de nivel educativo más alto es mayor que las que tienen contacto con un varón de nivel educativo más bajo.

En resumen, y en línea con hallazgos previos, una primera aproximación a los EC muestra que a medida que aumenta la posición de clase hay mayor peso de amigos que de parientes y vecinos; que las mujeres tienen más presencia de familiares que los hombres; que género y ciclo de vida se articulan de manera diferente entre varones y mujeres; que el barrio sigue siendo un lugar de sociabilidad importante y los vecinos una relación central, y que con la edad la pérdida de contactos extrafamiliares es muy significativa.

Composición de los EC

En este apartado nos proponemos responder algunas preguntas básicas de la composición de los EC. En primer lugar, ¿cómo y dónde cada una/o conoció a los miembros de su EC? Cuando se observa por clase, se ve que en sectores bajos pesa más el barrio como lugar de conocimiento y, en los altos, el trabajo e internet. En las mujeres es más frecuente que sea por medio de un familiar, mientras que en los varones gravita más el trabajo y, en menor medida, internet. A su vez, entre los adultos mayores cuentan más los vínculos conocidos a través de parientes y en el barrio; mientras que en los jóvenes importan los lugares de estudio, recreativos e internet y, en las edades intermedias, el lugar más importante es el trabajo.

En las regiones hay comportamientos diferenciales: en el AMBA tienen más importancia los lugares de estudio y, en la Patagonia, internet – probablemente debido a las grandes distancias entre urbes relativamente

pequeñas- y la mediación de otras personas. Por su parte, el escaso peso de la familia como intermediaria posiblemente esté relacionado con el hecho de que, por tratarse de una región con fuerte presencia de migrantes, los residentes tienen menos redes familiares locales que en otras regiones.

¿Son los EC una red de contactos frecuentes? La respuesta es sí: hay una alta proporción de relaciones diarias, también semanales y otras más esporádicas. Los contactos pueden ser de distintos modos y, en efecto, se advierte mucha densidad de comunicación por plataformas como *WhatsApp*. En CABA y GBA la frecuencia es un poco menor que en otras zonas y las y los porteños compensan esta menor asiduidad con un peso importante de contactos de forma quincenal. De su lado, las porteñas exhiben una mucho mayor frecuencia diaria que los porteños (63.4 % y 36.5 %, respectivamente), mientras que, por ejemplo, en GBA la diferencia es mucho más baja: 68.1 % entre los varones vs. 72 % entre las mujeres.

Hemos elaborado dos indicadores para ahondar en la composición de los EC. Uno es el de *brechas educativas*,⁵ que son un *proxy* para estimar los niveles de homofilia de estatus. Hay una prevalencia de redes con contactos de igual nivel educativo, o donde estos son mayoritarios (55.5 % de los egos tiene este tipo de EC). Por su parte, los egos que tienen redes de menor nivel, o prevalencia de contactos de menor nivel educativo, son el 20.3 %, y los que tienen redes con contactos de nivel educativo superior al propio son el 17.8 %. En la juventud la brecha educativa es más baja y aumenta progresivamente con la edad. Si comparamos los extremos, la red más semejante desde el punto de vista educativo pasa del 62.1 % en los más jóvenes al 42.2 % en los adultos mayores, mientras que la de predominio de contactos de nivel superior es de 12.1 % en el grupo de hasta 29 años, y de 34.1 % en los de 70 años y más. Como era de esperar, las brechas son más amplias en las franjas etarias cuando se compara por sexo. Si entre varones los entornos de brecha educativa superior alcanzan el 14 % en el primer grupo de edad, y llegan al 31 % entre las personas mayores, entre las mujeres se pasa del 9.7 % al 36.3 %. Como ya dijimos, esto es resultado del gran aumento de la cobertura educativa entre las mujeres en tiempos recientes y, su reverso, las grandes diferencias de años de educación formal por género en las generaciones mayores.

CABA, una vez más, tiene un perfil muy particular: el 70.8 % de los egos tiene redes de homofilia educativa. Patagonia le sigue, aunque con marcada distancia. El GBA tiene una configuración más cercana al NOA, Cuyo y NEA, en donde el porcentaje de EC de estas características es menor. Así, en CABA se advierte que la expansión educativa fue anterior a otras regiones, puesto que allí, más que en otras zonas del país, es más probable que padres e hijos tengan un nivel educativo similar. Cuando analizamos el nivel educativo de los egos, es interesante que en los EC de los que tienen sólo primaria completa (con alto peso de personas de mayor edad y muy bajo NSE) se mantiene un nivel de homofilia importante (43.7 % de EC sin brecha educativa con respecto al ego), aunque esta ausencia de brecha educativa es más alta entre los egos que tienen mayor educación.

El otro indicador son las *brechas de clase*:⁶ basándonos en la percepción de los egos sobre si cada miembro de su EC es de una clase similar, superior o más baja, vemos que son preponderantes los EC con homofilia de estatus, seguidos por los EC considerados de estatus más alto y, finalmente, los EC de una clase más baja que la propia. Este orden se repite en casi todos los cortes, salvo por clase. Los egos que perciben que su EC es de clase más baja que la propia son la mitad de quienes perciben que tienen un EC con un nivel socioeconómico más alto.

Para ahondar en la composición de las redes, un tema central es ver su carácter, si son socioafectivas o expresivas, o si también se producen intercambios de algún tipo de bien o servicio, a las que llamaremos instrumentales. En primer lugar, vemos la preponderancia de EC en los que se producen ambos tipos de intercambio –socioafectivos e instrumentales– (59%), seguidos por los de puro capital social (29%) y los de sociabilidad pura (12.1%). Posiblemente haya una relación, aún a revisar, entre el tamaño de la red y la mayor probabilidad de tener intercambios mixtos. Las redes de sociabilidad aumentan su peso relativo con la edad, y sobre todo cuando se adiciona el género: en el grupo de las mujeres mayores de 70 años hay un 17.1% de redes socioafectivas, mientras que entre los varones del mismo tramo de edad éstas llegan al 9.9%. Por tamaño del aglomerado, aun viendo los extremos, no se encuentran muchas diferencias significativas. En cambio, las diferencias son importantes cuando observamos por regiones: CABA cuenta con la menor proporción de redes socioafectivas puras, 6.5%, contra 16.2% en el NOA, 14.2% en el Centro y 9,2% en el GBA. Por el contrario, las redes de capital social puro son 35% en CABA frente a 24.0% en NOA y en torno a 28% tanto en GBA como en el Centro y Cuyo. Con relación a los grupos de ingresos, el peso de las redes socioafectivas puras parece disminuir a medida que se asciende en la estructura social (15,1% en el Q1 contra 7,7% en el Q5), pero en las de capital social no se ven grandes diferencias.

Tipología de Entornos Cercanos

Al analizar los EC resulta fundamental diferenciar entre las características individuales de cada contacto, por un lado, y las del EC en su conjunto, concebido como unidad de análisis. Hay distintas formas de construir tipologías de redes, en general basadas en características de los vínculos (densidad, centralidad, etc.) y en rasgos estructurales de los componentes. Los expertos sugieren elegir atributos según los objetivos de cada investigación e intentar que la tipología no sea compleja (Bidart, Degenne y Grossetti, 2018). Nosotros proponemos una *tipología de entornos cercanos* construida a partir de la combinación de las variables que dan cuenta, por un lado, del tipo de vínculo entre el ego y sus contactos y, por el otro, del tipo de relación de intercambio que establecen entre sí.

La primera variable define un *continuum* imaginario que va desde un polo en el que todos los contactos son vínculos familiares, que típicamente se

generan en el contexto de la socialización primaria –madre, padre o hijos–, hasta otro polo en el que todos los contactos son pares –amigos–, es decir, vínculos típicamente electivos (aunque está claro que el hecho de incluir a un familiar en el propio EC también es una decisión electiva) y que en general se establecen en el marco de la socialización secundaria. Además, existen múltiples situaciones intermedias que hemos nucleado en una única categoría *mixta* en la que convergen diferentes combinaciones de vínculos de distinto tipo (familiares, amigos, vecinos, otros).

El tipo de relación, por su parte, tiene que ver con lo que circula y se intercambia entre el ego y sus contactos, ya sea unidireccionalmente o de modo simétrico o recíproco. Este eje también define un *continuum* que va desde las relaciones puramente socioafectivas (con todos los componentes del EC) hasta aquellas que involucran algún tipo de intercambio (de dinero, bienes, ayudas, cuidados, consejos, etc.) entre el ego y todos sus contactos, pasando por situaciones multipléxicas en las que conviven contactos socioafectivos con otros con los que se producen distintos intercambios. Este eje está claramente relacionado con el capital social o, mejor dicho, con la medida en que el capital social se pone en juego efectivamente en las relaciones del ego con su EC. Cabe aclarar que al hablar de vínculos socioafectivos puros no estamos afirmando que no se produzcan intercambios. Su definición como tales se basa en el hecho de que los egos no mencionan a estos contactos, a pesar de ser sus vínculos más cercanos, entre aquellas personas con las que han realizado efectivamente intercambios (de dinero, bienes, ayudas, cuidados, consejos, etc.) o con las que podrían potencialmente hacerlos.⁷

Como puede observarse en la Tabla 1, la combinación de estas variables permite generar una tipología de 9 entornos cercanos que hemos rotulado de la siguiente manera: (1) EC socioafectivo familiar; (2) EC socioafectivo mixto; (3) EC socioafectivo de pares; (4) EC multipléxico familiar; (5) EC multipléxico mixto; (6) EC multipléxico de pares; (7) EC instrumental familiar; (8) EC instrumental mixto; (9) EC instrumental de pares. Las celdas ubicadas en los cuatro extremos de la tabla dan cuenta de los tipos *puros* (1, 3, 7 y 9), definidos de esta forma porque implican relaciones únicamente socioafectivas, ya sea solo con familiares o solo con amigos, o únicamente instrumentales, igualmente solo con familiares o solo con amigos. Los restantes tipos son híbridos, dado que combinan distintos vínculos (familiares, amigos, etc.) y/o distintas relaciones (socioafectivas e instrumentales). El tipo 5 es mixto en ambas dimensiones o, mejor dicho, mixto y multipléxico, y define los EC más heterogéneos tanto en su composición vincular, porque incluyen más de un tipo de vínculo (generalmente familiares y amigos), como en cuanto al aspecto relacional, porque cuentan con relaciones socioafectivas e instrumentales.

Tabla 1: Tipología de entornos cercanos

Tipo de vínculo	Solo parientes	Mixto (parientes, amigos, otros)	Solo amigos	
Tipo de relación				
Socioafectiva pura	(1) EC socioafectivo familiar 2,1%	(2) EC socioafectivo mixto 5,4%	(3) EC socioafectivo de pares 4,4%	EC con bajo uso del capital social 11,9%
Multipléxica	(4) EC multipléxico familiar 9,4%	(5) EC multipléxico mixto 27,3%	(6) EC multipléxico de pares 21,5%	EC con uso medio del capital social 58,2%
Instrumental pura	(7) EC instrumental-familiar 5%	(8) EC instrumental-mixto 12,1%	(9) EC instrumental de pares 11,7%	EC con alto uso del capital social 28,8%
	EC + basados en socialización primaria (vínculos “naturales”) 16,5%	EC de socialización mixta 44,8%	EC + basados en socialización secundaria (vínculos “electivos”) 37,6%	TOTAL 98,9% (El 1,1% faltante son casos sin información)

Fuente: elaboración propia en base a la Encuesta Nacional sobre Relaciones Sociales (ENRS) - Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (PISAC).

La tabla precedente es una representación esquemática de la tipología y, además, reporta el dato estadístico relativo a la prevalencia de cada tipo de EC en la población total argentina. El tipo más común es el multipléxico mixto, es decir, aquél que incluye distinto tipo de vínculos y de relaciones. El menos

habitual es el socioafectivo familiar. En general, los EC socioafectivos, independientemente de que estén conformados solo por familiares, solo por amigos o por una combinación de distintos tipos de vínculos, son menos prevalentes (11.9%) que aquellos en los que se produce alguna forma de intercambio entre el ego y sus contactos. Tanto en el eje del tipo de vínculo, como en el del tipo de relación, predominan los tipos híbridos o mixtos: el 58.2% de los EC incluyen una combinación de relaciones socioafectivas e instrumentales, y el 44.8% una conjunción de vínculos familiares, amigos y/u otros. Entre los tipos que definimos como puros, el más frecuente es el instrumental de pares (11.7%), mientras que su opuesto por definición (porque se encuentra en el otro extremo en ambas variables de la tipología), el socioafectivo puro, es el menos habitual y apenas supera el 2% del total de los EC de los encuestados. Los otros dos tipos puros totalmente opuestos entre sí, el instrumental familiar y el socioafectivo de pares, tienen una incidencia relativa similar en torno del 5%.

En el análisis de la tipología también resulta interesante abordar los marginales de filas y de columnas. En cuanto a estos últimos, se observa que un 16,5% de los EC están conformados exclusivamente por parientes, independientemente de que su relación con el ego sea socioafectiva, instrumental o mixta, mientras que un 44,8% tienen una combinación de parientes, amigos y/u otro tipo de vínculo. Finalmente, un 37,6% de los EC sólo involucran amigos. Respecto de los marginales de fila, se constata la prevalencia de los EC multipléxicos: la sumatoria de sus variantes familiar, de amigos y mixta alcanza al 58,2% del total de los EC, mientras que los EC con relaciones únicamente socioafectivas son el 11,9% (los más minoritarios) y aquellos con relaciones exclusivamente instrumentales representan el 28,8% del total.

Tipos de EC según clase, sexo, edad y lugar de residencia

En este apartado nos proponemos ahondar en la relación entre distintas variables que categorizan a los egos (clase, sexo, edad y lugar de residencia) y la mayor o menor preponderancia de determinados EC de nuestra tipología.

Clase

El rasgo más saliente es que a medida que se asciende en la estructura social, hay mayor peso de EC de grupos mixtos o de pares y con intercambios de tipo instrumental. En los estratos más bajos, hay más preponderancia de EC de familiares y/o mixtos con parientes y vecinos y cuyo componente instrumental es menor. En efecto, se observan variaciones importantes en la prevalencia de cada tipo de EC de acuerdo con los niveles educativos y de ingresos de los egos. Todos los EC con dominancia familiar y/o socioafectiva (con la excepción del socioafectivo de pares), son proporcionalmente mayores en los niveles educativos más bajos. Así, los EC socioafectivos familiares casi cuadruplican el peso que tienen entre los egos con estudios primarios respecto

de los que cuentan con estudios superiores. En parte, esto podría deberse a la significativa presencia de personas mayores –y especialmente mujeres mayores– en el grupo de egos con estudios primarios, dado que las mujeres en general, y las personas mayores en particular, como se vio precedentemente, tienden a tener EC familiares y socioafectivos en una proporción más alta que otros grupos sociales. Esto va al encuentro de una literatura que, al menos hasta los años noventa, indicaba la persistencia de una concepción tradicional femenina de éxito más vinculado a la vida familiar y afectiva que al espacio público (Markus, 1990)

Asimismo, cuando observamos nuestra muestra desde los quintiles del ingreso del hogar de pertenencia, se registran tendencias en la misma dirección. Los EC familiares representan el 21.6% de los EC de los egos del primer quintil, frente al 9.5% de los del quinto quintil. A medida que aumentan los ingresos, aumenta también el peso relativo de los EC de pares, con la excepción del socioafectivo de pares que, por el contrario, disminuye progresivamente hasta ocupar un lugar marginal (1.9%) entre los egos del estrato más alto. En resumen, entre los egos mejor posicionados se observa una incidencia mucho menor de los EC socioafectivos: en todas sus variantes, ellos suman apenas el 7.6%, frente al 14.4% entre los egos más pobres. Y si bien la mayoría de los EC de todos los quintiles de ingresos implican al menos alguna presencia de pares y al menos algún tipo de intercambio, el patrón de relaciones sociales centrado simultáneamente en los pares (amigos) y en el uso del capital social (intercambios) es más predominante entre los egos de mayores ingresos.

Sexo y edad

Entre las mujeres, los entornos cercanos formados exclusivamente por familiares (sean puramente socioafectivos o con algún componente instrumental) tienen mayor peso relativo que entre los varones y, visto desde los intercambios, también pesan más las relaciones socioafectivas (incluso cuando el EC está compuesto solo por amigos). En efecto, la sumatoria de todas las variantes de EC que tienen únicamente vínculos familiares y/o solo relaciones socioafectivas, alcanza a un tercio del total de los entornos cercanos de las mujeres y cerca de un quinto del de los varones. La máxima diferencia con las mujeres está en el peso que tienen los EC multipléxicos de pares, es decir, aquellos conformados únicamente por amigos, pero con relaciones tanto socioafectivas como instrumentales. Se trata del más importante para ellos, cerca del 28%, seguido muy de cerca por el multipléxico mixto. En cambio, entre las mujeres representa el 16%, por detrás de los EC multipléxicos mixtos que aglutinan el 28% de los casos.

En contraste, los entornos sin participación de familiares superan el 44% de los EC de los varones y el 31% de los de las mujeres. Si bien las diferencias no son abismales, estos datos, en su conjunto, vuelven a confirmar que, a pesar de los recientes cambios en las relaciones de género y en los roles sociales de mujeres y varones, los EC de muchas mujeres todavía siguen más ligados a la

socialización primaria y al mundo doméstico que los de los varones, y probablemente estén más apegados al ejercicio de roles familiares tradicionales, una hipótesis respaldada por la mayor presencia de hijos, padres y nietos en sus redes sociales. Las orientaciones tradicionales se verifican también en los EC de los varones, pero ligadas en este caso a la idea del espacio extradoméstico (club, trabajo, etc.) como ámbito privilegiado de socialización, lo que se refleja en la mayor presencia de amigos en sus redes, y en el menor peso relativo de las relaciones puramente socioafectivas, en línea con lo mostrado por Carrascosa (2023).

La distribución relativa de los diferentes tipos de EC también varía de acuerdo con las edades de los egos. Entre los más jóvenes –de 18 a 24 años– los entornos afectivos familiares son casi inexistentes (0,8%), tal vez por el hecho de que, a esa edad, las relaciones familiares más significativas –madres, padres, hermanas/os– son en general todavía convivientes (por ende, no entran en las respuestas posibles sobre el EC). El peso de este tipo de entornos aumenta paulatinamente con la edad, pero los EC de este tipo (familiares afectivos) recién adquieren alguna significación en el grupo de 50 a 69 años, en el que representan casi el 3% de los EC y, especialmente, a partir de los 70 años, cuando llegan al 4.4%. La afirmación precedente vale en realidad para todos los EC integrados solo por familiares, sean puramente afectivos o no: su sumatoria nuclea al 11.5% de los EC de los más jóvenes, y va aumentando su peso relativo a medida que aumenta la edad de los egos, hasta llegar al 20.1% en el grupo de 50 a 69 años y al 26% entre los mayores de 70 años.

Esta brecha en la participación relativa de los EC con composición únicamente familiar se compensa en el caso de los jóvenes con la mayor importancia de los entornos multipléxicos de pares, es decir, aquellos conformados únicamente por amigos y con quienes se mantienen relaciones tanto socioafectivas como instrumentales. Este tipo de EC cuenta por el 25.4% del total entre los jóvenes de 18 a 24 años, y por el 22% entre los de 25 a 29 años. Su peso relativo va descendiendo progresivamente hasta el 13.3% entre los mayores de 70 años.

Cuando se realiza el análisis de grupos etarios y género, se constata que, en líneas generales, las diferencias encontradas en ambas variables se mantienen. Así, tanto entre las mujeres como entre los varones jóvenes es menor la proporción de EC familiares y socioafectivos, y mayor la de EC multipléxicos de pares. Pero, independientemente de la edad, dentro de cada grupo etario hay, entre las mujeres, mayor presencia de EC familiares y socioafectivos y menor presencia de EC de pares.

Lugar de residencia

Al igual que en el caso de todas las otras variables analizadas, los EC predominantes en todos los tipos de aglomerado son los multipléxicos y de composición mixta. Sin embargo, los entornos cercanos integrados únicamente por familiares tienen mayor peso relativo en los aglomerados urbanos pequeños, mientras que los de pares, con la excepción del

socioafectivo, en las ciudades grandes. En efecto, el peso combinado de todos los EC exclusivamente familiares llega al 22.6% entre los egos que residen en localidades de menos de 20.000 habitantes, y disminuye al 14.3% en las de más de 500.000. En cambio, los EC conformados exclusivamente por pares son el 34.3% en las ciudades más pequeñas y cerca del 40% en las más grandes. En cuanto al tipo de relaciones, los EC socioafectivos son algo más prevalentes en los aglomerados pequeños y los instrumentales en los grandes, pero las diferencias son leves. Un contraste interesante se observa en los EC multipléxicos, que constituyen cerca del 50% del total en todos los tamaños de localidades, pero cuyas variantes presentan una distribución desigual: los multipléxicos exclusivamente familiares tienen más peso en las ciudades pequeñas, mientras que los mixtos y los de pares lo tienen en las ciudades con más habitantes.

Como ya hemos señalado, la CABA posee un patrón de entornos cercanos diferente al de las otras regiones. Se destaca por el bajo peso relativo de los EC familiares y socioafectivos puros, en comparación con regiones como el Centro, el NEA y el NOA. Todas las variantes de los EC exclusivamente familiares (socioafectivos, multipléxicos e instrumentales) suman 8.8% en CABA, frente a 20.6% en el NOA y 20.4% en la región Centro. En cuanto a los EC exclusivamente socioafectivos, en todas sus variantes llegan apenas al 6.5% en CABA, mientras que en el NOA y el Centro representan el 16% y el 14% respectivamente. Por lo demás, es casi nula la presencia de EC socioafectivos de pares en la CABA (0.9%): en este distrito, los grupos conformados exclusivamente por pares (amigos), que representan cerca del 50% del total, son casi siempre grupos en los que hay intercambios de distinto tipo, al menos con alguno de los integrantes de la red. En las otras regiones, los EC formados exclusivamente por pares tienen menos peso y, dentro de ellos, se observa una cuota importante de los puramente socioafectivos (entre 4.5 y 6 veces más que en CABA). Los datos permiten afirmar que, en general, en CABA el entorno cercano de los egos es en cierto sentido inseparable de algún tipo de intercambio en el sentido más clásico: en el 93.5% de los EC se producen intercambios o circulación de ayudas, bienes, dinero, etc. Y si bien este tipo de patrón de relacionamiento social también es muy significativo en otras regiones, hay una cuota mucho mayor de entornos cercanos que no movilizan capital social.

En la Tabla 2 presentamos, a manera de síntesis, las principales características de cada tipo de entorno cercano en relación con las variables arriba reseñadas: sexo, edad, clase social y lugar de residencia. Los porcentajes debajo del rótulo de cada tipo de entorno cercano corresponden a su peso relativo en la población argentina.

Tabla 2: Principales características de los tipos de entornos cercanos

(1) EC socioafectivo familiar 2,1%	(2) EC socioafectivo mixto 5,4%	(3) EC socioafectivo de pares 4,4%
<p>0,8% en los jóvenes de 18 a 24 años. 4,4% en los mayores de 70 años. Más prevalente entre mujeres. Mucho más significativo en egos con estudios primarios. Mayor peso relativo en egos de bajos ingresos. Más característico en egos que residen en localidades pequeñas. Baja incidencia en CABA. Mayor peso relativo en el Norte y el Centro.</p>	<p>Más prevalente en mujeres y en egos con niveles educativos bajos. Mayor peso relativo en egos de bajos ingresos. Baja incidencia en CABA. Mayor peso relativo en el Norte y el Centro.</p>	<p>Más prevalente en mujeres, y en egos con estudios terciarios y universitarios. Bajo peso relativo en egos de altos ingresos. Casi nula presencia en CABA. Mayor peso relativo en el Norte, Centro, Cuyo y Patagonia.</p>
(4) EC multipléxico familiar 9,4%	(5) EC multipléxico mixto 27,3%	(6) EC multipléxico de pares 21,5%
<p>Más prevalente en mujeres. Más significativo en egos que residen en localidades pequeñas. Baja incidencia en CABA. Mayor peso relativo en el Norte y el Centro.</p>	<p>28% entre las mujeres. Mayor peso relativo en mujeres y varones jóvenes, aunque sin diferencias significativas entre grupos etarios. Más preponderante en egos que residen en localidades grandes.</p>	<p>28% entre los varones y 16% entre las mujeres. 25,4% entre los jóvenes de 18 a 24 años y 13,3% entre los mayores de 70 años. Más prevalente en egos con estudios terciarios y universitarios. Más representativo en egos de altos ingresos.</p>
(7) EC instrumental familiar 5%	(8) EC instrumental mixto 12,1%	(9) EC instrumental de pares 11,7%
<p>Más prevalente en mujeres. Mayor peso relativo en egos con estudios primarios.</p>	<p>Más significativo en los varones. Más prevalente en CABA.</p>	<p>Más prevalente en egos con estudios terciarios y universitarios, y en egos de altos ingresos.</p>

Más significativo en egos que residen en localidades pequeñas. Baja incidencia en CABA. Mayor peso relativo en el Norte y el Centro.		Más significativo en egos que residen en localidades grandes. Más prevalente en CABA.
--	--	---

Fuente: elaboración propia en base a la Encuesta Nacional sobre Relaciones Sociales (ENRS) - Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (PISAC).

Grados de isomorfismo en los distintos tipos de EC

En uno de los apartados precedentes, a través del análisis de las brechas educativas y de clase entre los egos y sus EC, abordamos la clásica cuestión de la homofilia. Pero para complementar este análisis, tal como anticipamos en la introducción, hemos desarrollado un índice de isomorfismo. Isomorfismo significa, literalmente, *que tiene idéntica forma*. Se trata de un índice aditivo que da cuenta del grado de parecido del EC con respecto al ego, construido a partir de la combinación de cuatro indicadores. En línea con el concepto de homofilia de estatus, consideramos el nivel socioeconómico y educativo, pero para dar más complejidad y completitud a la captación de la semejanza o la diferencia entre un ego y su EC, incluimos también la edad y el género. Así, los altos niveles de isomorfismo estarán correlacionados con altos grados de homofilia pero, dependiendo del modo en que se conformen los EC desde el punto de vista generacional y de género, podríamos encontrar niveles más bajos de isomorfismo aun en situaciones de alto grado de homofilia (por ejemplo si un EC está compuesto por familiares de distinta generación a la del ego).

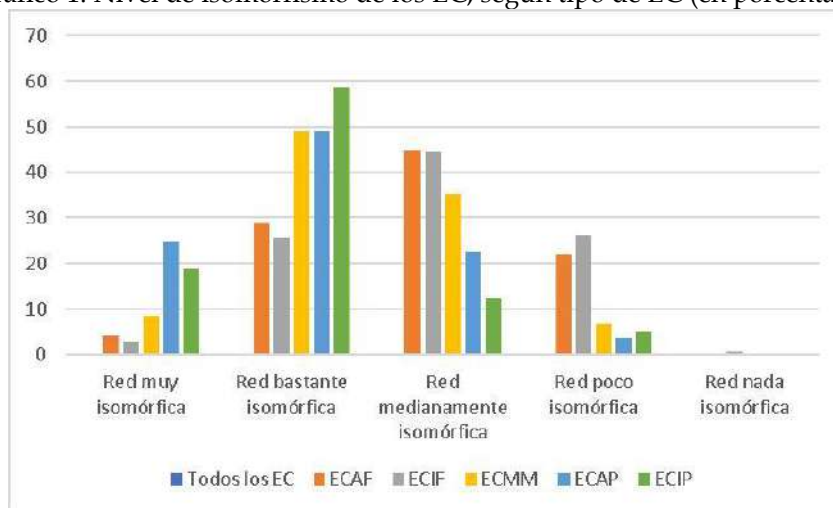
Para la construcción del índice se determinó, en primer lugar, qué tan parecido o diferente es cada contacto con respecto al ego en cada uno de estos cuatro indicadores. A partir de ello, y teniendo en cuenta no ya a cada contacto en sí mismo, sino el conjunto de los contactos (EC), se construyeron cuatro nuevos indicadores sintéticos que expresan la similitud o diferencia del EC (brecha) con respecto al ego, en una escala ordinal de 5 puntos. Así, por ejemplo, para el género se definió un indicador con las categorías: 1- EC en el que todos los contactos son del mismo género del ego; 2- EC en el que los contactos tiene diferente género, pero hay predominio del mismo género del ego; 3- EC equilibrado desde el punto de vista del género, en el sentido de que se observa una misma cantidad de contactos de uno u otro género; 4- EC en el que los contactos tienen diferente género, pero hay predominio del género opuesto al del ego; 5- EC en el que todos los contacto son del género opuesto al del ego. Esta misma lógica se utilizó en la construcción de todas las otras brechas, dos de las cuales, la educativa y la de clase o nivel socioeconómico, hemos analizado precedentemente.

El índice aditivo resultante de la combinación de estos cuatro indicadores puede adoptar valores entre 4 y 20 puntos, que indican, en el primer caso, un

EC muy isomórfico con respecto al ego y, en el segundo, un EC nada isomórfico. Finalmente, a los fines de simplificación, se elaboró un índice de isomorfismo con una escala ordinal de seis puntos que reagrupan los 17 puntos posibles de la escala original (4 a 20) y que permite diferenciar EC muy isomórficos, bastantes isomórficos, medianamente isomórficos, poco isomórficos y nada isomórficos.

Tal como se observa en el Gráfico 1, los entornos de pares, y especialmente los afectivos, presentan los porcentajes más altos de redes isomórficas, mientras que los familiares, y en particular los instrumentales, presentan los porcentajes más bajos. Por el contrario, los EC familiares, y aún más los instrumentales familiares, registran porcentajes más altos de redes poco isomórficas (y estos últimos son los únicos entre los que hay, aunque en un grado muy marginal, redes nada isomórficas), mientras que los entornos de pares, y especialmente los afectivos, presentan los porcentajes más bajos de redes poco isomórficas. Los EC multipléxicos mixtos, que son los más heterogéneos en su composición, tanto desde el punto de los vínculos como de los tipos de relaciones –y que son los más habituales en la sociedad argentina–, presentan la distribución estadísticamente más cercana a la normalidad, aunque algo sesgada hacia el isomorfismo, en particular como resultado de la casi total inexistencia de EC nada isomórficos en todos los tipos de EC.

Gráfico 1: Nivel de isomorfismo de los EC, según tipo de EC (en porcentaje)



Fuente: elaboración propia en base a la Encuesta Nacional sobre Relaciones Sociales (ENRS) - Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (PISAC). Nota: ECAF (EC socio-afectivo familiar) / ECIF (EC instrumental familiar) / ECMM (EC multipléxico mixto) / ECAP (EC socioafectivo de pares) / ECIP (EC instrumental de pares)

Si se suman en cada caso las dos categorías con mayor frecuencia, se observa que entre los EC instrumentales de pares hay un 77.4% de entornos muy o bastante isomórficos y que entre los EC socioafectivos de pares esta

misma situación alcanza al 73.7%. Por su parte, entre los EC multipléxicos mixtos, el 84.3% son bastante o medianamente isomórficos, situación que alcanza al 73.6% entre los EC socioafectivos familiares. Finalmente, el 70.7% de los EC instrumentales familiares son medianamente o poco isomórficos.

Uno de los hallazgos más interesante es que los EC de amigos (pares) tienden a ser más isomórficos. Es decir que, los egos de este tipo de entornos, no solo consideran contactos cercanos a personas de su misma clase social y nivel educativo (homofilia de estatus), algo bastante prevaleciente entre los egos de todos los tipos de EC, sino que también tienden a vincularse con personas de la misma edad y género. Son los parientes quienes introducen mayores brechas de distinto tipo en los EC. El hecho de que los EC instrumentales familiares sean aquellos con los niveles de isomorfismo tendencialmente más bajos, pone en evidencia que son típicamente, aunque no solo, EC de personas mayores que requieren de apoyos por parte de familiares más jóvenes (hijos, nietos). Esto introduce claras diferencias de edad y de nivel educativo en estos EC y, en algunos casos, también de nivel socioeconómico y de género.

Como señalamos, la presencia de amigos o parientes es clave para dar cuenta de las diferencias en los niveles de isomorfismo de las redes. Pero también lo es, aunque en menor medida, el carácter puramente socioafectivo o puramente instrumental de las relaciones. Los EC socioafectivos, tanto familiares como de pares, presentan porcentajes más altos en la categoría “muy isomórficos” y, a la vez, más bajos en la categoría “poco isomórficos”. Ya hemos presentado una posible explicación de esto en el caso de los EC instrumentales familiares. En los de pares, la diferencia entre los socioafectivos y los instrumentales se relaciona con el hecho de que, en los últimos, la centralidad de los intercambios (y especialmente los de dinero) implicaría una mayor presencia relativa de contactos de otra clase social y/o de mayor edad, en particular si se tiene en cuenta que los EC instrumentales de pares tienen relativa importancia entre los jóvenes.

El isomorfismo de los EC está en cierto sentido relacionado con la edad y la etapa del ciclo vital de los egos. En la juventud, hasta los 24 años, se observan los niveles más altos de entornos cercanos isomórficos, lo que indica la presencia de redes cercanas integradas por otros jóvenes de la misma clase social, nivel educativo, rango de edad e incluso del mismo género. Cabe recordar que, en estos casos y como ya se ha señalado, es mayor la probabilidad de que los familiares directos –padres y hermanos– no integren los EC por ser todavía convivientes. Pero también es menor la expectativa de que estos jóvenes desempeñen roles que impliquen cercanía con padres o abuelos, al menos en lo que respecta a la provisión de apoyo económico, cuidados, etc. A medida que aumenta la edad, cambian las circunstancias y las expectativas: crecen las posibilidades de que los padres (en este caso ya personas mayores) formen parte de los EC de sus hijos y tengan una dependencia relativa con respecto a ellos y, por lo tanto, los niveles de isomorfismo disminuyen. Esto es especialmente significativo en las mujeres

de mediana edad, entre quienes también es más probable que, además de sus padres, los hijos integren sus EC. Como vimos, los EC menos isomórficos son los de las personas mayores, y especialmente las mujeres, que tienden a tener familiares más jóvenes en sus redes cercanas. De alguna forma, y a diferencia de la homofilia, en la que niveles más bajos pueden indicar una diversificación de contactos y un menor encapsulamiento social, los niveles bajos de isomorfismo, en muchos casos, tienden a insinuar la presencia de una vida social, al menos en lo que respecta a los contactos cercanos, más bien circunscrita al ámbito familiar.

Finalmente, podemos señalar que muchas de las diferencias analizadas a lo largo de este artículo en relación con los EC de egos de diferentes géneros, franjas etarias, o que residen en distintas regiones del país, se atenúan cuando controlamos por tipo de EC. Así, si se considera por ejemplo únicamente a los EC de pares, las diferencias entre CABA y el resto de las regiones disminuyen. Esto indica que las redes de amigos tienden a ser isomórficas en todos lados, y que las diferencias tienen más que ver con el peso relativo o la prevalencia de cada tipo de EC en cada región, y no tanto con las características de un mismo tipo de EC en diferentes regiones. Algo similar podemos afirmar con relación al género: si consideramos, por ejemplo, a las mujeres jóvenes que tienen redes de pares (amigas/os), se observan características y grados de isomorfismo similares a los de las redes de varones en la misma condición. La diferencia es que, entre estos últimos, los EC de pares tienen mayor preponderancia.

Conclusiones

En este artículo nos propusimos realizar un aporte inicial al estudio de un subconjunto de las redes personales que aquí llamamos entornos cercanos, que en tanto núcleo de las redes personales gravitarán como influencia, fuente de apoyo, recursos y contactos. Comenzamos por definir los aspectos generales de los EC y acuñamos una definición operativa basada en la propia selección de dicha red por parte de los egos, sin presuponer ni el tipo de intercambio que realizaban o cualquier otra característica de la relación. Construimos un índice de isomorfismo que adicionaba variables de género y de edad a indicadores clásicos de homofilia, como nivel educativo y clase. Esto nos permitió sopesar también cómo inciden las similitudes y diferencias de edad y de género en los EC de cada grupo o categoría de población, con una mayor complejidad que el concepto de homofilia.

En primer lugar, tal como se ha comprobado a lo largo del tiempo y en concordancia con estudios previos en nuestro país, hay persistencia de la homofilia en los EC y también de alto isomorfismo cuando se analizan sólo los amigos que forman parte de esta red. En efecto, suelen ser los parientes quienes reducen el isomorfismo e introducen sobre todo diversidad de edades y, en gran medida debido a ello, también brechas educativas. Como vimos, la relación con parientes se da más en sectores bajos que altos, en mujeres que

en hombres y en adultos mayores que en los más jóvenes. Será interesante entonces analizar en trabajos futuros cómo juega esta diversidad en los EC, en la medida que esto puede ser fuente de conflictos, de transmisión de valores tradicionales y/o de difusión de valores nuevos hacia generaciones mayores.

Para caracterizar los EC construimos una tipología según el vínculo (amigos, parientes, vecinos, compañeros de trabajo) y el tipo de relación (socioafectiva, instrumental o mixta). La tipología nos muestra que, tanto en el eje del tipo de vínculo, como en el del tipo de relación, predominan los tipos híbridos o mixtos: el más habitual es, de hecho, el multipléxico mixto, que incluye distinto tipo de vínculos y de relaciones de intercambio, mientras que el menos habitual es el socioafectivo familiar. En cuanto a las distintas variables que consideramos, advertimos que a medida que se asciende en la estructura social, hay mayor peso de EC de grupos mixtos o de pares y con intercambios de tipo instrumental. En los estratos más bajos, por su lado, hay más preponderancia de EC de familiares y/o mixtos con parientes y vecinos, y cuyo componente instrumental es menor. También descubrimos que el trabajo, las actividades de ocio e internet son una forma de conocimiento importante en los sectores más altos, mientras que, comparativamente, en los sectores más bajos hay un peso mayor de la familia y el barrio. Cuando nos enfocamos en el género, observamos que entre las mujeres tienen mayor peso relativo que entre los varones los entornos cercanos formados exclusivamente por familiares (sean puramente socioafectivos o con algún componente instrumental) y, visto desde los intercambios, también pesan más las relaciones socioafectivas (incluso cuando el EC está compuesto solo por amigos).

Mostramos que, entre los más jóvenes, el grupo de pares es central y que su peso va decreciendo a medida que se envejece. Entre los adultos jóvenes y en los de edades intermedias cobran importancia los amigos conocidos por el trabajo y, al comparar estos últimos con los adultos mayores, se comprueba el impacto de la salida del mundo laboral en la pérdida de sociabilidad y un mayor repliegue sobre los vínculos familiares. Por su parte, en todos los tipos de aglomerado, los EC predominantes son multipléxicos y de composición mixta. Sin embargo, los entornos cercanos integrados únicamente por familiares tienen mayor peso relativo en las urbes pequeñas, mientras que los de pares (con la excepción del socioafectivo de pares), son más significativos en las ciudades grandes. CABA guarda su particularidad: si comparamos con otras regiones, en ella hay mayor peso de relaciones de pares e instrumentales, y también se diferencia mucho del GBA, que en algunos rasgos se parece más al NOA o al NEA. La Patagonia, por su parte, se aproxima en ciertos aspectos a CABA.

Si bien continuará indagándose, hemos comprobado la importancia de la interseccionalidad entre las variables analizadas: a modo de ejemplo, vemos que las diferencias entre los géneros han ido disminuyendo principalmente con la edad, motorizadas en principio por una mayor participación de las mujeres en el mercado de trabajo y en la educación, además de otros ámbitos

públicos. También descubrimos que, entre los varones, la presencia de familiares aumenta progresivamente a medida que aumenta la edad mientras que, entre las mujeres, el recorrido tiene una forma de U: es importante en edades más tempranas (posiblemente por el mayor peso de las madres y abuelas), luego decrece y vuelve a aumentar en las edades mayores (en este caso por la importancia de hijas/os y nietas/os). En cuanto a clase y edad vemos, por ejemplo, que los adultos mayores de clases más altas mantienen más vínculos diversos y extrafamiliares que sus congéneres de clases más bajas.

Por lo pronto, sin que sea una definición de partida (recordemos que la pregunta por las relaciones más cercanas no suponía ningún intercambio o interés), el EC se ajusta a una definición de capital social bourdieusiana, en la medida que habría, en última instancia, una fungibilidad del capital social en el capital económico. Decimos esto porque la homofilia de clase, que une a los más aventajados entre sí, y la diversidad de contactos (que puede presuponer mayor campo de posibilidad de acceder a bienes, información y servicios diversos), así como la mayor presencia de relaciones con intercambios que entre los egos de niveles socioeconómicos más bajos, vuelve plausible presuponer que el capital social de los egos contribuye a la reproducción de las desigualdades de clase.

Para concluir, esperamos en este artículo haber contribuido a definir distintas facetas de los EC, resta ahora para futuros trabajos y, esa es la dirección de próximos escritos, tomarlo como variable independiente y analizar su peso en influencia, recursos y otras dimensiones de la vida social.

Referencias bibliográficas

Ajrouch, K. J., Blandon, A. Y. & Antonucci, T. C. (2005). Social networks among men and women: The effects of age and socioeconomic status. *The Journals of Gerontology Series B: Psychological Sciences and Social Sciences*, 60 (6), S311-S317. <https://doi.org/10.1093/geronb/60.6.S311>

Allan, G., y Phillipson, C. (2017). *Social networks and social exclusion: sociological and policy perspectives*. Routledge.

Bakshy, E., Messing, S. & Adamic, L. A. (2015). Exposure to ideologically diverse news and opinion on Facebook. *Science*, 348 (6239), 1130-1132. <https://doi.org/10.1126/science.aaa1160>

Beltrán, C. A. y Moreno, M. P. (2013). Conceptualización del apoyo social y las redes de apoyo social. *Revista de investigación en psicología*, 16 (1), 233-245. <http://dx.doi.org/10.15381/rinvp.v16i1.3929>

Bidart, C., Degenne, A., y Grossetti, M. (2018). Personal networks typologies: A structural approach. *Social Networks*, 54, 1-11. <http://dx.doi.org/10.1016/j.socnet.2017.11.003>

- Bond, R. M., Fariss, C. J., Jones, J. J., Kramer, A. D., Marlow, C., Settle, J. E. & Fowler, J. H. (2012). A 61-million-person experiment in social influence and political mobilization. *Nature*, 489 (7415), 295-298. <http://dx.doi.org/10.1038/nature11421>
- Boniolo, P. Dalle, P. y Elbert, R. (2023). *Las clases sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires (2015-2021). Pautas de estratificación, identidades y organización colectiva*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- Borgatti, S., Mehra, A., Brass, D., Labianca, G. (2009). Network Analysis in the Social Sciences. *Science*, 323 (5916), 892-895. <https://doi.org/10.1126/science.1165821>
- Bourdieu, P. (1980). Le capital social. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 31 (1), 2-3.
- Burt, R. S. (2004). Structural holes and good ideas. *American journal of sociology*, 110 (2), 349-399. <http://dx.doi.org/10.1086/421787>
- Carrascosa, J. (2021). La importancia de los lazos sociales: clases sociales y mecanismos de acceso al empleo en el Área Metropolitana de Buenos Aires. *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, 39 (115), 67-108. <https://doi.org/10.24201/es.2021v39n115.1936>
- Carrascosa, J. (2023). El papel de los lazos sociales en la estratificación de clases. En P. Boniolo, P. Dalle y R. Elbert. (Comps.) *Las clases sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires (2015-2021). Pautas de estratificación, identidades y organización colectiva* (pp. 61-87). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- Dalle, P. (2016). *Movilidad social desde las clases populares: Un estudio sociológico en el Área Metropolitana de Buenos Aires (1960-2013)*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- De Grande, P. (2015). Estructura social y sociabilidad: ¿son desiguales las redes personales? *Redes. Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales*, 26 (2), 15-39. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/redes.512>
- Eguía, A. (2004). Pobreza y reproducción familiar: propuesta de un enfoque para su estudio. *Caderno CRH*, 17 (40), 79-92. <http://dx.doi.org/10.9771/ccrh.v17i40.18481>
- Ertug, G., Brennecke, J., Kovacs, B. y Zou, T. (2022). What does homophily do? A review of the consequences of homophily. *Academy of Management Annals*, 16 (1), 38-69. <http://dx.doi.org/10.5465/annals.2020.0230>
- Granovetter, M. S. (1973). The strength of weak ties. *American journal of sociology*, 78 (6), 1360-1380. <https://doi.org/10.1086/225469>
- Gutiérrez, A. (2015). *Pobre'... como siempre. Estrategias de reproducción social en la pobreza*. Editorial Universitaria de Villa María.

Kessler, G. y Espinoza, V. (2007). Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Buenos Aires. Continuidades, rupturas y paradojas. En R. Franco, A. León y R. Atria (Eds.) *Estratificación y movilidad social en América Latina: transformaciones estructurales de un cuarto de siglo* (pp. 259-301). Comisión Económica para América Latina (CEPAL) - Agencia Alemana de Cooperación Técnica (GTZ). LOM Ediciones.

Knoke, D. (1990). *Political networks: the structural perspective*. Vol. 4, Cambridge University Press.

Lee, S. K., Kim, H. y Piercy, C. W. (2019). The role of status differentials and homophily in the formation of social support networks of a voluntary organization. *Communication Research*, 46 (2), 208-235. <http://dx.doi.org/10.1177/0093650216641501>

Lin, N. (1999). Building a network theory of social capital. *Connections*, 22 (1), 28-51. <http://dx.doi.org/10.4324/9781315129457-1>

Lin, N., Cook, K. y Burt, R. S. (2001). *Social Capital. Theory and Research*. Aldine de Gruyter.

Lomnitz, L. (1977). *Networks and Marginality: Life in a Mexican Shantytown*. Academic Press.

Lomnitz, L. (1985). *Cómo sobreviven los marginados*. Siglo XXI.

Markus, M. (1990). Mujeres, éxito y sociedad civil. Sumisión o subversión del principio de logro. En S. Benhabib y D. Cornell. *Teoría feminista y teoría crítica. Ensayos sobre la política de género en las sociedades de capitalismo tardío* (pp.151-168). Edicions Alfons el Magnànim.

Marsden, P. V. (1988). Homogeneity in confiding relations. *Social networks*, 10 (1), 57-76 [https://doi.org/10.1016/0378-8733\(88\)90010-X](https://doi.org/10.1016/0378-8733(88)90010-X)

Martínez Buján, R. y Vega Solís, C. (2021) El ámbito comunitario en la organización social del cuidado. *Revista Española de Sociología*, 30 (2), a25 <http://dx.doi.org/10.22325/fes/res.2021.25>

McPherson, M., Smith-Lovin, L., y Cook, J. M. (2001). Birds of a feather: Homophily in social networks. *Annual Review of Sociology*, 27 (1), 415-444 <http://dx.doi.org/10.1146/annurev.soc.27.1.415>.

Molina González, J. L. (2005). El estudio de las redes personales: contribuciones, métodos y perspectivas. *Empiria. Revista De metodología De Ciencias Sociales*, 10, 71-106. <https://doi.org/10.5944/empiria.10.2005.1044>

Moore, G. (1990). Structural determinants of men's and women's personal networks. *American Sociological Review*, 55 (5), 726-735. <https://doi.org/10.2307/2095868>

Mouw, T. (2003). Social capital and finding a job: do contacts matter? *American Sociological Review*, 68 (6), 868-898. <http://dx.doi.org/10.2307/1519749>

Mouw, T. & Entwisle, B. (2006). Residential segregation and interracial friendship in schools. *American Journal of Sociology*, 112 (2), 394-441. <http://dx.doi.org/10.1086/506415>.

Paredes Goicoechea, D., Carrascosa, J. y Lazarte, L. (2020). Lazos sociales: Una mirada desde el análisis de clases sociales. En R. Sautu, P. Boniolo, P. Dalle y R. Elbert (Comps.) *El análisis de clases sociales: pensando la movilidad social, la residencia, los lazos sociales, la identidad y la agencia*. (pp. 215-252). Universidad de Buenos Aires - Instituto de Investigaciones Gino Germani.

Parks, M. R. (2017). *Personal relationships and personal networks*. Routledge.

McPherson, M., Smith-Lovin, L., & Brashears, M. E. (2006). Social isolation in America: Changes in core discussion networks over two decades. *American sociological review*, 71 (3), 353-375.

Piovani, J. I. (2022). El Programa PISAC: Claves de una experiencia inédita para las ciencias sociales en Argentina. *Ciencia, Tecnología y Política*, 5 (8), 071. <https://doi.org/10.24215/26183188e071>.

Ramos, S. (1981). *Las relaciones de parentesco o de ayuda mutua en los sectores populares urbanos. Un estudio de caso*. Estudios Centro de Estudios de Estado y Sociedad.

Sautu, R., Boniolo, P., Dalle, P y Elbert, R. (Comps.) (2020). *El análisis de clases sociales: pensando la movilidad social, la residencia, los lazos sociales, la identidad y la agencia*. Universidad de Buenos Aires - Instituto de Investigaciones Gino Germani.

Seid, G. (2017). Transmisiones y apuestas educativas en trayectorias de clase social desde familias obreras. *Boletín Científico Sapiens Research*, 7 (1), 89-97.

Scott, J. (1991). *Social Network Analysis. A Handbook*. Sage Publications.

Teves, L. & Pasarin, L. (2014). ARS en Argentina: contrastes metodológicos y la aplicación a problemas sociales. *Redes. Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales*, 25 (2), 125-139.

Toledo, F. y Bastourre D. (2006). Capital social y recomposición laboral en Argentina: Un análisis para el período 1995-2000. *Convergencia*, 13 (40), 141-171.

Van Tilburg, T. (1998). Losing and gaining in old age: Changes in personal network size and social support in a four-year longitudinal study. *The Journals of Gerontology Series B: Psychological Sciences and Social Sciences*, 53 (6), S313-S323. <http://dx.doi.org/10.1093/geronb/53B.6.S313>.

Wellman, B. (2007). Challenges in collecting personal network data: The nature of personal network analysis. *Field Methods*, 19 (2), 111-115. <https://doi.org/10.1177/1525822X06299133>

Wellman, B. & Berkowitz, S. D. (Eds.) (1988). *Social structures: A network approach*. Cambridge University Press.

Zibecchi, C. (2020). Cuidar a los chicos del barrio: trabajo comunitario de las cuidadoras, expectativas y horizontes de politización en contextos de pandemia. En N. Sanchis (Comp.) *El cuidado comunitario en tiempos de pandemia... y más allá*. Asociación Lola Mora – Red de Género y Comercio.

Notas

¹ Para obras de síntesis de los estudios sobre redes personales y las metodologías ver, entre otros, Borgatti *et al.* 2009; Lin, Cook y Burt, 2001; Molina González, 2005; Moore, 1990; Parks, 2017; Scott, 1991; Wellman, 2007.

² Esta encuesta se enmarca en una de las líneas de trabajo del Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (PISAC) y forma parte de un sistema de encuestas sobre estructura social y condiciones de vida; relaciones sociales y capital social; actitudes, valores y representaciones sociales (Piovani, 2022).

³ En el marco de esta investigación, utilizamos la categoría Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) para referirnos al aglomerado urbano conformado por la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) y los 24 partidos bonaerenses circundantes. Es más habitual referirse a este aglomerado como Gran Buenos Aires (GBA), e incluir en el AMBA otros distritos colindantes. En este caso, como presentamos datos diferenciales relativos a la CABA, por un lado, y a los 24 partidos del conurbano, por otro, hemos reservado la categoría GBA para referirnos a este conjunto de partidos bonaerenses.

⁴ Agradecemos a Lucas Alzugaray y Juliana Santa María por su colaboración en el procesamiento de datos.

⁵ Para la construcción de la brecha de nivel educativo se creó, en primer lugar, una variable con las siguientes categorías: a) contacto con el mismo nivel educativo del ego; b) contacto con menor nivel educativo; c) contacto con mayor nivel educativo. Luego se construyó un índice ordinal que da cuenta de los atributos del EC, en términos de brecha educativa con respecto al ego, con las siguientes categorías: 1) red con todos sus integrantes de igual nivel educativo al del ego; 2) red variada con predominio de integrantes de igual nivel educativo al del ego; 3) red equilibrada; 4) red variada con predominio de integrantes de nivel educativo inferior o de nivel educativo superior al del ego; 5) red con todos sus integrantes de nivel educativo superior o de nivel educativo inferior al del ego.

⁶ Para la construcción de la brecha de clase se creó, en primer lugar, una variable con las siguientes categorías: a) contacto de la misma clase social del ego; b) contacto de clase social más baja; c) contacto de clase social más alta. Luego se construyó un índice ordinal que da cuenta de los atributos del EC, en términos de brecha de clase con respecto al ego, con las siguientes categorías: 1) red con todos sus integrantes de la misma clase social del ego; 2) red variada con predominio de integrantes la misma clase social del ego; 3) red equilibrada; 4) red variada con predominio de integrantes de clase social más baja o más alta que el ego; 5) red con todos sus integrantes de clase social más alta o más bajas que el ego.

⁷ En efecto, la construcción de las categorías de este eje –relaciones socioafectivas puras, relaciones múltiples o relaciones instrumentales puras– se basó en las respuestas dadas por los egos a las preguntas sobre a quienes recurrieron, o podrían potencialmente recurrir, en procura de distintos tipos de ayudas (económica, de cuidados, apoyo emocional, etc.), o a quienes ayudaron ellos. Cuando en la lista de personas mencionadas no aparece ninguno de los contactos cercanos, definimos al EC como socioafectivo puro. En contraste, cuando todos los contactos del EC son mencionados en la lista, definimos al EC como instrumental puro. Finalmente, cuando los egos nombran solo algunos de sus contactos cercanos, definimos a los EC como múltiples, dado que en ellos convergen contactos con relaciones instrumentales y socioafectivas.

EN DEFENSA DE LA SOCIOLOGÍA

contra el mito de que los sociólogos son
unos charlatanes, justifican a los delincuentes
y distorsionan la realidad

bernard lahire

traducción de georgina fraser

 **siglo veintiuno**
editores

Lahire, Bernard

En defensa de la sociología: Contra el mito de que los sociólogos son unos charlatanes, justifican a los delincuentes y distorsionan la realidad.- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2016.
128 p.; 21x14 cm.- (Sociología y política)

Traducción de Georgina Fraser // ISBN 978-987-629-701-1

1. Sociología. I. Fraser, Georgina, trad.
CDD 301

Cet ouvrage a bénéficié du soutien du Programme d'aide à la publication Victoria Ocampo de l'Institut français d'Argentine/Ambassade de France.
Este volumen cuenta con el apoyo del Programa Victoria Ocampo de ayuda a la publicación, Institut Français d'Argentine/Embajada de Francia

Título original: *Pour la sociologie. Et pour en finir avec une prétendue "culture de l'excuse"*

© 2016, Éditions La Déconverte, París
© 2016, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

Diseño de cubierta: Eugenia Lardiés

ISBN 978-987-629-701-1

Impreso en Arcángel Maggio - División Libros // Lafayette 1695,
Buenos Aires, en el mes de noviembre de 2016

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina // Made in Argentina

Índice

Introducción. Heridas narcisistas y resistencias	11
1. Acusada de excusar: la sociología en el banquillo	15
2. Entender, juzgar, castigar	27
Castigar sin entender	29
Entender sin juzgar	33
¿Para qué sirve entender?	36
3. La ficción del <i>Homo clausus</i> y del libre albedrío	39
4. Velar a los dominados su realidad, negar la dominación	51
Cómo se vela la realidad de los dominados	53
El consentimiento individual borra cualquier dominación	56
5. Terminar con las falsas evidencias: la sociología en acción	63
El aporte de la sociología	65
La sociología no se reduce al estudio de los colectivos	71
La sociología es relacional	73
Fuerzas de comprensión, fuerzas de represión	79
Conclusión. Ciencias para la democracia	83

Introducción

Heridas narcisistas y resistencias

La sociología provoca diversas resistencias. Al hacer visibles las regularidades colectivas o los hábitos (no siempre conscientes) de los individuos, al echar luz sobre estructuras, mecanismos o procesos sociales que, aunque surcan íntima y permanentemente a los individuos, pocas veces son producto de su voluntad, esta ciencia le infligió a la humanidad una cuarta herida narcisista. Después de la herida copernicana que demolió la creencia de que la Tierra era el centro del Universo, después de la herida darwiniana que echó por tierra cualquier perspectiva de una humanidad separada radicalmente del reino animal y después de la herida freudiana que llevó a reconocer que la actividad psíquica no era del todo consciente, la herida sociológica rompió la ilusión de que cada individuo es un átomo aislado, libre y dueño de su destino, un pequeño centro autónomo de una experiencia del mundo, con sus elecciones, decisiones y voluntades, sin límites ni causas.

La sociología recuerda que el individuo no es una entidad encerrada en sí misma, portadora de todos los principios y todas las razones de su comportamiento. Así, contraría todas las visiones encantadas de un Hombre libre, autodeterminado y responsable. También echa luz sobre la realidad de las disimetrías, las desigualdades, las relaciones de dominación y explotación, el ejercicio del poder y los procesos de estigmatización. Al hacerlo, es inevitable que incomode a quienes poseen algún privilegio o ejercen un poder de cualquier índole y querrían aprovechar las ventajas de su posición entre

la ignorancia general. Por eso provoca la cólera de quienes tienen interés en hacer pasar gato por liebre: relaciones de fuerza y desigualdades históricas por estados de hecho naturales, y situaciones de dominación por realidades libremente consentidas.

En la intersección de estos dos puntos neurálgicos se alza la crítica de la sociología. Desde hace casi cuarenta años, aunque de manera más intensa durante los últimos veinte, se la acusó de justificar o excusar la delincuencia, la perturbación del orden público, el crimen, el terrorismo e incluso, en un registro completamente distinto, los fracasos, la mala conducta o el ausentismo escolar. Pero quienes atacan lo que llaman la “excusa sociológica” confunden derecho y ciencia. Así, consideran que entender es una manera de excusar que libra de responsabilidades.

Paradigmáticamente, esta crítica se encuentra en una obra publicada en Francia en abril de 2015, con el título *Malaise dans l'inculture* [Malestar en la incultura] (Val, 2015). Su autor, Philippe Val, que fue director de la redacción de *Charlie Hebdo* y luego de la estación de radio France Inter, desarrolla allí una reflexión personal inspirada en los atentados del 7 y 9 de enero de ese año. Su objetivo es diagnosticar los males de nuestra sociedad que, a su entender, se resumen en una palabra: “sociologismo”. El término podría llevar a pensar que el autor hace una diferencia entre la sociología y sus derivas. Sin embargo, la lectura integral de la obra no deja duda alguna sobre el hecho de que, en realidad, la que está en el banquillo de los acusados es la sociología: la sociología junto con su supuesta desresponsabilización de los individuos y la colonización sociológica de las mentes. De creerle, esta disciplina tendría el control total de todas las esferas y atormentaría las mentes de todas y todos. Nos encontraríamos incluso frente al “advenimiento de la era sociológica” (2015: 106). De esta manera, Philippe Val declara la guerra a la sociología y a sus adeptos, que según se supone actuarían en todo el mundo social. Como su obra condensa un gran número de lugares

comunes de esta época, será objeto de un examen más detallado al final del libro.

El desarrollo de múltiples contraverdades —en su mayoría, cercanas al delirio— suscita un intenso sentimiento de indignación en aquellas personas que creen que las ciencias sociales son útiles, ahora más que nunca, en un mundo donde los discursos ilusorios buscan una y otra vez interferir en la mirada de los ciudadanos acerca de la realidad. Sin embargo, si se tratara únicamente de una toma de posición aislada o no hubiese gozado de una publicidad tan sustancial, la obra de Val no habría merecido más que risa o indiferencia. Por desgracia, no fue el caso. Así, el objetivo de estas líneas es responder al conjunto de ataques recurrentes dirigidos a la sociología con una argumentación lo más explícita y clara posible.

Las críticas que hoy en día se hacen a la sociología y, de manera más amplia, a todas las ciencias que estudian la realidad social se basan sobre una mezcla de desconocimiento y resistencia. En ocasiones, por puro desconocimiento, se atribuyen a estas ciencias intenciones o defectos que no tienen. Se confunde su trabajo de descripción e interpretación con un trabajo de justificación o de denuncia, según el caso: cuando buscan entender actos moral o jurídicamente condenables, son sospechosas de excusar; cuando enuncian estados de hecho que causan indignación (desigualdad, dominación, etc.), se las acusa por denunciar.

A algunos actores políticos, algunos periodistas-editorialistas y algunos ensayistas sin disciplina (en todos los sentidos del término) que pasan su tiempo diciendo qué está bien y qué está mal les cuesta entender que haya trabajos de investigación cuyo único objetivo sea intentar entender lo que existe de la manera más racional posible y no juzgarlo o procurar transformarlo. Sus funciones, como los lugares y carreras en que se formaron, difícilmente los predispongan a entender qué son estas ciencias.

En estos días puede armarse un revuelo cuando una ministra de Cultura confiesa que no tiene tiempo para leer literatura.

Sin embargo, también habría que sorprenderse, e incluso escandalizarse, porque ni ella ni gran parte de los ministros pasados o presentes leen con regularidad libros de sociología o antropología, historia o ciencias políticas. Cuando se quiere actuar sobre el mundo físico, a todos les parece normal que haya que apoyarse en conocimientos científicos y técnicos muy sólidos. Es imposible construir un puente sin conocer las propiedades del suelo, los materiales utilizados, las tensiones y las fuerzas a las cuales el puente en cuestión estará sometido, etc. Por el contrario, es posible hacer política —tener intenciones de actuar sobre la realidad social—, sin siquiera haber leído una línea de las ciencias que la estudian.

La crítica también es una resistencia por parte de quienes, con toda razón, ven en estas ciencias un ataque a la idea de un sujeto libre y consciente, o entienden demasiado bien el riesgo que su desarrollo plantea a toda una serie de privilegios o ventajas. Privilegios y ventajas que son tanto menos atacables en cuanto permanecen en las sombras. Por ende, se vuelve necesario explicar qué son estas ciencias de la sociedad y qué no son, destruir los procesos de intención que las involucran y recordar su utilidad social.

Este texto está escrito deliberadamente para no profesionales de la sociología. Por mi parte, habría podido multiplicar las referencias bibliográficas y los incisos teóricos, pero quise evitar cualquier exceso para ir directo al grano y no perder la atención de los lectores. Si los argumentos aquí desarrollados logran convencer a algunos, no cabe duda de que despertará en ellos el deseo de leer luego apasionantes trabajos realizados por numerosos investigadores en ciencias sociales que les permitirán entender mejor el mundo en que viven.

1. Acusada de excusar: la sociología en el banquillo

y, en especial, su total desconocimiento de la ciudad de Clichy-sous-Bois (Jobard, 2015). Sin embargo, lo que es válido para los representantes del orden público no necesariamente lo es para los demás. Diez años antes de la publicación del libro de Philippe Val, Ajavon ya diagnosticaba el “predominio de ese discurso sociológico-explicativo en los medios” que “tendería a influir en los periodistas y transformar algunos artículos en una vulgata sociológica de tinte compasivo y moralizador, cargada de buenas intenciones y un insoportable paternalismo”.

Diez años más tarde, el 22 de enero de 2015, Jacques Wels, un sociólogo de la Universidad Libre de Bruselas, escribió en el diario *Le Monde* una columna cuyo título no daba lugar a la ambigüedad: “Cessons d’incriminer la société et laissons à l’individu sa part de responsabilité” [Dejemos de acusar a la sociedad y asignemos a los individuos su cuota de responsabilidad]. Allí atacaba un artículo del sociólogo Didier Fassin —a quien situaba en la misma línea de reflexión que Pierre Bourdieu—, que *Le Monde* había publicado el 15 de enero de ese mismo año. Wels sostenía que la “excusa sociológica” contribuye a “despojar [al individuo] de cualquier esperanza de éxito” y a “fabricar individuos carentes de un destino individual, encerrados en un flujo colectivo donde no tienen margen alguno de maniobra”. Para él, “considerar los hechos sólo bajo la lupa de los determinantes sociales” es infligir a los individuos una auténtica “humillación pública”. Para devolver a los individuos su dignidad, habría que volver a darles, como hicieron “sociólogos como Boudon o Giddens”, “un margen de maniobra” y admitir que “sí hay una responsabilidad individual”.

2. Entender, juzgar, castigar

Entender no significa justificar. Se puede entender sin justificar y se puede justificar sin entender. La justificación es un fenómeno de índole moral, la comprensión, de índole gnoseológica.

A. ZINGVIEV, *Le héros de notre jeunesse. Essai littéraire et sociologique sur le stalinisme*

CASTIGAR SIN ENTENDER

Quienes denuncian los intentos de la sociología por entender o explicar querrían poder juzgar (e incluso castigar) sin explicaciones ni reproches. Querrían poder sentirse plenamente justificados para reprimir, sin que nadie pudiera recordarles que los crímenes y los delitos, al igual que cualquier otro acto humano, tienen causas o condiciones de posibilidad. Su intención es reducir todas esas "causas" a una mera "decisión" intencional, una mera "elección" consciente o la simple "voluntad" de los criminales, terroristas y delincuentes. Como decía Julien Dray, diputado socialista, en la Asamblea Nacional, el 16 de julio de 2003,

al igual que Jean-Pierre Raffarin, pensamos que un delincuente es un delincuente. [...] Sí, existe un campo propicio para la delincuencia, pero de ningún modo este justifica el acto delictivo. Uno

no elige dónde nacer, pero elige qué vida vivir. Y uno *elige convertirse en delincuente*. A partir de ese momento, la sociedad no puede elegir otro camino más que la represión (cit. en Tevanian, 2004; el destacado nos pertenece).

Sin embargo, a estas “almas caritativas” nunca se les ocurre preguntarse de dónde provienen esas decisiones o esas voluntades, sobre qué se basan, qué las motiva y en qué condiciones cobraron forma.

Quiénes reducen las ciencias sociales en general, y la sociología en especial, a una “cultura de la excusa” confunden dos planos profundamente distintos: por un lado, el primer plano, no normativo, propio del conocimiento científico, y por el otro, el segundo plano, normativo, propio de la justicia, la policía, la cárcel, etc. Por su parte, el científico estudia “lo que es” y no busca evaluar si es “bueno” o “malo”. Como recordaba Durkheim en *Educación y sociología*:

La ciencia empieza en cuanto el saber, sea cual sea este, es investigado por sí mismo. Desde luego, el sabio sabe perfectamente que sus hallazgos son, con toda seguridad, pasibles de utilización. Puede suceder, incluso, que enfoque preferentemente sus investigaciones hacia tal o cual punto porque presiente que serán de esta suerte más provechosas y que permitirán satisfacer necesidades apremiantes. Sin embargo, en tanto se entrega a la investigación científica, se desinteresa de las consecuencias prácticas. Dice lo que es, constata lo que son las cosas, y a esto se limita. No se preocupa por saber si las verdades que descubre resultarán agradables o desconcertantes, si es beneficioso que los informes que establece sigan siendo lo que son, o si, al contrario, más valdría que fuesen de otra manera. Su papel consiste en expresar la realidad, no en juzgarla” (Durkheim, 2005 [1922]: 71).

Aquí Durkheim especifica el estatus científico de la sociología y enuncia lo que constituye su especificidad, su actitud propia. Otros grandes sociólogos describieron de manera bastante similar esa misma actitud. Es el caso de Max Weber, quien escribió que “una ciencia empírica no podría enseñar a una persona lo que *debe* hacer, sino únicamente lo que *puede* y —llegado el caso— lo que *quiere* hacer” (Weber, 1992: 125).

Pensar que buscar las “causas” o, más modestamente, las “probabilidades de aparición”, los “contextos” o las “condiciones de posibilidad” de un fenómeno equivale a “excusar” en el sentido de “disculpar” o “absolver” a los individuos es resultado de una *confusión de perspectivas*. El hecho de entender pertenece al ámbito del conocimiento (*laboratorio*). Juzgar y sancionar son propios del ámbito de la acción normativa (*tribunal*). Afirmar que entender “desresponsabiliza” a los individuos implicados equivale a reducir indebidamente la ciencia al derecho.

Entender no es juzgar. Pero juzgar (y castigar) no impide entender. Si el punto de vista lógicamente normativo y represivo del Ministerio del Interior no hubiera invadido cierto número de mentes políticas, mediáticas e intelectuales y si la actitud de quienes quieren juzgar y castigar sin entender no se hubiera propagado de modo irracional en la esfera pública, nadie se atrevería a criticar a las ciencias del mundo social por hacer su trabajo y a nadie tampoco se le ocurriría interpretar la “búsqueda de causas” o la “voluntad de entender” como una excusa o un proyecto de exculpación.

Las “tesis” sobre la normatividad de las ciencias sociales que propuso el sociólogo estadounidense Andrew Abbott (2015), profesor en la Universidad de Chicago y director del *American Journal of Sociology*, son tanto indefendibles en lo científico como políticamente problemáticas en el contexto actual. En efecto, este sociólogo juega con fuego cuando afirma sin matices que todo es “normativo” en las ciencias sociales, del mismo modo que en otra época podía decirse, con la misma sutileza, que todo en ellas es “político”. Con esta afirmación

parece dar razón a todos los detractores de la sociología que ven en ella una variante del izquierdismo. Al definir lo normativo como lo que “está bajo el régimen del bien y el mal” y distinguirlo de lo “empírico”, que “está bajo el régimen de verdad o falsedad”, Abbott da a entender que los sociólogos son un tipo de moralistas o ideólogos (los califica como “evaluadores de la vida social”). Sin embargo, los ejemplos que proporciona de esta “normatividad” dejan en evidencia la gran confusión intelectual subyacente a una afirmación que no distingue entre las prácticas sociales; por supuesto, estas siempre se consideran según órdenes de valor (opuestos); el trabajo científico, que las considera objetos de estudio, y el juicio normativo (moral, político, religioso, etc.) que también puede emitirse sobre estas prácticas.

Por ejemplo, cuando Abbott menciona el caso del dibujo en una pared pública, que algunos pueden considerar arte y otros un acto de delincuencia juvenil, está claro que confunde dos cosas: por un lado, el trabajo normativo de categorización que llevan a cabo los actores para decir “esto es un acto delictivo” o “esto es arte” y, por otro lado, el juicio normativo de un (mal) investigador que se pronunciaría sobre el carácter “bueno” o “malo” de dicha práctica. Contrariamente a lo que este autor pretende, el sociólogo que estudie esos murales debe abstenerse de dar una opinión acerca de la naturaleza de los actos que son objeto de luchas de definición y clasificación. Debe contentarse con analizar tales luchas, así como todas las consecuencias que su resultado conlleve en cuanto a la manera de tratar los dibujos en cuestión y a sus autores: en un caso, se borrarán los actos de vandalismo y se castigará a quienes los realicen; en el otro, se protegerán los murales y se admirará a los artistas.

Al mismo tiempo, Abbott confunde lo que Max Weber (1992 [1922]) se esforzó con toda razón por distinguir: el “juicio de valor” y la “relación con los valores”; si bien el investigador siempre manifiesta su “relación con los valores”

mediante la elección de sus objetos de estudio y la manera en que los aborda, su trabajo, como tal, no consiste en decir qué está “bien” y qué está “mal”.

ENTENDER SIN JUZGAR

En el fondo, la perspectiva propia de las ciencias sociales podría condensarse en el lema que el novelista Georges Simenon atribuyó al comisario Maigret. Este lema, que también es el del novelista que se hace intérprete de las historias individuales y de sus crisis, es el siguiente: “entender y no juzgar”. La frase evoca necesariamente la fórmula de Spinoza que, con razón, Pierre Bourdieu consideraba característica del espíritu sociológico: “No reír, no llorar y no odiar, sino entender” [*Non ridere, non lugere, neque detestari, sed intelligere*] (Spinoza, 2013 [1677]).

Maigret resulta estar más cerca del sociólogo no normativo que del representante del orden, al que uno puede imaginar más normativo en virtud de su profesión y su deber. Su objetivo es dar una explicación de actos que a veces parecen no tenerla o volver necesario lo que parece ser apenas un suceso que surgió de modo aleatorio. En efecto, el comisario intenta comprender los mecanismos que llevan al crimen y no se contenta con poner en evidencia los indicios materiales que lo conducen al criminal, sino que busca insertarse en el universo de las víctimas, los sospechosos y su entorno con una curiosidad que va más allá de lo que exige su profesión. Así, deja en evidencia que prefiere investigar a descubrir. Más aún, prefiere la investigación global de un universo social y mental antes que la estricta pesquisa policial, que sólo retiene de lo observado aquello que puede inculpar o absolver.

En contra de la muy novelesca idea de un “misterio humano” difícil de asir, Simenon cree posible entender los actos más alocados, inusuales o inesperados, simplemente a partir de conocer los diferentes medios sociales en juego y el lugar

que ocupan en ellos los distintos protagonistas del drama. Los crímenes cometidos sólo cobran sentido cuando se los vuelve a situar en la compleja red social de la cual surgieron. En ocasiones, durante la pesquisa, el comisario siente la necesidad de preguntarse acerca de las lógicas sociales, individuales y colectivas que condujeron al delito que intenta dilucidar. Para entender el crimen, hay que entender qué llevó al delincuente a actuar de ese modo, su historia —que también es la historia de sus experiencias con todas las personas que frecuentó de forma más o menos prolongada durante su existencia—, las tensiones y conflictos tanto internos como externos que lo condujeron al asesinato y, muchas veces, la crisis existencial y las circunstancias que lo llevaron a cometer lo irreparable. A Simenon y a su doble, Maigret, los mueve la búsqueda de un pasado, no sólo un pasado individual, sino también uno colectivo (familiar, por ejemplo). En sus memorias ficticias, Maigret escribe:

Para mí un hombre sin pasado no es un hombre. En el transcurso de ciertas investigaciones me ha ocurrido muchas veces que he dedicado más tiempo a la familia y al ambiente del sospechoso que al propio sospechoso, y ha sido así precisamente como he logrado descubrir el quid de lo que habría podido ser un misterio (Simenon, 2002 [1951]: 792).

Son frecuentes las ocasiones en que el comisario se muestra no normativo al privilegiar, cual etnógrafo o sociólogo, el punto de vista de quien busca conocer (y no juzgar). Sin embargo, a su entender, no es cuestión de pasar de una *comprensión sociológica* (percibir las lógicas que llevan al crimen sin juzgarlas) a una *comprensión moral* (tolerante y dispuesto a acordar el perdón o a excusar):

No intento aquí excusarlos, aprobar sus hechos ni absolverlos. No pretendo tampoco rodearlos de una

aureola especial, como estuvo de moda hacerlo en cierta época. Simplemente hay que observarlos considerando los como un hecho y tratar de conocerlos. Sin curiosidad, porque la curiosidad pronto se agota. Sin odio, desde luego.

En resumen, hay que mirarlos como a unos seres que existen y que por el bien de la sociedad y para preservar el orden establecido hay que mantener, quieran o no, dentro de ciertos límites y castigarlos cuando pretenden traspasarlos (Simenon, 2002 [1951]: 843-844).

Sin embargo, a diferencia del comisario, el sociólogo debe abstenerse de realizar cualquier tipo de juicio y no debe pronunciarse, como sí hace Maigret, sobre la necesidad de castigar o no “por el bien de la sociedad”. Llegado el caso, puede entrar de lleno en el tema y buscar conocer los efectos diferenciales de los diversos modos de tratamiento de los criminales (se sabe, por ejemplo, que la socialización con el universo criminal que permite la experiencia carcelaria —condenados por delitos menores que se codean con condenados por delitos graves— tiene mucho que ver con algunas carreras delictivas), pero no debe decir *qué hay que hacer y cómo hay que hacerlo*. Sin embargo, sería deseable que quienes denuncian de modo sistemático la “excusa sociológica”, ya que no leen los trabajos de los sociólogos con seriedad, hayan leído al menos algunas novelas de Simenon: podrían entender que “mirar con la mirada del conocimiento” no es ni “excusar” ni “absolver”, sino entender.

El derecho a un conocimiento lo más independiente posible de las cuestiones morales, políticas, jurídicas o prácticas nunca debería estar en tela de juicio. En una democracia, nada debería obstaculizar la investigación desinteresada de la verdad. Por otra parte, entender nunca impidió que se juzgara, pero juzgar (y castigar) no impide entender.

¿PARA QUÉ SIRVE ENTENDER?

Uno podría preguntarse legítimamente para qué sirve entender. Quizás algunos piensen que una sociedad necesita, ante todo, distinguir el bien del mal, lo legal de lo ilegal y velar por que se sancione a quienes salen del marco que fijan las propias leyes vinculadas con los valores admitidos de manera colectiva (no matar, no herir, no destruir, no robar, etc.).

Para sintetizar la respuesta a una pregunta como esta, se podría comenzar diciendo que, en definitiva, entender sirve para resolver los problemas de un modo que no implique la *exclusión* (encarcelamiento, apartamiento o confinamiento psiquiátrico) o la *destrucción* del otro (pena de muerte). Tomar distancia de la consideración generalizada permite tener en cuenta la totalidad de un problema cuando todos tienen la mirada puesta en los actos de los delincuentes o criminales y la "personalidad" de los autores de tales actos. Sólo el distanciamiento y la desindividualización del problema permiten considerar soluciones colectivas y duraderas. Probablemente sea esta una de las lecciones políticas más importantes de las ciencias sociales.

"Aterrorizar a los terroristas", "limpiar a fondo los barrios marginales", "dar un duro golpe" a quienes no respetan la ley, etc.: los actores políticos responsables de las políticas de seguridad nos acostumbraron a mostrar que eran capaces de golpear con mano dura, de encarnar una autoridad intransigente, inflexible. Con cada nuevo drama, prometen leyes más duras, la multiplicación de los medios para luchar contra el crimen, el terrorismo o la delincuencia; proponen instaurar penas mínimas para los reincidentes múltiples o reducir la edad de responsabilidad penal cuando hay menores involucrados y acusan a la justicia —en particular a los jueces— de ser demasiado laxos, entre otras cosas. Asimismo, cuando se presenta la ocasión, algunos de estos actores están listos para volver a poner sobre la mesa el deba-

te acerca de la pena de muerte, al menos para los autores de los crímenes más abominables.² Todo esto parece estar profundamente inspirado en la ley del talión: "ojo por ojo, diente por diente". La afectividad es omnipresente. Para algunos puede resultar tranquilizador saberse protegidos por gobernantes que velan por nosotros y que no dejarán que la "barbarie" se instale. Pero en los hechos, después de las palabras "fuertes", el mundo social sigue su curso. Las lógicas que contribuyeron a hacer posibles los crímenes, el mal comportamiento, la delincuencia o los atentados siguen desarrollándose con tranquilidad. Un entendimiento sosegado de estas lógicas redunda en la posibilidad de actuar y, a la larga, evitar nuevos dramas.

La actitud científica ante la vida y la materia está ampliamente aceptada, mientras que frente al mundo social proliferan las actitudes mágicas, emocionales. En ocasiones, llega incluso a condenarse la actitud científica cuando esta se refiere a la vida social. El solo hecho de salir del registro de la emoción y el discurso de la condena para intentar entender lo que sucede es sospechado de connivencia con los culpables y negación de las desgracias causadas a las víctimas y sus familias. Norbert Elias recordaba que, a lo largo de la historia, los hombres fueron conquistando una actitud de distanciamiento. Al principio, frente a los fenómenos naturales y luego, con mayor dificultad, respecto de los fenómenos sociales: los hombres de las sociedades precientíficas se veían material y cognitivamente impotentes ante los "caprichos de la naturaleza". La ciencia, por su parte, se inscribe en un proceso de distanciamiento y control de los afectos y, por ende, en un "proceso de civilización", en el sentido que Elias da a esta expresión. En la medida en que nos ofrece

² En noviembre de 2011, por ejemplo, tras el asesinato de una niña en Bellegarde —al sur de Francia—, Marine Le Pen, presidenta del Frente Nacional, relanzó la idea de un referendo sobre el restablecimiento de la pena de muerte.

las herramientas para no tomar nuestros deseos (o nuestros miedos) como realidad y nos permite ver las cosas de maneras menos directamente relacionadas con la posición, los intereses y las fantasías de la persona que observa, la actitud científica permite salir gradualmente de la relación emocional y parcial con la realidad. Hay que alcanzar un muy "alto grado de distanciamiento, dominio sobre uno mismo y neutralidad emotiva" (Elias, 1993: 95) para reconocer que acontecimientos que provocan sufrimiento pueden ser resultado de una multiplicidad de causas, procesos o mecanismos que no pueden controlarse por la mera fuerza de la voluntad individual, aun cuando dichos eventos hayan involucrado a individuos singulares. Sin lugar a dudas, ir a lo más inmediato y centrar la atención en los individuos que cometieron los hechos reprensibles, describiéndolos como "bárbaros" o "locos" y pensando sus actos como un producto de la voluntad de individuos libres, es satisfacer el deseo de castigo. Pero no contribuye a determinar cómo impedir el surgimiento de una serie de individuos y situaciones similares. La toma de distancia enseña a volver a situar las intenciones individuales, completamente reales, en las redes de interdependencia pasadas y presentes que las estructuraron y las posibilitaron. Eso hace, por ejemplo, Fabien Truong al restituir la trayectoria de tres "delincuentes" menores -Radouane, Tarik y Elliott- para encontrar una explicación a los actos delictivos que pudieron haber cometido, a la vez que evita encerrarlos en categorías esencialistas como "ladrones", "dealers", "camorristas" o "vándalos incendiarios". "Hacer que [la] multitud de pequeñas historias de tráfico, robos o quema de autos se vuelva inteligible es, ante todo, volver a ubicarla en la historia de quienes son sus actores", escribe F. Truong (2013: 20).

3. La ficción del *Homo clausus* y del libre albedrío

Federico Neiburg y Mariano Plotkin
(compiladores)

Intelectuales y expertos
La constitución del conocimiento
social en la Argentina

PAIDÓS 
Buenos Aires - Barcelona - México

Índice

Intelectuales y expertos : la constitución del conocimiento social en Argentina / Carlos Altamirano...[et al; compilado por Federico Neiburg y Mariano Plotkin]. – 1° ed. – Buenos Aires : Paidós, 2004. 400 p. ; 23x16 cm. – (Espacios del saber)

ISBN 950-12-6543-9

1. Sociología I. Altamirano, Carlos II. Neiburg, Federico, comp. III. Plotkin, Mariano, comp. CDD 301

Cubierta de Gustavo Macri

Motivo de cubierta: *Santos y guardianes*, de Xul Solar.

Editorial Paidós agradece los derechos de reproducción cedidos gentilmente por la Fundación Pan - Klub, Museo Xul Solar

1ª edición, 2004

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2004 de todas las ediciones
Editorial Paidós SAICF
Defensa 599, Buenos Aires
E-mail: literaria@editorialpaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Impreso en Talleres Gráficos D'Aversa
en Vicente López 318, Quilmes, en julio de 2004.

Tirada: 2.000 ejemplares

ISBN 950-12-6543-9

Los autores	11
1. Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina, Federico Neiburg y Mariano Plotkin	15
El Estado, el problema de la autonomía y la producción de conocimiento social	17
La cronología como problema	21
El conocimiento social, entre lo nacional y lo internacional	25
Epílogo	27
2. Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la "ciencia social" en la Argentina, Carlos Altamirano	31
Preliminares sobre el ingreso de las ciencias sociales en la Argentina.....	31
Ciencia social y nuevos <i>clercs</i>	33
Los títulos científicos de la sociología	38
Teoría y enseñanza de una ciencia filosófica	42
Las ciencias sociales y el carácter nacional	45
Los usos de la ciencia social	51
País nuevo y males antiguos	57
3. Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico argentino entre 1930 y 1955, Jorge Myers	67
La institución del campo histórico en la Argentina (1890-1930)	67

33. Véase ibíd., págs. 65-70.

34. Las resonancias y los deslizamientos de la politización de la psicología hacia la temática del *hombre nuevo* quedan como un punto pendiente de la investigación. Un ejemplo de que Freud podía juntarse con el Che Guevara (y con Theilhard de Chardin) en visión teológica de la historia y la revolución, puede leerse en el siguiente fragmento del sacerdote Carlos Mugica: "Después de la gran influencia de Theilhard de Chardin, del marxismo, de los grandes profetas de la iglesia contemporánea y de los grandes profetas de nuestro tiempo como Camilio Torres, Helder Cámara, el 'Che' Guevara, Marx, Freud, es decir de todos aquellos hombres que se han preocupado por el hombre y por la aventura humana" (Carlos Mugica, *Peronismo y cristianismo*, 1973; cit. en Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, ob. cit., pág. 238). Sobre la "guerra de religión", véase Eric Hobsbawm, "Barbarie, una guía para el usuario", *Entrepassados*, n° 7, 1994.

35. *RAP*, n° 1, pág. 98.

36. Ibíd., pág. 92.

37. Ibíd., pág. 94. Para una visión de conjunto sobre los debates del psicoanálisis y la izquierda, véase Mariano Plotkin, *Freud in the Pampas*, Stanford, Stanford University Press, 2001, caps. 7 y 8.

38. Oscar Masotta, "Leer a Freud", *RAP*, n° 1, págs. 19-25.

39. Ver sobre todo los testimonios de: María T. Calvo, entrevista de Martín Cremona y Eduardo Sincovsky, 1995; Rosalía Schneider, entrevista de M. Cremona y E. Sincovsky, 1995; Rosalía Schneider, entrevista de Marcela Borinsky, 18/5/1999.

40. Roberto Harari llama "élite" a la primera dirección de la APBA y se presenta como miembro de una "generación intermedia" que al desplazar la conducción anterior logró la afiliación masiva de los graduados. Véase "La autodenigración especular del psicólogo" (enero de 1974), en *Textura y abordaje del inconsciente*, Buenos Aires, Trieb, 1977, pág. 44. Sobre los rasgos de género que se sobreañaden a los conflictos del "campo", véase Pierre Bourdieu, *La distinction*, París, Minuit, 1979.

41. Ibíd., págs. 161, y 168-69.

42. H. Scholten, *Oscar Masotta y la fenomenología*, Buenos Aires, Atuel/Anáfora, 2001.

11. La sociología: una profesión en disputa

ALEJANDRO BLANCO

INTRODUCCIÓN

La institucionalización de la sociología como disciplina universitaria en la Argentina tuvo lugar hacia fines de la década de 1950. En 1957, en efecto, se crearon respectivamente el Departamento y la Carrera de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires bajo la jefatura de Gino Germani. La existencia misma de la sociología, sin embargo, no coincide enteramente con aquella acta de fundación. Por el contrario, la evidencia empírica muestra que hacia esa fecha la sociología ya había alcanzado cierto grado de institucionalización y había sido incorporada a la enseñanza. No obstante, la fundación del Departamento y la Carrera, lejos de presentarse como la coronación de esos esfuerzos, se planteó como una ruptura con respecto a la etapa inmediatamente anterior. Se produjo, así, un áspero y persistente conflicto entre quienes por entonces reclamaban la identidad de sociólogos. El conflicto dividió al campo en dos facciones: los "sociólogos de cátedra", por un lado, y los "sociólogos científicos", por el otro.¹ ¿Por qué se produjo tal división? ¿Qué desató el conflicto y cuáles fueron las razones esgrimidas por cada uno de los contendientes para justificar su oposición? ¿Cómo se operó esta redefinición de la sociología, alrededor de qué ejes teóricos y de qué problemáticas y de cuáles configuraciones de actores, de instituciones y de intercambios? ¿Cuáles fueron los elementos de continuidad y de ruptura con relación al período precedente?

Este trabajo aborda ese momento de ruptura de la sociología desde un doble registro: *intelectual* e *institucional*. En lo que respecta al primero, el

trabajo examina la batalla ideológico-política librada por Germani en favor de la implantación de una nueva orientación teórico-metodológica para la disciplina, así como las condiciones que favorecieron su implantación. Asimismo, se intenta clarificar las connotaciones asociadas con la fórmula sociología científica, procurando situar los temas en debate, las apuestas conceptuales y las tradiciones intelectuales contra las que polemizó Germani. En lo que al nivel institucional respecta, el trabajo analiza las estrategias de legitimación de la disciplina, de construcción institucional y de profesionalización que fueron desplegadas durante estos años por los distintos actores, así como los elementos de continuidad y ruptura que caracterizaron el tránsito desde la sociología de cátedra hacia la "sociología profesional", tanto en su *dimensión cognitiva* como *institucional*.

INSTITUCIONALIZACIÓN

Si evaluamos la historia de la sociología en nuestro medio a la luz de los criterios habitualmente reconocidos como indicadores de un proceso de institucionalización de una disciplina, la sociología no fue institucionalizada hasta 1957, cuando fueron creados oficialmente el Departamento y la Carrera de Sociología.² Hasta esa fecha, en efecto, la mayoría de los practicantes de la sociología no vivía de su profesión y la materia era todavía impartida por profesores que hacían de eso una tarea subsidiaria de su profesión principal. Por lo demás, apenas existía financiamiento y provisión logística y administrativa para la investigación sociológica a través de instituciones establecidas.³

Sin embargo, la evidencia empírica disponible muestra que antes de que la sociología científica se estableciera, la incorporación de la disciplina, e incluso su enseñanza, ya había sido iniciada entre nosotros por la llamada sociología de cátedra. En efecto, además de la existencia de una larga tradición de cátedras que proviene de fines del siglo XIX,⁴ desde la década de 1930 en adelante, la enseñanza de la sociología había sido acogida por una institución tradicional como el Colegio Libre de Estudios Superiores.⁵ En 1940 se crea el Instituto de Sociología y, dos años más tarde, el *Boletín del Instituto de Sociología*, que fue editado con regularidad desde 1942 hasta 1947.⁶ Por esos años, asimismo, aparecen la primera colección de libros de la disciplina, la Biblioteca de Sociología de la editorial Losada, dirigida por uno de los miembros del nuevo Instituto, Francisco Ayala, y el primer tratado relativo al tema, al *Tratado de sociolo-*

gía, redactado por el mismo Ayala y editado en 1947 por la misma editorial en tres gruesos y macizos volúmenes.

En 1950 tuvo lugar, a su vez, la Primera Reunión Nacional de Sociología, de la que surgió la primera asociación profesional, la Sociedad Argentina de Sociología (SAS), presidida por Alfredo Poviña, y aparece otra publicación especializada, la *Revista Argentina de Sociología*, editada por el Instituto de Sociografía y Planificación de la Universidad Nacional de Tucumán.⁷ Tres años más tarde, una reforma en los planes de estudio del sistema universitario nacional extendió la enseñanza de la materia, hasta entonces dictada solamente en las Facultades de Filosofía, a todas las facultades de ciencias jurídicas y de ciencias económicas existentes en el país. Así, hacia mediados de la década de 1950, el número de cátedras de sociología existentes en las universidades del país asciende a quince, y para entonces el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la UBA ya tiene sus replicantes: el Instituto de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas, el Instituto de Filosofía del Derecho y de Sociología de la Facultad de Derecho, el Instituto de Sociografía y Planeación de la Universidad Nacional de Tucumán y el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Rosario.⁸

En esos años, además, la sociología argentina alcanzaba proyección latinoamericana. En 1950, un grupo de sociólogos latinoamericanos, en ocasión del Primer Congreso Mundial de Sociología organizado por la Association International de Sociologie —que más tarde adoptará el nombre de International Sociological Association (ISA)—, fundó en la ciudad de Zúrich la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), la primera asociación profesional de sociólogos de tipo regional en el mundo, y designó como su primer presidente a Alfredo Poviña. Al año siguiente, la ALAS celebró en Buenos Aires el Primer Congreso Latinoamericano de Sociología.⁹

En resumen, puede afirmarse que hacia mediados de la década de 1950, la sociología ha alcanzado cierto grado de institucionalización, en el sentido de que existe como algo relativamente diferenciado de otras disciplinas del mundo social: cuenta con su propio sistema de publicaciones e instituciones. Además de una mayor inserción en la institución universitaria a través de las cátedras y los institutos, ha sido reconocida por una de las editoriales más importantes e innovadoras del momento, como era Losada, así como por una de las instituciones más dinámicas del campo intelectual argentino, el Colegio Libre de Estudios Superiores.

Sin embargo, y como se ha dicho, es por esos años que se produce un conflicto dentro del campo –no solamente a escala local, sino también latinoamericana¹⁰– que provoca la división entre las denominadas sociología de cátedra y sociología científica. ¿Qué desató el conflicto? En principio, si los primeros signos de la institucionalización de la sociología son previos a la creación del Departamento y la Carrera de Sociología, la ruptura entre esta última experiencia y la anterior ya no puede ser tematizada a partir del tradicional contraste entre una forma no institucionalizada, la cátedra, y otra institucionalizada, el departamento, sino como una diferencia existente entre dos modos de institucionalización. Dicho de otra manera, aquel contraste ya no resulta del todo satisfactorio para explicar las innovaciones y las rupturas en la historia de la institucionalización de la disciplina. En su lugar, entonces, es necesario tematizar la diferenciación entre sociología de cátedra y sociología científica como dos modos de institucionalización.

Ahora bien, ¿en qué consistió esa diferencia? En principio, podría decirse que tanto la sociología de cátedra como la sociología científica compartían similares ideales intelectuales o ambiciones cognoscitivas, es decir, participaban de la misma expectativa, a saber: que una ciencia positiva de la sociedad era posible y deseable para el desarrollo de la razón humana y el progreso social. Una de las figuras de esa sociología de cátedra, Alfredo Poviña, calificaría precisamente su tesis doctoral, *Sociología de la revolución*, como “un estudio científico del fenómeno revolucionario”, y subrayaba, asimismo, que lo emprendía con la expectativa de “asistir a los gobiernos con conocimientos emanados de las ciencias, con el fin de evitar de esa manera los desgarramientos sociales” (las bastardillas son mías). En el discurso de inauguración del Instituto de Sociología de la FFyL (UBA), Ricardo Levene identificaba la disciplina con el “planteamiento objetivo y solución de los problemas nacionales” y alentaba a la realización de un censo general, necesario tanto “para el estudio como para los planes de la reforma social”.¹¹ Pero, y como se verá más adelante, una vez que esos ideales intelectuales fueron objeto de un drástico proceso de renovación, la sociología de cátedra sólo alcanzaría a expresar su adhesión a ellos de una manera del todo formal y enteramente ritualista.

En segundo lugar, la sociología de cátedra y la sociología científica compartían el componente profesional de la empresa cognoscitiva. A este respecto, y como ha sido reseñado más arriba, los primeros signos de una institucionalización de la sociología (las primeras cátedras, el Instituto de Sociología, las primeras publicaciones, la creación de las primeras

asociaciones profesionales, nacionales y regionales), fueron el resultado de las iniciativas de los sociólogos de cátedra. Por cierto, podría objetarse que el componente profesional, al menos en una de sus dimensiones, no sería un rasgo característico de sus trayectorias. En efecto, para estos últimos, la enseñanza de la materia era, en la mayoría de los casos, una actividad subsidiaria; pero en sí misma, la profesionalización no era una aspiración rechazada por dichos sociólogos.

En rigor, el conflicto o la disidencia entre una y otra orientación habrá de producirse en torno al tercer elemento, el relativo al carácter disciplinario de la empresa, es decir, al conjunto de conceptos, técnicas y procedimientos explicativos, unos determinados problemas teóricos y sus aplicaciones empíricas.¹²

Ahora bien, ¿qué produjo esa diferencia en el componente disciplinario en la que vino a expresarse una de las dimensiones del conflicto abierto en el campo? Por razones que se comprenderán enseguida, una respuesta a este interrogante supone inscribir el problema en un contexto internacional caracterizado por una profunda transformación intelectual experimentada por la disciplina y un proceso creciente de internacionalización de ésta. El conflicto se desata como consecuencia de la “difusión” de un nuevo patrón de desarrollo intelectual e institucional de las ciencias sociales en general y de la sociología en particular, y del surgimiento de una nueva “demanda” promovida por los organismos internacionales. La estructura de dicha demanda no sólo introdujo una innovación en el componente disciplinario que provocó inmediatamente la diferenciación entre ambas orientaciones, sino que favoreció necesariamente un patrón de profesionalización que conspiró contra las posibilidades de continuidad de la vieja sociología de cátedra. El acento puesto sobre las investigaciones empíricas, de gran escala y predominantemente cuantitativas exigía una serie de condiciones de trabajo (dedicación *full time* a la profesión) así como un conjunto de competencias y destrezas (entrenamiento en las modernas técnicas de investigación, trabajo en equipo, etcétera) que no formaban parte de las rutinas de trabajo de los sociólogos de cátedra. Entre otras cosas, porque su misma formación no los predisponía a ello. En efecto, la mayoría de los sociólogos de cátedra (Francisco Ayala, Alberto Baldrich, Raúl Orgaz, Alfredo Poviña, Jordán Bruno Genta, Renato Treves y Miguel Figueroa Román) eran graduados en derecho, una disciplina que inclinaba mucho más hacia la reflexión sobre las ideas que hacia la investigación empírica, y mucho menos hacia la investigación empírica de carácter cuantitativo. La formación inicial de Germani en ad-

ministración y contabilidad, en cambio, le habría de proporcionar una destreza especial en el manejo de las estadísticas, colocándolo así en mejores condiciones para ajustarse a las competencias que demandaba la nueva "fórmula de investigación". De manera que el conflicto entre ambas orientaciones no puede explicarse sino a partir de un proceso de reestructuración exógena del campo que haría manifiesta una diferencia hasta ese momento latente: la diferencia en las trayectorias y la formación de unos y otros, diferencias que habrían de operar como un elemento diferenciador entre una y otra orientación.

Ciertamente, el conflicto entre ambas orientaciones no habría de reflejar solamente una diferencia relativa al carácter disciplinario de la empresa, sino también —y como se verá más adelante— una diferencia de orden político e intelectual directamente vinculada con la posición adoptada frente al fenómeno peronista. En efecto, el conflicto abierto entre ambas orientaciones tuvo lugar en el contexto de un debate que trascendía el campo disciplinario y que habrá de convertirse en un tema central de la discusión político-intelectual desde mediados de la década de 1950: el debate acerca de la naturaleza y el significado del peronismo en la vida política argentina.¹³ La posición crítica hacia el nuevo fenómeno político asumida por la sociología científica contrastaba con la actitud adoptada por la mayoría de los sociólogos de cátedra, que exhibían un patrón bien diferente: el de una aprobación del fenómeno, en unos casos, o el del silencio en torno a él, en otros. De tal manera que la oposición entre ambas sociologías debe comprenderse también en el contexto —y como parte— de una batalla de naturaleza no sólo intelectual, sino también político-ideológica.

TRANSFORMACIONES INTELECTUALES

A partir de la segunda posguerra, las ciencias sociales en general y la sociología en particular experimentan una serie de cambios significativos como parte de una transformación más amplia en la cultura intelectual. En términos muy generales, dichos cambios se caracterizaron por "una declinación de la reflexión especulativa y filosófica y un optimismo generalizado acerca de los resultados que podían esperarse en cuanto se lograra un firme fundamento científico y empírico".¹⁴ La convicción de que las ciencias sociales difieren sólo en grado, pero no en clase, de las ciencias naturales comenzó a extenderse entre los científicos sociales y creció la

expectativa de que podían esperarse grandes avances una vez que las técnicas que habían resultado eficaces en el entendimiento científico de la naturaleza fueran imitadas, modificadas y adaptadas al universo de las disciplinas que se ocupan de la sociedad. En el plano de la teoría, las ciencias sociales se hicieron ahistóricas, empíricas en el detalle y, en gran medida, cuantitativas en el método. En el plano de la investigación, el cambio más significativo fue un progresivo alejamiento de las vastas generalizaciones históricas en provecho de la recolección y refinamiento de los datos, el estudio de casos concretos a través de las encuestas y la observación participante, el establecimiento de correlaciones, la formulación de generalizaciones empíricas y la construcción de modelos, todo ello con la esperanza de construir teorías verificables que estuvieran en condiciones de reducir la explicación de los fenómenos sociales a la formulación relativamente sencilla de unas cuantas leyes o enunciados nomológicos. El desarrollo y perfeccionamiento de numerosas técnicas y metodologías de investigación, y muy especialmente, la generalización de técnicas cuantitativas y la construcción de modelos matemáticos contribuyeron a reforzar dicha expectativa.¹⁵ Estos cambios, a su vez, fueron parte de un cambio ecológico de singular envergadura que afectó decisivamente a la tradición de la sociología. Según ha observado Edward Shils, las culturas intelectuales se asientan y propagan de acuerdo con una lógica cambiante de centro y periferia.¹⁶ Las tradiciones clásicas de la sociología se formaron a fines de la Primera Guerra Mundial y en aquellos países que en ese momento ocupaban el centro de la vida intelectual: Inglaterra, Francia y Alemania. En la segunda posguerra, sin embargo, y por diversas razones, la sociología estadounidense devino central y la sociología europea, periférica. En principio, dicho cambio se vio favorecido por la temprana y sólida institucionalización que había alcanzado la sociología en los Estados Unidos durante las primeras décadas de este siglo. Su epicentro fue la universidad de Chicago, pero pronto se extendió a gran parte del sistema universitario, especialmente a Columbia, Harvard y Berkeley. Las principales innovaciones intelectuales e institucionales en el campo de las ciencias sociales provinieron, en efecto, de los Estados Unidos, pero fueron menos el producto de la sociología en sentido estricto que un resultado de una serie de experimentaciones llevadas a cabo en el campo más general de las ciencias sociales.

Los principales focos de innovación procedieron del psicoanálisis revisionista, de la psicología de la *Gestalt*, de la antropología cultural y de la psiquiatría de las relaciones interpersonales. La investigación adoptó un

carácter marcadamente interdisciplinario. Las relaciones de la sociología con la historia, pero más especialmente con la antropología y la psicología, se tornaron más fluidas que en el pasado. El centro o instituto de investigación fue adoptado como matriz institucional para el desarrollo de la investigación social. En todo ello, la migración intelectual jugó un rol clave, tanto en la promoción de nuevas perspectivas intelectuales como de nuevos estilos de trabajo. Uno de los casos paradigmáticos a este respecto es Paul Lazarsfeld. En efecto, el programa de una sociología empírica y el sistemático compromiso con la codificación y creación de institutos de investigación como matriz institucional del desarrollo de la investigación encontraron en Lazarsfeld a uno de sus más fervientes y exitosos promotores. Igualmente claves resultaron los aportes de una figura como Kurt Lewin y la escuela de la *Gestalt*, así como la experiencia asociada con el Instituto para la Investigación Social de Frankfurt, cuya investigación sobre la personalidad autoritaria se constituyó en un modelo ejemplar de investigación científica de un problema, tanto en términos temáticos como metodológicos.¹⁷

UN NUEVO CONTEXTO INTERNACIONAL

Esta transformación intelectual experimentada por la disciplina coincidió, a su vez, con una activa campaña de promoción y estímulo de la investigación social por parte de diferentes organismos internacionales y agencias filantrópicas, que operó como un factor decisivo en la institucionalización de las ciencias sociales, tanto en los países centrales como en América latina.¹⁸ La intervención de dichos organismos y agencias tuvo lugar, o bien a través de la convocatoria de especialistas en ciencias sociales para la elaboración de programas de investigación, o bien suscitando una demanda de investigación en ciencias sociales a partir del lanzamiento de estudios sobre diferentes problemáticas. En este sentido, la UNESCO cumplió un papel de singular relieve al propiciar la creación de asociaciones profesionales nacionales e internacionales y centros de investigación así como al promover un sistema de publicaciones. En 1949, en efecto, fueron creadas la International Sociological Association, la International Political Science Association y la Association Française de Science Politique. Al año siguiente se establecieron dos centros de investigación en ciencias sociales, uno en Europa (Colonia, Alemania) y otro en el sudeste asiático (Calcuta, India). Desde comienzos de los cincuenta,

asimismo, la UNESCO lanzó la edición del *Bulletin International des Sciences sociales* (denominado *International Social Science Journal* desde 1959 en adelante), de *International Political Science Abstracts* y de *Current Sociology*.¹⁹

En el caso de América latina, las iniciativas de la UNESCO encontrarían apoyo en varios organismos interamericanos. En 1948 se estableció la Sección de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana como parte de la División de Filosofía, Letras y Ciencias del Departamento de Asuntos Culturales. Ese mismo año, la Novena Conferencia Internacional de los Estados Americanos, en la que quedaría formalmente constituida la Organización de los Estados Americanos (OEA), ofreció un apoyo decisivo al desarrollo de las ciencias sociales en la región. De acuerdo con las resoluciones aprobadas en dicha conferencia, se propuso: (a) apoyar la intercomunicación de los científicos sociales y las instituciones de ciencias sociales latinoamericanas; (b) apoyar el desarrollo técnico y científico de las disciplinas sociales; (c) promover la aplicación de las ciencias sociales en un nivel estrictamente profesional.

En 1950, la Sección de Ciencias Sociales lanzó el primer número de *Ciencias Sociales*, una publicación bimestral dirigida por Theo Crevenna y editada por el Departamento de Asuntos Culturales de la Oficina de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana.²⁰ Dicha publicación se constituiría en uno de los agentes de difusión más importantes de los nuevos rumbos y perfiles adquiridos por las ciencias sociales a partir de la posguerra. Consagrada a América latina, la revista aspiraba a “divulgar las nuevas tendencias de la sociología, la antropología social y cultural, de la psicología social, de los estudios políticos y de la geografía humana”. El inventario de propósitos incluía:

[...] dedicar especial atención a las ciencias sociales aplicadas al desarrollo socioeconómico y cultural de América latina, contribuir a la resolución de algunos problemas de la enseñanza profesional y de la formación técnica de los científicos sociales en América latina, servir como medio de información y de discusión de los estudios e investigaciones que aporten al planteamiento, la comprensión y la solución de los problemas de América latina y, por último, mantener un sistema de información de las actividades científicas y profesionales en el campo de las disciplinas sociales en América latina.

La publicación, que contaría con colaboraciones de Alfredo Poviña y Gino Germani, ofrecía a sus lectores artículos, comentarios bibliográficos, re-

gistro bibliográfico de artículos y publicaciones en español y otros idiomas, además de informaciones sobre distintos eventos académicos. En fin, además de ofrecer información relativa al campo, actuaba también como un espacio que hacía las veces de una comunidad internacional de la disciplina.

En 1948 se había creado la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) con sede en Santiago de Chile, cuya gravitación en el impulso de las ciencias sociales durante el período sería difícil de subestimar. El pensamiento de la CEPAL, y en especial, los trabajos de Raúl Prebisch, se convirtieron en el principal centro de influencia teórico-doctrinaria, tanto en lo que respecta a la cuestión del desarrollo como en relación con la concepción de las ciencias sociales mismas.²¹ Sin dicha influencia, sin ese conjunto de ideas, creencias y actitudes distintivas, resulta difícil pensar el extraordinario desarrollo e impulso que conocieron las ciencias sociales en América latina durante el período. Asimismo, y además de auspiciar la realización de tres importantes seminarios sobre enseñanza e investigación en ciencias sociales en América latina,²² desde mediados de la década de 1950 la UNESCO promovió el establecimiento de dos centros de investigación y enseñanza. Así, en 1957 fueron creados la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile, de la que surgió la Escuela Latinoamericana de Sociología (ELAS) y el Centro Latinoamericano de Investigación en Ciencias Sociales (CLAPCS), en Río de Janeiro. La actuación de los organismos regionales e internacionales fue decisiva también para el desarrollo de las primeras investigaciones empíricas. La UNESCO promovió y apoyó la investigación sobre las relaciones raciales en el Brasil, la investigación sobre estratificación y movilidad social en cuatro capitales latinoamericanas (Montevideo, Río de Janeiro, Santiago de Chile, Buenos Aires), la que a su vez, y gracias al apoyo de los programas Smith-Mondt y Fulbright de los Estados Unidos, pudo contar con la asistencia de profesores extranjeros reclutados para tal fin. La intervención de dichos organismos fue decisiva igualmente en la programación de una serie de reuniones relativas al problema de la urbanización y el desarrollo económico, tales como el seminario "La urbanización en América latina", patrocinado por la ONU, la CEPAL y la UNESCO, con la cooperación de la OIT y la OEA, realizado en 1959; el seminario internacional "Resistencias al cambio: factores que impiden o dificultan el desarrollo económico", organizado por CLAPCS en 1959 y, dos años más tarde, la "Conferencia sobre aspectos sociales del desarrollo económico de América latina", patrocinada también por la ONU, la CEPAL y la UNESCO.

Desde que, a comienzos de la década de 1940, la sociología comenzó a exhibir los primeros signos de institucionalización, se trató siempre de un movimiento de fuerte acento regional. Hacia mediados de los años cincuenta, la intervención de los organismos internacionales, si bien no alteró la forma regional de institucionalización y profesionalización, modificó sustantivamente sus patrones. En efecto, esta etapa de la institucionalización se inscribió en un proceso más vasto de internacionalización de la disciplina que se operó a través de la formulación de una demanda que tuvo perfiles temáticos, teóricos y metodológicos relativamente precisos. En el orden temático, dicha demanda estuvo estrechamente asociada con los problemas del desarrollo económico y cuestiones conexas, como la urbanización, la estratificación social y el sistema político.²³ En el orden teórico-metodológico, el rasgo predominante fue la prioridad asignada a la recolección de datos y a la investigación interdisciplinaria de gran escala, de carácter predominantemente cuantitativa, y conducida a partir del uso de los datos masivos y el recurso a las grandes variables agregadas (industrialización, desarrollo económico, urbanización).

Es en el contexto de aquellas transformaciones intelectuales experimentadas por la disciplina y en el de esa activa campaña internacional de promoción de las ciencias sociales que debe comprenderse la ofensiva desplegada por Germani en favor de una redefinición de la disciplina. Gino Germani desplegó su crítica en tres frentes diferentes: editorial, intelectual e institucional.

EL FRENTE EDITORIAL

Un aspecto apenas examinado de la trayectoria intelectual de Gino Germani es el relativo a su papel como editor y traductor. En efecto, a partir de mediados de la década de 1940 y durante un período que comprende aproximadamente unos veinticinco años, Germani desarrolla en la Argentina una activa tarea editorial como director de las colecciones Ciencia y Sociedad, de la editorial Abril, y Biblioteca de Psicología y Sociología, de Paidós. Traducciones, estudios preliminares y prólogos a distintas obras de origen extranjero caracterizan una intensa actividad de difusión intelectual.²⁴

En 1944, Germani escribió el prólogo a *Política exterior de los Estados Unidos*, de Walter Lippmann; en 1946 publicó un estudio introductorio a *La libertad en el Estado moderno*, de Harold Laski, y un año después tradu-

cía, acompañado de un estudio preliminar, *El miedo a la libertad* de Erich Fromm. En 1949 escribió un estudio preliminar a *Estudios de psicología primitiva*, de Bronislaw Malinowski, y prologó *El peligro de ser "gentlemen"* y *otros ensayos*, de Harold Laski; en 1950 tradujo y prologó, *Psicoanálisis y sociología*, de Walter Hollischer; al año siguiente escribió el prefacio a *El carácter femenino*, de Viola Kleim; finalmente, en 1953 realizó un estudio preliminar a *Espíritu, persona y sociedad*, de George H. Mead, y tres años más tarde escribió la presentación a la edición castellana de *Razón y naturaleza. Un ensayo sobre el significado del método científico*, de Morris R. Cohen, aparecido en la Biblioteca Filosófica de la editorial Paidós, dirigida por Enrique Butelman.

Hasta aquí, los textos en los que la intervención editorial de Germani aparece comprometida bajo la forma de la traducción y/o del prólogo. Pero además de esos títulos, Germani publicó *Adolescencia y cultura en Samoa* (1945) y *Sexo y temperamento* (1947), de Margaret Mead; *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, de Karen Horney (1946); *El retorno de la razón*, de Guido de Ruggiero (1949); *La sociología alemana contemporánea*, de Raymond Aron (1953); *Psicoanálisis del antisemitismo*, de Nathan Ackerman y Marie Jahoda (1954); *La sociedad abierta y sus enemigos*, de Karl Popper (1957); *La personalidad básica*, de Michel Dufrenne (1959); *Carácter y estructura social*, de Hans Gerth y C. Wright Mills (1961); *La muchedumbre solitaria*, de David Riesman (1964), y *El Estado democrático y el Estado autoritario* (1968), de Franz Neumann, entre otros.²⁵

Una primera e inevitable impresión es el carácter marcadamente heterogéneo del material editado; en él conviven, en efecto, una diversidad de tradiciones tanto teóricas (Escuela Crítica de Frankfurt, culturalismo, psicoanálisis reformista, *Gestalttheorie* e interaccionismo simbólico) como disciplinarias (antropología, psicoanálisis, teoría política y psicología social). De manera que la selección del material que a través de Abril y Paidós introduce Germani en la Argentina durante estos años no pareciera obedecer a una específica orientación disciplinaria y menos aún a una tradición cultural determinada.

Ahora bien, ¿qué transformaciones introduce la biblioteca de Germani en el sistema de lecturas de referencia de la época? Una respuesta a este último interrogante implica una referencia al mundo editorial de la época. ¿Qué se editaba entonces en materia de sociología? ¿Qué leían los sociólogos? Durante el período de entreguerras, la edición en el dominio de las ciencias sociales y humanidades manifestaba cierta preferencia por la cultura alemana, en parte como consecuencia del clima antipositivista

imperante en los medios académicos, especialmente filosóficos. La *Revista de Occidente* y la *Biblioteca de Ideas del Siglo XX*, ambas bajo la dirección de José Ortega y Gasset, fueron los canales más importantes del ingreso de la cultura alemana en nuestro medio intelectual.²⁶ Entre 1924 y 1936, la editorial de la *Revista de Occidente* publicó más de doscientos títulos distribuidos entre las 20 colecciones con que contaba. La colección Nuevos Hechos, Nuevas Ideas, la más importante en el dominio de la filosofía y de las ciencias sociales, editó 39 títulos entre 1925 y 1935. Entre ellos figuraron obras de Max Scheler, Wernert Sombart, Edmund Husserl, Friedrich Hegel y George Simmel. Aunque llegaría a editar un solo título, la editorial contó igualmente con una colección de Estudios Sociológicos en la que apareció *La familia* (1930), de Ferdinand Lyer Müller.

En lo que respecta a la literatura sociológica propiamente dicha, hay que recordar que hacia 1940 aparece, como ya se ha dicho, la colección de Francisco Ayala, la Biblioteca de Sociología. La colección de Ayala editó los siguientes títulos: *Las formas de la sociabilidad* (1941) y, del mismo autor, *Las tendencias actuales de la filosofía alemana* (1944), de George Gurvitch; *La sociología, ciencia de la realidad. Fundamentación lógica del sistema de la sociología*, de Hans Freyer (1944); *Manual de sociología*, de Morris Ginsberg (1942); *Comunidad. Estudio sociológico*, de R. M. MacIver (1944); *Sociología argentina*, de José Ingenieros (1946); *El problema de las generaciones en la historia del arte en Europa*, de Wilhelm Pinder (1946), y *Comunidad y sociedad*, de Ferdinand Tönnies (1947). Aunque algunos de esos textos nos parezcan hoy algo pasados de moda, difícilmente podría subestimarse el carácter verdaderamente renovador, al menos para la época, de su programa de publicaciones sociológicas. En efecto, Hans Freyer era por entonces uno de los sociólogos más representativos de la cultura alemana y George Gurvitch, que había renovado significativamente la sociología francesa a partir de los aportes de la fenomenología alemana, era una de las figuras dominantes de la sociología francesa. Robert M. MacIver, a su vez, se contaba entre los autores más representativos de la sociología estadounidense, y especialmente de una de sus orientaciones dominantes, el estudio de comunidades.

Además, y fundamentalmente en virtud de la extraordinaria labor del Fondo de Cultura Económica, y en especial de la colección Sección Obras de Sociología, dirigida por José Medina Echavarría, los grandes textos de lo que hoy solemos identificar como la gran tradición sociológica se hallaban por entonces disponibles en castellano.²⁷ Así, en 1942 el FCE editó de Max Weber la *Historia económica general* y, dos años más tar-

de, *Economía y sociedad*, una edición que se anticipó en muchos años a las ediciones italiana, estadounidense y francesa.²⁸ Durante esos años, la editorial mexicana publicó las obras más importantes de Karl Mannheim, uno de los sociólogos más representativos de la época (*Ideología y utopía* [1941], *Libertad y planificación* [1942] y *Diagnóstico de nuestro tiempo* [1944]) y, en 1942, los *Principios de sociología*, de Ferdinand Tönnies. El hecho de que todas estas obras circularan y fueran conocidas en la Argentina, al menos entre el público que cultivaba la sociología, puede demostrarse a través de una consulta de los programas de enseñanza de la sociología, de las secciones de noticias bibliográficas del *Boletín del Instituto de Sociología*, así como del catálogo de la biblioteca de ese instituto.

Las primeras traducciones —emprendidas por editoriales españolas— de las obras de Emile Durkheim datan de fines de la década de 1920 y, con excepción de *Las formas elementales de la vida religiosa*, hacia la década de 1930, sus obras más importantes ya habían sido traducidas al castellano. En orden sucesivo: *Las reglas del método sociológico* (Madrid, D. Jorro, 1912); *La división del trabajo social* (Madrid, D. Jorro, 1928); *El suicidio: estudio sociológico* (Madrid, Reus, 1928); *El socialismo* (Barcelona, Apolo, 1931), y *Educación y sociología* (Madrid, Espasa-Calpe, 1934). Posteriormente, en 1947, la Biblioteca Pedagógica de Losada editó *La educación moral* y en 1951, la editorial Guillermo Kraft hizo lo propio con *Sociología y filosofía*. Igualmente, y como ha revelado una investigación reciente, la obra de Durkheim era muy conocida entre nuestros sociólogos: Ernesto Quesada, Antonio Dellepiane, Raúl Orgaz, Leopoldo Maupas estaban familiarizados con ella; el mismo Maupas, incluso, mantuvo con Durkheim un polémico intercambio epistolar relativo al objeto y al enfoque del estudio sociológico.²⁹

A la luz de la evidencia empírica disponible, difícilmente la actividad editorial de Germani podría ser vista como destinada a difundir literatura sociológica en nuestro medio, al menos si por ello entendemos los autores convencionalmente clasificados dentro de esa nomenclatura, pues buena parte de las obras de Durkheim, de Weber, de Mannheim, de Simmel y de Tönnies ya estaban traducidas al castellano. En realidad, el material editado por Germani no encaja fácilmente en los sistemas de clasificación disciplinaria de la época. El linaje de los textos se abre en diferentes direcciones. Con excepción del nombre de George H. Mead, que había inspirado toda una tradición de investigaciones en el campo de la sociología estadounidense, la del interaccionismo simbólico, ninguno de los autores editados suele figurar en los índices onomásticos de los ma-

nuales de sociología más corrientes. Es curioso, pero comparada con la de Ayala, un típico representante de la *tradicional* sociología de cátedra, la colección de Germani, la figura más representativa de la *moderna* sociología empírica en la Argentina, luce poco sociológica o, en todo caso, como menos ortodoxamente sociológica.

La innovación de la empresa editorial de Germani no estriba entonces en el hecho de cubrir un vacío en la literatura sociológica que, como se ha visto, no era tal. Tampoco en promocionar una sociología científica y/o empírica. Un examen atento de la literatura editada no resistiría tal afirmación. En rigor de verdad, la actividad editorial de Germani realiza una serie de innovaciones en tres planos diferentes: (a) en el plano de la lengua, al desplazar la mirada del mundo alemán hacia el mundo anglosajón; (b) en el plano de la problemática, al conectar la reflexión sociológica con una nueva agenda temática, relativa al debate en torno a la sociedad de masas, su conexión con el fenómeno del totalitarismo y el porvenir de la democracia; (c) en el plano teórico-conceptual, al abrir la sociología a otros continentes conceptuales, sustrayéndola así de su vocabulario más específico e inscribiéndola en el contexto más amplio de las ciencias sociales. En suma, el proyecto editorial de Germani cambia el tema y el vocabulario de la conversación sociológica.

Como se ha dicho, el mundo editorial de entreguerras estuvo fuertemente marcado por la presencia de la cultura alemana. Todavía en 1957, en el prólogo a *La sociedad abierta y sus enemigos*, de Karl Popper, editado por Germani, Norberto Rodríguez Bustamante (por entonces profesor del Departamento de Sociología), reseñaba con cierta acrimonia este predominio de la lengua alemana cuando escribía lo siguiente:

Hay que reconocer que de un tiempo a esta parte, la unilateralidad de dirección se ha pronunciado por un auge del germanismo que, originado en España a partir de Ortega y la *Revista de Occidente*, irradió en América y se manifestó con caracteres acusados en la Argentina, desplazando a las anteriores influencias de la filosofía francesa y de algunas figuras del pensamiento italiano y norteamericano.

Frente a ello, la empresa editorial de Germani procuraría conectar a su público con tradiciones de pensamiento que resultaban novedosas en un medio intelectual semejante. En este sentido, la proyectada edición de la obra de John Dewey, *Lógica. Teoría de la investigación*, constituía un severo desafío intelectual dada la escasa hospitalidad hacia dicha tradición

mostrada por los medios filosóficos argentinos de entonces.³⁰ En tal sentido, uno de los aspectos innovadores del emprendimiento editorial de Germani radicaría en la introducción de una lengua que, como el inglés, no gozaba por entonces del prestigio intelectual, al menos, en el universo de la filosofía y las humanidades, que se atribuía a la lengua alemana.³¹ En efecto, la mayor parte de los títulos que integran el catálogo de la colección de Germani es de origen anglosajón. Buena parte de ellos, incluso, provienen de la International Library of Sociology and Social Reconstruction (Biblioteca Internacional de Sociología y Reconstrucción Social), una colección de una editorial inglesa dirigida por Karl Mannheim, una figura enormemente influyente en el pensamiento de Germani.³² Ciertamente, esta inclinación hacia el mundo anglosajón no habría de implicar una predilección exclusiva por autores británicos o estadounidenses. Por el contrario, la atención de Germani estaría centrada igualmente en el mundo de la migración intelectual europea. Pero en todo caso, algo parece claro: frente a la figura de uno de sus inmediatos competidores, Francisco Ayala, que oficiaba de “traductor” e “importador” de la cultura alemana, Germani se erigía en el traductor e “importador” de la literatura anglosajona. Esta sesgada atención al mundo alemán, en un caso, y al mundo anglosajón, en el otro, habría de convertirse en un componente central de la diferenciación entre sociología de cátedra y sociología científica.

Un examen de lo publicado en el *Boletín del Instituto de Sociología* durante la primera mitad de los años cuarenta revela la existencia de tres preocupaciones que dominaban la discusión sociológica. La primera de ellas, de carácter netamente historiográfico, giraba en torno a la necesidad de reconstruir las formas y tradiciones del pensamiento social argentino. La segunda, en cambio, estaba referida al estatuto teórico y metodológico de la sociología: ¿era la sociología una ciencia del espíritu o una ciencia positiva? ¿Debía regirse por el método de la comprensión o por métodos naturalistas? La tercera, finalmente, giraba en torno a la enseñanza y organización de la disciplina, así como a la posibilidad y necesidad de una “sociología latinoamericana”.

A partir de las ediciones de *La libertad en el Estado moderno* y de *El miedo a la libertad*, Germani coloca en el centro de la reflexión sociológica una interrogación sobre la sociedad moderna y sus crisis. Dicha crisis, según argumentaba el editor en el prólogo a aquellas obras, se manifestaba tanto en el plano objetivo como en el subjetivo. En el plano objetivo, se trataba de la crisis de una institución central de la cultura moderna, el

régimen económico del *laissez faire* y el sistema político fundado en el Estado liberal burgués, cuyos supuestos se habían visto socavados por las transformaciones operadas en la economía y en la técnica durante el período de entreguerras. La consecuencia inmediata de esas transformaciones era la emergencia de una sociedad de masas, y con ella, la tendencia creciente hacia una planificación de la sociedad y hacia una funcionalización creciente de las relaciones sociales, lo que implicaba un predominio cada vez más acusado de las fuerzas impersonales del mercado y del capital y la subsecuente pérdida de la individualidad. ¿Significaba todo ello una amenaza a la libertad? ¿De qué manera sería posible compatibilizar planificación con libertad?

En el plano subjetivo, la crisis se expresaba en ese “miedo a la libertad” que se había visto reflejado en el surgimiento del totalitarismo y que era el producto de esa situación de “aislamiento” y “soledad moral” que experimentaban los individuos en la moderna sociedad de masas; esa nueva formación social que, luego de haber puesto en crisis las formas tradicionales de integración social, no le brindaba al individuo los marcos institucionales adecuados en los que restablecer sus relaciones con el mundo. En esa falta de vínculos, Germani identificaba, entonces, el origen de situaciones de anomia o desintegración social que ponía a las masas en situación de “disponibilidad” para aventuras políticas de signo diverso. De esta manera, Germani situaba la reflexión sociológica sobre los fenómenos políticos contemporáneos en el contexto de la crisis civilizatoria del orden moderno. A la luz de dicha problemática, Germani definía la agenda de las ciencias sociales en los siguientes términos:

Se llega con esto a uno de los problemas centrales de nuestro tiempo: el del *sentido* que asume la adaptación frente a los cambios estructurales. Uno de los rasgos más característicos de la escena contemporánea ha sido la irracionalidad de tales adaptaciones. La concepción iluminista que presenta al hombre como un ser racional capaz de asumir decisiones adecuadas a sus intereses, siempre que tenga acceso a la información necesaria, pareció sufrir un golpe decisivo.

Naturalmente, la instalación de esta problemática no puede disociarse de los acontecimientos políticos que por entonces habían transformado radicalmente el escenario político nacional. Como es sabido, un movimiento político de masas, liderado por un caudillo de extracción militar, acababa de acceder al poder con el apoyo de las masas populares. Las pa-

labras del prólogo exhibían la presencia de un fenómeno que, al menos en principio, había venido a desafiar las explicaciones más corrientes sobre el comportamiento político, fundamentalmente aquellas provenientes de una antropología de matriz iluminista. ¿Cómo podía explicarse esa “explosión de irracionalidad [...] que se ha manifestado en el campo político como negación de la libertad”? ¿Qué había impulsado a las masas a adherir a regímenes políticos que parecían contrariar sus intereses? ¿Qué se había interpuesto entre el “hombre como ser racional y su consiguiente capacidad de asumir decisiones adecuadas a sus intereses”?

A través de todos estos interrogantes, Germani centraba la reflexión sociológica sobre el presente y la situaba en el contexto de una nueva problemática: la de una crisis de la sociedad moderna en el marco del advenimiento de la sociedad de masas y el surgimiento del totalitarismo. En la Argentina, ese presente sería el peronismo, y su comprensión y explicación habrían de constituir un componente central, tanto de las tareas que a sí misma se asignaba la empresa intelectual de la sociología científica promovida por Germani, como de la identidad de la empresa disciplinaria misma.

La posición crítica hacia el nuevo fenómeno político asumida por la sociología científica habría de contrastar a este respecto con la actitud adoptada por la mayoría de los sociólogos de cátedra, que, o bien se abstendrían de referirse al fenómeno, o bien se inclinarían por celebrarlo. Las ponencias presentadas en el Primer Congreso Latinoamericano de Sociología, celebrado en Buenos Aires en 1951, reflejaban en buena medida ambas actitudes. Por un lado, la de aquellos que, como Ricardo Levene y Alfredo Poviña, hallarán en la discusión relativa a la necesidad y posibilidades de una sociología latinoamericana un expediente adecuado para eludir cualquier referencia al problema político. Y, por el otro, la de aquellos otros que, desde la perspectiva de un catolicismo integrista, expresaban posiciones celebratorias del régimen político imperante.³³ Las conferencias que el conocido sociólogo alemán Hans Freyer, representante oficial de la sociología durante el régimen nazi, dictara en 1953 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires contribuyeron quizá más que ninguna otra cosa a simbolizar las posiciones políticas de esa sociología que Germani había decidido combatir.³⁴

Ciertamente, sería un error calificar de peronista a la sociología de cátedra, entre otras cosas, porque muchos de sus practicantes, en rigor, no lo eran. Por lo demás, y como ha sido demostrado, el mismo régimen político no se caracterizó por exigir a los círculos doctos una fidelidad doc-

trinaria en el plano intelectual, sino solamente “pasividad en el plano estrictamente político”.³⁵ Sin embargo, lo cierto es que bajo el gobierno peronista, el número de cátedras de sociología se incrementó sensiblemente a la vez que se crearon las principales bases organizativas de la disciplina. Y sería precisamente esa relativa hospitalidad institucional de la que se haría acreedora la sociología de cátedra durante los años del peronismo la que operaría con posterioridad a la caída del régimen como un elemento más que contribuiría a oponer la sociología de cátedra a la sociología científica. Una oposición, a su vez, que la propia trayectoria de Germani durante el peronismo no haría más que amplificar. En efecto, además de contarse entre los primeros que decidieron renunciar a la vida universitaria, Germani rápidamente se integraría a algunas de las sociedades de pensamiento y círculos culturales privados que formarían ese espacio cultural, abigarrado y heterogéneo, de oposición política y cultural al peronismo. Aunque con diferente grado de intensidad, tanto su participación en el Colegio Libre de Estudios Superiores, como su actividad editorial y su colaboración con la revista *Imago Mundi*, de José Luis Romero, contribuirían a investir a su trayectoria de un perfil de intelectual antifascista y a marcar una clara diferencia respecto de sus contrincantes. De manera que no sería solamente el componente cognitivo relativo al carácter disciplinar de la empresa lo que originaría la diferenciación entre ambas orientaciones. No menos importante habría de revelarse el componente político-ideológico que pondría en juego trayectorias y posiciones político-intelectuales marcadamente diferentes.

Con respecto al plano teórico-conceptual, habría que recordar lo que Germani escribió en las primeras líneas del prefacio a *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm:

La obra de Erich Fromm [...] no constituye solamente un cuidadoso análisis de los aspectos psicológicos de la crisis de nuestro tiempo y un esfuerzo por desentrañar en el origen mismo de la sociedad moderna, sus profundas y lejanas raíces, sino que se nos ofrece también como una importante contribución a la teoría sociológica, y como un ejemplo logrado de aplicación fecunda del psicoanálisis a los fenómenos históricos.

En el contexto intelectual y en el vocabulario de la época, el uso de términos como *psicología* o *psicoanálisis* no era, en rigor, infrecuente. En efecto, por esos años, la psicología y el psicoanálisis se habían expandido notablemente.³⁶ Lo novedoso era, en cambio, la presencia de términos co-

mo *psicoanálisis* o *psicología* en el vocabulario de la sociología de entonces, tanto como la idea de que la disciplina fundada por Freud —muchas de cuyas obras, lo que también era una novedad, Germani citaba en el texto— pudiera contribuir a la teoría sociológica y al esclarecimiento de fenómenos de carácter histórico. Era novedoso, igualmente, la orientación psicoanalítica difundida por Germani, la del “psicoanálisis reformista”, a partir de la cual proyectaría una estrategia intelectual de incorporación del psicoanálisis a la construcción de una renovada “ciencia del hombre” que marcaría, quizás, el rasgo más distintivo de su proyecto editorial.³⁷

A esa incorporación del psicoanálisis Germani sumaría, igualmente, los aportes de la psicología de las relaciones interpersonales, las distintas tendencias de la psicología social estadounidense así como la antropología cultural. En tal sentido, la edición de autores como Karen Horney, Erich Fromm y Walter Hollischer, pero también de Bronislaw Malinowski y George Mead, se inscribió en una estrategia político-intelectual destinada a tallar el perfil de “ciencia del hombre” sobre la base de una convergencia, temática y metodológica, de los saberes de la psicología, la antropología y la sociología.

Por cierto, la difusión de esta literatura estaba estrechamente conectada con la agenda temática. En efecto, su atención al psicoanálisis reformista hay que entenderla en el contexto de su preocupación por comprender “el sentido que asume la adaptación frente a los cambios estructurales”, más específicamente, el carácter predominantemente “irracional”, según juzgaba Germani, de dichas adaptaciones. En tal sentido, el psicoanálisis reformista significaba una doble contribución a la teoría sociológica: por un lado, al otorgar un mayor relieve a la dimensión subjetiva de la acción, permitía superar el sociologismo que pretendía explicar la dinámica social en función de fuerzas impersonales; y, por el otro, al concebir, contra el biologismo del psicoanálisis ortodoxo, esa dimensión subjetiva como algo social e históricamente formado, permitía superar el psicologismo que sólo conoce conciencias individuales, sin reparar que su formación tiene lugar en contacto con las instituciones de la vida social. En resumen, el psicoanálisis reformista permitía poner de relieve la importancia de la sociedad y la historia en los procesos de construcción de la personalidad.

Así, a través de ese cruce entre psicoanálisis reformista, psicología social y antropología cultural, la biblioteca de Germani diseñaba un nuevo campo, el de las “ciencias del hombre”, a la vez que integraba a la reflexión sociológica una problematización de esa dimensión más propiamente

te simbólico-antropológica de la vida social, esas fuerzas y disposiciones psíquicas socialmente constituidas a cuya interrogación se confiaba la posibilidad de develar, al menos en parte, las razones de los acontecimientos que habían sacudido los fundamentos del mundo moderno.

EL FRENTE INTELECTUAL

Como se ha dicho, la enseñanza de la disciplina ya había sido incorporada en nuestro medio con anterioridad al establecimiento de la “sociología científica”. Ahora bien, ¿qué forma había adoptado esa incorporación? En primer lugar, los trabajos de intención sociológica que publicaban los sociólogos de cátedra consistían en exposiciones y comentarios de las principales doctrinas sociológicas de fines del siglo XIX y principios del XX, en unos casos, o en trabajos de naturaleza historiográfica, en otros. Su papel principal era el de profesionales de la sociedad o el de maestros universitarios, y en general no se esperaba de ellos que realizaran investigaciones empíricas. La enseñanza de la disciplina, por lo demás, no se realizaba con el fin de formar sociólogos, sino de ofrecer a los estudiantes de otras carreras una suerte de complemento cultural relativo a un conocimiento de los fenómenos sociales.

Con la creación del Instituto de Sociología aparecieron las primeras investigaciones empíricas. Es precisamente en el marco de dicho Instituto donde Germani lleva adelante una serie de investigaciones relacionadas con la composición de la población, el estado de la opinión pública y la situación de las clases medias en la Argentina.³⁸ Asimismo, por intermedio del instituto, Germani integró la comisión de asesoramiento para la realización del Cuarto Censo Nacional realizado finalmente en 1947.³⁹ Por lo demás, y ya desde su primer número, el *Boletín del Instituto de Sociología* contaba con una sección, a cargo de Germani, titulada “Datos sobre la realidad social argentina contemporánea”, destinada precisamente a recoger y analizar información estadística relevante. Con todo, lo curioso es que esos primeros ensayos de investigación empírica eran obra exclusiva de Germani y su pequeño grupo de colaboradores, y apenas llegaron a despertar el interés de los restantes miembros del instituto. En tal sentido, el que Germani no encontrara obstáculos a la realización de sus proyectos de investigación y a su estilo particular de trabajo no puede ser tomado rápidamente como un indicador suficiente del respaldo y la aprobación de que aquellos eran objeto, aunque del mismo modo, esa

misma ausencia de obstáculos obliga a tomar distancia respecto de la imagen de un medio intelectual enteramente hostil al tipo de investigaciones a las que era afecto, al parecer, solamente Germani.

En todo caso, lo cierto es que, como consecuencia de la reacción antipositivista, la autocomprensión “positivista” de la sociología vigente hasta las primeras décadas de este siglo se había visto desplazada por una autocomprensión “culturalista”, que suponía el trazado de una rígida frontera entre la investigación empírica o sociografía y la sociología pura o ciencia de la cultura. De acuerdo con esta nueva visión, sobre la que existía un relativo consenso entre los practicantes de la disciplina, la sociografía, guiada por métodos naturalistas, era concebida como disciplina auxiliar de la sociología; a esta última quedaba reservada la tarea de conocer aquella dimensión de la vida social que, dada su naturaleza eminentemente espiritual, exigía una aproximación en los términos de una comprensión intuitiva. Esta visión de la ciencia social estuvo en el blanco de la ofensiva intelectual de Germani en favor de una redefinición de la disciplina.

En los medios de habla hispana, el primer libro que inició un movimiento en esta dirección fue *Sociología. Teoría y método*, de José Medina Echavarría, aparecido en 1941, libro que Germani saludaría dos décadas más tarde como el que inició “la ola de la sociología científica en América latina”. En el prólogo a la primera edición, Medina Echavarría escribía:

Se trata de que no puede existir una ciencia sociológica sin una teoría y sin una técnica de investigación. Sin una teoría, es decir, sin un cuadro categorial depurado y un esquema unificador, lo que se llama sociología no sólo no será ciencia, sino que carecerá de significación para la investigación concreta y la resolución de los problemas sociales del día. Sin una técnica de investigación definida, o sea sometida a cánones rigurosos, la investigación social no sólo es infecunda, sino que invita a la acción siempre dispuesta del charlatán y del audaz. [...] La sociología ha sido siempre la más castigada por la improvisación, y ésta es la que importa cortar de raíz en los medios juveniles.

El programa de Medina Echavarría de convertir a la sociología en una ciencia significaba a la vez aplicar el “método científico” al estudio de los asuntos humanos y terminar con la dicotomía de ciencias naturales y ciencias sociales. Aun cuando reconocía la diferencia entre la materia de las ciencias naturales y la de las ciencias sociales, advertía que el método científico es el mismo para todas las ciencias. Este programa de una unifica-

ción de las ciencias o, mejor dicho, de una “unidad del método científico”, era el componente más decisivo de la reorientación ensayada por Medina Echavarría.

En sintonía con las formulaciones de Karl Mannheim, Echavarría enfatizaba la función instrumental de la sociología: esta última debía servir de guía orientadora de la acción humana. A los ojos de Echavarría, la redefinición de la sociología suponía rechazar las dos reducciones que habían dominado las discusiones sociológicas referidas al objeto de la disciplina hasta entonces: por un lado, la “reducción naturalista” (tanto en su variante organicista como ambientalista), que concibe los hechos sociales como fenómenos naturales, y la consiguiente necesidad de tratarlos con los instrumentos de las ciencias naturales; por el otro, la “reducción culturalista” (en sus versiones historicistas o fenomenológicas), que concibe el hecho social como una manifestación de la cultura o del espíritu, y que subraya, por consiguiente, métodos especiales de aprehensión de esas totalidades de sentido. Frente a esas dos reducciones, Medina Echavarría declaraba que “la sociología es una ciencia positiva, o sea empírica e inductiva”. Por consiguiente, a ella podían ser aplicados los métodos que habían demostrado su fertilidad en otras ciencias: observación, experimentación y comparación. Y que el hecho de que la sociología tratara con datos sociales, de carácter eminentemente histórico, no debía modificar en nada, según el autor, la sustancia del planteo. Como ejemplo logrado de esta nueva actualización Medina Echavarría refería al caso de la sociología estadounidense.

Una década y media más tarde, Germani publicaba *La sociología científica: apuntes para su fundamentación*. El libro, podría decirse, constituía la coronación de toda una ofensiva intelectual en favor de un nuevo programa para las ciencias sociales en directa sintonía con la actualización emprendida por Medina Echavarría. En su estructura y en su retórica, el libro guarda un fuerte parecido con lo que en el mundo de la ley anglosajona se denomina “carta de incorporación”: un documento público destinado a constituir una asociación formal o grupo corporativo a través de la designación de sus propósitos distintivos, de sus procedimientos operatorios, de sus recursos disponibles y de sus objetivos futuros. Una carta de incorporación implica asimismo el reclamo de una identidad establecida, así como la exigencia de derechos y privilegios correspondientes al *status* separado de una corporación.⁴⁰ En suma, a través de esa designación y de ese reclamo y exigencia, Germani se aprestaba a edificar una Carta Magna para la sociología. El objetivo nuclear de ella apuntaba a trascender la

dicotomía entre sociología general y sociografía, y proponer en su lugar una ciencia empírico-analítica.

Los términos de dicha Carta Magna se comprenden sólo en el contexto del neopositivismo, una corriente filosófica que desde los años treinta se convirtió en la fuente de inspiración de todos aquellos que procuraban convertir a la sociología en una "ciencia".⁴¹ Originado en Austria y Alemania, el núcleo del movimiento siguió activo en los Estados Unidos (y en menor medida en Inglaterra) y entró en contacto con las tradiciones empiristas y pragmatistas que tenían hondo arraigo en la filosofía anglosajona. Sus principales representantes fueron Carl Hempel, Herbert Feigl, Rudolph Carnap, Hans Reichenbach, John von Neumann y Philip Frank. En tanto filosofía de la ciencia, el neopositivismo postuló como criterio para juzgar la cientificidad de las empresas cognoscitivas el rigor formal (la validez deductiva) y la base empírica del conocimiento (la verificabilidad de sus proposiciones), y estuvo animado, igualmente, por un propósito de largo aliento: edificar un sistema de axiomas comprensivo que fuera capaz de representar la totalidad del conocimiento científico positivo. De aquí nació, precisamente, el movimiento a favor de una "ciencia unificada" (*unified science*). Sus convicciones centrales, no obstante los matices y las diferencias entre sus miembros, eran las siguientes: (a) existe un "método" para obtener conocimiento científico; (b) dicho método descansa en una serie de procedimientos que pueden ser expresados en algoritmos formales relacionando las observaciones empíricas de la ciencia con las proposiciones teóricas en términos de las cuales ellas serán explicadas; (c) la racionalidad de la ciencia descansa en ese conjunto de procedimientos formalmente válidos.⁴² Estas convicciones indicaban el camino que debían adoptar las ciencias sociales si pretendían alcanzar conocimiento científico: se trataba de transferir los métodos de las ciencias naturales —el "método científico"— al estudio de los asuntos humanos.

En la Argentina, el ideario neopositivista ingresa en una fecha relativamente temprana. En los años cuarenta aparece una publicación dirigida por Mario Bunge, *Minerva. Revista Continental de Filosofía*, el primer medio académico que comienza a difundir las ideas del neopositivismo asociado al Círculo de Viena.⁴³ Hasta donde sabemos, Germani estaba en contacto con los miembros de dicha publicación y había prometido un ensayo consagrado a la sociología estadounidense que, por razones que desconocemos, nunca fue publicado.⁴⁴ Además de razones estrictamente teóricas, la adhesión de la revista al ideario neopositivista reconocía también motivos extrateóricos: se trataba del combate contra el irracionalis-

mo que, según reconocía la editorial, había venido a poner en entredicho la soberanía de la razón como guía práctica de la acción humana.

En la Carta de Germani, las referencias al neopositivismo remiten a distintos focos de inspiración. En primer lugar, a una figura por entonces relativamente conocida en los medios de habla hispana: el filósofo de la ciencia Hans Reichenbach, un miembro prominente del llamado Círculo de Viena, fundador de la Escuela del Positivismo Lógico en Berlín,⁴⁵ y autor de *La filosofía científica*, uno de los manifiestos del nuevo movimiento filosófico.⁴⁶ El segundo foco remite a Felix Kaufman, que, aunque no estrictamente enrolado en la escuela del positivismo lógico, compartía, sin embargo, algunas de sus premisas, en especial la relativa a la necesidad de una unificación de las ciencias. Su principal obra, *Methodology of Social Sciences*, también tempranamente introducida al público de habla hispana, fue recogida por Germani precisamente en lo relativo a este punto.⁴⁷ Finalmente, en 1956, el mismo año en que aparecía *La sociología científica*, Germani editaba, acompañado de un prólogo, *Razón y naturaleza. Un ensayo sobre el significado del método científico*, de Morris Cohen,⁴⁸ lo que prueba, una vez más, su interés por esta corriente filosófica.

De la escuela neopositivista, Germani adoptaría tres ideas rectoras que habrían de dirigir su polémica relativa al método: (a) la preeminencia otorgada a la investigación empírica en la producción de conocimientos; (b) la idea de que las bases últimas del conocimiento residen en la verificación experimental de carácter pública, intersubjetiva, más que en la experiencia personal; (c) la convicción de que no existe diferencia entre ciencias naturales y ciencias sociales o de la cultura en lo que a sus fundamentos lógicos se refiere. De ahí la necesidad de un programa de unificación "metódica" de las ciencias.

En su ofensiva, cuya primera estación importante tuvo lugar en el Primer Congreso Latinoamericano de Sociología celebrado en Buenos Aires en 1951, Germani ajustó cuentas con todo el espectro de la "sociología de cátedra", local (R. Treves, A. Baldrich, A. Poviña, F. Ayala, R. Orgaz, J. Miguens, M. Figueroa Román) y latinoamericana (G. Freyre, L. Recasens Siches). La convicción que lo empujaba a establecer una "disputa por el método", según argumentaba, era que en el campo de las ciencias sociales, el predominio de una determinada teoría sobre el método repercute no solamente sobre los métodos empleados en la investigación, sino también sobre el desarrollo de la ciencia misma. En tal sentido, Germani estaba convencido de que el predominio de una autocomprensión "culturalista" de la disciplina, al dotar a ésta de un carácter eminentemen-

te filosófico y especulativo, terminaba desalentando la investigación empírica. Asimismo, y en virtud de dicha autocomprensión, la sociología quedaba escindida en dos disciplinas: la sociología propiamente dicha, entendida como ciencia de la cultura y fundada en métodos de inspiración fenomenológica, y la sociometría, de carácter naturalista y destinada a proporcionarle a la primera los “materiales” para la construcción conceptual. El error de esa división, a juicio de Germani, residía en que nadie alcanzaba explicar de qué manera se operaba el tránsito de la teoría a los datos, de la sociología a la sociografía. Ciertamente, Germani se mostraba igualmente crítico hacia la tendencia opuesta, el empirismo acrítico de procedencia anglosajona. La mera acumulación de los “hechos” —señalaba— tenía la mayor parte de las veces un valor sociológico más que dudoso. En todo caso, la única manera de escapar al “empirismo desordenado” como a la “especulación descontrolada”, residía en la conversión de la sociología en una ciencia empírico-analítica, en la que la teoría —su elemento lógico— estuviera en condiciones de proporcionar el cuadro categorial que ordenara y guiara la percepción de los datos, así como también las hipótesis que la investigación empírica se encargaría de verificar. En resumen, en ambos frentes, editorial e intelectual, Germani realizaba una doble operación de unificación: temática a la vez que metodológica.

LA BATALLA INSTITUCIONAL

Como se ha visto, hacia mediados de la década de 1950, la sociología de cátedra controlaba las principales bases institucionales de la profesión, incluyendo las posiciones directivas y académicas (el Instituto de Sociología y las cátedras),⁴⁹ las sociedades doctas nacionales (la Sociedad Argentina de Sociología) y regionales (la Asociación Latinoamericana de Sociología), las publicaciones (el *Boletín del Instituto de Sociología*) y los contactos internacionales. Por lo demás, en los sucesivos congresos organizados por la asociación regional (Buenos Aires, 1951; Río de Janeiro, 1953; Quito, 1955; Santiago de Chile, 1957; Montevideo, 1959, y Caracas, 1961), la sociología científica aparece claramente subrepresentada.

Al frente de este control por parte de la sociología de cátedra se hallaba Alfredo Poviña, que para entonces había adquirido una respetable trayectoria en el campo intelectual, y especialmente en el sistema académico. Además de su tesis doctoral, *Sociología de la revolución*, que le valió cierto reconocimiento, publicó durante los años treinta sus primeros es-

critos sobre sociología en la revista *Cursos y Conferencias*.⁵⁰ Hacia mediados de la década de 1950, su *Curso de sociología* había alcanzado ya la tercera edición. En los cuarenta y los cincuenta, por lo demás, había logrado establecer una extensa red de relaciones tanto a nivel regional como internacional que, sumada a sus numerosas publicaciones, le había proporcionado una considerable reputación en el campo. Además de una serie de publicaciones en diferentes y prestigiosas revistas extranjeras,⁵¹ Poviña integraba el Consejo Directivo del Institut International de Sociologie (IIS), una vieja institución de la sociología creada por René Worms en 1893,⁵² y en 1963 sería designado su presidente en ocasión de la realización del XX Congreso Internacional de Sociología, celebrado en la ciudad de Córdoba. Era la primera vez que la presidencia del instituto era ocupada por un argentino y la segunda por un latinoamericano (en 1927, el cargo había sido asignado al sociólogo peruano Mariano Cornejo). El congreso, que contó con el apoyo de la Asociación Latinoamericana de Sociología y la Sociedad Argentina de Sociología (SAS) —comandada por Poviña— y todas sus filiales —en especial, el Centro de Estudios Sociológicos de Buenos Aires (CESBA)—, reunió a un nutrido grupo de destacados sociólogos de distintas nacionalidades y de renombre internacional.⁵³

En el contexto latinoamericano, el reconocimiento no era menor. En 1941, la colección de sociología más importante de América latina, *Obras de Sociología*, dirigida por José Medina Echavarría, editó de Poviña su *Historia de la sociología latinoamericana*, que se constituyó en el principal material de referencia de los libros de textos más importantes de la época referidos a la historia de la sociología en América latina.⁵⁴ Paradójicamente, ese mismo año, Medina Echavarría editaba su *Sociología. Teoría y método*, el libro que pocos años después sería utilizado por la generación de los sociólogos científicos como un arma de batalla contra la sociología de cátedra. Por lo demás, a mediados de la década de 1940, George Gurvicht y Wilbert E. Moore confiarían a Poviña la redacción del capítulo consagrado a la Argentina en un libro colectivo destinado a trazar un balance del estado de la disciplina.⁵⁵ Finalmente, las buenas relaciones que mantenía con el Instituto de Investigaciones de la Universidad Nacional de México le habían permitido publicar en la prestigiosa colección de Cuadernos de Sociología de la Biblioteca de Ensayos Sociológicos, dirigida por Lucio Mendieta y Núñez, el *Decálogo y programa de aprendizaje de sociólogo*, aparecido en 1958.

Como se desprende de la información reseñada, la ofensiva de Germani en favor de una renovación de la disciplina enfrentó una situación

extremadamente compleja, pues, en rigor de verdad, la sociología ya se hallaba relativamente institucionalizada y estaba controlada desde hacía ya unos años por la sociología de cátedra. Necesariamente, la ofensiva de Germani habría de provocar entonces un conflicto en la medida en que ambas tendencias reflejaban los mismos ideales intelectuales y procuraban el control de un mismo campo intelectual; ambas pretendían para sí la identidad de sociólogos y aspiraban a representar nacional e internacionalmente a la disciplina.

Con la caída del peronismo y la apertura del proceso de renovación universitaria, Germani lograría conquistar una posición estratégicamente importante en el campo. Había logrado desplazar de la Universidad de Buenos Aires a la sociología de cátedra, en especial a Alfredo Poviña, que hasta entonces ocupaba la cátedra de Sociología, y en 1955 asumía el dictado de Introducción a la Sociología y la jefatura del Instituto de Sociología. Dos años más tarde fueron creados el Departamento y la Carrera de Sociología bajo su dirección, un hecho por demás significativo en la medida en que marcaba el establecimiento efectivo de un *cierre disciplinario*, es decir, de un monopolio instituido a favor de los especialistas certificados sobre la producción de los enunciados autorizados y autorizantes de la disciplina.

Sin embargo, la nueva posición conquistada sería firmemente resistida por sus contrincantes. Las primeras expresiones de resistencia se hicieron sentir en el quinto congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología celebrado en Montevideo en 1959. En su alocución, Poviña dirigió una dura crítica hacia lo que denominó la "sociología comprometida" y en la que incluyó a la "sociología ideológica", de orientación marxista, a la "sociología aplicada", de origen nacionalista, y a la sociología "de dimensión cuantitativa o hecholología", con la que Poviña se refería, naturalmente, a Germani. Según Poviña, una sociología "comprometida", en cualquiera de sus expresiones ("normativista" o "hechológica") significaba una pérdida de "su carácter de conocimiento imparcial y neutro en cuanto a sus resultados", y consiguientemente, una amenaza a las posibilidades de generalidad y objetividad que son propias del conocimiento científico. Poviña concluyó su alocución confiando en que "a esta sociología comprometida sucederá una sociología nueva, liberada de ismos y compromisos prácticos. La ideología seguirá gobernando el mundo pero deberá hacerlo por su propio camino. También la sociología tiene una ruta marcada que debe cuidar celosamente a todo trance, porque en ella alcanzará perspectivas panorámicas, de permanencia y universalidad. He aquí algo de la vocación actual de la sociología latinoamericana".⁵⁶

Las posiciones de ambos contendientes eran a tal punto opuestas que en el mismo año de la declaración de Poviña, y en un ensayo consagrado a exponer el estado de los estudios sociológicos en América latina, Germani podía describir la situación en los siguientes términos:

Coexisten entonces en la América latina en la actualidad dos tipos de sociología, y el problema planteado por esta coexistencia es sumamente complejo. No se trata en efecto solamente de "modernizar" cierta parte de la sociología en la América latina, sino de decidir un cambio de actitudes, una reorientación en el orden de los valores, la adopción de una diferente posición científica al par que cambios sustanciales en cuanto a organización material y a composición del personal docente y de investigación.⁵⁷

A primera vista, la declaración bien podría parecer una exageración. En efecto, para esa fecha Germani ya tenía bajo su control el Instituto, el Departamento y la Carrera de Sociología. Sin embargo, la evidencia empírica muestra que buena parte de las bases institucionales de la profesión estaban todavía en manos de los sociólogos de cátedra y que las posiciones ganadas por Germani en el campo no estaban todavía del todo aseguradas. En efecto, y con excepción de la Universidad de Buenos Aires, la mayoría de las cátedras de sociología de las universidades del interior (Córdoba, Cuyo, Tucumán y el Litoral) así como las asociaciones profesionales tanto nacionales (SAS) como regionales (ALAS) estaban todavía –y en rigor, lo seguirían estando– en manos de la vieja guardia, lo que revela, una vez más, las dificultades que debía enfrentar Germani en su intento de legitimar su nueva empresa intelectual. En realidad, la batalla recién comenzaba.

¿Cómo debía operarse ese cambio de actitudes? Según Germani, la conversión de la sociología en una disciplina (es decir, conquistar la autonomía) suponía la puesta en práctica de tres modificaciones, de carácter intelectual e institucional, que ya se habían operado en el nivel internacional. En primer lugar, la sociología debía separarse claramente de la filosofía, situación contra la que conspiraba el hecho de que la sociología seguía enseñándose dentro de una matriz filosófica y en la Facultades de Educación y Filosofía. En segundo lugar, era necesario ajustar la enseñanza de la disciplina a una metodología más rigurosa frente al carácter más especulativo y literario que predominaba en los escritos de sociología hasta entonces. Finalmente, y como estaba ocurriendo a nivel internacional, la sociología debía tender hacia la especialización contra las generalidades

a que estaba acostumbrada la sociología imperante en América latina. En suma, el afianzamiento de estos tres puntos parecía exigir el abandono de las bases institucionales iniciales (la enseñanza en la Facultades de Filosofía y Derecho) y el lanzamiento de una profesionalización sobre nuevas bases institucionales. En este último frente, el de la *institución* o de la organización profesional, Germani despliega una serie de iniciativas destinadas a desalojar a la sociología de cátedra y a legitimar la sociología científica.

El primer episodio de la batalla tiene lugar en 1960. Ese año, Germani y el grupo de sus colaboradores funda la Asociación Sociológica Argentina (ASA) que, opuesta a la Sociedad Argentina de Sociología, dirigida por Poviña, marca, en el plano de la profesionalización, el momento más claro de una intensa escisión entre los sociólogos “tradicionales” y los “modernos”.⁵⁸ El plantel de sus socios estaba constituido por la mayoría de quienes por entonces realizaban tareas de docencia e investigación en el Departamento de Sociología⁵⁹ y muchos de ellos, a su vez, se desempeñaban como traductores o correctores de la colección que Germani dirigía en Paidós. Aunque efímera,⁶⁰ la nueva asociación contaría con una publicación, el *Boletín de la Asociación Sociológica Argentina*, destinado a difundir las distintas actividades de la asociación.

Según la declaración de propósitos, la asociación fue creada con la intención de “definir, defender y mejorar el carácter ‘profesional’” de la sociología y bajo la convicción de que el estudio y la investigación en sociología se encontraban “en serio retraso en relación con los niveles alcanzados en otros países e inclusive comparando con los avances realizados en otras disciplinas científicas dentro de nuestro país”.⁶¹ Dicho retraso, argumentaban los proponentes de la nueva asociación, se explicaba en parte por el carácter *amateur* del ejercicio profesional, que se reflejaba, a sus ojos, en las propias asociaciones que aglutinaban a los interesados. En efecto, estas últimas carecían de un claro criterio de admisión, reuniendo en su seno a “personas que se dedican totalmente a la actividad científica y otras que sólo pueden considerarse ‘aficionados’, ya que sus actividades principales se encuentran en otros campos”. El mantenimiento de esta situación, argumentaban, “significaba colocar juntos en forma indiscriminada a quienes practican la ciencia y a quienes no”. Frente a esta laxitud, el criterio de selección propuesto por la nueva asociación, a la vez que estrechaba los márgenes de la identidad del “profesional”, era también una declaración de guerra contra la inespecífica concepción de la profesión promovida por la sociología de cátedra. En

efecto, de acuerdo con el estatuto, “la categoría de socios activos [era] reservada para aquellos que tienen título específico, o que teniendo otra clase de título o estudios han producido contribuciones científicas y además se encuentran dedicados en *forma exclusiva* a la disciplina sociológica, sea en la docencia, investigación o actividad aplicada”.⁶² La categoría de “socio adjunto” incluía a aquellos que no cumplían con estos requisitos y el gobierno de la asociación quedaba enteramente limitado a los socios activos.

Al año siguiente tuvo lugar el segundo episodio. En 1961, un grupo de sociólogos latinoamericanos creó en Palo Alto, California, en ocasión de la “Conferencia Interamericana sobre Investigación y Enseñanza de la Sociología” auspiciada por el Social Science Research Council, el “Grupo Latino-Americano para el Desarrollo de la Sociología”. Los argumentos desplegados en la declaración de propósitos, firmada por Guillermo Briones (Universidad de Chile y FLACSO), Louis de Aguiar Costa Pinto (CLAPCS), Orlando Fals Borda (Facultad de Sociología, Universidad Nacional de Colombia), Peter Heintz (FLACSO) y Gino Germani (Departamento de Sociología, Universidad de Buenos Aires) eran casi idénticos a los que habían presidido la creación de la Asociación Sociológica Argentina. Así, se subrayaba la necesidad de “promover la elevación del nivel académico y científico de esta disciplina e impulsar su desarrollo en todos los países de América latina”,⁶³ lo que implicaba: (a) una superación de los estilos nacionales en favor de la tendencia dominante a una creciente universalización de los conceptos, problemas y terminología; (b) una formación especializada en la disciplina; (c) una dedicación exclusiva de los nuevos profesionales, ya sea en el campo de la docencia, la investigación o en la práctica en esferas públicas o privadas. En suma, se trataba de adaptar la disciplina a los patrones internacionales de desarrollo. El grupo obtuvo la adhesión de los organismos regionales como CEPAL y FLACSO, así como de otras figuras relevantes del campo, como Florestan Fernández, de la Universidad de San Pablo, Eduardo Hamuy, de la Universidad de Chile, y José Michelena, de la Universidad Central de Venezuela, entre otros.

La creación del “Grupo Latino-Americano para el Desarrollo de la Sociología” se inscribió dentro de una estrategia más amplia de ofensiva institucional contra la sociología de cátedra, que consistió en la elaboración de un sistema de alianzas con diferentes organismos nacionales e internacionales destinado a obtener apoyo institucional y legitimación para el sostenimiento de la empresa intelectual. Pero sería, claro está, un siste-

ma de alianzas alternativo que pacientemente había sabido tejer Poviña. En efecto, la Sociedad Argentina de Sociología, liderada por este último, estaba estrechamente asociada a nivel regional con la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) y, a nivel internacional, con el Institut International de Sociologie (IIS). Germani siguió los pasos de Poviña pero cambió el eje de la alianza. Una de las primeras determinaciones que adoptó cuando asumió la dirección del Instituto de Sociología fue precisamente su afiliación a la International Sociological Association (ISA), una asociación creada por la UNESCO en 1950 en directa oposición al IIS, lo que ilustra el carácter internacional del conflicto que dividía en América latina a la sociología de cátedra de la sociología científica.⁶⁴ A su vez, la Asociación Sociológica Argentina, liderada por Germani, quedó aliada a nivel regional con el “Grupo Latino-Americano para el Desarrollo de la Sociología”, y afiliada a nivel internacional a la International Sociological Association. La alianza a nivel regional comprendía igualmente la estrecha relación del Departamento de Sociología con los dos centros regionales de enseñanza e investigación en Ciencias Sociales, FLACSO y CLAPCS, creados en 1957 y en cuya organización y dirección Germani participó activamente.⁶⁵ Como puede apreciarse, la oposición entre ambas orientaciones sociológicas claramente reflejada en el sistema de alianzas regional e internacional establecido por cada una de ellas. El sistema de alianzas acentuaba todavía más la dicotomía del campo. Pero la intensidad de esa dicotomización no adoptó, en rigor, la forma del conflicto abierto, sino la de una cortés indiferencia: la comunicación entre ambos “estilos” se cortó a tal punto que los sociólogos “tradicionales” no asistían a las reuniones o congresos organizados por los “modernos” y a la inversa.⁶⁶

La celebración en Buenos Aires de las Jornadas Argentinas y Latinoamericanas de Sociología, organizadas por el Departamento de Sociología y patrocinadas por la Asociación Sociológica Argentina constituyó el tercer episodio importante de la batalla institucional que ofició, a su vez, como un acontecimiento central en la legitimación de la “nueva sociología”. En efecto, además de contar con la participación de importantes figuras de la sociología latinoamericana, europea y estadounidense,⁶⁷ fue auspiciada por los centros de enseñanza e investigación, regionales y nacionales, más importantes de entonces, como FLACSO, CLAPCS y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES).

Con todo, la sociología de cátedra no había desaparecido. En el mismo año en que se celebraban las Jornadas, Alfredo Poviña, junto a un gru-

po de colaboradores, inició la edición de *Estudios de Sociología*, una publicación de la que se llegarían a editar nueve números. En su Consejo Honorario figuraban los nombres de las figuras más relevantes de la disciplina a nivel internacional, como Kinsley Davis, Talcott Parsons, George Gurvitch, Jerome Hall, George Homans, Robert Merton, George Lundberg, Lucio Mendieta y Núñez, Jacob L. Moreno, Miguel Reale, Luis Recasens Siches y Alf Ross. Nada sorprendentemente, en ninguno de los números editados fue reseñado el libro de Germani *Política y sociedad en una época de transición*, aparecido en 1962, lo que revela, una vez más, que no sería tanto el debate abierto como la mutua indiferencia el patrón que rigió la relación entre ambos contendientes. Además, el que muchos de los artículos aparecieran en su lengua original así como el hecho de que el título mismo de la revista fuera reproducido en inglés, muestra claramente la voluntad de sus miembros de ajustar la publicación a esa tendencia hacia la internacionalización de la disciplina en la que tanto insistían los competidores de Poviña. Así, en su presentación, la revista declaraba:

Estudios de Sociología aparece con el anhelo de posibilitar el conocimiento recíproco entre los sociólogos del hemisferio, y desde que *la ciencia es siempre un esfuerzo internacional*, esperamos que nuestra revista será un lugar de encuentro de los sociólogos de las Américas y de otras partes del mundo. [*Estudios de Sociología*] abre sus brazos a las asociaciones nacionales e internacionales que en este momento labran el destino de la sociología.⁶⁸

Esta voluntad internacionalista se vería reflejada igualmente en la numerosa presencia de nombres extranjeros, tanto en el comité honorario como asociado de la revista. Asimismo, y a diferencia del carácter más aguerrido y doctrinario de las posiciones públicas adoptadas por Germani, los miembros de *Estudios de Sociología* exhibirían –al menos programáticamente– una actitud más tolerante hacia formas distintas de concebir y practicar la disciplina. Así, en el “Prólogo” al primer número sus editores escribían: “Colaborarán en ella sociólogos de la más diversa orientación y por eso rechazamos como infecunda toda bandería de escuela. Objetividad y criterios de competencia decidirán la selección del material. Viejas rivalidades, ideologías irrelevantes y pasiones personales no tendrán eco en nuestra revista”.⁶⁹ Como se ve, ellos también hablaban el lenguaje que entonces se había vuelto corriente en una disciplina en proceso de profesionalización: el de la *objetividad* y la *competencia profesional*. Toda la dife-

rencia estribaba en los significados que cada uno de los contendientes atribuía a la empresa de consolidación de la sociología. Esta diferencia se vería reflejada en la existencia de una generación —la de los sociólogos de cátedra—, que adscribía a la empresa disciplinaria en nombre de los ideales intelectuales que le habían dado origen en Europa, pero que apenas los cultivaba de manera ritualista y formal, sin ninguna relación con su práctica efectiva; y una nueva generación, la de los sociólogos científicos, que aspiraba a profesionalizar la disciplina sobre la base de la actualización de los ideales disciplinarios que había sido emprendida a partir de la posguerra. Sin embargo, el proyecto mismo de creación de la Asociación Sociológica Argentina en un momento en que la sociología científica tenía bajo su control el Instituto, el Departamento y la Carrera indica que la posición ganada no estaba enteramente asegurada.

Ciertamente, y al poco tiempo, la ofensiva intelectual e institucional que Germani llevaba a cabo arrojaría los primeros resultados favorables al grupo modernizador. En efecto, y tal como se informa en el *Boletín de la Asociación Sociológica Argentina*, los miembros de la nueva asociación comenzaron a conquistar aquellas posiciones institucionales que habían estado tradicionalmente bajo la tutela de la sociología de cátedra. Así, Héctor Manuel Bonaparte y Héctor Rodríguez Tome asumieron las cátedras de Sociología y Psicología social, respectivamente, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, mientras que Juan Carlos Marin fue designado profesor interino de Sociología en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata.⁷⁰ A su vez, en 1962, la Universidad Nacional de Tucumán creó el Centro de Investigaciones Sociológicas, y el Departamento de Sociología de la UBA designó a dos de sus investigadores egresados de la FLACSO, Gerardo Andújar y Edmundo Sustaita, para participar en las investigaciones emprendidas por el nuevo centro. A su vez, Regina Gibaja y Juan Carlos Marin tuvieron a su cargo nada menos que el dictado de las clases relativas a Metodología de la Investigación, uno de los artículos de fe profesional constitutivos de los miembros de la nueva asociación, en el curso de Sociología impartido en el Instituto Superior de Profesorado de la Universidad Nacional del Litoral con sede en la ciudad de Paraná. Finalmente, un grupo de profesores del Departamento fueron invitados por la Escuela Superior de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo a dictar una serie de conferencias.

Con todo, el grado de penetración de la ofensiva modernizadora en las estructuras universitarias del interior fue relativamente débil, a tal

punto que, en rigor, el nuevo rumbo que Germani pretendió imprimir a la disciplina no llegaría a trascender los límites del área metropolitana. De alguna manera, el conflicto abierto entre ambas orientaciones terminaría reflejando la existencia de una oposición más general, cara a un ideograma del grupo modernizador, entre un circuito moderno, localizado en el área metropolitana, y un circuito tradicional, ubicado en el interior.

CONCLUSIONES

En este capítulo, he intentado reconstruir las diferentes visiones de la sociología que prevalecieron durante el período bajo análisis —visiones que reflejaban diferencias políticas, la posición frente al peronismo, como diferencias de formación y trayectorias intelectuales— y el modo como cada una de ellas articuló una determinada definición de sus tareas y sus métodos, así como una determinada estrategia de profesionalización. En tal sentido, he procurado evitar una visión teleológica de la historia de la sociología que se inclina a concebir a la disciplina como una suerte de “entidad natural” que, una vez que emerge, es adoptada y gradualmente implementada por un grupo de aspirantes a ella. Como se ha visto, la sociología ya estaba institucionalizada bajo una cierta forma antes del establecimiento de la sociología científica. Cabe preguntarse, entonces, por qué hacia mediados de los años cincuenta adoptó una fórmula diferente, y por qué Germani logró desplazar a una sociología de cátedra que para entonces tenía bajo su control las principales instituciones del campo, según muchos a causa del “provincialismo” de los sociólogos de cátedra. No obstante, la evidencia empírica disponible muestra lo contrario. En términos intelectuales, los sociólogos de cátedra estaban más que actualizados con la literatura sociológica. Leían a Durkheim, a Weber, a Simmel y escribían sobre ellos. El provincialismo tampoco era profesional: participaban en los congresos internacionales, publicaban —como es el caso de Poviña— en revistas extranjeras y muchos de ellos eran miembros de las principales asociaciones internacionales de la disciplina. Pero lo que ocurre es que todo ese mundo, a partir de la segunda posguerra, entró en crisis. Un nuevo contexto nacional, la renovación de la universidad, y un nuevo contexto internacional, la promoción de las ciencias sociales con credenciales estadounidenses, instala nuevas preocupaciones, promueve nuevos estilos y estimula nuevas demandas: tales elementos y factores se conjugaron para que la institucionalización de la disciplina adoptara, fi-

nalmente, la forma que tomó y para que la fórmula ensayada por Germani lograra alcanzar, al menos por un tiempo, un relativo éxito.

Las posibilidades de institucionalización de una disciplina dependen en buena medida de los puntos de apoyo externos al campo académico, es decir, de sus relaciones con el entorno del contexto institucional más amplio. En los Estados Unidos, por ejemplo, la temprana institucionalización de la sociología en la Universidad de Chicago se vio favorecida por las relaciones que sus principales promotores tenían con distintas instituciones gubernamentales y de la sociedad civil, además de fundaciones, firmas comerciales y empresas editoriales, entre otras, que tenían interés en los resultados de las investigaciones de carácter social, a la vez que las estimulaban a través de ese mismo interés, y en algunos casos, mediante apoyo financiero directo.⁷¹

En América latina, y especialmente en la Argentina, las cosas se presentan de manera diferente. Por un lado, las relaciones de los practicantes de la sociología —los sociólogos de cátedra— con el contexto institucional más amplio eran relativamente débiles en términos instrumentales. Con excepción, quizá, del censo de 1947, las instituciones gubernamentales no exhibían demasiado interés en las investigaciones sociales de carácter empírico o, en todo caso, no eran los sociólogos de cátedra los destinatarios de esa demanda. Sin embargo, la inmediata posguerra, y como parte de un proceso de internacionalización de las ciencias sociales, la presencia activa de los organismos internacionales y regionales desempeñó un papel determinante en el surgimiento de dicha demanda y empujaron decisivamente hacia una profesionalización. En cierto sentido, los organismos internacionales actuaron como “sustitutos funcionales” de una demanda interna prácticamente inexistente o, en todo caso, muy débil. La presencia de dicha demanda coincidió con una drástica renovación de los ideales intelectuales de la disciplina y no menos drástica transformación de su componente disciplinario. Todo ello agudizó un conflicto dentro del campo que hasta ese momento sólo había sido latente. Tanto la estructura de aquella demanda como esa renovación disciplinaria estimularon un patrón de profesionalización que conspiró contra las posibilidades de continuidad de la vieja sociología de cátedra, o al menos contra la posibilidad de subsistir sin competidores. El acento puesto sobre las investigaciones empíricas, de gran escala y predominantemente cuantitativas, exigía una serie de condiciones de trabajo (dedicación *full-time* a la profesión) así como un conjunto de competencias y destrezas (entrenamiento en las modernas técnicas de investigación, tra-

bajo en equipo, etcétera) que no formaba parte de las rutinas de trabajo de los sociólogos de cátedra. La pérdida de posición de la sociología de cátedra en el sistema institucional obedeció en parte a sus dificultades para adecuarse a estas nuevas exigencias.

Asimismo, la sociología de cátedra permanecería absolutamente ajena a las innovaciones provenientes de los Estados Unidos, tanto de aquellas originadas en la tradición más empírica de la Escuela de Chicago, ya para entonces sólidamente asentada, como de aquellas otras originadas en las tradiciones más teóricas y analíticas, que, partir de la posguerra, se consolidarían en las universidades de Harvard y Columbia, bajo el liderazgo de Talcott Parsons, Paul Lazarsfeld y Robert Merton. Frente a esas innovaciones, cuyo resultado fue ese cambio ecológico arriba mencionado, la sociología de cátedra o bien mantendría una posición prescindente, en el mejor de los casos, o bien manifestaría un decidido rechazo. Así, la sociología de cátedra permaneció sujeta a las tendencias sociológicas que, a nivel internacional, ya habían comenzado a experimentar, a mediados de la década de 1940, un proceso de franca declinación como consecuencia del ascenso y consolidación de la sociología estadounidense y la formación y establecimiento de un estándar internacional de la disciplina, una internacionalización de la disciplina hacia la que Germani, en cambio, se mostraría extremadamente sensible.

El conflicto desatado y la pérdida de posiciones de la sociología de cátedra (cosa que ocurriría también a nivel internacional, como quedó expresado en el conflicto entre el IIS y la ISA) debe comprenderse entonces en el contexto internacional de una reformulación de las ciencias sociales que implicó la promoción de un nuevo patrón de profesionalización y la aparición de una nueva demanda. Esta innovación exógena fue la que provocó la ruptura. En efecto, en los años cuarenta, las cosas todavía estaban mezcladas. Un dato revelador de esto último es la aparición de la *Historia de la sociología latinoamericana*, de Alfredo Poviña, en la colección dirigida por Medina Echavarría. Poco tiempo después, sin embargo, lo que antes aparecía mezclado, comienza a diferenciarse, a tal punto que el mismo Medina Echavarría sería erigido por Germani como el principal promotor de la sociología científica. Una vez producidas aquellas innovaciones, las competencias de la sociología de cátedra resultarían insuficientes para hacer frente a ellas y la sola apelación formal y ritualista a los ideales de la disciplina ya no sería suficiente para conservar el control de las instituciones. En cambio, la actualización de los ideales intelectuales de la disciplina emprendida por Germani en el plano editorial, intelectual e

institucional resultará relativamente afín con dicha demanda. Pero más que desplazar o desalojar a la "sociología de cátedra", la intervención de los organismos internacionales contribuirá a crear un circuito paralelo que fue ocupado por la nueva sociología, y a partir de la cual la sociología de cátedra comienza a debilitarse.

NOTAS

1. Las expresiones, propias de esos años, de "sociología científica" y "sociología de cátedra" se conservan aquí solamente por comodidad expositiva, sin asumir las connotaciones inscriptas en dicha dicotomía.

2. Véase Edward Shils, "Tradition, Ecology, and Institution in the History of Sociology", en *Daedalus*, vol. 99, n° 4, 1970, pág. 778. Según Shils, una disciplina se institucionaliza una vez que puede ser estudiada como un tema mayor más que como una materia adjunta; cuando es enseñada por profesores especializados en el tema y no por profesores que hacen de eso una tarea subsidiaria de su profesión principal; cuando existen oportunidades para la publicación de trabajos sociológicos en revistas sociológicas más que en revistas consagradas a otros temas; cuando hay financiamiento y provisión logística y administrativa para la investigación sociológica a través de instituciones establecidas en lugar de que esos recursos provengan del propio investigador, y cuando existen oportunidades establecidas y remuneradas para la práctica de la sociología (enseñanza y aprendizaje) así como una "demanda" relativa a los resultados de la investigación sociológica.

3. Muchos de estos indicadores fueron expresamente subrayados por el mismo Germani como déficit de una institucionalización de la disciplina. Así, por ejemplo, su señalamiento reiterado de que hasta la década del cincuenta la sociología seguía enseñándose como una materia dentro de una disciplina mayor o aquel otro relativo a la carencia de especialistas en la materia, dado que los así llamados "sociólogos de cátedra" eran, en su gran mayoría, abogados de profesión, siendo la enseñanza de la sociología un menester secundario de sus actividades. Véase Gino Germani, *La sociología en la América latina. Problemas y perspectivas*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964, y "La sociología en la Argentina", *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 4, n° 3, 1968.

4. Véase caracterización de la "sociología de cátedra" en Juan Francisco Marsal, *La sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Los Libros del Mirasol, Fabril Editora, 1963.

5. En la primera mitad de los años treinta Alfredo Poviña publicó en la revista del Colegio, *Cursos y Conferencias*, una serie de ensayos referidos al tema: "La sociología en las universidades argentinas", "La sociología relacionista" y "El fenómeno económico y la vida social", en 1932, 1933 y 1934 respectivamente. A su vez, en 1946, Francisco Ayala dictó en el Colegio un curso sobre la sociología y el problema del método y ese mismo año publicó en la revista un extenso ensayo relativo al problema, "Dos discusiones sobre el método sociológico", en *Cursos y conferencias*, año XV, vol. XXIX, n° 171, junio de 1946. Más tarde, el propio Germani dictaría una serie de

cursos en dicha institución: "Fundamentos de psicología social", "Relaciones entre escuela y sociedad", "Ideología y personalidad", "Análisis de la crisis contemporánea", "Sociología de las élites", "La tradición positivista (Mill, Comte y Durkheim)" y "Sociología industrial". Para esto último, véase Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza, 1998.

6. Véase Hernán González Bollo, *El nacimiento de la sociología empírica en la Argentina: el Instituto de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras (UBA), 1940-1954*, Buenos Aires, Dunken, 1999.

7. Dirigida por Miguel Figueroa Román, el comité de la revista estaba integrado por Alfredo Poviña, Bernardo Canal Feijoo, Gino Germani y Bernardo Serebinsky.

8. Alfredo Poviña, "La sociología Argentina", en George Gurvicht y Wilbert Moore, *Sociología del siglo XX*, Buenos Aires, El Ateneo, 1956.

9. Hacia mediados de la década de 1940, el proyecto, finalmente frustrado, de creación de un Instituto Internacional de Sociología en América, proijado por Ricardo Levene, revela el dinamismo que había alcanzado por entonces la sociología en América latina.

10. Para el caso chileno, véase José Joaquín Brunner, *Los orígenes de la sociología profesional en Chile*, Documento de Trabajo, n° 2, 60, Programa FLACSO-Santiago de Chile, 1985; para el caso brasileño, véase Sergio Micelli (org.), *História das ciencias sociais no Brasil*, San Pablo, Vértice, Editora Revista dos Tribunais, 1989.

11. Ricardo Levene, "El Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras", *Boletín del Instituto de Sociología*, n° 1, FFyL, Universidad de Buenos Aires, 1942, págs. 6-7.

12. La distinción entre ideales intelectuales, disciplina y profesión está tomada de Stephen Toulmin. Según este autor, las empresas intelectuales denominadas ciencias están articuladas sobre la base de esos tres elementos. El primero refiere a los objetivos intelectuales básicos de una empresa disciplinaria que por eso mismo le confieren unidad y continuidad en el tiempo. El segundo, a la tradición de procedimientos y técnicas para abordar problemas comunes teóricos y prácticos, mientras que el tercero remite al conjunto de instituciones, roles y hombres cuya tarea consiste en aplicar esos procedimientos y técnicas a los problemas de la disciplina. Stephen Toulmin, "Las disciplinas intelectuales", en *La comprensión humana*, Madrid, Alianza, 1977.

13. Sobre este particular, véase especialmente Federico Neiburg, *Los intelectuales*, Buenos Aires, Alianza, 1998, y Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001.

14. Richard Bernstein, *La reestructuración de la teoría social y política*, México, 1982, FCE, pág. 27.

15. Daniel Bell, *Las ciencias sociales desde la Segunda Guerra Mundial*, Alianza, Madrid, 1984.

16. Edward Shils, "Tradition" y *Los intelectuales en las sociedades modernas*, Buenos Aires, Tres Tiempos, 1974.

17. Sobre la migración intelectual, véase Donald Fleming y Bernard Bailyn (eds.), *The Intellectual Migration. Europe and America, 1930-1960*, Harvard, Harvard University Press, 1969, y H. Stuart Hughes, *The Sea Change. The Migration of Social Thought, 1930-1965*. Sobre la Escuela de Frankfurt, Martin Jay, *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*, Madrid, Taurus, 1991.

18. Para el caso italiano, véase Filippo Barbano, *Storia, temi e problemi 1945-1960*, Roma, Carocci, 1998, y Diana Pinto, "La sociologie dans l'Italie de l'après-guerre, 1950-1980", *Revue Française de Sociologie*, n° XXI, 1980; para el caso francés, B. Mazon, "La fondation Rockefeller et les sciences sociales en France", *Revue Française de Sociologie*, XXVI-2, abril/junio de 1985; Francis Farrugia, *La reconstruction de la sociologie française (1945-1965)*, París, L'Harmattan, 2000; Alain Drouard, "Réflexions sur une chronologie: le développement des sciences sociales en France á la fin des années soixante", *Revue Française de Sociologie*, n° XXIII, 1982; para el caso brasileño, véase Sergio Micelli (org.), *História das ciencias sociais no Brasil*, ob. cit.

19. Los dos primeros aparecieron en 1951 y el segundo al año siguiente. Una crónica de las actividades de la UNESCO en Peter Lengyel, "Two decades of social science at UNESCO", *International Social Science Journal*, vol. XVIII, n° 4, UNESCO, 1966.

20. La revista se editó de 1950 a 1956. A partir de 1961 reapareció como *Revista Interamericana de Ciencias Sociales*.

21. Para un desarrollo de las ideas de la CEPAL y su papel en el desarrollo de las ciencias sociales en América latina, véase Albert O. Hirschman, *Controversia sobre latinoamérica. Ensayos y comentarios*, Buenos Aires, Centro de Investigaciones Económicas del Instituto Torcuato Di Tella, 1963; asimismo, Albert O. Hirschman, "Auge y caída de la teoría económica del desarrollo", *El Trimestre Económico*, vol. XLVII, (4), n° 188, México, octubre/diciembre de 1980.

22. "Mesa redonda sobre la enseñanza de las ciencias sociales en la América Central y las Antillas", Cuba, Universidad de la Habana, 1955; "Primer seminario Sul-Americano para o ensino universitario das ciencias sociais", Río de Janeiro, 1956 y "Seminario latino americano sobre metodología de la enseñanza y la investigación en sociología, ciencia política y economía en Latinoamérica", Santiago de Chile, 1958.

23. Un caso representativo es la investigación sobre las clases medias impulsada por la Oficina de Ciencias Sociales de la Unión Panamericana en Washington en la que participaron distintos especialistas en ciencias sociales de la región. Véase Theo Crevenna (ed.), *Materiales para el estudio de la clase media en la América latina*, Washington, Unión Panamericana, 1950, 6 volúmenes. Por la Argentina colaboraron Gino Germani, Alfredo Poviña y Sergio Bagú.

24. Alejandro Blanco, "Los proyectos editoriales de Gino Germani y los orígenes intelectuales de la sociología en la Argentina", tesis de maestría, Universidad Nacional de San Martín, mimeo, 2001.

25. Los números entre paréntesis indican el año de la primera edición castellana.

26. Una visión de conjunto del ingreso de la cultura alemana en lengua castellana puede encontrarse en el catálogo de publicaciones *Filosofía alemana traducida al español*, compilado por Ria Schmidt-Koch y editado por la Sociedad Kantiana de Buenos Aires en 1935. Sobre el papel de la editorial de la *Revista de Occidente* en la difusión de la cultura alemana, véase Evelyn López Campillo, *La Revista de Occidente*. Madrid, Taurus, 1972.

27. En su autobiografía, José Luis de Imaz relata una anécdota que ilustra la importancia que por entonces revestía la editorial del Fondo de Cultura Económica en la formación de un aspirante a sociólogo. De Imaz cuenta que hacia fines de 1955 se entrevistó con Germani con la intención de transmitirle su propósito de estudiar so-

ciología. Cuando este último le preguntó qué era lo que sabía o había leído, De Imaz confiesa lo siguiente: "Le contesté que 'todo' el Fondo de Cultura Económica. Es decir, la colección de Ciencias Sociales que había publicado el Fondo. Era una manera de simplificar, por supuesto, pero también una definición". En José Luis de Imaz, *Promediando los cuarenta*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977, pág. 125. Para más detalles sobre el Fondo de Cultura Económica, véase el capítulo de Gustavo Sorá incluido en el presente volumen.

28. En efecto, la primera versión integral de *Economía y sociedad* en lengua extranjera es la editada por el Fondo de Cultura Económica; la primera edición italiana es de 1962, la inglesa de 1968 y en francés aparece sólo la primera parte en 1971. Véase Monique Hirschhorn, *Max Weber et la sociologie française*, París, L'Harmattan, 1988.

29. El intercambio entre Maupas y Durkheim es referido en Carlos Barbé, "El 'problema de Durkheim' (en la formación de la sociología argentina)", *Sociedad*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, n° 3, noviembre de 1993.

30. En su momento, esto fue observado por Francisco Romero en "Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina", en *Sobre la filosofía en América*, Buenos Aires, Raigal, 1952, pág. 20.

31. Lo mismo parecía ocurrir en el caso de la sociología, según revela el testimonio de José Luis de Imaz: "¿Qué era lo que entonces entendíamos por sociología? Al conjunto de los autores alemanes traducidos", véase José Luis de Imaz, *Promediando los cuarenta*, ob. cit., pág. 127.

32. He examinado la influencia de Mannheim en Germani en Alejandro Blanco, "Ideología, cultura y política: la Escuela de Frankfurt en la obra de Gino Germani", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, n° 3, 1999.

33. Es el caso de las ponencias presentadas a dicho congreso por quienes por entonces tenían a su cargo la enseñanza de la sociología en distintos centros de enseñanza del país, como Julio E. Soler Millares (Universidad de Cuyo), Antonio Villoldo (Universidad de Buenos Aires), Miguel Herrera Figueroa (Universidad de Tucumán), Alberto Baldrich (Universidad del Litoral) y Tecera del Franco (Universidad de Buenos Aires). Las ponencias fueron reproducidas en el *Boletín de Sociología*, n° 8, 1953. De todos ellos, Tecera del Franco fue la figura más "orgánica" del peronismo. Durante un tiempo se desempeñó como funcionario del Ministerio de Agricultura de la Nación y formó parte de los grupos católicos que tuvieron a su cargo la administración de la política cultural del régimen peronista.

34. Las conferencias de Freyer fueron organizadas por el Instituto de Sociología y la Institución Cultural Argentino Germana y reproducidas en el *Boletín de Sociología*, n° 9, 1954, acompañadas de un prólogo de Tecera del Franco.

35. Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, pág. 49.

36. Para una historia del psicoanálisis en la Argentina, véase Jorge Balán, *Cuéntame tu vida. Una biografía colectiva del psicoanálisis argentino*, Buenos Aires, Planeta, 1992; Hugo Vezzetti (comp.), *El nacimiento de la psicología en la Argentina. Pensamiento psicológico y positivismo*, Buenos Aires, Puntosur, 1996, y *Freud en Buenos Aires*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998, y Mariano Ben Plotkin, "Freud en la Universidad de Buenos Aires: la primera etapa hasta la creación de la carrera de Psicología", *ELAL*, vol. 7, n° 1, 1996, y *Freud en las Pampas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

37. He examinado los alcances de esta estrategia y su impacto sobre la concepción de Germani de la disciplina en Alejandro Blanco, "Gino Germani: las ciencias del hombre y el proyecto de una voluntad política ilustrada", *Punto de Vista*, n° 62, 1998, págs. 42-48.

38. Resultados parciales de la investigación sobre la situación de las clases medias aparecieron publicados en los primeros números del *Boletín de Sociología*, en dos entregas de 1943 y 1944.

39. Germani participa en la comisión asesora hasta julio de 1945 y su tarea al frente de ella quedaría reflejada en dos artículos aparecidos en el *Boletín del Instituto de Sociología*, "Los censos y la investigación social", de 1953, y "El Instituto de Sociología y el Cuarto Censo Nacional", una nota dirigida al Consejo Nacional de Estadísticas y Censos, de 1945.

40. He tomado en préstamo de Charles Camic la expresión "carta de incorporación", que la utiliza en su ensayo referido a *La estructura de la acción social* de Talcott Parsons (Charles Camic, "Structure After 50 Years. The Anatomy of a Charter", *American Journal of Sociology*, vol. 93 (1), 1989, pág. 48).

41. Un análisis de la influencia del neopositivismo en la sociología en Anthony Giddens, "El positivismo y sus críticos" en Tom Bottomore y Robert Nisbet, *Historia del análisis sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996.

42. Véase para esto el esclarecedor ensayo de Stephen Toulmin, "From Form to Function: Philosophy and History of Science in the 1950 and Now", *Daedalus*, vol. 1, 1974.

43. Entre los colaboradores de la revista de Bunge se contaron filósofos como Rodolfo Mondolfo, Risieri Frondizi y Francisco Romero.

44. El ensayo de Germani fue anunciado en el primer número de la revista con el título de "La sociología norteamericana", *Minerva. Revista Continental de Filosofía*, año I, vol. 1, 1944.

45. En 1938, Reichembach migró a los Estados Unidos y colaboró en la fundación de una revista inspirada en dicha corriente filosófica, el *Journal of Unified Sciences*.

46. En 1953, dos años después de su edición original, el Fondo de Cultura Económica editaba dicha obra.

47. La versión española de la obra de Kaufman apareció en 1946, en la colección Sección de Obras de Sociología, dirigida por José Medina Echavarría en el Fondo de Cultura Económica. La traducción, realizada por Eugenio Imaz, fue hecha del original alemán de 1936 y no de la versión en inglés, aparecida en 1944 en forma bastante modificada.

48. Años más tarde, junto a Ernst Nagel, Cohen escribiría *El método científico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1967, el libro que de algún modo venía a resumir los principales postulados filosóficos del nuevo "consenso ortodoxo" que dominó la auto-comprensión de la disciplina hasta bien entrados los años 60.

49. En 1947, Ricardo Levene renunció a la dirección del Instituto y fue reemplazado por Alfredo Poviña (1948-1950), quien a su vez sería sucedido por Tecera del Franco. A su vez, en 1948, la cátedra de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras, hasta entonces a cargo de Levene, fue asumida por Alfredo Poviña hasta 1952 y de ahí hasta 1954 por Tecera del Franco.

50. Una referencia sobre los trabajos publicados por Poviña en distintos medios académicos en Héctor Solís Quiroga, "Alfredo Poviña", *Estudios de Sociología*, 2, 1962.

51. Ensayos de Poviña aparecieron en *Sociology and Social Research*, en la *Revista Internacional de Sociología*, en la *Revue Internationale de Sociologie*, y en *Ciencias Sociales*.

52. El IIS fue la primera organización internacional de la disciplina. Hasta 1910 celebró congresos anuales y a partir de entonces adoptó un programa trienal. Con la misma periodicidad, el IIS editó durante todos esos años la *Revue Internationale de Sociologie*, que reproducía las comunicaciones presentadas en los congresos, además de reseñas bibliográficas. Las actividades del instituto se vieron interrumpidas durante las dos guerras mundiales y fueron reanudadas a partir de la segunda posguerra bajo la dirección del demógrafo italiano Corrado Gini.

53. Estuvieron presentes, entre otros, los alemanes Helmut Schelsky y Hans Steger, el estadounidense Bernard Rosenberg, los brasileños Fernando de Azevedo y Octavio Ianni y el italiano Corrado Gini. En Miguel Herrera Figueroa, "Panorama sociológico reflejado en el XX Congreso Internacional de Sociología", *Estudios de Sociología*, n° 3, 1963.

54. El capítulo sobre América latina del influyente libro de texto de Harry Barnes y Howard Becker, *Historia del pensamiento social*, FCE, 1945 (2 vols.) se apoya enteramente en la obra de Poviña.

55. Véase Alfredo Poviña, "La sociología en la Argentina", en George Gurvitch y Wilbert E. Moore, *Sociología del siglo XX*, editado originariamente en 1945. La edición española, supervisada por el mismo Poviña, apareció en 1956, editada por El Ateneo.

56. Alfredo Poviña, "Palabras de apertura" al V Congreso Latinoamericano de Sociología, Montevideo, Uruguay, citado en Francisco Delich, *Crítica y autocrítica de la razón extraviada. Veinticinco años de sociología*, Venezuela, El Cid Editor, 1977, págs. 33-34.

57. Gino Germani, "Desarrollo y estado actual de la sociología latinoamericana", *Boletín del Instituto de Sociología*, cuaderno 17, tomo XII, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1959.

58. Presidida por el mismo Germani, la Asociación estaba integrada, además, por Juan José Bruera, como vicepresidente, Torcuato Di Tella, como secretario, y Enrique Butelman, Jorge García Bouza, Jorge Graciarena y Norberto Rodríguez Bustamente, como vocales.

59. Además de los ya mencionados, figuraban Mabel Arruñada, Martha Bechis de Ameller, Darío Julio Cantón, Carmen Gloria Cucullu de Murmis, Alejandro Dehollain, María Eugenia Dubois, Regina Gibaja, Elizabeth Jelin, José Luis de Imaz, Analía Kornblit, Juan Carlos Marin, Ángel Federico Nebbia, María Sautu y Eliseo Verón, entre otros.

60. En cambio, su opuesta, la *Sociedad Argentina de Sociología*, perduró hasta comienzos de los años setenta y continuó organizando congresos periódicos. Los dos últimos tuvieron lugar en Buenos Aires en 1969 y en Santa Fe, en 1971.

61. En *Boletín de la Asociación Sociológica Argentina*, n° 1, Buenos Aires, diciembre de 1961, pág. 3.

62. *Ibíd.*, pág. 4, las cursivas son nuestras.

63. *Ibíd.*, págs. 24-27.

64. Lazarsfeld retrató la naturaleza de la oposición entre ambas asociaciones internacionales en los siguientes términos: "a partir de 1950, el IIS parece que ha atraído a los sociólogos que se inclinan más hacia una filosofía social humanista que hacia el desarrollo de la investigación empírica, a la que la ISA concede gran importancia". A la vez, Lazarsfeld señalaba la predilección de los sociólogos latinoamericanos hacia el IIS antes que hacia la ISA, cuya participación en los congresos celebrados por esta última era muy escasa (Lazarsfeld, "La sociología internacional", ob. cit., págs. 88-89).

65. Germani integró el Comité Director de ambas instituciones desde 1957 a 1963. Véase "Instituto de Investigación y Departamento de Sociología. Informe del Director", 1961, 1963 y 1964.

66. Así, por ejemplo, el Cuarto Congreso Nacional de Sociología organizado en 1969 en Buenos Aires por la Sociedad Argentina de Sociología no contó con la asistencia de ningún delegado del Centro de Investigaciones Sociales del Di Tella, del Instituto de Desarrollo Económico y Social ni del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales. Esta dicotomización de la sociología alcanzaría en Chile una expresión extrema, a tal punto que todos los sociólogos "modernos" o "profesionales" renunciarían a integrar la única asociación formal al respecto, la *Asociación Chilena de Sociología*. En José Joaquín Brunner, *Los orígenes...*, ob. cit., pág. 39.

67. Estuvieron presentes, entre otros, Eduardo Hamuy (Chile), Isaac Ganon (Uruguay), Irving Horowitz (Estados Unidos), Pablo González Casanova (México), Peter Heintz (FLACSO), Lucien Brams (FLACSO), J. A. Silva Michelena (Venezuela), Kalman Silvert (Estados Unidos) y Luiz de Aguiar Costa Pinto (Brasil).

68. *Estudios de Sociología*, "Prólogo", n° 1, 1961.

69. *Ibíd.*, pág. 3.

70. En rigor, la enseñanza de la asignatura en la Universidad Nacional de la Plata ya estaba para entonces en manos del grupo de la nueva asociación: en 1956, un estrecho colaborador de Germani, Norberto Rodríguez Bustamante, asumió la cátedra de Sociología (que hasta ese momento había estado bajo la jefatura de César Pico) y al año siguiente –curso mediante– lo hizo Germani. Véase María Magalí Turkenich, "La cátedra de Sociología General en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. UNLP (1957-1974)", tesis de licenciatura, La Plata, UNLP, 2001.

71. Véase Edward Shils, "Tradition", *Daedalus*, vol. 99, n° 4, 1970, pág. 778.

Índice temático

- ACA (Automóvil Club Argentino), 167
- ACA (Acción Católica Argentina), 191
- Academia Nacional de Ciencias Económicas, 188
- Academia Nacional de Historia, 71, 88, 96, 148
- ALAS (Asociación Latinoamericana de Sociología), 329, 353-54, 358
- Alianza para el Progreso, 231, 234, 237
- Anarquismo, 204
- Anarquistas, 57
- Antiimperialismo
 - y teoría de la dependencia, 314
- Antropología
 - aplicada, 211-212
 - construcción de la~, 204
 - cultural, 120, 333, 346
 - fragilidad de la~, 165
 - e intitucionalidad, 207
 - social, 120
 - y Estado, 204
- APA (Asociación Psicoanalítica Argentina), 310, 312, 321
- APBA (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires), 310, 320
- Archivo Étnico Nacional, 210
- Archivo General de la Nación, 71
- Archivo Histórico de Provincia de Buenos Aires, 71
- Arielismo, 269
- Arqueología
 - problemas para su institucionalización, 162
 - y etnografía, 162, 165
 - y etnología en la Argentina, 26
- ASA (Asociación Sociológica Argentina), 356
- Association Française de Science Politique, 334
- Association International de Sociologie, 329
- Autonomización de los campos disciplinares, 16
- Autoritarismo
 - definición ideológica, 79
- Banco Central
 - creación del~, 24, 235-36
- Banco de la Provincia de Buenos Aires, 176

Proyecto editorial: Federico Polotto
Coordinación general de la obra: Juan Suriano
Asesor general: Enrique Tandeter
Investigación iconográfica: Graciela García Romero
Diseño de colección: Isabel Rodríguez

NUEVA HISTORIA ARGENTINA

TOMO 9

VIOLENCIA, PROSCRIPCIÓN
Y AUTORITARISMO
(1955-1976)

Director de tomo: Daniel James

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

James, Daniel
Violencia, proscripción y autoritarismo : 1955-1976.- 2ª ed. -
Buenos Aires : Sudamericana, 2007.
448 p. ; 24x17 cm. - (Nueva historia argentina; 9)

ISBN 950-07-2344-1

1. Historia Política Argentina I. Título
CDD 320.982

PRIMERA EDICIÓN
Junio de 2003

SEGUNDA EDICIÓN
Abril de 2007

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en,
o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma
ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico,
por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito
de la editorial.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.*
© 2003, Editorial Sudamericana S.A.®,
Humberto I 531, Buenos Aires.

ISBN 10: 950-07-2344-1
ISBN 13: 978-950-07-2344-2
ISBN O.C.: 950-07-1385-3

www.sudamericanalibros.com.ar

COLABORADORES

Ricardo Aroskind
Universidad de Buenos Aires

Javier Auyero
State University of New York at Stony Brook

Mónica B. Gordillo
CONICET - Universidad Nacional de Córdoba

Mark Alan Healey
University of Mississippi

Rodrigo Hobert
Universidad de Buenos Aires

Daniel James
Indiana University

Sergio A. Pujol
CONICET - Universidad Nacional de La Plata

Lucas Rubinich
Universidad de Buenos Aires

Maristella Svampa
Universidad Nacional de General Sarmiento

César Tcach
CONICET - Universidad Nacional de Córdoba

Sidicaro, Ricardo, *La crisis del Estado y los actores políticos y socioeconómicos de la Argentina (1989-2001)*, Buenos Aires, Libros del Rojas, 2001.

Stillwaggon, Eileen, *Stunted Lives, Stagnant Economies. Poverty, Disease, and Underemployment*, New Brunswick, NJ, Rutgers University Press, 1998.

Svampa, Maristella, *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*, Buenos Aires, Biblos, 2001.

Tenti Fanfani, Emilio, y Goldbert, L., *Estructura social y pobreza en la Argentina. Escenario de los '90*, mimeo, 1993.

Torrado, Susana, *Estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1992.

Torres, Horacio A., *El mapa social de Buenos Aires (1940-1990)*, Buenos Aires, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Dirección de Investigaciones, 1990.

Yujnovsky, Oscar, *Las claves políticas del problema habitacional argentino*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1984.

VI

La modernización cultural y la irrupción de la sociología

por LUCAS RUBINICH



EL CLIMA DE CAMBIO SOCIAL Y LA SOCIOLOGÍA

La politización extrema de la sociología en la Argentina delineó un perfil de intelectual prestigioso y portador de sentidos trascendentes. Esta carrera encontró en la Universidad de Buenos Aires (UBA) su realización institucional en el año y medio que comprende 1973 y la primera mitad de 1974, punto más álgido de un proceso comenzado a poco de fundada la carrera. Este proceso no es ni exclusivo de la sociología, ni tampoco de la sociología argentina. Un clima similar rondaba en diferentes disciplinas y mundos culturales. Desde el momento de su refundación en 1957, la sociología no parecía —por lo menos en la práctica de Gino Germani, quien era su figura más relevante— adoptar la forma de una mera propuesta tecnocrática o un academicismo restringido.

Explicar la persistencia cultural del peronismo, aunque reafirmando para ello la necesaria autonomía del mundo científico, era una cuestión que colocaba a la

naciente disciplina más allá de los límites del mundo académico, en una escena cultural que, a la par de radicalizarse políticamente, generaba lazos (por esa identidad) con otras zonas de la sociedad y encontraba un público más amplio dispuesto a escuchar explicaciones de lo social que aportaran significados al sentimiento de estar experimentando un proceso de cambios. Tanto el impulso modernizador antiperonista de quien lideraría la institucionalización de la sociología como el decidido espíritu de transformación de las generaciones inmediatamente posteriores ubican a estos agentes bastante lejos del perfil del académico tradicional y los acercan a lo que la tradición occidental del último siglo conoce como intelectuales.

Es verdad que se daban condiciones políticas y culturales para que los mundos académicos, aun los más mesurados, de distintas regiones vieran surgir estos agentes que, reconvirtiendo su prestigio académico, encontraban espacios para desarrollar su vocación de intervención pública. Acreditados académicos, científicos y artistas se encontrarían predicando ante auditorios más diversificados que los que podían encontrar en sus ámbitos habituales de trabajo. En los centros culturales mundiales la radicalización política iba de la mano, más que de los actores tradicionalmente soñados como sujetos de cambio, de estudiantes e intelectuales. Y fue la universidad, tanto o más que la fábrica, el espacio privilegiado del clima de cambio de los años sesenta.

La sociedad argentina había logrado en los primeros años posteriores a la caída del peronismo ser la expresión de lo que algunos economistas llamaban el desarrollo intermedio. Las grandes ciudades albergaban una clase media extendida y en muchos casos recién llegada que comenzaba a acomodarse en ese lugar en un momento histórico privilegiado: el de la realización periférica de la sociedad de consumo. Si bien no se dio en la misma dimensión que en los centros mundiales, la posibilidad de grandes sectores de la población de acceder a los nuevos productos de confort para el hogar fue un elemento socialmente significativo. Además, las características ligadas a la valoración positiva de la educación por parte de esos sectores permitieron un desarrollo hasta el momento inusitado de la industria cultural, que resaltaría en la transformación (modernización) y creación de una serie de instituciones. No es difícil

sostener que en el campo de la cultura hubo, por lo menos, tres instituciones emblemáticas de este proceso de modernización: la editorial universitaria de la UBA (Eudeba), el Instituto Di Tella y, sin duda, la carrera de Sociología de la UBA.

Este proceso implicaba una fuerte incorporación de jóvenes de sectores medios y aun medio-bajos a instituciones y zonas de la cultura que se abrían cada vez más a estas franjas heterogéneas, que valorizaban ese contacto como parte de la realización de la trayectoria de ascenso social. Era también una incorporación marcada por un contexto ideológico que no estigmatizaba su desventaja cultural y que en algunas zonas culturales se evaluaba positivamente. En este marco se desarrollaron algunas formas contraculturales similares a las de los centros mundiales que en su expresión política pudieron ser más fácilmente absorbidas en esos centros. La radicalización política, el surgimiento de nuevas izquierdas que, fundamentalmente y más allá de las variaciones, trataban de otro modo la cuestión nacional y en algunos casos el tema religioso, iban a manifestarse en distintos sectores de la sociedad: en el campo artístico, en zonas significativas del mundo sindical, en la Iglesia católica (que en este caso interesa particularmente), y no podía dejar de hacerlo en ese espacio privilegiado de la modernización cultural que fue la carrera de Sociología.

La característica que adquirió el proceso de radicalización en la sociología en la Argentina estuvo efectivamente marcada por la politización de la década. Por supuesto esta politización, si bien era parte de un proceso mundial, tuvo sus particularidades nacionales. Si la supervivencia del peronismo afectaba las relaciones del conjunto del campo político, en la naciente so-



Guido Di Tella.

ciología se convertiría en un objeto central de discusión y de divisiones de grupos y estilos de trabajo y hasta (para perspectivas nada marginales) en una especie de espacio epistemológico privilegiado. La disciplina moderna adquiriría una particular importancia en la interpretación de este fenómeno. Y en esta tarea no dialogaba sólo con los pares, sino que encontraba un público más amplio ligado al mundo de la cultura politizada de sectores medios de las grandes ciudades.

En lo que hace a su mundo más específico, es necesario remarcar que esta politización tomó, en las zonas más radicales que tenían relevancia en el conjunto de esa comunidad, una forma particular que afectaba casi el estatus mismo de la disciplina. Por cuestiones relativas a la debilidad institucional y al peso de tradiciones culturales más amplias como el ensayo y la literatura, la sociología —por la fuerza del clima político de la época y por la manera en que lo absorbieron algunos grupos— se convirtió en un terreno de lucha político-cultural. Era un espacio donde se dirimían visiones del pasado histórico nacional, un lugar en el que se resignificaba una genealogía de referentes culturales y, por supuesto, un mundo que se transformaba a sí mismo reorganizando elementos importantes y los límites recién trazados de la disciplina. La fuerza con la que se realizaba la casi abolición de una zona de la tradición científica y se incorporaban nuevos referentes de otras zonas culturales recuerda menos a los cambios (aun los radicales) dentro de un ámbito académico que a las rupturas de las vanguardias estéticas. No fue un simple cambio dentro del mundo académico, ni una revolución científica. Hubo sí un cuestionamiento a una manera de conocer (el cientificismo), pero asentada, más que en una refutación donde se descalifica la otra posición aceptando reglas de juego comunes, en una descalificación radical que parece proponer el trazado de un nuevo tablero.

En la sociología en la Argentina, en el espacio de la UBA, se pueden distinguir tres momentos durante un período que va desde la creación de la carrera en 1957 hasta la primera mitad del año 1974. El primer momento es el de la afirmación institucional y de los primeros conflictos entre los viejos y los nuevos. El segundo es el de la extrema radicalización de una franja de los nuevos sociólogos y el tercero refiere a la realización institucional de la politización en la universidad montonera en

1973-74. En cada uno de estos momentos los referentes más significativos, además de sus relaciones a veces conflictivas con el específico ámbito universitario, también eran parte de una red más amplia que incluía la universidad, pero también, de acuerdo con los momentos, el grupo cultural parauniversitario antiperonista, los espacios culturales del Partido Comunista, la revista con identidad de nueva izquierda o alguno de los diversos grupos político-culturales, expresiones de un área politizada del campo cultural. Tanto Gino Germani como Juan Carlos Portantiero y Roberto Carri fueron producto y productores de una relación con esas zonas politizadas del campo cultural que en cada caso implicarían vinculaciones (diferentes, más o menos mediadas, pero siempre relevantes culturalmente) con el campo político. La pertenencia, simbólicamente significativa, a tradiciones culturales distintas pero que trascienden la actividad académica, la confianza en las herramientas académico-culturales como elemento favorecedor de transformaciones sociales, la consecuente vocación de intervención pública, convierten a estos referentes de la sociología argentina en intelectuales clásicos.

LAS PRIMERAS DISPUTAS: GERMANI Y SUS DISCÍPULOS

A partir de la creación del Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires en 1957 cobraba realidad institucional un proceso que se estaba dando en distintos lugares de América latina: la irrupción de una sociología moderna que se moldeaba en relación con el estructural-funcionalismo y con el desarrollo de técnicas de investigación que tenían un papel relevante en el mundo académico norteamericano. Frente al pensamiento social predominante en América latina, cuya principal forma de expresión era el ensayo, surgía esta nueva disciplina que se proponía lograr un conocimiento objetivo de la realidad social. Para ello recurría a la investigación empírica, que rescataba lo que llamaba neutralidad valorativa e insistía en la separación entre ciencia e ideología. Esto en el marco de un clima ideológico en el cual el desarrollismo promovido por los centros políticos desplegaba todas sus herramientas

para detectar los elementos tradicionales que impedían a los países subdesarrollados superar etapas. Los organismos regionales que se crean en América latina con objeto de adaptar la región a los tiempos (CEPAL, FLACSO, CLACSO) se convertirían en promotores de discusiones y formadores de científicos y del mismo modo surgirían en este estilo carreras de grado en distintos países de la región, como Colombia, Venezuela y la Argentina.

En nuestro país, la carrera de Sociología fue creada en la Universidad de Buenos Aires en 1957, en la Universidad Católica Argentina dos años más tarde y en la Universidad del Salvador en 1963. Después del golpe militar de 1966 la carrera fue creada en otras universidades del interior del país, a menudo con docentes entrenados en la UBA. Pero las tres primeras instituciones siguieron siendo dominantes y se repartían el 90% de los alumnos hacia 1969. La carrera se expandió rápidamente: en la UBA ingresaban unos 500 alumnos por año hasta 1969, pero en los tres años siguientes ingresaron unos mil nuevos estudiantes anualmente. Este fenómeno fue acompañado por la creación de numerosos puestos de investigación y el otorgamiento de cientos de becas para estudiar en el exterior.



Gino Germani.

En estos primeros años de la carrera de Sociología se pueden observar dos movimientos: el primero, impulsado por el propio Germani, tendiente a afianzar una manera de concebir la sociología. Este afianzamiento supone una disputa contra zonas del campo cultural que se ocupaban del análisis de lo social desde otras perspectivas, más especulativas y literarias. Pero, a la vez, también desde el propio espacio de la nueva disciplina comienzan a surgir cuestionamientos a ese estilo de hacer sociología. Éste es el segundo movimiento.

El movimiento de Germani tendiente a clausurar las formas ensayísticas del análisis de lo social es fundacional y contundente. El otro movimiento, que tiene voces en el propio campo académico norteamericano, cobrará paulatinamente importancia en los nuevos. Los discípulos que Germani había formado y muchos de los cuales habían estudiado en el exterior volvían con nuevas maneras de pensar la sociología.

Desde el individualismo metodológico y desde perspectivas que revalorizaban el conflicto, el estructural-funcionalismo era cuestionado en el propio mundo académico americano. Por otro lado, en los distintos centros intelectuales mundiales se producía una revalorización académica del marxismo. No son demasiados los años en los que la versión del estructural-funcionalismo pueda desenvolverse con la tranquilidad de ser la sociología en la Argentina. Apenas un lustro después comenzarán los cuestionamientos.

Con la orientación de Germani, la carrera de Sociología de la UBA creó un Instituto de Investigaciones y se conformaron equipos que comienzan a desarrollar algunas líneas de investigación. Según Eliseo Verón, en este período hay tres tipos predominantes de investigación:

a) las descriptivas destinadas a reunir datos primarios sobre estructura social a nivel macrosociológico (estratificación, movilidad, procesos de urbanización, etc.);

b) aquellas descriptivas centradas en aspectos particulares de la estructura social que, en su mayoría, corresponden a recursos para el desarrollo (estructura de la educación primaria, secundaria y universitaria);

c) los estudios sobre actitudes y opiniones de sectores significativos de la estratificación social.

Los modelos de investigación, así como la docencia, estaban orientados por el modelo dual de sociedad tradicional-sociedad moderna. En el caso de la investigación, las preguntas orientadoras corresponden a caracterizaciones que ubicarán al país en distintos momentos del camino al desarrollo. Cuál es el diagnóstico y cuáles son los obstáculos que impiden el avance de los elementos modernos de cada sociedad. En el caso de la docencia, los autores que conformaban los programas centrales de las materias sociológicas pueden encontrarse en las compilaciones realizadas por Eudeba en el período: además

del propio Germani, Parsons, Robert Merton, Bendix, Lipset, Homans, Newcomb. Los clásicos estaban presentes sobre todo a través de Durkheim y Weber. El primero por su trabajo estadístico y el segundo por el de los tipos ideales.

Las críticas de protagonistas del período que se dirigen al “cientificismo”, pero con las armas de otras perspectivas epistemológicas legitimadas, no son muchas. Son los primeros nuevos, como Eliseo Verón, quienes de hecho comenzarán a incorporar nuevas corrientes en la práctica docente. Una década después su evaluación apunta a remarcar la debilidad con que la escuela que inauguraba la nueva sociología argentina era presentada en ese momento. “Los estudiantes conocieron sobre todo el estructural-funcionalismo a través de la trivialización de un Kingsley Davis, y su contacto con el pensamiento antropológico no se hizo a través de la riqueza abigarrada de un Malinowsky, sino más bien por la divulgación apagada y reiterativa de un Ralph Linton.”

Hay un texto de Germani donde se percibe la potencialidad del movimiento cuestionador de los nuevos a partir de operaciones similares que se están produciendo en un centro de la nueva sociología como es el mundo académico americano. A la vez que insiste en su movimiento fundacional, se propone posibilitar la lectura de debates que se realizan en comunidades académicas ya afianzadas. En 1962 Germani escribe el prólogo a *La imaginación sociológica*, de C. Wright Mills. Como se sabe, la crítica agresiva de Wright Mills se dirige a lo que él denominó “gran teoría”, “empirismo abstracto” y “*ethos* burocrático”. Allí caían estrepitosamente teorías y métodos que se habían constituido en las columnas maestras sobre las que se apoyaba el surgimiento de la sociología científica en la Argentina. ¿Cuál es entonces la operación realizada por Germani ante la presencia de este debate que, por lo menos, podría obstaculizar su proyecto de afirmación de un nuevo espacio en el campo académico argentino? En principio introduce el debate en este espacio, desplegando a la vez un estilo de lucha complejo.

Prologar la versión castellana del libro es de por sí una posición que anuncia algo de ese estilo. En ese prólogo realiza un análisis de la situación de la sociología a nivel mundial y observa los distintos grados de desarrollo de la disciplina, atendiendo

sobre todo a las comparaciones entre América latina y los Estados Unidos. La primera frase del prólogo declara contundente: “La traducción de un libro implica algo más que un mero problema lingüístico. Se trata de introducir en cierta cultura el producto de otra, alejada o próxima de la primera pero, en todo caso, distinta”. Aquí surgen los problemas de “comunicabilidad” de las ciencias y entonces advierte que la sociología se “halla... en una fase de comunicabilidad... menor de la que existe, por ejemplo, en la economía...”, aunque reconoce la emergencia de una “sociología ‘mundial’ en oposición a las sociologías ‘nacionales’”. En verdad, la principal dificultad es explicar cuáles fueron las condiciones de surgimiento del texto de W. Mills, pues se debería comprender eso para poder distinguir dos contextos de producción diferentes, dos campos académicos, con desarrollos históricos distintos en cuanto a su relación con la sociología mundial. “El examen que realiza Mills”, dice Germani, “no deja de darse en un contexto intelectual y científico bien distinto del que existe en América latina: en este sentido la ‘traducción’ requiere un esfuerzo por ubicar el contenido del libro dentro de su contexto originario y a la vez evaluar su significado con relación al contexto intelectual y científico propio de la cultura en que se trata de introducirlo”.

Es verdad que en su lucha por esclarecer los límites de la nueva disciplina Germani combate el “ensayismo”, pero también es cierto que los ecos de esas luchas llegan a través de sus adversarios y también de sus seguidores, simplificados hasta la caricatura. En el texto mencionado, insistiendo con las comparaciones entre América latina y los Estados Unidos abordaba el tema: “El ‘ensayismo’, el culto de la palabra, la falta de rigor son los rasgos más comunes en la producción sociológica del continente. Lejos del ‘perfeccionismo’ y el ‘formalismo metodológico’ yanquis, escasea o falta la noción misma de método científico aplicado al estudio de la realidad social”. Para Germani esta necesidad de marcar límites no excluye la posibilidad de pensar productivamente la incorporación de tradiciones que criticaba, en tanto competidoras de la sociología, pero que no podía dejar de tener en cuenta. No se presenta a la nascente sociología simplemente como una disciplina que se hace cargo de los desarrollos en los Estados Unidos y se constituye sobre un vacío local.

Para entender algunos gestos flexibles de Germani frente a otras formas de abordar la realidad social, que están más cercanas a (o son partes de) las disciplinas humanísticas, es necesario pensar las condiciones de conquista de la autonomía de este campo específico. En los momentos previos al surgimiento de la sociología científica, su iniciador formaba parte de una fracción del campo intelectual que podríamos denominar intelectuales liberales progresistas proscriptos por el peronismo. Las interrelaciones se dan en ese espacio entre actores tales como escritores, ensayistas, historiadores, filósofos. La cercanía con ese ambiente ligado a las disciplinas humanísticas (pero iluminista y sensible a la aparición de discursos científicos) lo confirma, luego del peronismo, con la creación de la carrera en la Facultad de Filosofía y Letras.

En este contexto, la de Germani no es una lucha ciega que desconoce al contendiente. Se parece más a una doble tarea: de diferenciación, frente a algunas tradiciones que hasta ese momento daban cuenta de la realidad social (más contundente en la medida que inauguraba una disciplina en contra de esas tradiciones ya instaladas), y de incorporación (menos declarativa) de aspectos de las mismas. Aunque hay momentos, como en este prólogo, en que la necesidad de la incorporación se hace explícita. Luego de las críticas al ensayismo, Germani advierte: "Mas a la vez no debemos olvidar aquellos elementos

Sobre el concepto y la metodología de la sociología en Gino Germani

"De acuerdo con esta concepción de la sociología y de sus métodos, el suscripto aboga por una transformación de la enseñanza sociológica en la Argentina, destacando la necesidad de eliminar el actual predominio filosófico y especulativo para propender a la investigación de la realidad social del país. La enseñanza de los métodos y técnicas de investigación y la creación de una base organizativa adecuada han sido señaladas como medios necesarios para el logro de tal objetivo."

Fuente: Jorge R. Jorrat y Ruth Sautu (comps.), *Después de Germani. Exploraciones sobre estructura social de la Argentina*, pág. 30.

de la tradición intelectual latinoamericana que sin duda nos colocan en una posición más favorable que la existente en el país del Norte: así no cabe duda de que el 'pensamiento social' de América latina presenta más de un hermoso ejemplo de lo que Mills llama análisis social clásico. La influencia profunda del historicismo y algunas de las características mismas de la cultura predisponen casi 'naturalmente' a la ubicación de los problemas dentro del contexto mayor de la estructura social percibida históricamente, procedimiento que Mills recomienda con tanto énfasis".

El libro de Wright Mills que introducía Germani pasó a conformar un conjunto de elementos que derivó en el clima de desprestigio del estructural-funcionalismo y de un estilo de hacer sociología. Por supuesto no era el único y probablemente tampoco el más relevante y además ese clima no había adquirido, todavía en 1962, la forma que le daría fuerza cultural. En ese momento, las críticas no giraban exclusivamente en torno a la descalificación del "cientificismo", sino que se cuestionaba una manera de hacer sociología presentada como exclusiva. Las repercusiones más duras quizá deban encontrarse en los alumnos de las nuevas generaciones y no tanto en los discípulos más cercanos. En la carrera de Sociología se realizó una huelga contra la cátedra de Metodología a cargo de la profesora Regina Gibaja, una de las docentes del grupo cercano a Germani. El eslogan que levantaban los alumnos y que los llevó a la protesta es: "Contra el empirismo abstracto". No obstante, hay elementos para suponer que no es un indicador del estilo de discusión de ese momento. La institución parecía funcionar con un estilo tradicional de cualquier universidad, en el cual, entre otras cosas, las jerarquías institucionales tenían un reconocimiento. Y, por otro lado, no provenía de un mero acatamiento a las reglas. Luego de la caída del peronismo, la UBA se había prestigiado ante la sociedad y lograba un reconocimiento del conjunto del campo de la cultura. En la Facultad de Filosofía y Letras, que albergaba la carrera de Sociología, podían estar Gregorio Klimovsky y el rector José Luis Romero y otro grupo de intelectuales prestigiosos que volvían a la UBA luego del '55. En este clima no había cuestionamientos, por ejemplo, al estilo de examen tradicional que a fines de los sesenta sería modalidad corriente.



José Luis Romero.

Pero, independientemente del esfuerzo de adaptación a otro campo de Germani, los cuestionamientos surgían desde distintos ámbitos, también desde aquellos que poblaban sus discípulos más aventajados. Miguel Murmis y Elisco Verón, luego de la experiencia del posgrado en el exterior, retomarán sus cargos en la cátedra Sociología Sistemática dirigida por Germani y comenzarán a introducir autores marxistas, la antropología estructural y la teoría de la comunicación, a la par de autores como Goffman, Garfinkel y Becker, que fueron la rebelión académica anti-Parsons. La expe-

riencia norteamericana de Murmis y la francesa de Verón produjeron una serie de cambios que conformaron el piso sobre el que se asentarían las futuras críticas a la versión germaniana de la sociología. La punta modernizadora de una institución como la UBA, que renacía y acumulaba prestigio, no podía estar ajena a la dinámica cultural, que hacía de la incorporación de lo nuevo una práctica constante. La sociología, como las vanguardias del Di Tella, debía estar al tanto de los movimientos de los centros mundiales. Como llegaba el *happening* de Nueva York, también debía ingresar Claude Lévi-Strauss, que sacudía los ambientes de las ciencias sociales en las universidades europeas y del mundo. En este contexto de las ciencias sociales donde lo anterior no era todavía tradición, lo nuevo ingresaba reprocesado localmente con el espíritu de las vanguardias estéticas, rompiendo y rechazando lo existente.

En 1964 Germani abandonaba su lugar en la UBA y entonces los discípulos mencionados quedaron a cargo de Sociología Sistemática y se convirtieron en referentes importantes dentro del campo de la sociología. Probablemente este retiro afectaba a la nueva carrera, porque perdía un docente y un investigador que había introducido el perfil moderno de la sociología. Pero además y fundamentalmente, se quedaba sin un organizador cultural. Alguien que había podido armar y conseguir financiación para un Instituto de Investigación, que generaba encuentros y convenios con referentes prestigiosos del campo académico internacional, principalmente de universidades norteamericanas.

De hecho, los discípulos mencionados se transformaron en los referentes más importantes para los alumnos de la principal institución formadora de sociólogos en la Argentina. En muchos aspectos, maestro y discípulos se parecían. Probablemente en ninguno más que en su relación práctica con el peronismo. Tanto Murmis como Verón tienen la experiencia de la universidad peronista previa al '55 y una formación en la que intervienen intelectuales del campo de la filosofía, por ejemplo, que conformaban los círculos antiperonistas. La experiencia del autoritarismo y el clima intelectual de la época dejaron marcas en su manera de relacionarse con las distintas formas de populismo. Si bien Verón escribe tempranamente en la revista *Contorno*, que sería un espacio de revisión de la idea clásica de los intelectuales acerca del peronismo, lo hace con un artículo en el que critica el nacionalismo, la antropología "profunda" de Víctor Massuh. También su estilo de relación con el mundo académico, el acatamiento de las normas institucionales, la actitud profesoral, la idea de una carrera académica, no serían demasiado distintos en ese momento. Quizá la diferencia hay que buscarla en la vocación no sólo académica, sino también de organizador cultural que poseía Germani y que no fue heredada por los discípulos. Estas discrepancias probablemente serán significativas a la hora de encontrarse con un clima cada vez más cuestionador ya no del cientificismo, sino de la práctica misma de la sociología.

Este estilo de disputas dentro de un ámbito académico no es demasiado extraño. Los nuevos presionan por ocupar un lugar y para ello cuestionan ciertos aspectos de la visión que sostie-

nen los que ocupan el lugar asentado, los que definen políticas de investigación e influyen sobre el armado del currículo de formación. Cuando existe una institucionalidad fuerte estas disputas se resuelven sin afectar demasiado el desenvolvimiento de la institución. En este caso, los cuestionamientos que pasaban por la ignorancia del currículo de corrientes como el nuevo marxismo, el estructuralismo y las nuevas corrientes de la sociología americana podían ser simplemente el movimiento que posicionara de otra manera a los nuevos. La situación institucional reciente, con poco más de un lustro de antigüedad, y el clima juvenil descalificador hacían difícil la inclusión de todos los actores. Es así como los nuevos comenzaron a desenvolverse en un espacio libre, en un momento en que la radicalización política en el ámbito universitario se agudizaba y adquiría formas insólitas hasta entonces.

UN ÁMBITO SIN PADRES EN UN CLIMA DE CAMBIOS

La intervención de la Universidad en 1966 tuvo características particulares en la carrera de Sociología. En principio no se produjo una fuga inmediata de profesores. Referentes importantes de ese período como Eliseo Verón, Miguel Murmis, Silvia Sigal y Manuel Mora y Araujo decidieron continuar dentro de la UBA, aunque luego de un cuatrimestre no les renovaron los contratos. Kratochwil describe la situación posterior a la intervención y las repercusiones que ésta generó en el resto del mundo académico: "De veintiocho profesores del Departamento de Sociología de Filosofía y Letras (UBA), quedan cuatro en marzo de 1967. El Instituto de Sociología, en el que había quince proyectos de investigación en marcha, cerró sus puertas por casi un año... En la Universidad Católica Argentina (UCA) una declaración que rechazó la violencia desatada en la universidad nacional condujo a una crisis entre el rectorado y el Departamento de Sociología. Su director, José E. Miguens, y treinta y tres docentes y auxiliares renunciaron hasta marzo de 1967, quedando cinco personas... También se interrumpieron las actividades de los sociólogos en el Instituto de Sociología de la Universidad del Litoral y Tucumán..."

No obstante quedaron en la facultad grupos de alumnos aventajados que además de continuar con su proceso de politización encontraban la posibilidad de desempeñarse como auxiliares docentes. Por supuesto, en los primeros momentos de la intervención había pocos docentes con formación en sociología. La gran mayoría eran abogados y profesores de historia o filosofía con poca vinculación con el mundo moderno de la sociología académica que se habían replegado a otros espacios como el Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales en 1967; el Centro de Investigaciones Motivacionales y Sociales, que efectuaba trabajos para la Federación Agraria y los arquitectos; el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella, que funcionaba desde 1963; el Departamento de Sociología de la Fundación Bariloche, desde 1968; el Centro de Investigaciones en Ciencias de la Educación, aso-

El catolicismo radical y la falta de compromiso político de los profesionales

"Por su extracción social la casi totalidad de los profesionales argentinos pertenecen a la clase media y alta. Esto ya los condiciona a que en su paso por la Universidad buen número de ellos sólo busquen un título con el cual mantenerse o ascender en la escala social. La mentalidad del 'no te metás' que priva en la clase media argentina, tan ansiosa de seguridad, conforma en gran número de estudiantes hábitos burgueses que los marcan para toda la vida. De tal modo, el egresado descuida habitualmente aquellos aspectos de su profesión que más necesita la comunidad (investigación, docencia) para dedicarse por entero al ejercicio profesional en su aspecto más rentable."

"Por otra parte, del grupo de universitarios más rebeldes, de las minorías revolucionarias que existen en toda universidad, pocos son los que luego de egresados continúan en una actitud comprometida a favor del cambio. La mayoría de ellos se asimilan al aburguesamiento general y se incorporan a la gran corriente de 'consumidores privilegiados', de los que luchan por 'tener más' y renuncian a 'ser más'."

Fuente: Informe de la Juventud Católica al Episcopado argentino, 21 de abril de 1969, en A. Mayol, N. Habegger y A. Armada, *Los católicos posconciliares en la Argentina*, pp. 386-87.

ciado al Di Tella desde 1966; el Instituto de Desarrollo Económico y Social, que funcionaba desde 1960; el Centro Argentino del Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales; el Centro de Estudios Sociales de la DAIA, y el Centro de Investigaciones y Acción Social, fundado por la Compañía de Jesús.

Algunos de esos profesores tenían militancia cristiana, como Gonzalo Cárdenas, quien provenía de la democracia cristiana, o Justino O'Farrel, sacerdote con formación de posgrado en sociología. Muchos de estos docentes fueron afectados directa o indirectamente por un importante proceso de cambio que se estaba produciendo dentro de sectores del catolicismo en la Argentina, que a la vez recibía la influencia de un cada vez más radicalizado mundo cristiano en América latina. Cambios que suponían un creciente compromiso con los sectores más desprotegidos a la luz de las Conferencias de Puebla y Medellín, y además la relación con expresiones intelectuales de la izquierda como el marxismo, hasta la adopción de metodologías violentas para producir transformaciones. El sacerdote sociólogo Camilo Torres, muerto mientras luchaba como miembro de la guerrilla colombiana, sería uno de los muchos símbolos, pero no el más débil, para los cristianos que hacían su recorrido por el radicalizado clima de la época.

El fenómeno de radicalización de amplias franjas de estudiantes e intelectuales de sectores medios provenientes (en muchos de los casos del ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras) de la izquierda, que luego también en algunas de sus franjas se peronizarían, permitiría entender el clima que producía la carrera de Sociología de la UBA. El campo cultural en los primeros años de creación de la carrera de Sociología todavía sostenía marcas fuertes de la relación con la política previa al '55. Una estructura de campo que albergaba un "frente racionalista", lo que la izquierda clásica llamaba la alianza anti-peronista con "el humanismo burgués". En ese panorama el referente intelectual más relevante como pensador de lo social podía ser Ezequiel Martínez Estrada, que circulaba sin demasiadas tensiones por la revista *Sur* y los *Cuadernos de Cultura* del Partido Comunista Argentino. Los cambios de la izquierda en los centros culturales mundiales y las consecuentes transformaciones del marxismo a través de la reinención de genea-

logías, relaciones con otras corrientes, sumados a hechos como la Revolución Cubana y los nacientes movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo, produjeron reacomodamientos significativos de este campo cultural. El prestigio del marxismo *aggiornado*, relacionándose cada vez más con la sociología en las universidades, posibilitaría el ingreso exitoso en zonas (entonces resignificadas) del campo cultural que Germani intentó mantener fuera de los límites de la sociología científica.

El joven Juan Carlos Portantiero era parte de ese grupo de docentes que estaban en la segunda línea luego del '66. Se trataba de uno de los jóvenes intelectuales del Partido Comunista que ya en ese momento formaban parte del clima de lo que luego se denominaría la nueva izquierda y que con el amparo de Héctor P. Agosti habían recuperado a Gramsci hacia fines de los años cincuenta. El prestigio de Portantiero, que se reconvertía en el ámbito de la carrera de Sociología, era el logrado en espacios del campo cultural politizado de fines de los cincuenta y principios de los sesenta. Sus credenciales son artículos centrales sobre cuestiones culturales, sociales y políticas en los prestigiosos *Cuadernos de Cultura* de fines de los años cincuenta y un libro en 1961 (*Realismo y realidad en la narrativa argentina*). Allí se cuestiona el "falso marxismo economicista" valiéndose de herramientas proporcionadas por Antonio Gramsci, un autor marxista que impondría una marca en la cultura de esa época, incluida la sociología. En sólo un par de años, Portantiero se transformaría en uno de los nuevos referentes de la sociología argentina, proporcionándole a la izquierda cultural una identidad revolucionaria del peronismo.

Sin embargo, esta actualización, que recupera tradiciones intelectuales legitimadas en el marco más amplio del campo cultural y que continuarían pesando en esa comunidad, no agota el dinamismo de ese espacio académico, que es cada vez más un espacio cultural. Hay hechos coincidentes en dos niveles para que en la carrera de Sociología de la UBA se produzca un fenómeno singular que proporcionará identidad a una franja de los nuevos y afectará al conjunto de la comunidad sociológica: el de las llamadas cátedras nacionales. Este fenómeno adquirió una expresión institucional legítima a partir de una serie de hechos vinculados a la compleja relación del gobierno



Los condenados de la tierra, un libro de Frantz Fanon.

tores del nacionalismo fue apropiada y resignificada en parte por franjas de jóvenes de izquierda que se peronizaban. Los caudillos federales, e incluso Rosas, armaban este árbol genealógico que culminaba en el movimiento de liberación nacional junto a Yrigoyen y a Perón. La reescritura de la historia y también el análisis social se realizan de la mano de referentes que hasta los primeros sesenta ocupaban un lugar relativamente marginal (sin lugar a dudas comparado con el que tuvieron luego) en el mundo de la cultura y aun en el peronismo: Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche y, sobre todo, Juan José Hernández Arregui. Estas influencias serían fuertes en términos político-culturales. Reivindicación de ciertos aspectos del marxismo *aggiornado*, recuperación del nacionalismo tercermundista y antiimperialista y del pensamiento cristiano revolucionario (y en especial el aspecto de esta tradición resignificada que supone una unión entre pensamiento y práctica). Más que en Jean-Paul Sartre, que indudablemente pesó

de Onganía con el peronismo y con sectores del catolicismo, que motivaron a profesores cristianos en proceso de peronización a encarar la preocupación por “entender al pueblo”. Por otro lado, el proceso de radicalización juvenil asumió, entre otras posibles formas, la de comprensión y reconocimiento del peronismo como un movimiento de cambio con distintos significados según el punto de vista, pero en todos estaba presente la aceptación de su potencial transformador. En el caso de la sociología, este proceso no es ajeno a un movimiento intelectual mayor que reacomoda las piezas en el tablero de la cultura nacional.

Con el correr de la década del sesenta, la visión que de la historia habían construido ciertos sectores

en sectores de la nueva izquierda autóctona, estos sectores que proponían el socialismo nacional encontraban referentes en el análisis de la guerra chino-japonesa de Mao Tse-tung y en las experiencias de liberación nacional de pueblos de Asia y África, sobre todo de la visión de la revolución argelina presentada por aquel que Sartre había santificado a los ojos de los occidentales de izquierda: Frantz Fanon.

Los grupos sostenedores de esta perspectiva no ocluían en sus momentos de mayor fuerza la presencia de otras miradas que seguían teniendo su peso simbólico. Las llamadas cátedras marxistas continuaban funcionando en esta segunda mitad de los sesenta y, por supuesto, visiones profesionalistas ocupaban cátedras de materias específicas de la carrera. Sin embargo, más allá de las antipatías del mundo académico (Eliseo Verón las llama anticientificismo de derecha) y de la diferenciación constante que producían las cátedras marxistas (con las cuales parecían compartir un mismo terreno de lucha político-cultural) y aunque seguramente no fueran la expresión del conjunto de la nueva generación, tenían una fuerte presencia cultural en ese espacio. Además, esa presencia significativa en la carrera de Sociología de la UBA, que por su carácter de institución modernizadora era un foco de irradiación cultural, también puede entenderse como el reprocesamiento de un clima general que se convertía en el sentido común de gran parte de la militancia juvenil ligada a este nuevo peronismo que seducía a las capas medias universitarias.

En un momento en que algunas zonas de la institución universitaria adquirían un perfil cada vez más assembleístico, la relación con los pares podía adquirir menor importancia para el reconocimiento que la aprobación de las masas de alumnos. En este sentido, la significatividad que adquieren las cátedras nacionales radica en la relación que éstas establecen con una zona de la cultura (el nacionalismo cultural *aggiornado*) que a la vez contribuyen a recolocar. Esta relación los legitimaba, en tanto formaba parte de un clima mediante el cual jóvenes de sectores medios, muchos de ellos estudiantes de sociología, comenzaban a relacionarse con la política.

Este marco cultural es el que proporciona el espacio para que las cátedras nacionales se desenvuelvan, más que como una nueva perspectiva académica dentro de la sociología,

como un grupo cultural que actúa casi a la manera de las vanguardias artísticas. Ya no es sólo la aceptación de ciertos aspectos del peronismo que el mundo de la cultura y la cultura de los sectores medios rechazaban. La pelea cultural de las nuevas generaciones de las capas medias adquiere en la carrera de sociología una forma más radical. Una forma que rechaza las reglas del juego académico y que transforma a estos grupos en una especie de vanguardias culturales. Estos jóvenes de sectores medios habían escandalizado a sus padres (literalmente) en su opción por el peronismo, ahora escandalizaban al mundo académico proponiendo el ingreso a ese mundo de ensayistas del nacionalismo cultural transformados en baluarte de la sociología nacional. En una polémica con Francisco Delich, que la *Revista Latinoamericana de Sociología* se vio obligada a recoger —esto, más allá del rechazo, supone el reconocimiento de los otros como interlocutores, aunque se los descalifique—, Roberto Carri va a reivindicar, con un estilo más propio de las disputas literarias o artísticas que del académico, lo que llama “sociología del estaño”, citando a Arturo Jauretche dice:

JAURETCHÉ

**el
medio
pelo**

en la Sociedad Argentina

(Apuntes para una sociología nacional)

A. PERA LILLO - editor



El medio pelo, de Arturo Jauretche.

“El verdadero científico, el ensayista político, el político, realizan, crean individualmente esa conciencia social, esa práctica social, y con los pies bien afirmados en la realidad que analizan, y donde actúan, realizan su explicación. Éste es el método del ‘estaño’ que tanta gracia le causa a Delich...”.

Más aún, la relación con el peronismo no suponía solamente una relación cultural y política. En el extremo propuesto por estos grupos, no es sólo la reivindicación de un ensayismo nacionalista como un estilo reivindicable de hacer sociología lo que ya supone una ruptura con el mundo

La creación de una “sociología nacional”

“La construcción de una sociología nacional es posible, como así también la elaboración de las herramientas conceptuales necesarias para las tareas de investigación y procesamiento teórico, pero siempre y cuando que el sociólogo realice sus tareas al servicio del Movimiento Nacional de Masas (...) el Peronismo leal a Perón (...)”

Fuente: Gonzalo Cárdenas, *De una sociología colonial a una sociología nacional*.

académico, sino que además la construcción de una sociología nacional precisaba del peronismo concreto como un espacio necesario de producción de conocimiento.

Uno de los textos que expresan con mayor claridad esta perspectiva, en una franja de la sociología argentina, es un libro de Norberto Wilner escrito sobre la base de una tesis de la carrera de Filosofía de la UBA dirigida por el sociólogo y sacerdote católico Justino O’Farrel. El libro, titulado *Ser social y Tercer Mundo*, es una condensación de los temas que van a ser recurrentes y aparecerán con distintas formas en la perspectiva de las cátedras nacionales. El anticientificismo en este caso adquiere una forma más radical. No es la crítica académica a la intención estructural-funcionalista de construir una ciencia avalorativa realizada desde visiones *aggiornadas* de las ciencias sociales.

La identificación con el cientificismo de grandes corrientes ideológicas como el marxismo y el liberalismo hace de este conflicto una lucha política y del encubrimiento producido por este cientificismo algo más que una forma de producción de conocimiento en la academia. La pelea fundamental se organiza en torno al debate con el concepto de ser social utilizado por Marx para reubicar en la discusión la idea de ser nacional. Como sostiene Wilner: “Volcar la realidad de los pueblos avasallados en el molde de la revolución que exige el desarrollo de la previa identidad es hacer del enemigo imperialista un aliado, y del aliado un enemigo. La política que Engels propugnaba ante México avasallado ilustra este asunto. Si el cam-

bio revolucionario es 'necesario'. La 'ciencia' absorbe a la política".

La discusión entonces supone la reivindicación de un ser nacional, por encima de un ser social, que estaría encubriendo e imposibilitando resoluciones políticas. La oposición entre lo satisfactorio de una revolución social y lo demagógico de una revolución nacional se convertiría en el elemento que organizará la lucha política, pero que además permitirá la descalificación en términos de producción de conocimiento. La reivindicación del ser nacional no es extraña a la historia de Occidente y tampoco en este caso este rescate adquiere una identidad novedosa. Sin embargo, en términos retóricos, este nacionalismo se planteaba como la opción superadora de las grandes tradiciones ideológicas occidentales. Quizás el análisis del texto de Wilner no permite descubrir elementos sofisticados. Pero el ejercicio más fácil es el de la descalificación apelando a los contenidos. Si se piensa este texto como producto social de un mundo académico particular en un momento en que ese espacio está impregnado de los debates culturales más amplios, el fenómeno adquiere otro significado.

Tanto en la carrera de Sociología de la UBA, como en los espacios de los centros de investigación antes mencionados, continuaban existiendo sociólogos que desempeñaban funciones más profesionales. Sin embargo, el centro de la actividad intelectual pasaba por las discusiones del estilo que propone el libro de Wilner, con diferencias de acuerdo con las perspectivas, pero sin dudas en cuanto al carácter político-intelectual del debate. Se podría decir que tenían mayor productividad cultural en general e influencia particular en el mundo de las ciencias sociales, revistas del espacio político cultural como *Antropología del Tercer Mundo*, *Cristianismo y Revolución* o *Pasado y Presente*, que la académica *Revista Latinoamericana de Sociología*.

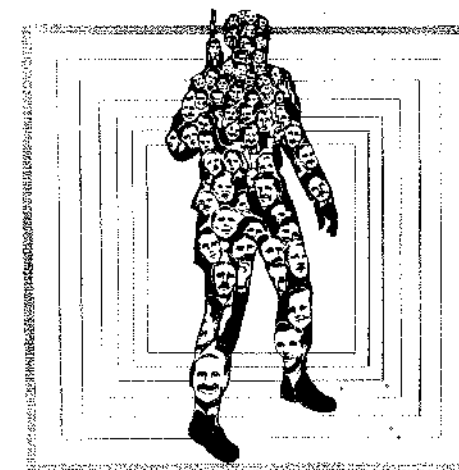
Del mismo modo que las vanguardias estéticas del Di Tella, las vanguardias culturales populistas de sociología eran rupturistas y escandalizadoras del propio campo. Tanto Marta Minujín como Norberto Wilner producían reacciones ante la irrupción de algo que se evaluaba a sí mismo como nuevo e irradiaban el optimismo y desparpajo de los movimientos culturales juveniles. Mientras que el trabajo de Murmis y Portan-

tiero sobre los orígenes del peronismo (el material de la época más significativo de la relación entre sociología y política) se produce rompiendo visiones anteriores, pero en una disputa más acotada al mundo académico, aunque con motivaciones y repercusiones que lo trascienden, el libro de Wilner y muchos de los folletos de las cátedras nacionales arrojaban todas las fichas del juego, pero también el tablero. La propuesta era bien radical, culturalmente hablando, y aunque exista una lógica de la demostración (lo de Wilner es una tesis universitaria), bastaba con generar ese producto

que, más que por sus condiciones intrínsecas, valía por la vitalidad cultural que le proporcionaba ser parte de un movimiento más amplio, a través de la pura y simple fuerza del movimiento cultural. Era una especie de demonización de quien mantenía la posición hegemónica en el mundo de la cultura, que en la sociología se expresaba a través del "cientificismo" con sus dos rostros: el liberal y el marxista.

A la par de la radicalización cultural se fueron produciendo hechos sociales y políticos que extreman, también en este campo, el grado de politización. Y la politización parece transformarse en una implicación que rebasaba el mundo de la cultura. Se fue convirtiendo en un camino donde las condiciones políticas podrían retardar, pero no frenar, la marcha de muchos de estos intelectuales a la acción. La vanguardia intelectual podía transformarse en vanguardia política. La bifurcación de caminos se produjo por la caracterización de lo que se denominaba el movimiento de liberación nacional. Efectivamente, la vuelta del líder depuesto en 1955 convertía a la discusión polí-

Cristianismo y Revolución



LA MARCHA DEL MUESTRAL EN ALBUQUERQUE

Revista Cristianismo y Revolución.

Sociología y peronismo

“Aquí, en la Argentina, todo intento por universalizar abstractamente la ciencia se convierte en una teoría de apoyo a la dominación imperial. La verdadera alternativa para un sociólogo consiste en producir científicamente desde nuestra propia realidad como país y desde dentro del movimiento popular, que aquí no es otro que el peronismo.”

Fuente: Roberto Carri, *Poder imperialista y liberación nacional*.

tico-intelectual en una discusión decididamente política. El camino de algunos que comenzaron como marxistas y se convirtieron en “*narodnikis* nativos adherentes a un caudillo”, como Wilner y gran parte de las llamadas cátedras nacionales, conformó un movimiento cultural imaginativo en tanto Perón era una esperanza. Cuando Perón se convierte en actor real, el movimiento cultural imaginativo se transforma en un grupo de intelectuales peronistas seguidores prudentes de su líder. Pueden ser buenos analistas y mejores políticos, pero ésa no es la cuestión abordada aquí. Otros sectores en la sociología, por ejemplo algunos de la tradición marxista, conservaban una visión especulativa que no renegaba de la política, pero tampoco del espacio particular desde donde se participaba en ella. La negación del sociólogo convertido en político tenía el componente revolucionario, aunque eso suponía un peronismo al que Perón hecho realidad no favorecería.

LA SOCIOLOGÍA EN LA POLÍTICA

En agosto de 1968, durante la Convención Anual de la Asociación Sociológica de los Estados Unidos, el sociólogo Martin Nikolaus se dirigía a los presentes luego de una exposición del secretario de Salud, Educación y Bienestar. Aclaraba que sus observaciones críticas no estaban dirigidas a este funcionario, en tanto había aceptado voluntariamente ser miembro de la institución gubernamental que estaba librando una guerra imperialista contra el pueblo vietnamita. Consideraba a este funcionario

el jefe militar en el frente interno de esa lucha y, por lo tanto, desestimaba toda posibilidad de diálogo entre otras cosas porque el diálogo entre súbditos y gobernantes es un diálogo entre “gallinas y elefantes”. Su preocupación apuntaba a los miembros sociólogos de esta asociación que no se hubieran “vendido y comprometido a punto de hallarse fuera de su propio control para iniciar cambios o enmendar errores”. Y en otra parte de su exposición realizaba una definición del sociólogo americano que no apuntaba a la crítica de su obra y a un estilo de trabajo a la manera de Wright Mills, sino directamente a su papel social. “El sociólogo laureado, el de alto estatus, el de abultado contrato... el que publica un libro por año... no es ni más ni menos que un sirviente doméstico en la institución corporativa, un blanco tío Tom intelectual no sólo para su propio gobierno y clase gobernante, sino para cualquiera de los existentes.”

Este llamado panfletario a la concientización de los sociólogos no es un folleto surgido de la imaginación de un grupo radical que recorre las aulas de la carrera de Sociología de la UBA. Es una exposición en la Convención de la Asociación Sociológica de los Estados Unidos. Los movimientos estudiantiles y sociales del final de la década (radicalizados no sólo en el Tercer Mundo), los replanteos ideológicos y teóricos que revalorizaban estos hechos poco compatibles con el modelo de la izquierda tradicional, permitían creer a algunos intelectuales que estaba llegando la hora de dejar de comprender el mundo y comenzar a cambiarlo.

Es en este contexto que debe entenderse la transformación cultural en los alumnos de la carrera y en muchos sociólogos del período que implicaba, por ejemplo, la incorporación de bibliografía heterodoxa para las tradiciones académicas. Jaurétche y sobre todo Hernández Arregui aparecían junto a Gunder Frank y Puiggrós en algunas materias y seguramente eran parte de la discusión en los espacios de sociabilidad informal producidos por la facultad. Independientemente de que en muchos casos no se abandonara la lectura de ciertos clásicos y fundamentalmente la generación más nueva de los que habrían de adherir al peronismo montonero y a las cátedras marxistas, se incorporaban nuevos autores franceses como Althusser y Poulantzas, y junto a ellos podían encontrarse los menos académicos Mao Tse-tung y Frantz Fanon.

La revista *Panorama* en 1971, con motivo de la invitación a un debate sobre las posibilidades de la sociología, había realizado una encuesta formal a alumnos de la carrera. El periodista relata con asombro la actitud de la mayoría de los entrevistados, que decían desconocer sus posibilidades profesionales y que buscaban en la sociología elementos para realizar algún tipo de política con perspectiva revolucionaria, de cambio de estructuras y de cambio social. Cuando se les solicitó que nombraran sociólogos que habían influido en su elección, los nombres que aparecieron fueron Carlos Marx, Lenin, Juan D. Perón, Abelardo Ramos, "Che" Guevara, Arturo Jauretche. Por supuesto, el interrogante que el periodista trasladaba a la mesa de debate es el de la relación sociología-política. En el epígrafe la revista elaboraba ya una respuesta. Decía sin ambigüedades en su segundo párrafo: "Pocos dudan —incluidas las autoridades— de que la sociología es una carrera con perfil subversivo".

Los participantes en el debate propuesto por la revista respondían, ante el desconcierto periodístico, sobre las posibilidades ocupacionales de esta carrera y su particular relación con la política. De los seis participantes, salvo Pedro David, especialista en sociología del derecho, y Fernando Cuebillas, en ese momento director del Instituto de Investigaciones de la UBA, la mayoría propuso una relación fuerte con la actividad política y la posibilidad de realizar cambios revolucionarios. Los dos primeros tampoco pudieron evitar el tema de la implicación con la política y hacer referencia al clima de cambios que se respiraba. Pero, sin embargo, fueron los cuatro sociólogos restantes, con su preocupación por evitar cualquier rasgo que no estuviera indicando una identidad radicalizada, quienes dieron el tono al debate. El joven profesor Ricardo Sidicaro saludaba la relación de profunda implicación con la política por parte de los jóvenes y celebraba las dificultades de restricción del mercado laboral para los sociólogos: "Hoy muchos ex militantes políticos son directores de marketing, burócratas de los ministerios o investigadores a sueldo de las fundaciones. Creo que es una suerte que nuestros estudiantes actuales, preocupados por la política, no puedan acceder a esos roles. Porque la cuota de cargos posiblemente ya esté cubierta y porque las circunstancias generales que vivimos hacen cada vez

más difícil ser burócrata de ministerio o ayudar a vender jabones..."

La frustración de los estudiantes no pasaba por su relación más o menos exitosa con un mercado de trabajo profesional. Las instituciones debían replantear sus funciones y sus miembros tenían que contribuir decididamente para lograr esos cambios. En este sentido, la carrera de Sociología, por sobre la intervención del gobierno militar, parecía estar dando respuestas impregnadas por una dinámica cultural que expresaba sin duda los nuevos tiempos. Así, Portantiero expresaba: "Hay que procurar que esos jóvenes no se frustren. Por eso debemos hacer todo lo posible para que la Facultad de Filosofía y Letras y la carrera de Sociología no vuelvan a ser lo que alguna vez fueron: formadoras de disociados que terminan trabajando para empresas o institutos financiados por el exterior".

José Nun fue el que rodeó con más argumentos la necesidad de evitar una politización simple, de reconocer las mediaciones del mundo académico y de las tradiciones científicas, básicamente del materialismo histórico, para no producir un "populismo pseudocientífico" que no proporciona las "herramientas teórico-conceptuales acerca de la realidad que se quiere transformar". No obstante, en el marco de un proceso de cambio, reconocía la existencia de limitaciones formales en las instituciones académicas y exponía su necesidad de abolirlas. El ejemplo concreto hace referencia a los requisitos de ingreso a programas de posgrado: "Mi propuesta fue que este requisito se obviase con alguna prueba de suficiencia, porque hay una enorme multitud de individuos genuinamente interesados en la realidad latinoamericana que no han podido completar una carrera y que son tal vez más importantes para la revolución que los graduados universitarios".

Santos Colabella cuestionó a Nun y, más allá de los aspectos anecdóticos de este debate, lo más significativo es la naturalidad con la que se vierte el discurso antisistema en este caso y en otros. Desde los que lo pronunciaban con la tranquilidad de marchar por el camino correcto, como Portantiero y Sidicaro, hasta los que como Nun (particularmente cuestionado por ser uno de los referentes del proyecto Marginalidad) debieron esforzarse por reconvertir su marxismo académico en un elemento más cercano a la política. Sin embargo, este debate es

todavía un indicador de una relación con la política que todavía tenía algo de retórica, aunque en él estén planteados los temas que se realizarán en el '73. Es precisamente la relación con la política lo que seguirá reorganizando posiciones dentro del mundo de la sociología, pero esta vez en torno a un compromiso real con un proyecto que aparecía como posible y, en los casos más radicales, convirtiendo el papel del sociólogo decididamente en el de un intelectual revolucionario que asume distintas actividades de acuerdo con las circunstancias que se produzcan en el proceso de cambio.

Hay algunos hechos políticos que resultaron decisivos en el paso de algunos grupos de la sociología local desde posiciones de rebeldía cultural politizada hasta el sombrío campo de la política real de la época. Luego del 11 de marzo de 1973 y, sobre todo, inmediatamente después de la asunción de Cámpora el 25 de mayo del mismo año hasta ocurrida la "masacre de Ezeiza" el 20 de junio, el probablemente ingenuo optimismo arrollador de las aulas universitarias se trasladaba a amplios sectores de la población. Fueron, precisamente, la masacre de Ezeiza y, aún más, el moderado discurso de Perón a poco de regresar del exilio los que reacomodaron las piezas de la política a nivel general. También produjeron modificaciones en el pequeño mundo de la radicalizada sociología.

Las elecciones de 1973 habían llevado al gobierno a Cámpora y en ese contexto los sectores ligados a la "tendencia revolucionaria del peronismo" ocuparon lugares significativos en distintas áreas de gobierno. La universidad, dirigida por Rodolfo Puiggrós, se convirtió en un espacio privilegiado para estos sectores. La carrera de Sociología produjo con este movimiento institucional una operación de cambio generacional. Los más jóvenes del peronismo de izquierda que no tenían prácticamente relación con las cátedras nacionales ocuparon cargos destacados en las partes administrativa y académica de la carrera. En el breve y conflictivo año y medio de esa administración no se produjeron cambios significativos en el currículo. Lo que se presiente es una implicación más real y probablemente más trágica con la política. No es simplemente la elaboración de una especulación en torno a la dependencia o a la revolución nacional. Las generaciones más jóvenes que participaban de esa administración son más actores, quieranlo o

no, de una lucha política dentro del peronismo que irá adquiriendo formas militares dramáticas. Ya no son, en esta franja, vanguardias culturales que proclaman una implicación en la política. O bien ocupan el lugar de subordinados al líder y por lo tanto pierden su productividad cultural y política en ese contexto o, de acuerdo con su ubicación en los distintos frentes de acción posibles, devienen en sector más o menos secundario de una vanguardia político-militar.

Los sociólogos más cercanos al proyecto de la izquierda peronista actuaron en función de esta identidad en un momento cada vez menos retórico. La política real comenzaría a ingresar en las aulas de la universidad mediante las formas más violentas. A la par, algunos de ellos harían de esa implicación un directo alejamiento de la universidad. No obstante, unos y otros hacían del diagnóstico político de un momento complejo un elemento imprescindible para la práctica. Si había una sociología era la sociología política, y quizá todavía más acotadamente, una sociología de la transición revolucionaria, pero reelaborada en la rapidez de la relación con la política. Las preguntas apuntaban a establecer el papel de las agrupaciones de vanguardia y su vinculación con el pueblo y sus organizaciones, el rol de éstas y su relación con el sistema de partidos y los actores económicos y militares, en una transición hacia la revolución.

Es quizá Roberto Carri, en un libro publicado a fines de 1973, quien mejor expresa esta posición. Allí se recogen artículos publicados en la revista *Antropología del Tercer Mundo* y otros producidos exclusivamente para el libro. En ambos casos se observan las características mencionadas. No son, ni quieren serlo, trabajos académicos. Pero entonces, tampoco son los productos de la vanguardia populista cultural de las ciencias sociales, se han convertido decididamente en herramientas intelectuales de la política. En el primer artículo, escrito a fines del '73, "El imperialismo y el gobierno popular", se intenta realizar una caracterización de la coyuntura en función de un proyecto político que es el de las organizaciones armadas peronistas, específicamente de Montoneros. Allí se analiza el camporismo, con el realismo que agrega la masacre de Ezeiza: "El gobierno popular garantiza de entrada una extensión de la democracia y el debilitamiento de la guerra con-

trarrevolucionaria, que deberá ejecutarse al margen de las estructuras formales del poder”.

Sin embargo, las circunstancias planteaban cuestiones que no determinaban caminos irremediables. Se habían acabado las simples loas al espontaneísmo popular, el momento requería la transformación de ese espíritu romántico en racionalidad política. “El problema de la hegemonía en el peronismo”, sostenía Carri luego de una extensa cita de Gramsci, “no es enfrentar a la espontaneidad con un criterio organizacionista abstracto, sino lograr la unión del espontaneísmo revolucionario con las organizaciones de vanguardia...”. Más adelante, describía el escenario posible y proponía el elemento organizativo básico para desenvolverse en él: “La etapa resistente del peronismo, que sirvió para llegar a un gobierno popular después de dieciocho años de lucha constante, caracterizada por la espontánea movilización de las masas y la existencia de gérmenes de organización revolucionaria, debe ahora transformarse en una etapa de ofensiva hacia el poder que implica ‘disciplinar’ este movimiento y encuadrarlo masivamente en la guerra popular. La experiencia histórica de las masas peronistas, en especial de la clase obrera, se transforma en conciencia estratégica de la necesidad del poder, con su encuadramiento colectivo en la forma orgánica necesaria para enfrentar las tareas de la etapa: la milicia popular”.

Lo que se describe aquí no es necesariamente la expresión real del conjunto de lo que podía definirse como la comunidad de las ciencias sociales en la Argentina del período. De ninguna manera. Seguían existiendo posiciones profesionalistas, académicas y aun politizadas que no participaban de este proyecto. Sin embargo, la inminencia de la profundización de un proyecto revolucionario, aunque a fines del año '74 se dudara cada vez más de su fácil concreción, parecía tener credibilidad para los que no participaban directamente de él e incluso no lo compartían. En este contexto es que pueden entenderse adhesiones desde algunos espacios más tradicionalmente académicos como el Instituto Di Tella y también desde grupos culturales ligados a las ciencias sociales identificados con posiciones marxistas que no habían sido afectados fuertemente por la peronización de la izquierda. El clima de relación directa con la práctica política penetraba de manera fuerte en el conjunto

de lo que podría denominarse el espacio progresista de las ciencias sociales, que por otro lado era el de mayor peso y relevancia, convirtiendo a los sociólogos con más significación cultural en intelectuales implicados políticamente. Por ello, en este corto período, los elementos que indican la centralidad cultural deben buscarse en el lugar simbólicamente prestigioso que de hecho esa comunidad otorgaba a la cercanía con un proyecto revolucionario decidido a la acción, independientemente de la forma política que éste adquiriese.

BIBLIOGRAFÍA

Altamirano, Carlos, y Sarlo, Beatriz, "La Argentina del Centenario: Campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos", en Altamirano, Carlos, y Sarlo, Beatriz, *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

Balán, Jorge, "La práctica sociológica en el mundo contemporáneo", en *Punto de Vista*, N° 16, Buenos Aires, 1982.

Bordieu, Pierre, "Campo intelectual y proyecto creador", en *Problemas del estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1967.

———, *Campo de poder y campo intelectual*, Buenos Aires, Folios, 1983.

———, *Homo academicus*, París, Minuit, 1984.

———, "Sociólogos de la creencia y creencia de los sociólogos", en Bordieu, Pierre, *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 1988.

Bourdieu, Pierre, y Passeron, Jean Claude, *Mitosociología*, Barcelona, Fontanella, 1975.

Brunner, José, *¿Pueden los intelectuales sentir pasión o tener interés en la democracia?*, Santiago de Chile, FLACSO, 1986.

——— y Barrios, Alicia, *Inquisición, mercado y filantropía. Ciencias sociales y autoritarismo en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay*, Santiago de Chile, FLACSO, 1987.

Cárdenas, Gonzalo Horacio, *De una sociología colonial a una sociología nacional*, Buenos Aires, sin mención de editorial, 1969.

Carri, Roberto, *Poder imperialista y liberación nacional*, Buenos Aires, Efecé ediciones, 1973.

———, "Un sociólogo de medio pelo", en *Revista Latinoamericana de Sociología* N° 4, Buenos Aires, 1968.

Cortés, Rosalía (comp.), *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.

Coser, Lewis A., "Los intelectuales académicos", en *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968.

Delich, Francisco, *Crítica y autocrítica de la razón extraviada. 25 años de sociología*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1977.

Germani, Gino, "Prólogo", en Wright Mills, Charles, *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

González, Inés, y Vachieri, Ariana, *Los centros académicos privados en Argentina*, mimeo, Buenos Aires, 1984.

Jorrat, Jorge R., y Sautu, Ruth (comps.), *Después de Germani. Exploraciones sobre estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1992.

Kratochwil, Germán, "Sociología", en *El estado de las ciencias sociales en la Argentina*, documento de trabajo N° 67, Buenos Aires, Centro de Investigaciones Sociales, Instituto Torcuato Di Tella, 1969.

Marsal, Juan, *La sociología argentina*, Buenos Aires, Fabril Editora, 1967.

Miceli, Sergio, *Intelectuales e clase dirigente no Brasil (1920-1945)*, Río de Janeiro, Difel, 1979.

Portantiero, Juan Carlos, *Estudiantes y política en América latina, 1918-1938. El proceso de la reforma universitaria*, México, Siglo XXI, 1978.

Rubinich, Lucas, "Redefinición de las luchas por los límites: un debate posible para las nuevas generaciones en la Sociología", *Entrepassados*, N° 6, Buenos Aires, 1994.

Sidicaro, Ricardo, *La accidentada trayectoria de la sociología en Argentina*, mimeo, Buenos Aires, 1995.

Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

Tenti Fanfani, Emilio, "A modo de alegato en favor de las ciencias sociales", en *Boletín de la Carrera de Sociología*, Buenos Aires, UBA, 1992.

Terán, Oscar, *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

Verón, Eliseo, *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento. 25 años de sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1974.

Wilner, Norberto, *Ser social y Tercer Mundo*, Buenos Aires, Galema, 1969.



— R E V I S T A —
**ESTUDIOS SOCIALES
CONTEMPORÁNEOS**

e-ISSN 2451-5965

Las disputas por institucionalizar la sociología cordobesa

**The disputes for the institutionalization of
sociology in Córdoba**

<https://doi.org/10.48162/rev.48.022>

María Virginia Romanutti
Universidad Nacional de Córdoba. Argentina
virginia.romanutti@unc.edu.ar

María Soledad Segura
Universidad Nacional de Córdoba. Argentina
maria.soledad.segura@unc.edu.ar

Enviado: 23/12/2020

Aceptado: 1/3/2021

“Romanutti, M. V. y Segura, M. S. (julio-diciembre de 2021). Las disputas por institucionalizar la sociología cordobesa. En Revista de Estudios Sociales Contemporáneos N° 25, IMESC-IDEHESI/CONICET, Universidad Nacional de Cuyo, pp. 258-282”

Resumen

En este artículo reconstruiremos las disputas entre grupos conservadores y progresistas en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) por la institucionalización o no de la Sociología (en cátedras, carreras de grado y posgrado, grupos de investigación, participación en redes nacionales e internacionales de la disciplina, etc.), y por el control de esa institucionalización, desde principios del siglo XX y hasta el presente, en relación con las luchas políticas más amplias en la sociedad cordobesa y argentina.

A través de fuentes secundarias y entrevistas a referentes de la sociología cordobesa, mostraremos cómo, en ese proceso, se constituyó la carrera en otras universidades de la provincia; cómo se dieron discusiones sociológicas por fuera de los ámbitos universitarios; cómo en la universidad, la docencia e investigación en Sociología transcurrió en otras facultades y asociadas a otras disciplinas como Derecho, Comunicación, Trabajo Social, Letras, Ciencias de la Educación, etc.; cómo algunos/as profesores/as e investigadores/as fueron cómplices de la dictadura mientras otros/as debían exiliarse; cómo, en ese contexto, se formaron los/as referentes del área: con estudios de grado en otras disciplinas y de posgrado en el exterior, trabajo en el exterior; y cómo, mientras tanto, en universidades similares del país y la región, se creaban las carreras de grado y se desarrollaban las redes nacionales e internacionales.

Palabras claves: sociología, Córdoba, institucionalización, disputas políticas, historia

Abstract

In this article we will reconstruct the disputes between conservative and progressive groups at the National University of Córdoba (UNC) over the institutionalization or not of Sociology (in courses, undergraduate and graduate degrees, research groups, participation in national and international networks of the discipline, etc.), and for the control of this institutionalization, from the beginning of the XXth Century to the present, in relation to the broader political struggles in Cordoba and Argentine society.

We will show how, in this process, the career was established in other universities in the province; how sociological discussions took place outside of university settings; how in the university, teaching and research in Sociology passed in other faculties and associated with other disciplines such as Law, Communication, Social Work, Letters, Education Sciences, etc.; how some teachers and researchers were accomplices of the dictatorship while others had to go into exile; how, in this context, the referents of the area were formed: with undergraduate studies in other disciplines and postgraduate studies abroad, work abroad; and how, meanwhile, in similar universities in the country and the region, undergraduate courses were created and national and international networks were developed.

Keywords: sociology, Córdoba, institutionalization, political struggles, history

1. Introducción

La Universidad Nacional de Córdoba (UNC), una universidad de más de 400 años, es la más antigua de Argentina, una de las tres universidades masivas (de más de 100 mil estudiantes) del país, y la principal de su provincia, e integra una sociedad industrializada, clasista, intelectual y combativa, pero nunca tuvo una carrera de grado en Sociología hasta el 2017 cuando se abrió la Licenciatura en Sociología. Ésta es una de las más recientes del país, mientras que la carrera universitaria de Sociología más antigua de las que aún funcionan en la provincia, apenas alcanza una década. Esto la diferencia fuertemente de otras ciudades del país y la región donde el desarrollo institucional de carreras de grado se dio a mediados del siglo XX. Las razones de este retraso relativo son un interrogante aún no completamente saldado en la historia de la disciplina. ¿Por qué en Córdoba, una sociedad industrializada, con sindicatos clasistas muy activos, e intelectuales de renombre -características similares a otras ciudades del país, como Buenos Aires, y de América Latina, como São Paulo, que tuvieron carrera de Sociología décadas antes- no logra tenerla en su principal universidad hasta ahora?

Córdoba es un laboratorio sociológico en sí mismo, porque es una ciudad que resume las tensiones y las asincronías de la modernización Argentina, porque es una ciudad que sin perder la raigambre colonial y una perspectiva de características de largo plazo con una Universidad con un fuerte legado, es una ciudad Universitaria en sí misma, su apodo de 'La Docta' lo dice todo, pero al mismo tiempo es la ciudad que más rápido se moderniza con el desarrollismo industrial, entonces tiene un élite académica, un élite sindical, intelectual y clase obrera, y tiene tradición sociológica, daba todo para lo que no se haya dado, quizás tenga que ver con las propias tensiones de ese proceso de modernización, que debe ser estudiado, que es la gran pregunta: cómo esta pregunta sociológica sobre las propias tensiones de la modernización no se expresó institucionalmente (Pereyra, 2018)

Por ende, la pregunta central es la siguiente: ¿Por qué fue relativamente lenta la institucionalización de la Sociología en Córdoba y qué implicancias tuvo en la particular configuración del sistema de relaciones vinculado a esta disciplina en esa provincia argentina?

Yo siempre tuve como ejemplo de procesos de gestación largos lo de las elefantas, tardan 3 años en tener un elefantito, la gestación de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNC llevó casi 30 años, lo cual lleva a preguntarse sobre muchas cosas, preguntas sobre las que yo mismo no tendría ninguna respuesta (Ansaldi, 2018).

Con el fin de develar ese "misterio" sociológico, se reconstruye el proceso histórico de constitución del campo de la Sociología en Córdoba en sus dimensiones académica, profesional y política, desde principios del siglo XX, cuando se crea la primera cátedra de Sociología en la Universidad Nacional de Córdoba, a la que consideramos el primer hito del proceso de institucionalización disciplinar, hasta nuestros días, cuando se pone en marcha la Licenciatura en Sociología en la UNC y está terminando de cursar la primera camada de estudiantes. Para ello, se ponen en relación las prácticas de conformación y desarrollo institucional de las carreras, centros de investigación, colegios profesionales y colectivos de intervención política; con las posiciones de poder relativo y las trayectorias individuales de los/as principales agentes del campo y con las condiciones socioculturales y políticas específicas en que esas prácticas se produjeron.

Sostenemos el siguiente argumento: La lenta institucionalización de la Sociología en Córdoba se debió a la incomodidad que produce la disciplina y a los sucesivos resultados de las disputas de poder entre grupos universitarios que impulsaban proyectos disciplinares antagónicos: unos vinculados a las Ciencias Jurídicas y a posiciones ideológicas conservadoras frente a otros ligados a las Ciencias Humanas y Sociales y a valores progresistas; luchas que, a su vez, se relacionaban con las pujas académicas y políticas de la sociedad cordobesa y de nivel nacional.

No es casual que en una universidad y una institución de 400 años no haya desarrollado un espacio institucionalizado de las ciencias sociales. Pueden ser causas vinculadas a otras cuestiones académicas, pero también del orden de lo político y de lo simbólico. (...) las ciencias sociales en Córdoba estuvieron vinculadas a dos grandes pilares de esta universidad, que fue durante mucho tiempo muy conservadora y quizás queden mojones de eso todavía, perteneciente también a una sociedad conservadora, jerárquica, eclesiástica, es decir, hay una simbiosis ahí entre la universidad de Córdoba y la sociedad de Córdoba explicables mutuamente. Esos dos pilares de la universidad de Córdoba estaban vinculados al Derecho y las Humanidades (Servetto, 2019).

Esto, asimismo, tuvo como consecuencia que los estudios, la enseñanza, la investigación y la intervención profesional en Sociología se produjera, no sólo vinculados a las instituciones universitarias del área, sino también, y en gran medida, por fuera de las carreras, escuelas e institutos académicos de Sociología e incluso por fuera de las universidades mismas. Además, eso también incidió en el cariz multidisciplinar que adopta el campo en constitución de la Sociología cordobesa en la medida en que esos desarrollos fueron realizados por sujetos con formación en diversas disciplinas.

A mí me parece que entender el desarrollo de la sociología en Córdoba es entender básicamente esta visión global, multidisciplinaria, transdisciplinaria que se fue haciendo tanto de gente de la Facultad de Filosofía, de la Facultad de Derecho, de la Facultad de Ciencias Económicas (Crespo, 2018).

El enfoque teórico es agonístico y reconoce las diversas posiciones y relaciones de poder. Esta perspectiva evita establecer una identidad unívoca de este campo; se asume, por el contrario, que se trata de un sistema de relaciones competitivo con diferencias sociales, institucionales e ideológicas. La metodología se basó en la revisión de la escasa bibliografía existente sobre este tema específico, el análisis de documentación y la realización de entrevistas a los protagonistas de los diversos momentos históricos.

En primer lugar, se presentan los principales ejes de debate sobre la constitución del campo de la sociología en Argentina y en Córdoba, al que este artículo pretende aportar. A continuación, se explicita el enfoque teórico-metodológico con el que se realizó el estudio. En tercer término, analizamos la historia de la constitución del campo de la Sociología en Córdoba en tres grandes períodos. Primero, el de la relativa centralidad de la Sociología cordobesa en Argentina, la primera institucionalización, proyección nacional e internacional y también la sociología en la lucha política. Luego, el de la pérdida de esa relevancia, los estragos de la dictadura militar y la reorganización y efervescencia de la primavera democrática. Y, finalmente, los procesos de institucionalización académica en universidades públicas y privadas de la provincia.

2. Antecedentes

La historia de la constitución de un campo disciplinar implica establecer vínculos con un determinado ordenamiento de los antecedentes, generando continuidades y rupturas con ese legado en el presente, y otorgándoles significaciones. La reconstrucción histórica de los itinerarios de la Sociología argentina permite reexaminar las tradiciones intelectuales e institucionales que guiaron y definieron el debate sociológico en el país, mediante una integración de los procesos de institucionalización en los contextos específicos de cada provincia y las problemáticas que enfrentaron.

En los últimos años se manifiesta un aumento en estas reconstrucciones disciplinares, que se advierte en una progresiva expansión en el volumen y en la diversidad de las temáticas de las investigaciones. En el ámbito local, existen crecientes investigaciones que dan muestra de estas inquietudes, como los estudios de Grisendi (2010, 2011, 2012), Fernández (2016) y (Barrientos y otros/as, 2004). No obstante, aún no se ha logrado un análisis integral y articulado de los legados y tradiciones de la Sociología argentina en Córdoba, de allí la relevancia y el aporte que puede generar este artículo.

Delich describe a la trayectoria de la Sociología en Argentina como un recorrido ambiguo, íntimamente ligado a las transformaciones políticas y económicas del país, condición que considera fundamental para trazar una identidad disciplinar. Sugiere que no existe una "Sociología Argentina" sino múltiples manifestaciones de su desarrollo con distintas formas de trabajo y diferentes períodos con su consiguiente vinculación con los procesos sociopolíticos. Sistematiza tres tipos de prácticas disciplinarias institucionalizadas como expresiones de estructuras de poder: una Sociología "de frac" o la Sociología "de cátedra", una Sociología "white collar" o "científica", y la Sociología de los "descamisados" o "anti-sociología" expresada en las cátedras nacionales de la década de 1970. A esto, suma una cuarta expresión que correspondería a la Sociología de orientación marxista, aunque carente de institucionalización (Delich, 2013: 28-29). Estas tipologías se desarrollaron de manera sucesiva, pero también coexistieron porque eso no implicó una abolición total de la etapa anterior. Estas tres representaciones y formas de hacer sociología se definieron excluyéndose mutuamente y distinguiéndose entre sí mediante descalificaciones mutuas que negaban el carácter de interlocutores válidos. Sin perjuicio de la inexistencia de espacio de discusión común, cada período dispuso de un ámbito institucional de legitimidad en consonancia con la política del momento del país. Sin embargo, estos procesos no se adaptan fácilmente a las tradiciones sociológicas provinciales y sus especificidades, que adquieren sustanciales modificaciones en forma y períodos. La reflexión de Delich es que la particularidad del panorama sociológico en las provincias reside en la coexistencia de los tres estilos sociológicos que antes se definieron como etapas sucesivas y excluyentes.

De acuerdo con la caracterización de Delich, Marsal (1963) define a la tradición cordobesa como una manifestación de la Sociología "tradicional o de cátedra", dado que se dictaba en cátedras de otras carreras y predominaba una modalidad profesoral. Caracciolo (2010) adhiere a esta afirmación, aunque le cuestiona la generalización al conjunto de la Sociología cordobesa. Objeta que esta categoría podría aplicarse sólo a las primeras etapas y hacia algunas iniciativas institucionales en la Facultad de Derecho, pero al aproximarse cuidadosamente a

las concepciones de la Sociología que subyacen en las prácticas de sus referentes se aprecian especificidades que no se adecúan a esa caracterización. En este trabajo, se busca mostrar esa riqueza y heterogeneidad de trayectorias.

En este sentido, el desarrollo de la Sociología en el país puede describirse como una sucesión accidentada de etapas muy divergentes entre sí, cuya inestabilidad se relaciona con la inexistencia de un acuerdo entre los propios sociólogos sobre los límites, las formas de trabajo y lo propio de la disciplina (Blois, 2013). Esta disputa sobre el propio sentido constituye un objeto de debate constante y una causa de permanente conflicto, que representa un ejemplo de la dinámica de los procesos de asignación social de sentido a las disciplinas, como carreras de grado institucionalizadas o en su ejercicio profesional, que impide alcanzar un acuerdo mínimo sobre su identidad y estatus científico. Esta condición puede interpretarse como un impedimento que obstruye el desarrollo de un cuerpo de conocimientos sólidamente fundados e inhibe el progreso científico del campo y el acervo ordenado de conocimientos, pero también puede asumirse como una oportunidad de generar una actitud colectiva reflexiva y crítica sobre los fundamentos que sostienen a la Sociología en Córdoba.

3. Enfoque Teórico - Metodológico

Reconstruir las trayectorias y las distintas experiencias de la Sociología en Córdoba en un período tan extenso implica el desafío de definir criterios para la selección de las voces que cuentan esa historia, los aspectos de la historia que se quieren mostrar, y la perspectiva desde la que se lo hará. En este sentido, se ofrece un panorama de las problemáticas del desarrollo de la Sociología en Córdoba, mediante los testimonios de sus figuras claves, pero evita establecer a priori una nominación distintiva y unívoca de su identidad. Por el contrario, son definidas como todas las que, con diferentes saberes, credenciales, trayectorias y miradas sobre la disciplina, se presentaron y fueron reconocidas como sociólogos/as. Según este criterio pragmático (que es adoptado en otros trabajos sobre el tema, como el de Blois, 2018), sociólogo/a es quien se define y es reconocido como tal.

Esto permite abordar el sistema de relaciones de los/as/es sociólogos/as/gues en la provincia y lo que está en disputa entre ellos/as/es que es –entre otras cosas– la definición misma de la disciplina, y comprenderlo en el marco de procesos socio-políticos más amplios y complejos. (Costa y Mozejko, 2001) Se opta por hablar de sistema de relaciones para hacer mención al proceso histórico de constitución de un campo (Bourdieu, 1995), cuando aún no se han logrado definir sus límites, reglas de juego ni instituciones de consagración, y su grado de autonomía relativa es aún muy bajo porque sus regulaciones son muy influenciadas por las de otros campos como el político y el social. Se pondrá de relieve la historia de los estados sucesivos de ese campo en proceso de constitución, como resultados parciales de las pujas de poder que lo constituyen.

Por lo tanto, se concibe a esta historia como un proceso agonístico, de tensiones y pujas de poder entre agentes que ocupan posiciones de diferente poder relativo en ese sistema de relaciones conflictivo. El enfoque elegido para reconstruir el campo de la disciplina en Córdoba asume que se trata de un sistema de relaciones competitivo, con sus diferencias sociales, institucionales e ideológicas. Por ello, se analizarán las tensiones entre espacios institucionalizados y no

institucionalizados, con su carga de legitimidad social y prestigio, los diferentes modos de organización, los avatares entre política y academia.

Se analizan las prácticas de configuración de las formas institucionales y experiencias extra-académicas de la disciplina, en relación con las posiciones de poder relativo y trayectorias de los sujetos individuales y colectivos que las producen y con las condiciones socioculturales y políticas específicas en que son producidas. Este acceso permite reconocer las distintas perspectivas, dimensionar los diversos legados y heterogéneos recorridos de una comunidad disciplinar caracterizada por antagonismos sociales, institucionales e ideológicos.

Este artículo se basa en los resultados de la investigación realizada por un equipo de la Licenciatura en Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales (FCS) de la Universidad Nacional de Córdoba que está produciendo el documental “Entre las Aulas y las Calles. Hacer Sociología en Córdoba”, con financiamiento de la FCS-UNC. El grupo está conformado por Claudia Varas, Severino Fernández, Natalia Traversaro, Ana Antolín, Ezequiel Grisendi y las autoras. Se agradecen especialmente los aportes a este texto realizados por Fernández y Grisendi.

A nivel metodológico, este equipo revisó la escasa bibliografía específica disponible, recopiló y analizó la documentación de los diversos sucesos históricos referidos, parte de la cual se encuentra en archivos públicos mientras que otra gran parte fue provista por los/as/es propios/as/es entrevistados/as/es; y realizó 19 entrevistas en profundidad, 17 de ellas individuales y 2 colectivas, a sus principales protagonistas (disponibles en: <https://sociales.unc.edu.ar/licenciaturasociologia/videoscarrera>). De este modo, se recupera -en base a los criterios de diversidad e integralidad- la palabra de quienes fueron y son protagonistas de las disputas por constituir la disciplina, obtener recursos y dar la batalla por la institucionalización. Éste constituye en sí mismo otro valor destacable del trabajo que aquí se presenta.

4. La relevancia en la primera mitad del siglo XX

En esta sección analizaremos desde la temprana institucionalización de la Sociología en la academia cordobesa a principios del siglo XX, su importancia política a nivel nacional y las redes internacionales, hasta los años 60 inclusive cuando se hacen también cruciales aportes a la Sociología nacional y latinoamericana ligados a las luchas políticas desde fuera de la universidad.

La institucionalización de la sociología en Córdoba se da de manera temprana con la creación de la primera cátedra en 1907 en la Facultad de Derecho, pocos años después que la primera cátedra de Sociología en Argentina se pusiera en marcha en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA) en 1898 a cargo de Antonio Dellepiane. El primer titular de la cátedra cordobesa fue Isidro Ruiz Moreno, abogado y docente de Finanzas que, al mismo tiempo, fue senador provincial y luego siguió su carrera política como Ministro de Hacienda de la provincia (Chamorro, 2007). Al año siguiente, lo reemplazó otro abogado, Enrique Martínez Paz, liberal y laico, quien en 1918 fue propuesto como candidato a rector por el movimiento reformista, y después fue también presidente del Superior Tribunal de Justicia de Córdoba y de la Academia Nacional de Derecho de Córdoba (Ighina, 1998; ver también Vila, 2017).

La creación de esta primera cátedra de sociología en la Facultad de Derecho y a cargo de abogados se comprende habida cuenta de la historia de la UNC, y de su objetivo de formar a las élites políticas y administrativas, en la que era fundamental la enseñanza de las leyes y el conocimiento social se encontraba subsumido al enfoque normativo y el paradigma del control social. “Las preguntas no eran cómo son las sociedades sino cómo debían ser” (Servetto, 2019).

En 1915, Raúl Andrés Orgaz, también abogado, integrante de una familia destacada por su participación pública en la historia de Córdoba, y profesor de Castellano e Historia Argentina en el Colegio Universitario Monserrat desde ese mismo año, se incorpora como profesor suplente a la cátedra de Sociología en la carrera de Derecho. Será su titular a partir de 1918, año en que el proceso de la Reforma Universitaria pone a Córdoba en el centro de la escena política nacional y latinoamericana. Orgaz, junto con otros jóvenes como Deodoro Roca, Gregorio Bermann y Arturo Capdevila, es uno de sus protagonistas.

El movimiento reformista de 1918 enfrenta a los sectores que hasta entonces imprimían a la Universidad Nacional de Córdoba su carácter enciclopedista, elitista, eclesiástico, colonial y oligárquico. Desde 1918, bajo la bandera de la autonomía universitaria, la UNC -al igual que las demás universidades nacionales- se independiza de la influencia de los gobiernos, y se autogobierna democráticamente en forma tripartita con la participación de los claustros docente, estudiantil y de graduados, hasta 1946 cuando es intervenida (Buchbinder, 2008). La Reforma Universitaria de 1918 es un momento crucial en el enfrentamiento entre los sectores conservadores y progresistas de la institución (Tcach, 2012; Dalmaso 2018). Además, permite situar a los referentes de la Sociología cordobesa en el centro de la escena política e intelectual de la época, desde donde consiguen instalar temas de agenda y enfoques para abordarlos.

Orgaz logra abrir un espacio para la Sociología en Córdoba frente a la centralidad académica del Derecho, a partir de su inserción en redes intelectuales que lo vinculan a nivel nacional e internacional. A nivel nacional, por su participación en revistas como la de Derecho, Historia y Letras y la Argentina de Ciencias Políticas, ambas dirigidas por Estanislao Zeballos, y la de Filosofía fundada por José Ingenieros; y, a nivel internacional, en centros académicos europeos y latinoamericanos y en redes políticas a partir de su involucramiento en el movimiento reformista (Caracciolo y otros/as/es, 2009; Dorado, 2018). De este modo, se convierte en un referente fundamental del saber sociológico regional en las primeras décadas del siglo XX, cuando “la práctica de la sociología se superponía con la escritura de la historia” (Grisendi y Requena, 2010). En su vasta producción intelectual, se destaca su interés por la historia de las ideas sociales argentinas (Orgaz, 1921), sub-rama de la emergente Sociología, que en ese momento tenía límites difusos (Grisendi y Requena, 2010; Caracciolo y otros/as/es, 2009). De acuerdo con Grisendi y Requena (2010), “el trabajo de Orgaz fue significativo como una empresa intelectual más elaborada en la estela del nacionalismo cultural del Centenario y escrito, no sin tensiones, en el cruce de distintas disciplinas”.

Uno de los hechos que está empezando a aparecer en las investigaciones empíricas rigurosas sobre la institucionalización, es que en la década de 1920, el eje de la Sociología argentina se mueve desde Buenos Aires a Córdoba, primero por el agotamiento generacional de la Sociología del Centenario que daba clases en Buenos Aires y que tenía un programa y una agenda de investigación específico

vinculados al reformismo político. La llegada del Yrigoyenismo en Buenos Aires cambia la agenda de la Sociología y no emerge una nueva generación que, de la mano del Reformismo, impulse el desarrollo de la Sociología. En cambio, en Córdoba, protagonista principal de la Reforma Universitaria, especialmente con la figura de Raúl Orgaz, la Sociología se constituye en un espacio central de discusión de ideas y de proyectos intelectuales, opacando el lugar que tenía Buenos Aires. Y ese lugar central en la Sociología lo va a mantener hasta bien entrados los '40 (Pereyra, 2018)

Esta relevancia nacional de la sociología cordobesa se da en el marco de un proceso de inicios de la institucionalización de la Sociología en varias universidades del país, que se caracterizó, hasta la década de 1940, por ser más plural y multi-céntrico de lo que fue a partir de la segunda mitad del siglo XX. Si bien se registra una “acumulación de capitalidades culturales” en Buenos Aires en relación a Córdoba desde la federalización de la capital argentina en 1880 (Agüero, 2017), ése no es un proceso ni fatal ni automático y en distintos ámbitos de la cultura tiene ritmos e institucionalidades variados. Por lo tanto, sería difícil sostener que en todas las áreas de la producción cultural, esa concentración en Buenos Aires se da del mismo modo y con el mismo ritmo (Grisendi, 2021 próximamente).

Córdoba participa de un universo más complejo de distintas centralidades que luego empiezan a ocluirse y concentrarse (Vila, 2019). Antes de los años '40, la Sociología en Córdoba, en Santa Fe (Escobar, 2011), en Tucumán (Pereyra, 2012) reflejan que hay, al menos, un universo bastante más plural que el que se da después de los '40. Lejos de un modelo centro-periferia clásico y estático, podemos ver que esas centralidades fluctúan y que Córdoba, al menos en esos años, está lejos de ser apenas una periferia de Buenos Aires. Si bien es un proceso que avanza, no es posible afirmar que Orgaz, Martínez Paz y demás son periféricos de lo que fueron Juan Agustín García o Ernesto Quesada en Buenos Aires en esos años. De hecho, tienen relaciones entre ellos que de ningún modo son siempre y sólo desiguales en beneficio de quienes tienen sede en Buenos Aires, sino que son más complejas, dinámicas y agonísticas (Grisendi, 2021).

Además de ejercer la titularidad de la cátedra en el largo período 1918-1946, Orgaz fue también decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales entre 1942 y 1943, y fue vicerrector de la Universidad Nacional de Córdoba entre 1943 y 1945 (Chamorro, 2007; Requena 2010). Si bien en la época gran parte de la dirigencia política cordobesa provenía de la Abogacía, resulta notorio que los primeros tres titulares de la novísima cátedra de Sociología en la UNC ocuparon muy altos cargos en la función pública en la universidad y en la provincia; al tiempo que se dedicaban a una disciplina marginal, todavía emergente y con límites difusos con otras disciplinas como la historia y el derecho.

El 17 de noviembre de 1946, durante la intervención del gobierno peronista a la universidad, Orgaz es separado de su cargo por razones políticas y, en su lugar, quedan Alberto Díaz Bialet y Guillermo Terrera (Barrientos y otros/as/es, 2004). En 1955, Alfredo Poviña, abogado conservador y profesor suplente en la cátedra, asume la titularidad (ver: Vila, 2018). Poviña le dio un gran impulso a la ampliación de la estructura institucional de la Sociología académica en Córdoba, en el momento en que Gino Germani promovía una renovación de la sociología y la creación de la carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires.

Toda la historia desde fines de la década del '50 y la década del '60 es una disputa, un intento de competencia entre dos figuras institucionales, el caso de Germani

en Buenos Aires, el caso de Alfredo Poviña en Córdoba que no sólo están discutiendo liderazgos intelectuales - institucionales, sino que están discutiendo una agenda en la cual predomina proyectos modernizadores porteños y proyectos que tienen que ver con intentos de autonomía intelectual como el caso cordobés (Pereyra, 2018).

Esta disputa entre una sociología “especulativa” como los/as/es porteños/as/es llamaban despectivamente a la de Poviña, -para referirse a sus análisis teóricos y ensayísticos sin investigación empírica-, y la “hechología” de Germani, como la denominaban con igual desprecio en Córdoba (Díaz de Landa, 2017), -para aludir a las investigaciones de Germani fundadas en datos estadísticos principalmente, como por ejemplo el estudio de las migraciones internas desde las provincias hacia Buenos Aires- se refleja en la creación de instituciones a nivel local, nacional e internacional.

Así, al año siguiente de asumir como titular de cátedra, Poviña crea y preside el “Instituto de Sociología e Historia de la Cultura Raúl Orgaz” en la Facultad de Derecho, e inicia la publicación de los Cuadernos del Instituto de Sociología que edita treinta números de manera ininterrumpida hasta 1973 (Díaz, 2017). El Instituto no puede ser considerado como un centro de investigación tal cual hoy lo entendemos, sino más bien como un modo de reclutar “a los estudiantes interesados en profundizar sus estudios dentro de las ciencias sociales, ausentes en la oferta curricular de la UNC” (Díaz, 2017:13).

En 1950 en Zurich, Suiza, Poviña fue uno de los/as/es fundadores/as de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) y fue su primer presidente desde entonces y hasta 1964 (ver: Pereyra, 2007). En 1957, Germani crea la carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires y es su primer director. En el mismo año, funda la Asociación Argentina de Sociología (AAS) con los institutos de sociología de Buenos Aires, La Plata y Rosario (Pereyra, 2017a). Por su parte, en 1959, Poviña impulsa, con un alcance más federal y junto con representantes de Mendoza, Tucumán, Buenos Aires, Santiago del Estero y Santa Fe, la creación de la Sociedad Argentina de Sociología (SAS) como filial de la ALAS, y será su presidente desde entonces y hasta 1984 (Díaz, 2017).

A nivel internacional, entre 1963 y 1969 Poviña fue presidente del Instituto Internacional de Sociología (IIS), mientras que, en esos años, Germani era vicepresidente de la International Sociology Association. En 1963, Poviña organiza en Córdoba el XX Congreso del Instituto Internacional de Sociología, el primer congreso internacional de la disciplina celebrado en Argentina, el mismo año en que la Universidad nacional de Córdoba festejaba los tres siglos y medio de existencia.

Estos hitos -la fundación del Instituto de Sociología y la creación de una publicación especializada en la materia como los Cuadernos del Instituto, sin contar con el protagonismo de Poviña en la conformación y conducción de asociaciones y congresos-, son instancias cruciales de la institucionalización de la disciplina (Shils, 1970).

En 1960 se modifica el nombre del Instituto de Sociología, se quita la referencia a la historia de la cultura, se comienzan a incorporar nuevas lecturas y debates de enfoques de circulación internacional como la teoría estructural funcionalista (Díaz, 2017). En 1961, luego de su formación en España y Alemania, Juan Carlos Agulla se incorpora como profesor de Sociología de la Educación en la Facultad de

Filosofía y Humanidades, y como investigador del Instituto de Sociología, con una impronta diferente a la de Poviña: “Agulla tenía una formación más alemana, más teórica pero no obstante eso también toma y receta de la sociología norteamericana la impronta empírica” (Díaz de Landa, 2017).

Con el inicio de la década de 1960, el programa de investigación centrado en la enseñanza y estudio histórico de la teoría y el pensamiento social que desde 1956 hegemonizaba el Instituto de Sociología pasará a convivir con la aggiornada propuesta de Juan Carlos Agulla quien, hasta el año 1963, se constituirá en el referente de la renovación sociológica cordobesa, comenzando con las investigaciones sobre estratificación social y estructura social cordobesa pero sin impugnar los enfoques preexistentes (Díaz, 2017: 16).

En 1967, desde el Instituto, Agulla impulsa la creación, también en la Facultad de Derecho, de la Escuela de Sociología para Graduados que funcionará hasta 1975, donde se dictaba una Especialización. Formaron parte del cuerpo docente de la misma el propio Agulla, Eva Chamorro de Prado -quien se había formado con Germani-, Fernando Martínez Paz, Torcuato Di Tella, entre otros. De la Escuela egresaron profesionales que luego se insertaron en diversos espacios institucionales tanto dentro como fuera de la UNC, entre ellos Ana María Brígido, María Inés Bergoglio, Ana María Alderete, Carlos Lista, Martha Díaz de Landa.

En los años ‘60, en la Facultad de Ciencias Económicas, con una orientación diferente, se dictaba Sociología Económica en las carreras de Contador Público y la Licenciatura en Ciencias Económicas. “Se habrían dos cátedras: una para los contadores, una cátedra masiva, terrible -el último año había mil alumnos; era bestial-, y otra cátedra para los Licenciados en Economía, que eran muy poquitos, veinte o dieciocho alumnos” (Delich, 2003). “Lo recuerdo muy bien por las movilizaciones y discusiones sobre el contenido. (...) Fue una materia muy descollante por las discusiones sobre Max Weber, marxismo etc.” (Reisin, 2021). La cátedra estaba a cargo de Milán Viscovich, cura jesuita, nacionalista y tercermundista; primer decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la recientemente creada Universidad Católica de Córdoba -primera universidad privada del país- entre 1959 y 1964; y protagonista del Cordobazo en 1969, jornadas en la que fue apresado junto con el dirigente sindical Agustín Tosco (Cruz, Pacheco y Asselborn, 2018). “Nosotros [militantes estudiantiles] lo íbamos a buscar cuando organizábamos actos con la CGT para que hablara” (Wolovick, 2021). Francisco Delich, quien luego fue rector normalizador de la UBA entre 1983 y 1985 y rector de la UNC entre 1989 y 1995, ingresó a la cátedra como jefe de trabajos prácticos en 1965, al regresar de realizar un Diplomado en Estudios Avanzados en la Universidad de París. En esta cátedra, con una orientación teórica y política distinta, y sin provenir de la Abogacía-en el caso de Viscovich-se reitera también el perfil de alto involucramiento político y social de sus integrantes combinado con el ejercicio de una disciplina que, si bien ya tenía sus límites más definidos, era aún marginal.

Paralelamente, fuera de la academia y ligado a la lucha política, un importante grupo de jóvenes intelectuales comunistas creó y publicó entre 1963 y 1965 la revista *Pasado y Presente*, tradujo por primera vez al castellano, editó y difundió en toda América Latina las obras del italiano Antonio Gramsci, y realizó investigaciones empíricas relevantes sobre la sociedad cordobesa (Aricó, 1988). Entre ellos, se contaban algunos referentes de la denominada sociología con base empírica, como Juan Carlos Portantiero, Juan Carlos Torre, Francisco Delich (Burgos,

2004). Esto muestra el interés en la discusión de ideas con la producción académica.

Este grupo desarrolla su producción intelectual y participa de las luchas políticas en una década que culmina en 1969 con el Cordobazo: otro gran movimiento popular con epicentro en Córdoba, protagonizado por el estudiantado universitario junto con los sindicatos combativos contra la dictadura de Juan Carlos Onganía. (Brennan y Gordillo, 2008; Agulla, 1969; Delich, 1970).

La revista *Pasado y Presente* se publicó con los objetivos de, por un lado, “regenerar y modernizar la tradición marxista”, para lo que conectan al marxismo con la renovación de la crítica literaria, la nueva historiografía, la sociología, la antropología. Y, por otro lado, de “tender un puente entre las viejas dirigencias del Partido Comunista Argentino con las nuevas generaciones” (García, 2018). En este marco, Aricó coordinó un estudio sobre la condición obrera en las fábricas de la ciudad de Córdoba (Schmucler, Malecki y Gordillo, 2009), para lo cual utilizaron la encuesta y la entrevista como métodos sociológicos de recolección de datos, pero también como “una forma de intervención política”, desarrollando así un “tipo de sociología militante” (García, 2018).

La introducción de Gramsci que *Pasado y Presente* y, especialmente, Aricó hicieron en el debate intelectual, tuvo impacto en las nuevas cátedras de Sociología que se abrieron en la década de 1970 en otras carreras de la Universidad Nacional de Córdoba. Raúl Ávila conoce el pensamiento de Gramsci con Aricó y luego, al incorporarse como profesor de Sociología en las carreras de Comunicación Social y de Trabajo Social, incorpora su teoría como una de las centrales en los programas de las asignaturas (Ávila, 2018). Luego, Roberto von Sprecher, quien sucedió a Ávila como titular de esas dos cátedras, continuará con esta orientación que se mantiene hasta la actualidad. Además, Gramsci tuvo influencia en los estudios culturales latinoamericanos que también tienen relevante incidencia en la investigación en Comunicación y Cultura en el Centro de Estudios Avanzados, ahora dependientes de la Facultad de Ciencias Sociales, y en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC.

De este modo, queda demostrado que el desarrollo de la sociología en Córdoba comenzó tempranamente, al mismo tiempo que en Buenos Aires; ocupó a inicios del siglo XX un lugar central con referentes como el reformista Raúl Orgaz; disputó con Buenos Aires el liderazgo institucional con la creación de redes nacionales, regionales e internacionales; comenzó a diversificarse institucional y políticamente con la creación de una nueva cátedra en otra facultad con una orientación de izquierda; y, además, desde fuera de la universidad aunque en diálogo con ella y ligada a la lucha política, también tuvo un papel central en la introducción de nuevas lecturas y debates que tuvieron y todavía tienen relevante incidencia en América Latina.

5. La represión, el exilio y el regreso a la democracia

En esta sección analizaremos la incidencia en las instituciones universitarias vinculadas a la Sociología, en los/as/es intelectuales de las Ciencias Sociales y en los debates e iniciativas disciplinares dentro y fuera de la academia que tuvieron la represión y la dictadura en los años 70 y de la recuperación del gobierno

constitucional en los '80.

En Córdoba, la represión comienza antes del golpe de Estado de 1976, con el Navarrazo, también conocido como Contra-Cordobazo, un golpe de Estado policial que derroca al gobernador Ricardo Obregón Cano y su vicegobernador Atilio López en 1974. Esto afecta muy especialmente a algunos profesores, estudiantes e instituciones de Sociología en la UNC. Al año siguiente, en 1975, durante la presidencia de María Estela de Perón, se cierra el Instituto de Sociología y la Escuela de Graduados de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

...no había nadie, había quedado sólo en el Centro. Voy ese día y no encontré la puerta, era un pasillo y no encontré la puerta, y no la encontraba... Me di cuenta que, en lugar de la puerta, había un muro. Es decir, me di cuenta que era un muro porque era un muro, pero, además, para cerciorarme toqué el cemento y estaba fresquito. Lo habían levantado a la noche, y ahí había... en el pasillo, estaban las fichas. Esas fichas que venían de antes, de la Escuela de Sociología para Graduados y del Instituto, de todos los alumnos, ese fichero no existe más. Y abajo, había sido hecho con tanto apuro, que los ladrillos de abajo, la primera hilera estaba asentada sobre una ficha (Lista, 2017).

Con esta medida se pone fin a una etapa de la formación e investigación en Sociología en la Facultad de Derecho, donde estudiaron muchos/as/es profesionales que luego se dedicaron a la enseñanza e investigación sociológica en Córdoba, como Carlos Lista, María Inés Bergoglio, Martha Díaz de Landa, Ana María Alderete y Ana María Brígido, y en Buenos Aires, como Irene Vasilachis, Pedro Pirez, entre muchos otros/as/es (Chamorro, 2007; Lista, 2017).

Durante la dictadura cívico-militar, muchos referentes locales de las Ciencias Sociales se ven obligados a exiliarse; como Ricardo Costa, doctor en Sociología por la Université de la Sorbonne -donde había conocido el pensamiento de Pierre Bourdieu que marcaría su enfoque- y docente de Antropología en la Escuela de Historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades, quien se exilia en Costa Rica; y el historiador Horacio Crespo, el filósofo Alberto Parisi, el abogado Raúl Ávila y José Aricó, exiliados en México.

A veces recuerdo que yo me fui de un país gris y azul, de militares, de tristeza, de muertos que ya sabíamos, a un país de colores que me acoge, que me recibe, en donde estudiar El Capital no era mala palabra. México es el país que recoge desde el exilio haitiano, el boliviano, el chileno, el brasileiro, el argentino, el uruguayo. Escuchábamos a Zitarrosa, a los Olimareños, a Silvio Rodríguez y salíamos de una conferencia de Pancho Aricó (Scarponetti, 2017).

En este último país se genera una comunidad muy fuerte de exiliados/as/es de toda Latinoamérica, lo que fortalece la formación, el intercambio y la producción intelectual. El Colegio de México, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) son instituciones centrales donde se concentran las reflexiones y la producción de un pensamiento crítico (Parisi, 2019). José Aricó se desempeña como docente en FLACSO-México, funda la revista Controversias y dirige la Biblioteca del Pensamiento Socialista. Por su parte, Parisi se vincula a través de Enrique Dussel y Otto Maduro a la revolución sandinista y participa de una experiencia de formación para líderes campesinos en Nicaragua (Parisi, 2019); y Ávila estudia la revolución mexicana (Ávila, 2017): "Hay que ubicarse en la época. (...) Para mí lo académico no era lo central. Lo central para mí era la práctica, la lucha social en las calles y la lucha revolucionaria" (Ávila, 2017).

Mientras algunos/as/es fueron perseguidos/as/es, Poviña fue decano interventor de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC, presidente de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba entre 1974 y 1986, y presidente del Tribunal Superior de Justicia de Córdoba durante la dictadura. Además, el 14 de octubre de 1978, algunos/as/es sociólogos/as/gues firmaron, junto a otros/as/es profesores de la UNC, una “Carta Abierta al Embajador de los Estados Unidos de Norteamérica, señor Raúl Castro”, que fue publicada en el diario Córdoba en apoyo al régimen ante la inminente visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) al país prevista para el año siguiente. Algunos/as/es sostienen que pusieron sus nombres allí sin su autorización.

En tanto, otros/as/es, dada la ruptura de las posibilidades de desarrollo profesional en la disciplina en la Argentina, van a formarse en posgrados en otros países como Estados Unidos y Alemania (Lista, 2017; Díaz de Landa, 2017). La orientación de estas formaciones son diferentes y hasta antagónicas con respecto a la de quienes se exiliaron.

Con la recuperación del gobierno constitucional en 1983, se inicia un proceso de enriquecimiento de la Sociología cordobesa. Se produce una diversificación de cátedras, enfoques, referentes e iniciativas de formación, investigación e institucionalización de la Sociología en diferentes ámbitos de la universidad, y de profesionalización y agremiación fuera del ámbito académico.

Todo se estaba haciendo en la Facultad... Retornábamos a la democracia, después años terribles de dictadura. Digo terribles porque todavía recuerdo todo lo que hubo que remar para recomponer programas, lecturas... y por supuesto que hubo muchas cosas que no se pudieron recomponer porque faltó la presencia de toda una generación que no volvió o que los mataron o decidieron no volver del exilio, incluso mucha gente, colegas de Buenos Aires y de acá vinieron muy mal, regresaron del país ya sin muchas pilas para volver a construir las carreras que habían sido abandonadas (Gutiérrez, 2018).

Así, comienzan a armarse y rearmarse las cátedras y equipos de trabajo en la UNC. En la Facultad de Filosofía y Humanidades, Ricardo Costa, al regreso de su exilio, comienza a dictar las asignaturas Sociología de la Obra Literaria en la carrera de Letras y Sociología en la de Filosofía. En esta última cátedra, se incorporan como adscriptas y luego como docentes Alicia Gutierrez, reconocida estudiosa y divulgadora de la obra de Pierre Bourdieu y Elisa Cragolino. En tanto, en la ex Escuela de Trabajo Social y en la ex Escuela de Comunicación Social, entonces dependientes de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Raúl Ávila y Roberto von Sprecher estaban a cargo como profesor Titular y profesor Adjunto, respectivamente, de las asignaturas de Teoría Sociológica.

Fue también una época de efervescencia en la que, junto con la reconstrucción institucional, se generan espacios informales de formación, intercambio y debate interdisciplinar e interinstitucional entre las cátedras, escuelas y facultades en las que se enseñaba e investigaba en Sociología, en el marco de discusiones e iniciativas sobre los desafíos que implicaba el retorno a la democracia (von Sprecher, 2018; Parísí, 2019).

Teníamos los Jueves Culturales. Terminaba de dar clases, entonces había un asado, había fernet y ahí seguíamos la tertulia. Y empezamos a dar cursos... En realidad, lo que interesaba era discutir, hablar, participar... Imaginate que era una época en las que se dirimían las herencias: la herencia de los '70, qué pasaba

con la democracia, qué significaba la transformación en pleno campo democrático (Scribano, 2018).

Además, en esos años, algunos/as/es egresados/as/es de la Licenciatura en Sociología de la Universidad de Buenos Aires que residían en Córdoba, como Ada Caracciolo, y egresados/as/es de la Escuela de Sociología para Graduados de la Facultad de Derecho de la UNC, como Lista y Alderete, entre otros/as/es fundan en Córdoba un Colegio de Sociólogos (Caracciolo, 2017). Lo hacen en reacción a la Federación de Colegios de Sociólogos que se había formado en Buenos Aires que exigía el título de Licenciado en Sociología para ingresar, lo que excluía a los/as/es cordobeses cuyas formaciones de grado incluían diversas disciplinas sociales y humanísticas porque la carrera aún no existía. Aunque esta iniciativa no perdura en el tiempo, da cuenta del interés existente por la institucionalización de la disciplina y su profesionalización más allá del ámbito de la carrera de sociología en la UNC (Caracciolo, 2017).

En tanto, Luis Rébora, el primer rector elegido democráticamente por la asamblea universitaria al concluir la normalización luego de la dictadura, encarga al historiador Waldo Ansaldi, en su carácter de consultor del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), que elabore un proyecto de creación de la Facultad de Ciencias Sociales que incluía a las carreras de Sociología, Antropología y Ciencias Políticas. Esto implicaba, según Ansaldi (2018), una discusión disciplinaria a la cual se sumaban intereses corporativos, cuestiones administrativas y otras.

Mi trabajo fue elaborar un proyecto en el que se fundamentaba el punto de vista epistemológico y político (...) sobre todo porque se trató de un momento muy particular, 1988 (...) es un año en el que el encanto que había generado el proceso de instauración de la democracia empezó a declinar (Ansaldi, 2018)

Rébora termina su mandato en el difícil año de 1989 y el proyecto no llega a concretarse. Sin embargo, potencia el debate en la universidad sobre la necesidad de la carrera, la conveniencia o no de contar primero con profesionales de posgrado formados en la disciplina, si debía crearse una nueva unidad académica que incluyera otras disciplinas como Ciencia Política y Antropología o insertar a Sociología dentro de las facultades ya existentes, entre muchas otras cuestiones.

Se comprueba así que el desarrollo de la sociología en Córdoba se vio afectado por la represión previa y durante la dictadura, con el cierre de instituciones y el exilio de muchos/as/es referentes de las Ciencias Sociales, lo que disgregó a los primeros grupos vinculados a la disciplina, aunque en el exilio, algunos/as/es se reencontraron y fortalecieron vínculos, formación e iniciativas. En tanto, otros/as/es integraron el régimen de facto, lo que también demuestra el alto nivel de antagonismo político de la sociedad cordobesa, la UNC y la Sociología local de la época. Se demostró también que la recuperación del gobierno constitucional posibilitó la reconstrucción institucional y el impulso de proyectos de creación de la carrera de grado, colegios profesionales, cátedras, eventos científicos, intercambios y debates que, sin embargo, no dejaron de ser complejos por las pérdidas sufridas durante la dictadura.

6. Neoliberalismo y creación de la carrera en universidades cordobesas

En esta sección analizamos cómo las resistencias conservadoras dentro de la universidad a la creación de la carrera de Sociología están a tono con el clima político del país en la década de 1990 y cómo eso incide en que la formación, enseñanza e investigación de la disciplina se de en instituciones periféricas de la UNC y en que la Licenciatura y el Profesorado se creen primero en instituciones educativas privadas de la provincia.

En los años 1990, con la imposición de las políticas neoliberales en el país. La Reforma del Estado impulsada por la presidencia de Carlos Menem, incluía, además de la privatización de empresas estatales, una brutal reducción del financiamiento de los servicios de salud y educación. Además del desfinanciamiento del sistema universitario, se lo reguló con la Ley de Educación Superior que cambió las reglas de juego de la producción académica en el país, y se alentaron iniciativas de educación privada (Coraggio, 2003). En estas condiciones, durante el rectorado de Francisco Delich, quien sucedió a Rébora, el proyecto de creación de la Facultad de Ciencias Sociales se enfrentó con la oposición de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

Delich tenía un obstáculo para desarrollar las Ciencias Sociales institucionalmente en la universidad. Por eso creó el CEA (Centro de Estudios Avanzados), por este problema de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Defendía celosamente Derecho su incumbencia en las Ciencias Sociales, es decir, la imposibilidad de avanzar en el territorio si no fuera a través de Derecho y Derecho estaba dominada por la oposición a Delich (Crespo, 2018).

Entonces, en 1990, Delich crea el CEA, un centro dependiente del rectorado y dedicado a la investigación y docencia de posgrado en Ciencias Sociales, con la intención de formar investigadores y docentes que pudieran conformar una masa crítica que luego se hiciera cargo de la formación de grado en sociología y otras disciplinas. El primer coordinador general de CEA fue el historiador César Tcach y luego lo sucede Horacio Crespo. El CEA fue “un reducto de resistencia intelectual” a las ideas neoliberales al recuperar y promover debates intelectuales internacionales que recuperaban y revisaban los de los años ‘60, e insertó a Córdoba en un “cosmopolitismo bien entendido”, es decir, acercó las discusiones teóricas que se estaban desarrollando en el exterior como insumos para discutir y problematizar la realidad local (Crespo, 2018). A los cursos los dictaban intelectuales como Oscar Terán, Carlos Altamirano, Beatriz Sarlo, Tulio Halperín Donghi, quienes trabajaban la crítica marxista a la cultura, Foucault y el post-estructuralismo, el movimiento de los Annales.

En el CEA, en 1993, se puso en marcha la Maestría en Comunicación y Cultura Contemporánea, cuyo primer director fue Héctor Schmucler, y en 1995, se crearon las Maestrías en Ciencias Sociales y en Trabajo Social en la ex Escuela de Trabajo Social cuyo primer director fue Alberto Parísí. Éstas habían sido dos de las primeras maestrías fundadas en Córdoba en el ámbito de las Ciencias Sociales, que surgían en las instituciones universitarias periféricas en las que encontró espacio la sociología crítica, en disciplinas vinculadas a ésta, y sus impulsores eran parte de quienes se exiliaron durante la dictadura.

Como la carrera de grado en Sociología no lograba institucionalizarse en la

universidad más antigua y masiva de la provincia, comenzó a ofertarse en instituciones educativas privadas. La Universidad Empresarial Siglo 21 abre la Licenciatura en Sociología en 1995. Horacio Crespo estuvo a cargo de la organización de la carrera y su conducción los primeros años como director del Departamento de Ciencias Sociales y después se incorporó Alberto Parísí como director de la carrera de Sociología (Parísí, 2019). Luego, “paulatinamente, Sociología se fue achicando” porque la línea de trabajo de esta carrera, cuyos docentes en su mayoría eran también docentes e investigadores de la UNC, no coincidía con la orientación general de una universidad empresarial.

Dos años más tarde, la Universidad Nacional de Villa María (UNVM), abre la Licenciatura en Sociología. De este modo, se convirtió en la primera universidad pública de la provincia en incorporar Sociología como carrera de grado. Dentro de la formación académica, incorporó a la investigación como una práctica central en la formación de los/as/es sociólogos/gas/gues y se destacaron dos líneas de pesquisa que eran parte de las problemáticas centrales de la época: la acción colectiva y la pobreza (Pavcovich, 2019). En 2006, la UNVM abre Sociología en la extensión áulica de Pilar, a 50 km de Córdoba Capital, y en 2009 se traslada la extensión áulica a la ciudad de Córdoba Capital.

Además de las Licenciaturas, en el 2002, el Instituto Salesiano de Formación Docente abre en Córdoba el primer Profesorado en Sociología de Córdoba que se mantuvo hasta 2012, y el Instituto Superior en Ciencias de la Educación y de Investigaciones Educativas “Olga Cossettini” abrió después el segundo Profesorado en Sociología.

Mientras tanto, ese mismo año 2002, durante la gestión del rector Hugo Juri, por iniciativa de la Facultad de Filosofía y Humanidades cuya decana y vicedecana entonces eran Carolina Scotto y Mónica Gordillo, se retoma e impulsa el proyecto de creación de la Facultad de Ciencias Sociales y de las Licenciaturas de Sociología, Ciencia Política y Relaciones Internacionales, y se crea una comisión que redactó los planes de estudio (Servetto, 2019; Gordillo, 2019).

La comisión coordinada por la historiadora Mónica Gordillo, estuvo integrada por profesores/as de todas las unidades académicas de la UNC que tenían entonces carreras y cátedras de Ciencias Sociales -cinco de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (Carlos Lista, María Inés Bergoglio, Martha Díaz de Landa, Carlos Juárez Centeno y Jorge Edmundo Barbará), cinco de la de Filosofía y Humanidades (Gordillo, Marta Philp, Elisa Cragnolino, Alicia Gutiérrez y Mónica Maldonado), una del Centro de Estudios Avanzados (María Teresa Piñero), una de la Escuela de Trabajo Social (Cristina González) y uno de la de Ciencias de la Información (Julio Carballo)- y tenían diversos perfiles ideológicos y políticos acreditados en sus actuaciones en la universidad y en la vida pública de Córdoba -desde los/as/es más progresistas hasta Barbará, quien había sido subsecretario y secretario de gobierno de la Municipalidad de Córdoba entre 1981 y 1982 durante la dictadura militar, y su firma y la de Díaz de Landa aparecen en la “Carta abierta” de 1976-.

Yo creo que sí había ciertas resistencias en el resto de la comunidad universitaria sin duda. Las hubieron casi hasta el final. Éramos pocos los que creíamos en la necesidad de crear esas carreras. Si hubiera habido un acompañamiento político fuerte, estas carreras no hubieran demorado todo el tiempo en que se demoró (Gordillo, 2019).

En tanto, al año siguiente de retomarse el proyecto de creación de la carrera de

grado, en 2003, se crea la Maestría en Sociología, primera carrera de posgrado específica de la disciplina en Córdoba, co-gestionada por el CEA y la Facultad de Derecho. Entre sus primeros impulsores/as se cuentan Landa, Lista y Bergoglio (Scarponetti, 2017).

En 2009, durante el rectorado de Carolina Scotto, se recupera la iniciativa y se aprueba el plan de estudios de la Licenciatura en Sociología junto con el de la Licenciatura en Ciencia Política. Al año siguiente, el Ministerio de Educación de la Nación aprueba la creación de la carrera en la UNC (Servetto, 2019). Sin embargo, todavía no tenía anclaje en una unidad académica que la pusiera en marcha. Finalmente, el 12 de diciembre de 2015, durante el rectorado de Francisco Tamarit, la Asamblea Universitaria crea la Facultad de Ciencias Sociales en base a la ex Escuela de Trabajo Social y el Centro de Estudios Avanzados, con las nuevas carreras de Sociología y Ciencia Política junto a la preexistente Trabajo Social. En 2017, se inicia el dictado de la Licenciatura en Sociología en la Universidad Nacional de Córdoba, durante una nueva gestión de gobierno nacional que inicia una embestida presupuestaria y discursiva contra el sistema nacional de educación pública y de ciencia y técnica, y, en particular, contra las Ciencias Sociales. En esas condiciones adversas,

Hubo también ahí un espíritu y una decisión y acción política de los distintos sectores de nuestra comunidad en obstinarse que esto lo podíamos hacer y que había que hacerlo muy bien, al mismo tiempo que seguíamos peleando por un presupuesto genuino para una nueva facultad (Cuella, 2019).

Si bien es cierto que suele observarse un inicial incremento de la matrícula en carreras nuevas hasta saturar la demanda social y luego tienden a estancarse o decrecer, la matrícula de la Licenciatura en Sociología de la UNC no ha dejado de crecer desde su creación. En 2017, el año de su puesta en marcha, se inscribieron 160 estudiantes; al año siguiente, 214; en 2019, hubo 248 inscriptos/as; en 2020, llegaron a 268; y en 2021, son 321 ingresantes (UNC, 2017, 2018, 2019, 2020 y 2021; Arévalo 2020). “Parece que la sociedad está demandando crecientemente a la universidad pública de Córdoba las carreras [de Sociología y Ciencia Política]. Nosotros tratamos de garantizar este derecho” (Caro, 2019). En 2021, la primera camada de estudiantes terminará de cursarla.

Además, en la UNC la sociología se enseña en cátedras de las carreras de Letras, Historia, Comunicación Social, Trabajo Social, Arquitectura, Ciencias Económicas, Ciencia Política, Antropología, Filosofía, Ciencias de la Educación, Derecho y Enfermería. En los centros de investigación de Ciencias Jurídicas, Filosofía y Humanidades y en las unidades ejecutoras de CONICET -Instituto de Humanidades (IDH) y Centro de Investigaciones y Estudios Sobre Cultura y Sociedad (CIECS)- se investiga desde diversos enfoques sociológicos en diálogo con otras disciplinas y con diferentes metodologías los más diversos objetos de estudio: música, medios de comunicación, historia, discursos, baile, cuerpos, pobreza, educación, ruralidad, historieta, cultura política, derecho, literatura, género.

Es más complejo explicar por qué una persona adhiere a un líder que explicar el Big Bang, pasa que para explicar el Big Bang hay que tener instrumentos, irse a Bruselas (...) pero en complejidad el problema de la adhesión de un individuo o el conflicto de por qué mata a su padre (...) es más complejo de explicar... estoy absolutamente convencido, las ciencias sociales revolucionaron las ciencias, creando objetos más complejos y creando una metodología más compleja (Parisi, 2019).

Queda demostrado que la lentitud en la institucionalización de las carreras de grado y posgrado en Sociología en la UNC, se debió, también en este período, a la puja entre conservadores y progresistas con diferentes correlaciones de fuerzas en cada momento histórico. Este retraso relativo en la institucionalización incidió en la creación de diversas unidades académicas de formación e investigación en Ciencias Sociales en esta universidad y en la puesta en marcha de Licenciaturas y Profesorados en la disciplina en otras universidades privadas y públicas de la provincia e institutos privados de profesorado. Además, se muestra cómo ese proceso condicionó también las características que tiene en la actualidad la enseñanza e investigación en Sociología en Córdoba.

7. Conclusiones

En síntesis, se confirma que la relativamente lenta institucionalización de la Sociología en Córdoba, una ciudad clasista, combativa, con tradición intelectual y la segunda en cantidad de habitantes del país, y en la universidad más antigua del país y una de las tres universidades masivas de la Argentina, se debió a los resultados de las disputas entre grupos disciplinares y políticos conservadores y progresistas dentro y fuera de la universidad. Las marcas de ese proceso se verifican en el estado actual del desarrollo de la carrera en diversas universidades públicas y privadas, en cátedras de diferentes carreras y en múltiples equipos de investigación que tienen integrantes, utilizan enfoques teóricos y metodologías interdisciplinares, y estudian objetos profundamente heterogéneos. Esta verificación va en línea con las conclusiones de otras investigaciones que afirman que la Sociología en Argentina refleja la compleja interacción entre diferentes tradiciones sociológicas locales tanto sobre el modelo de la sociología como sobre el papel de los/as/es sociólogos/as/gues; y que las tensiones entre estos disímiles puntos de vista cognitivos, institucionales y profesionales de la disciplina hicieron muy difícil la institucionalización de la sociología en el país (Pereyra, 2009).

Primero, la Sociología cordobesa tuvo una primera institucionalización temprana: la primera cátedra de Sociología se creó en 1907 en la carrera de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba, pocos años después de la primera del país fundada en la Universidad de Buenos Aires en 1898.

En segundo lugar, la Sociología cordobesa ocupó una posición de predominio durante la primera mitad del siglo XX en la Argentina en la medida en que tuvo capacidad para producir y orientar debates de proyectos intelectuales y de establecer diálogos con otras universidades del país. Esta centralidad se mantuvo sobre todo desde 1920 cuando esa cátedra estuvo a cargo del reformista Raúl Orgaz, figura central de la disciplina hasta 1940, y luego del conservador Alfredo Poviña, desde entonces y hasta mediados de los años 50 cuando ese predominio fue disputado y, finalmente, ganado por la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires fundada por la ascendente figura de Gino Germani. En los años '50 y en los '60, mientras dura la puja con Germani, para mantener y fortalecer su posición, Poviña crea instituciones de posgrado e investigación de Sociología en Córdoba y, al mismo tiempo, crea y fortalece redes de nivel nacional, latinoamericano e internacional y en todas ellas ocupa roles directivos; y organiza el primer congreso internacional de Sociología en Córdoba.

En tercer término, en los años '60 y '70 la sociología cordobesa de izquierda tiene

una primera expresión universitaria en la Facultad de Ciencias Económicas, y, sobre todo, se manifiesta vinculada a la lucha política. En esos años se destaca el grupo de intelectuales que funda la revista *Pasado y Presente*, que traduce a Gramsci al castellano y lo difunde en Córdoba, Argentina y América Latina. Entre los múltiples impactos de este proyecto intelectual, se cuenta también su incidencia en la formación de quienes después serán profesores de cátedras de Sociología en las carreras de Comunicación Social y Trabajo Social de la UNC, quienes, a su vez, introducirán bibliografía del autor italiano en sus programas que se han renovado hasta la actualidad. Además, va a influenciar a los estudios culturales latinoamericanos que también tendrán una expresión relevante en el Centro de Estudios Avanzados de la UNC.

En cuarto término, la represión iniciada tempranamente en la provincia de Córdoba con el Navarrazo en 1974 y profundizada durante la dictadura militar entre 1976 y 1983, golpea especialmente a los/as cientistas sociales progresistas y de izquierda que se exilian; mientras otros/as/es asumen roles directivos en la universidad y en instituciones extra-universitarias que colaboran con la dictadura; y es un período oscuro para una disciplina sospechada de subversiva. Los/as/es exiliados/as/es se forman principalmente en México, mientras que quienes no se exilian usan también ese período de inmovilidad en Córdoba para estudiar posgrados afuera, pero lo hacen en Estados Unidos y Alemania. La elección de países se vincula con la opción por enfoques teóricos y políticos no sólo diferentes, sino antagónicos entre sí.

En quinto lugar, durante la primavera democrática, algunos/as/es exiliados/as/es retornan, se reorganizan las cátedras de Sociología en las diversas carreras de la universidad nacional, se organiza el primer congreso de la disciplina, se funda el colegio profesional y se presentan proyectos de creación de la carrera y de la Facultad de Ciencias Sociales, y se comienza a manifestar la profunda diversidad institucional, de enfoques teóricos, metodologías y objetos de estudio de quienes hacen sociología en Córdoba, riqueza nacida de la carencia de institucionalización y de la consiguiente necesidad de estudiar y practicar la sociología sin formación de grado en la disciplina y sin planes institucionales claros que orienten y regulen su desarrollo. No obstante, los proyectos de institucionalización no se concretaron entonces tampoco.

En sexto y último término, la institucionalización de la carrera de Sociología comenzó en otras universidades privadas de Córdoba en los años 1990, en la otra universidad nacional en los años 2000 y finalmente en la UNC en los años 2010.

La historia de la Sociología en Córdoba no es sólo la micro historia de una disciplina y las disputas universitarias, sino también la macro historia de una sociedad. La sociedad cordobesa se caracteriza por tener una trayectoria de gremios clasistas y combativos y un legado intelectual prestigioso, pero que están en permanente puja con una tradición conservadora, reaccionaria y de derecha. Estas disputas políticas fueron las que marcaron el pulso de la lenta institucionalización de una disciplina crítica e “incómoda” como la Sociología (Scribano, 2018).

8. Referencias Bibliográficas

AGULLA J.C. (1969) Diagnóstico social de una crisis, Córdoba, mayo de 1969. Buenos

Aires: Editel.

AGÜERO, A. C. (2017) Local / nacional. Una historia cultural de Córdoba en el contacto con Buenos Aires (1880-1918). Bernal: Editorial UNQ.

ARÉVALO, L. (2020). Perfil de ingresantes a las carreras de grado. Córdoba: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba. Disponible en: <https://sociales.unc.edu.ar/sites/default/files/Datos%20ingresantes%20FCS%202020.pdf>

ARICO, J. (1988). La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina. Buenos Aires: Siglo XXI.

BARRIENTOS, J., GONZÁLEZ, M., LISDERO, P., QUATTRINI, D., ROMANUTTI, M. V. y YUSZCZYK, E. (2004). "Sobre la sociología en Córdoba; una mirada a los '60". En: Jornadas de Sociología (CD del Congreso). Buenos Aires: UBA.

BLOIS, J. P. (2018). Medio siglo de sociología en la Argentina. Ciencia, profesión y política (1957-2007). Buenos Aires: Eudeba.

BLOIS, J.P. (2013). La trayectoria de la Sociología en Brasil y Argentina y las prácticas profesionales de los sociólogos. Un estudio comparado. Buenos Aires: CLACSO.

BOURDIEU, P. (1995). Respuestas. México: Grijalbo.

BRENNAN, J. y GORDILLO, M. (2008), Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social. La Plata: De la Campana.

BUCHBINDER, P. (2008). ¿Una revolución en los claustros? La Reforma de 1918. Buenos Aires: Sudamericana.

BURGOS, R. (2004). Los gramscianos argentinos: cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente. Buenos Aires: Siglo XXI.

CARACCILO, A. (2010). ¿Sociología? Entre letrados y otras yerbas. Villa María: EDUVIM.

CARACCILO, A., CAMAÑO, J., VILLAREAL V., ALTAMIRANO Y., DELGADO F. (2009). "Notas sobre la sociología en Argentina. Alfredo Poviña: ¿desde la cátedra a latinoamérica?". En: XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología y VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: ALAS.

CORAGGIO, J. L. (2003) "La crisis y las universidades públicas en Argentina" En: Las universidades en América Latina: ¿reformadas o alteradas? La cosmética del poder financiero. Buenos Aires: CLACSO.

COSTA, R. L. y MOZEJKO, D. T. (2001). El discurso como práctica. Lugares desde donde se escribe la historia. Rosario: Prometeo.

CHAMORRO, E. (2007). "Un siglo de sociología en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba". En: Cuadernos de Historia. Córdoba: Instituto de Historia del Derecho y de las Ideas Políticas Roberto I. Peña - Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba.

CRUZ, G, PACHECO, O. y ASSELBORN C. (2018). Modernidades, legitimidad y sentido en América Latina. Indagaciones sobre la obra de Gustavo Ortiz. Córdoba: EDUCC.

DALMASSO, E. (2018). Raíces y valores del movimiento reformista de

Córdoba. Córdoba: editorial Universidad Nacional de Córdoba.

DELICH, F. (2013). *Memoria de la Sociología Argentina*. Córdoba: Alción.

DELICH, F. (1970). *Crisis y protesta social*. Córdoba, 1969. Buenos Aires: Signos.

DÍAZ, D. (2017). "Entre el Derecho y la Sociología. La trayectoria académica del Dr. Alfredo Poviña y la primera etapa del Instituto de Sociología Raúl Orgaz de la Universidad Nacional de Córdoba (1956-1960)". En: Terceras Jornadas de Sociología. Mendoza: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNCuyo.

DORADO, R. (2016). "La formación y consolidación de la enseñanza de la sociología en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba". En: X Jornadas de Sociología. La Plata: UNLP.

ESCOBAR, L. (2011) *Francisco Ayala y la Universidad Nacional del Litoral. La construcción de una tradición sociológica*. Granada: Ed. Universidad de Granada-Fundación Francisco Ayala.

FERNANDEZ, S. (2016). "Pensar y hacer Sociología en Córdoba". En: IX Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Departamento de Sociología, UNLP.

GRISENDI, E. y REQUENA, P. (2010). "Modelos lejanos: Raúl A. Orgaz, la sociología y la historia de las ideas sociales argentinas". En: VI Jornadas de Sociología. La Plata: UNLP. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5085/ev.5085.pdf

GRISENDI, E. (2010). "Raúl Orgaz, la sociología y la historia de las ideas sociales argentinas". En: VI Jornadas de Sociología de la UNLP. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, UNLP.

GRISENDI, E. (2011). "Entre la formación académica y la proyección nacional: Raúl Orgaz y los avatares de la sociología en Córdoba (1910-1930)". En: Revista Modernidades (11). Córdoba: FFyH-UNC.

GRISENDI, E. (2012). "El testigo del eclipse. Juan Carlos Agulla entre redes intelectuales y emprendimientos institucionales (1955-1970)". En: Actas VII Jornadas de Sociología. La Plata: UNLP.

GRISENDI, E. (2021 próximamente) *La sociología, entre el derecho y las humanidades: elites intelectuales, instituciones académicas y mundo editorial, Córdoba, 1907-1973*, Tesis de Doctorado en Ciencias Antropológicas, FFyH-UNC, en proceso.

IGHINA, C. (1998). "La Córdoba de 1918". En: A los 80 años de la Reforma Universitaria. Córdoba: Colegio de Escribanos de Córdoba. Disponible en: <http://escribanos.org.ar/rnotarial/wp-content/uploads/2015/07/RNCba-75-1998-07-Historia.pdf>

MARSAL, J. (1963). *La Sociología en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones del Mirasol.

ORGAZ, A. (1921). *Las ideas sociales en la República Argentina*. En: *Sociología Argentina- Obras Completas II*, Córdoba: Assandri, 1950.

PEREYRA, D. (2017a). "Cincuenta Años de la Carrera de Sociología de la UBA.

Algunas notas contra- celebratorias para repensar la historia de la sociología en Argentina". En: Revista Argentina de Sociología. Buenos Aires: Consejo de Profesionales en Sociología, vol. V, p. 153 - 153.

PEREYRA, D. (2017b). "Notas sobre la crisis de la sociología argentina. Formación y desarrollo profesional en cuestión". En: Terceras Jornadas de Sociología, Mendoza.

PEREYRA, D. (2012) "Sociología y planificación en el primer peronismo. El caso del Instituto de Sociografía y Planeación de Tucumán (1940-1957)". EN: Apuntes de Investigación del CECYP, (21), 109-130. Disponible en: <https://apuntescecyp.com.ar/index.php/apuntes/article/view/446>

PEREYRA, D. (2009) "Dilemmas, challenges and uncertain boundaries of Argentinean Sociology". En: International Handbook of Diverse Sociological Traditions. London: Sage, p. 212 - 222.

PEREYRA, D. (2007) "The Asociación Latinoamericana de Sociología. History of regional sociological organization in Latin America (1950s- 1960s)". En: Sociology: History, Theory and Practices. Moscow- Glasgow, p. 155 - 173.

REQUENA, P. (2010). "Entre el derecho, la sociología y la literatura. Arturo Capdevila y Raúl Orgaz". En: Agüero, C. y García, D. Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura. La Plata: Ediciones Al Margen.

SCHMUCLER, H., MALECKI, S., GORDILLO, M. (2009). El obrerismo de Pasado y Presente, Villa María: Edivim.

SHILS, E. (1970). "Tradition, Ecology, and Institution in the History of Sociology". En: Daedalus (99), 760-825.

TCACH, C. (2012) "Movimiento estudiantil e intelectualidad reformista en Argentina (1918-1946)". En: Revista Cuaderno de Historia. Santiago de Chile: Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Chile.

UNC. (2017, 2018, 2019, 2020 y 2021). Anuarios estadísticos. Disponibles en <https://www.unc.edu.ar/programa-de-estad%C3%ADsticas-universitarias/anuarios-estad%C3%ADsticos>

VILA, E. E. (2019) "La sociología argentina en el período de entreguerras. Un mapeo de sus profesores y agendas de discusión". En: XIII Jornadas Sociología de la UBA, Buenos Aires.

VILA, E. E. (2018) "Del antipositivismo al ¿funcionalismo? Las construcciones teóricas del joven Alfredo Poviña desde la recepción de Durkheim (1929-1945)". En: II Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de Villa María. Villa María.

VILA, E. E. (2017) "Itinerarios de la sociología durkheimiana en la Universidad Nacional de Córdoba. La recepción de Enrique Martínez Paz y Raúl Orgaz: de Las reglas del método sociológico a Las formas elementales de la vida religiosa (1907-1925)". En: Cuestiones de Sociología. La Plata.

Entrevistas

ANSALDI, Waldo, 13 de marzo de 2018, en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Por Cristina González y el equipo de filmación del CEPIA-FCS-UBA. Sobre el

primer proyecto de creación de la carrera de Sociología en la UNC durante el rectorado de Luis Rébora.

ÁVILA, Raúl. 13 de diciembre de 2017, en su domicilio particular en Córdoba Capital. Por: Claudia Varas, Víctor Hugo Díaz y Natalia Traversaro. Sobre la Sociología en la ex ECI y la ex ETS de la UNC.

CARACCILO, Ada. 3 de mayo de 2017, en su domicilio particular en Córdoba Capital. Por Claudia Varas, Víctor Hugo Díaz y Severino Fernández. Sobre experiencias laborales en el Estado, los intentos de conformar colegio o asociación profesional, la carrera de Sociología en la UNVM.

CARO, Rubén. 22 de abril de 2019, en FFyH-UNC. Por Virginia Romanutti, Claudia Varas y equipo del CEPIC-FCC-UNC (Catalina Caramutti, Guillermo Iparaguirre y Amelia Orquera). Equipo de Gestión Facultad de Ciencias Sociales UNC, María Inés Peralta, Silvina Cuella, Alicia Servetto, Rubén Caro, María Soledad Segura. Sobre la creación de la carrera.

CUELLA, Silvina. 22 de abril de 2019, en FFyH-UNC. Por Virginia Romanutti, Claudia Varas y equipo del CEPIC-FCC-UNC (Catalina Caramutti, Guillermo Iparaguirre y Amelia Orquera). Equipo de Gestión Facultad de Ciencias Sociales UNC, María Inés Peralta, Silvina Cuella, Alicia Servetto, Rubén Caro, María Soledad Segura. Sobre la creación de la carrera.

CRESPO, Horacio. 28 de diciembre de 2018, en la UNVM. Por Claudia Varas, Ana Antolín y equipo de filmación del Centro de Medios de UniTevé-UNVM. Sobre Pasado y Presente, y la Sociología en la ex ETS y CEA de la UNC, en la Universidad Siglo 21 y en la UNVM.

DELICH, Francisco. 2003, realizada por Pedro Lisdero y Diego Quattrini, en la Universidad Siglo 21, en el marco del equipo de investigación sobre la historia de la sociología en Córdoba integrado por: Jezabel Barrientos, Martín González, Pedro Lisdero, Diego Quattrini, Virginia Romanutti, Erica Yuszczuk.

DÍAZ DE LANDA, Martha. 21 de diciembre de 2017, en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales-UCC. Por Claudia Varas, Víctor Hugo Díaz y Virginia Romanutti. Sobre la Sociología en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UNC.

GARCÍA, Diego. 10 de abril de 2019, en Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC. Por Ezequiel Grisendi, Severino Fernández, Claudia Varas, Catalina Caramutti. Sobre Pasado y Presente.

GORDILLO, Mónica. 3 de abril y 20 de junio de 2019, en el ClFFyH-UNC. Por Ana Antolín Solache, Claudia Varas, Catalina Caramutti, Víctor Hugo Díaz. Sobre la comisión que elaboró el proyecto de Licenciatura en Sociología en la UNC y que ella presidió.

GRISENDI, Ezequiel. 23 de febrero de 2021, vía telefónica. Por María Soledad Segura, sobre las carreras de Sociología en Argentina en la primera mitad del siglo XX.

GUTIÉRREZ, Alicia. 10 de mayo de 2018, en el ClFFyH-UNC. Por Ezequiel Grisendi, Claudia Varas y Víctor Hugo Díaz. Sobre la Sociología en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC.

LISTA, Carlos. 14 de diciembre de 2017, en su domicilio particular en Córdoba

Capital. Por Claudia Varas, Víctor Hugo Díaz y Ana Antolín. Sobre la Sociología en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UNC.

PARISÍ, Alberto. 22 de marzo de 2019, en CEA-FCS-UNC. Por María Soledad Segura, Claudia Varas, Catalina Caramutti, Víctor Hugo Díaz, Nicolás Spesia, Sobre la carrera de Sociología en la Universidad Siglo 21, la Sociología en la Escuela de Trabajo Social de la UNC, el proyecto de Licenciatura en Sociología y Facultad de Ciencias Sociales en la UNC.

PAVCOVICH, Paula. 13 de marzo de 2019, en Facultad de Ciencias Sociales, UNC. Por Severino Fernández, Claudia Varas, Catalina Caramutti, Sobre la carrera de Sociología en la UNVM.

PEREYRA, Diego Ezequiel. 20 de marzo de 2018, en la Biblioteca de la FCS-UNC. Por Claudia Varas, Víctor Hugo Díaz y Severino Fernández. Sobre la Sociología cordobesa en el marco del desarrollo de la disciplina en Argentina y América Latina.

REISIN, Berta. 25 de febrero de 2021, vía telefónica. Por María Soledad Segura. Sobre la cátedra de Sociología Económica de la Facultad de Ciencias Económicas de la UNC.

SCARPONETTI, Patricia. 15 de diciembre de 2017, en su domicilio particular en Córdoba Capital. Por: Claudia Varas, Víctor Hugo Díaz y Severino Fernández.

SCRIBANO, Adrián. 24 de agosto de 2018, en la Biblioteca de la FCS-UNC. Por Claudia Varas, Víctor Hugo Díaz y Virginia Romanutti. Sobre la carrera de Sociología en la UNVM y los posgrados en Sociología y Ciencias Sociales en el CEA, la ex ETS y la ex ECI.

SERVETTO, Alicia. 22 de marzo y 23 de abril de 2019, en el CEA-FCS-UNC y en FFyH-UNC. Por Natalia Traversaro, Claudia Varas, Catalina Caramutti, Sobre la historia de las Ciencias Sociales y el pensamiento social en la UNC desde sus inicios hace 400 años y en relación con los problemas y debates de la sociedad cordobesa.

VON SPRECHER, Roberto. 27 de abril de 2018, en su domicilio particular en Córdoba Capital. Por Claudia Varas, Víctor Hugo Díaz y Natalia Traversaro. Sobre la Sociología en la ex ECI y la ex ETS de la UNC.

WOLOVICK, Daniel. 25 de febrero de 2021, vía telefónica. Por María Soledad Segura. Sobre la cátedra de Sociología Económica en la Facultad de Ciencias Económicas de la UNC.



Este trabajo está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 2.5 Argentina (CC BY-NC-SA 2.5)



Esta Revista es publicada por la Universidad Nacional de Cuyo. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto Multidisciplinario de Estudios Sociales Contemporáneos. El IMESC es el Nodo Mendoza de la Unidad Ejecutora en Red del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina), Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales (IDEHESI).



Universidad
Nacional
de Córdoba